Compilación y prólogo
Armando González Segovia

Eloy Guillermo González

Obras Escogidas

Tomo I



2018

Eloy Guillermo González. **Obras Escogidas** / compilación y prólogo Armando González Segovia. Araure, Fondo Editorial González-Mujica, 2018, 2 tomos.

EDITORA
Rosa Mujica Verasmendi

CORRECCION DE TEXTOS
Rosa Mujica
Armando González Segovia

FONDO EDITORIIAL
GONZALEZ-MUJICA

Depósito Legal
PO2017000012

ISBN

TOMO I
978-980-18-0110-8

TOMO II
978-980-18-0111-5

ISBN: 978-980-18-0110-8
9 789801 801108



Eloy Guillermo González

Obras Escogidas

Tomo I

ÍNDICE

PRÓLOGO

Armando González Segovia

I

Este ilustre cojedeño del Tinaco, nació el 25 de junio de 1873 y murió en Caracas, el 17 de julio de 1950, apenas cumplidos los 77 años de fructífera labor intelectual. Nieto de Mariano González, que aparece ostentando el rango de Capitán en la Batalla de las «Queseras del Medio» el 3 de abril de 1819, junto al Gral. José A. Páez[1]; e hijo del Gral. Eugenio Mariano González[2] y doña Ramona Padilla. Ingeniero de profesión. Escritor, periodista, pedagogo, historiador de vocación no desmentida y respaldada por una obra monumental, político circunstancial.

[1] Páez, José Antonio. *Autobiografía.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1973, T. I., p. 167.
[2] Archivo Histórico del Estado Cojedes. San Carlos, *Libro de Decretos, años 1929-1935*, sin foliar, aparece un Decreto del Dr. Guillermo Barreto Méndez, declarando duelo por 3 días por la muerte de este prócer de la Federación. En el semanario acarigueño *Voz de Portuguesa*, dirigido por M. Barragán Calles, afirma: «Lamentamos la desaparición del General González Herrera y expresamos nuestro pésame a sus deudos, especialmente a sus hijos señores Dr. Eugenio Mariano González y su familia; y Eloy González, ilustre escritor nacional, y su familia», edición del 14 de setiembre de 1933, p. 1.

Bajo la tutela de Arístides Rojas, se convirtió en colaborador del diario *La Opinión Nacional*, de gran prestigio en el país. Una amplia labor como escritor justifica esta afirmación[3]. Se inició en 1890 cuando publicó su primer trabajo titulado *Estudios* con una advertencia editorial denominada «Al que leyere».

A los 21 años sostiene una acerba polémica sobre literatura venezolana con el académico Julio Calcaño, en 1894, donde el joven Eloy Guillermo González asume la defensa de jóvenes literatos, entre los cuales se encontraban: José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Luis López Méndez, a quienes considera injustamente tratados por el crítico Calcaño; sus artículos se publican en las columnas del diario político *El Republicano*, que dirigía y redactaba Luis Ramón Guzmán; esta controversia pública dio fama a su nombre en el ámbito intelectual del país y le abrió las puertas de una de las revistas de mayor prestigio para la época, *El Cojo Ilustrado*. Casó, en 1907, con Mercedes Cabrera, de cuya unión nacen: Jesús, Felipe, Gustavo y Carlos[4].

En una visión contextual es necesario tener presente que Eloy Guillermo González estuvo vinculado políticamente tanto al gobierno del presidente Joaquín Crespo, y al iniciador de los gobiernos andinos en el país, Cipriano Castro, derrocado por su

[3] Véase el trabajo anexo *Acercamiento Bibliohemerográfico a Eloy Guillermo González*.

[4] Arias Moreno, Porfirio. *Valores de Tinaco*. Caracas, Imprenta del Congreso, 1982, p. 71.

compadre Juan Vicente Gómez. Cuando escribe y publica la *Historia Estadística de Cojedes*, en 1911, es lógico considerar que la situación política y económica[5] del autor no era buena, estaba comenzando el largo mandato de J. V. Gómez y, es muy probable, que éste tendría mucho recelo con los colaboradores cercanos del anterior gobernante.

Los problemas de la investigación histórica lo constituyen múltiples factores, siendo uno de los primordiales, sin duda alguna, la consecución de los datos sobre los cuales se estructura el discurso histórico. Existen muy buenos tribunos y muy buenos investigadores, más pocas veces se conjugan ambos factores en una persona, como en el caso de Eloy Guillermo González, cuyo renombre como tribuno e investigador alcanzó altos niveles en el ámbito nacional.

II

Intentar comprender el legado intelectual dejado por Eloy G. González, contextualizándola en el tiempo y el desarrollo de

[5] En la edición de 1911 del citado libro aparece inserto un Decreto donde se ordena la edición del texto, y en la *Gaceta Oficial del Estado Cojedes*. San Carlos, Nº 79, de fecha 9 de septiembre de 1911, aparece además del citado Decreto, otro donde se ordena que se cancele por la Tesorería General, a cargo de Fomento y Obras Públicas, la cantidad de ochocientos bolívares, para abonarle el valor de la obra (p. 2), asimismo se inserta un resuelto con la cancelación de dicho monto (p. 5).

las investigaciones históricas y sociales en el país, es estudiar la conformación de la conciencia histórica nacional como legado de los positivista de principios del siglo XX en Venezuela.

Existen diversos estudios como *La Concepción historiográfica en Eloy G. González,* abordada por Antonio Mieres, mientras Virgilio Tosta editó un ensayo en una selección de Eloy. G. González titulada *En la tribuna y en la Cátedra*, y don Ramón J. Velásquez *Eloy G. Gonzalez y la enseñanza de la historia en Venezuela. Una gran polémica en 1923*[6], remitimos a los lectores para que perciban los juicios emitidos por estos autores sobre Eloy G. González, coincidiendo en denominarle como «maestro» y gran tribuno.

III

Augusto Comte (1798-1857), organizó una serie de conferencias las cuales fueron compiladas en forma de libro bajo el nombre de *Cours de Philosophie Positive*, en 1830, agrupándose

[6] Mieres, Antonio. *La Concepción historiográfica en Eloy G. González*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1974, 143 p.; Eloy G. González. *En la tribuna y en la cátedra: discursos, palabras, conferencias, cursos de folklore* (Compilación, prólogo y edición de Virgilio Tosta). Caracas, Tipografía Garrido, 1955, 340 p.; Ramón J. Velásquez. *Eloy G. Gonzalez y la enseñanza de la historia en Venezuela. Una gran polémica en 1923,* en: Tinaco Tricentenaria, pp. 5-11.

allí una serie de trabajos donde expone los principios teóricos del pensamiento *positivo*[7].

Augusto Comte, planteó allí la *Ley de los tres estadios* fundamentales en el desarrollo del progreso humano. Inicialmente el *teológico*, que corresponde a la *Antigüedad*, donde el hombre intenta explicar los fenómenos naturales suponiéndolos como efecto de la voluntad de espíritus o fuerzas sobrenaturales; mientras que en la *edad media* se abordaba con la visión *metafísica* interpretándose los fenómenos como efectos de fuerzas o entidades abstractas, ya no personificadas; y, por último, el *positivo o científico* que corresponde a los tiempos *modernos* , tal como afirma Moulines: «...una ciencia o de una sociedad maduras, se describen y predicen con toda exactitud los fenómenos mediante leyes naturales sin buscar explicaciones casuales «tras» los fenómenos; las leyes naturales son el producto exclusivamente de la observación y de la reflexión racional»[8].

Eloy G. González asumió la defensa de uno de los maestros que difundió las ideas del positivismo en el país, el sabio alemán Adolfo Ernst (1832-1899), por lo cual debió conocer con bastante rigor los fundamentos de esta doctrina, si asumimos los

[7] Bigott, Luis Antonio. *Ciencia, Educación y positivismo en el siglo XIX venezolano*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. Estudios Monografía y Ensayos 169, 1995.

[8] Moulines, Carlos-Ulises. *La génesis del Positivismo en su contexto científico*; en: Geo-Crítica/ cuadernos críticos de geografía humana. Barcelona (España), Universidad de Barcelona, Nº 19, enero de 1979.

altos niveles formativos que como intelectual demostró; siendo uno de los venezolanos que conjuga el positivismo con diversas doctrinas construyendo un hibrido *sui generis*, como lo refirió don Tulio Febres Cordero, en una reacción contra la historiografía romántica[9].

Nuestro país fue uno de los lugares donde se tienen referencias de la llegada temprana de textos con los escritos sobre los postulados positivistas, una década después de publicado el libro de Comte; pudiéndose considerar como lectores tempranos de él a personas como Fermín Toro, como lo demuestra el obsequio hecho por mister A. Turreill del libro clásico de Comte a la Sociedad Literaria Liceo Caracas, promotora de una biblioteca pública en esta ciudad, como reseña el 17 de noviembre de 1840 el periódico *Correo de Caracas*[10]; un año después se divulgaba en un periódico de Valencia esta corriente filosófica[11].

Coincide la convicción comtiana del cientificismo moderno donde «todo desarrollo en la sociedad humana depende en última instancia del desarrollo científico. La historia de la ciencia es el núcleo de la historia general de la especie humana. No puede

[9] Mieres. Op. Cit. p. 14.
[10] Fernández Heres, Rafael. Rafael Villavicencio más allá del positivismo; en: *Escritos del doctor Rafael Villavicencio*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, Serie Obras Completas, vol. I., 1989, p.76.
[11] Fernández Heres, Rafael. *La educación venezolana bajo el signo del positivismo*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, Col. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela 57, 1994, p.16.

comprenderse bien el sentido de la historia universal si antes no se ha clarificado la evolución de las formas de conocimiento empírico»[12].

Se ha propuesto utilizar el término *positivismo* para designar doctrinas filosóficas que se fundan en hechos o realidades concretas o en realidades accequibles a los sentidos. Comte propuso no solamente una doctrina acerca de la ciencia, sino sobre «sobre la sociedad y sobre las normas necesarias para reformar la sociedad conduciéndola a su *etapa positiva*», preguntándose ante todo «como» y no, o solo posteriormente, «qué», «por qué» y «para qué», destacando el «primado de los hechos»[13].

El objetivo de la ciencia *no* es buscar las causas ocultas de los fenómenos, sino la descripción sistemática de los mismos, para poder llegar a realizar acertadas predicciones que permitan actuar sobre la naturaleza; estos elementos integran las nociones de *orden* y *progreso* de la humanidad, también fundamentales en el pensamiento positivista, en todos los aspectos, tanto social como tecnológico. A la ley de los tres estadios, Comte formuló otra ley general acerca de la ordenación dinámica de las ciencias, no menos famosa que la anterior, la denominada *ley enciclopédica*,

[12] Moulines. Idem.
[13] Ferrarter Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Editorial Grijalbo, tomo 3, 1986, pp. 2639, 2.640.

donde se fija «un orden temporal en las ciencias según la complejidad de su objeto. La primera ciencia empírica que ha llegado al estadio positivo es aquella cuyo objeto muestra una estructura máximamente simple y regular: la astronomía. Después de ella vienen, por orden, la física, la química, la fisiología o biología y la sociología»[14].

Existen, como ya se apuntó, diferencias entre el positivismo europeo y el venezolano. El primero fue un filosofía mientras que en nuestro país fue «ante todo un método que conveniente de análisis, inmediatamente percibido como tal por una élite», donde se intentaba responder las preguntas ¿Quienes somos? ¿A dónde vamos? ¿Cómo se construye un Estado? ¿Qué define una nación?[15].

Para 1845, Fermín Toro en las Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834, expone que la sociedad venezolana comenzaba a ser dominada por el positivismo y «El hombre positivo, el hombre de la realidad, es el que subordina siempre lo universal a lo particular, lo abstracto a lo concreto, la sociedad al individuo» porque de esta manera se hace «como el centro de un mundo puramente material, busca siempre una ecuación en todas las relaciones sociales y calcula con guarismos las ventajas

[14] Moulines. Idem.
[15] Harwich Vallenilla, Nikita. *Prólogo al libro de Laureano Vallenilla Lanz Cesarismo Democrático y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. XVI.

del honor, de la probidad y de todas las demás virtudes»[16]. Más, no queda duda que el máximo impulso en la sociedad científica venezolana se le debe a don Adolfo Ernst en la cátedra de *Ciencias Naturales* y Rafael Villavicencio en la de *Filosofía de la Historia*, quienes convirtieron sus clases en la Universidad de Caracas en defensores de esta teoría, hacia los años 1863 y 1866, respectivamente, así como en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales –creada por Ernst por esos mismos años–, el *Instituto Venezolano de Ciencias Sociales* y la *Sociedad Amigos del Saber*, se convirtieron en tutores del positivismo y el evolucionismo en Venezuela[17].

De esta formación salieron diversas generaciones de intelectuales venezolanos: Cuéntase en la primera: Vicente Marcano y Arístides Rojas; en la segunda: Luis Razetti (18621894), Guillermo Delgado Palacios(1867-1931), David Lobo (1861-1924), José Gil Fortoul (1962-1932), Alejandro Urbaneja (1859-1944), Lisandro Alvarado (1859-1926), Nicomedes Zuloaga (1860-1933), Luis López Méndez (1863-1891), César Zumeta (1860-1955), Manuel Vicente Romero García (1865-1917). En la tercera generación de pensadores

[16] Toro, Fermín. *Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834*; en: *Doctrina Conservadora: Fermín Toro. Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*, 1960, tomo I, p. 115.
[17] Sosa, Arturo. *El pensamiento positivista venezolano*. Caracas, Ediciones Centauro, 1985, p. 39 y 76.

positivistas venezolanos, junto a nuestro biografiado, Eloy G. González, se encuentran: Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), Julio César Salas (1870-1930), Samuel Darío Maldonado (1870-1925), Elías Toro (1871-1930), José Ladislao Andara (1876-1922), Jesús Semprúm (1882-1931) y Diego Carbonell (1884-1945), entre los más resaltantes[18].

Haber sido uno de los países donde llegó tempranamente el positivismo le permitió cierta maduración en los círculos científicos del país, razón por la cual su conformación junto al romanticismo, evolucionismo y liberalismo permiten catalogarlo como un «paradigma sui generis»[19], por ello no solamente se puede referir un positivismo en Venezuela sino un positivismo venezolano[20].

V

El nacionalismo, como es sabido, se fundamenta en la existencia de un territorio, idioma común, cultura, historia y psicología colectiva[21], herencia de las concepciones marxistas.

[18] Guerrero, Luis Beltrán (1955). *Introducción al positivismo Venezolano*, en: Perpetua heredad. Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, ediciones del Ministerio de Educación, 1965, p. 131,132.
[19] Bracho, Jorge. *El positivismo y la enseñanza de la historia en Venezuela*. Caracas, Fondo Editorial Trópicos, 1995, p. 19.
[20] Sosa, Arturo. *Op. Cit.*, 1985, p. XV.
[21] José Stalin. «*El marxismo y la cuestión nacional*», escrito a sugestión de Lenin en 1913. Barcelona Anagrama, 1977.

De esta forma la *Nación* es una comunidad de individuos, asentada en un territorio determinado, con etnia, lengua, historia y tradiciones comunes, dotada de conciencia propia de pertenencia, es decir: psicología, lo cual no excluye la existencia de la comunidad imaginada que presenta Benedict Anderson[22], cuyo concepto se sustenta en la existencia de la psicología colectiva.

En Venezuela es mérito de los positivistas la creación de lo que se denomina conciencia histórica nacional, porque sobre sus trabajos se basaron, por mucho tiempo, los principios de lo que se enseñaba en *Historia de Venezuela*. Ellos en la práctica inventaron, crearon, con sus trabajos la conciencia histórica nacional.

Eloy G. González abordó diversos temas de importancia en la formación de la conciencia nacional o nacionalismo, entendido como una comunidad imaginada, en palabras de Anderson. Esta comunidad, en la medida que son conformados los valores que lo sustentan, van construyéndose la psicología colectiva que sostiene determinados valores sociales del inconsciente colectivo. Diversas manifestaciones culturales han sido, en este sentido

[22] Benedict Anderson. *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London. 1983, versión en castellano: *Comunidades imaginadas. reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica (F.C.E.) (primera edic. 1993), Colección popular, 2006.

«creadas» hasta convertirse en tradición, como expresa Hobsbawm[23].

Eloy Guillermo González marcó la vida intelectual venezolana de principios del siglo XX, por la gigantesca e importante obra, cuya calidad marcó a personajes que conformaron, por ejemplo, los primeros estudiantes del Instituto Pedagógico Nacional, como Virgilio Tosta y Miguel Ángel Mudarra, entre muchos otros personajes.

Los escritos seleccionados, son significativos de los elementos que permiten concretar una psicología colectiva a través de la creación de valores históricos y culturales de nuestro país: Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, Contestación al Discurso de Incorporación a la A.N.H. de F. Jiménez Arraíz, Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Lengua, Discurso en el centenario de Rafael María Baralt, Discurso en el Cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia, Discurso en la Tumba de Eduardo Blanco, La ración del Boa (volumen I) y Al margen de la Epopeya (Volumen II), dejando muchos materiales valiosos por las limitaciones económicas que comporta un proyecto de esta magnitud.

En todo caso queda fuera un cúmulo de materiales cualitativa y cuantitativamente rico y valioso, pero que su

[23] Hobsbawn, Eric. *La Invención de la Tradición*. Barcelona, España, Editorial Crítica, 2002.

compilación y ordenación requiere un esfuerzo cuyo costo en tiempo y dinero no se cuenta ahora.

Como maestro en la más amplia acepción de la palabra, Eloy. G. González, defiende la necesidad de crear mediante un proceso educativo tanto formal como no formal, los elementos que sustenten el patriotismo, ya que tiene claro que patria difiere de país, en cuanto la primera sirve para reconocer como se ha hecho la arquitectura de nuestra gloria y quienes han sido los creadores de nuestra patria (en lo que coincide posteriormente con el citado Anderson quien afirma que ha sido ésta una creación americana); mientras que el país se aprende de la patria. La fundamental labor consiste en que «eduquemos en el espíritu de nuestros conciudadanos esa exquisita sensibilidad» de lo que significa patria, país y nación porque este es el espíritu que no muere, y esgrime estas ideas a la hora de incorporarse a la *Academia Nacional de la Historia*, en discurso pronunciado el 16 de mayo de 1909 cuando tomó el sillón que perteneció a Jesús María Manrique y donde el discurso de contestación correspondió a Marco Antonio Saluzzo.

En cuanto al idioma, Eloy. G. González asume una posición de estudioso de los cambios del idioma, que denomina como evolucionista, diferenciándose de los «ácratas del idioma» que solamente admiten el conocimiento intuitivo, el empirismo elemental, desdeñando a escritores que muchas veces no han leído con crítica acerba y sin fundamento, mientras que la otra

tendencia es la de «los conservadores acérrimos, los hombres de la autoridad, los creyentes en el dogma lingüístico» que no les permite percibir la riqueza existente en la misma dinámica social que induce a cambiar los usos léxicos. Asimismo, asume una clara posición en torno a la independencia de la *Academia Venezolana* con respecto a su homónima española, son hermanas, «no es una sucursal, ni una filial» de aquella, por tanto deben respetarse y entenderse en igualdad de condiciones.

A la hora de celebrar el centenario del nacimiento de D. Rafael María Baralt, en 1910, le corresponde a Eloy G. González ser el *Orador del Orden* en la Sesión conjunta de las Academias venezolanas que rendían merecido homenaje al preclaro historiador y literato. En este momento demuestra González un amplio conocimiento del personaje, lo ubica en el contexto social donde vive y en el cual desarrolla su obra, por ello afirma que «Es la hora en que deben ser examinadas la época, las circunstancias, las condiciones en que Baralt escribió su libro, los efectos que él produjo y la calidad de su contenido histórico»; entre estas circunstancias, resalta la forma como la «prensa va degradando paulatinamente el tono nobilísimo y el lenguaje culto, se mancilla con expresiones carbonarias y reticencias demagógicas y deriva de aquella serena altura en que habían sabido mantenerla Lander y los Briceño, Aranda y José María de Rojas», hasta la creación de una suerte de «histeria colectiva» en la política venezolana.

El estudio de la obra y circunstancias creadoras de Baralt le permite decir que «es el primer historiador de Venezuela que se acuerda de las circunstancias morales y sociales de un pueblo» donde influye el clima, la situación geográfica, la naturaleza de sus producciones, las leyes y gobierno; porque Baralt «fue siempre mejor crítico que historiador, aparece en su libro el comentarista superior al narrador». Este es la opinión de González sobre Baralt.

Cuando se realizaba la inhumación de los restos del autor de *Venezuela Heroica*, don Eduardo Blanco, quien fue amigo de su padre, el día 31 de enero de 1912 en el Cementerio General del Sur; es a Eloy G. González quien le corresponde la palabra. Reitera entonces la idea de la educación en la creación de la gloria y la república, porque fue Blanco «para el patriotismo venezolano, un predicador, que educó generaciones en la altivez de la República sin abyecciones y en el sagrado ideal de hacernos irreconciliables con todos aquellos que se mostrasen, en sus acciones como en sus palabras, enemigos del amor indomable a la libertad y a la Patria». Por ello, se despide ante su tumba porque «Tuya es la misericordia, Señor, porque tú pagas a cada uno conforme a su obra» y la de don Eduardo Blanco fue inmensa.

En magna ocasión como el centenario de la muerte del Libertador, es seleccionado para pronunciar el Discurso de Orden en la sesión solemne de la Academia de la Historia, la noche del 21 de Diciembre de 1930, en acto celebrado en el Teatro Nacional.

Expresa entonces que el libertador se presenta ante la Historia, como «sembrador de ideas ante la Filosofía; creador de naciones ante la Política» y, como lo percibe Unamuno, «en una función más alta o más honda ante el alma, ante el espíritu, ante la dignidad humana: creador de Patrias». Ésta, si bien puede ser y es «un agrupamiento humano sobre un territorio con leyes y con gobierno», con millones de habitantes o kilómetros cuadrados, e inmesas riquezas, comercio e industrias «esa nación no será una patria mientras el fenómeno político no se reproduzca por simbiosis constante con el fenómeno social», para lo cual se debían crear «ese magnifico aparato» que «se puede construir llamando a concurso el talento político, la destreza administrativa, la aptitud comercial, el genio financiero, la audacia emprendedora, la bulliciosa aventura cartaginesa: puede crear un derecho e imponerlo, porque tiene la fuerza; puede erigir una filosofía sobre el criterio del bienestar y de la codicia, que sin duda llamará *ideales*: puede hacerse una literatura, con sus caracteres febriles y dinámicos, puede conformar un arte, cuyos títulos acaso valgan menos, esencialmente, que el arte autóctono primitivo. Pero esa nación multipotente abrumadora no será una Patria, mientras cada uno de sus individuos no experimente, en el ritmo de la sangre abolengo que fluya por sus venas, la sensación reposada de la libertad serena y unánime, y la seguridad consciente de la gloria honrosa de su país, hasta poder repetir, inerme ante la fuerza material, pero con el acento orgulloso de una altivez

legítima, la formula de San Pablo frente al lector: *Cives romanus sum: Yo soy un ciudadano de Roma*».

Este párrafo maestro, no tiene desperdicio. Se puede y debe crear los valores de la patria, basado en el reconocimiento del abolengo que construye nuestra historia. Es decir los valores de la cultura y la historia, que permiten la creación de la libertad serena, de seguridad de pertenecer con amor y con pasión a ella y estar prestos a defenderla plenamente.

El 28 de octubre de 1939, por Eloy G. González, como *Decano de la Academia Nacional de la Historia* pronuncia un *Discurso de orden* en la velada artístico-literaria que se realizó esa la noche en el Teatro Municipal de Caracas, con motivo de celebrarse el cincuentenario de la fundación de dicha Academia.

En ese momento recuerda que las *Academias*, al igual que los seres humanos, «soportan el fenómeno de los cambiantes mirajes del mar de la Historia»; hasta pueden tornarse «grises y solitarias en el inmenso silencio de las calmas profundas y sombrías» que pueden ser olvidadas cuando «embisten los tifones que revuelcan gobiernos y muchedumbres» y convertirse en «blancas islas solitarias» si «son arremetidas por las bocanadas del cieno a quien estorban». Es decir, la Academia debe estar acorde con los cambios mismos de la sociedad, a tono con el devenir de los tiempos, generando un conocimiento útil para la sociedad a través del «esclarecimiento documentado de los puntos difíciles o dudosos de la historia americana, en especial, la de

nuestro país», por ello se ha «constituido automáticamente en alta asamblea consultiva –podría decir, técnica– de los poderes públicos, cuando éstos necesitan acudir en demanda de la autoridad ilustrada de su laborioso menester», por lo cual es «nuestra historia la que está ofreciendo a las gentes de varonía decorosa, esta tierra de la patria intacta colocada como un manjar sellado frente a los anhelos de quienes han hambre de justicia y de paz!».

En «La Ración del Boa», publicada en Caracas por la Empresa El Cojo en 1908, y la cual se encuentra por capítulos en la prestigiosa revista del mismo nombre (El Cojo Ilustrado), Eloy Guillermo González realiza un exhaustivo estudio crítico acerca del impacto económico, social y político de la gesta de independencia. Es un libro sumamente crítico donde importa la búsqueda de los medios por los cuales se consigue la independencia. No es la historia romántica, sesgada y apasionada tendenciosamente. A través de la misma documentación patriota Eloy G. González logra percibir cómo fue concebida la gesta libertaria, por ejemplo cita del Libertador, Simón Bolívar, cuando contesta al Secretario de Estado del gobierno de la Unión en Cúcuta el 8 de abril de 1813, que «por los medios que el opresor de Caracas ha podido subyugar la Confederación, por esos mismos medios, y con mas seguridad que el, me atrevo a redimir a mi patria» y comienza así la campaña venezolana y con ella comienza también «la extorsión, la inclemencia, el furor».

La frase de Bolívar no era banal sino real. Los mismos medios del opresor era la violencia en múltiples manifestaciones, la búsqueda permanente de recursos para costear el pago a los ejércitos, diversas formas de asumir el compromiso. Por eso es claro cuando define el propósito del libro «Yo pretendo mostrar en estas paginas, –con una intención que llamo de Patria–, cuanto ha costado en desastres económicos y en catástrofes morales, el largo, sangriento y complicado movimiento de la independencia nacional; a ver si dentro el alma de mi país palpita la fatalidad suicida de desdeñar la magnitud de la prueba y del sacrificio, para situarse alguna vez, –candorosa o voluntariamente–, en el punto de soportarlos y consumarlos de nuevo…»

Y en este trajín desarrolla un extraordinario esquema de trabajo que debe ser considerado, porque si bien reconstruye en proceso de guerra, conseguido a sangre, fuego y violencia en diferentes formas, también devela la deuda que como estado nacional tenemos con los libertadores, en cuanto creadores de la patria. Quizás por eso este ha sido un libro silenciado. Decir que somos hijos de un choque violento no solo de parte de los realistas sino de los patriotas tuvo ese costo. Y en estos momentos es valedero percibir con otros ojos este proceso que devela Eloy G. González, porque la verdad y los valores se imponen a cualquier intento de manipulación posterior que mediante el silencio que intenta crear falsos históricos.

Conste aquí la fecha 1907-1908, cuando Eloy G. González edita este libro. Luego, cuando otro historiador venezolano como Laureano Vallenilla Lanz, esgrime la tesis de que la Gesta de Independencia en Venezuela fue una Guerra Civil y la propuesta del Gendarme Necesario, es de suponer que debieron compartir ideas en la Caracas de principios del siglo XX.

Surge la pregunta ¿Por qué uno trabajo tan conocido y otro tan silenciado? La suerte de Vallenilla estriba en el uso político de la idea del «Gendarme Necesario» en tiempos de Juan Vicente Gómez; mientras que el libro de Eloy G. González presenta una reconstrucción documentada del proceso, donde el centro de estudio es el sufrimiento de las grandes mayorías oprimidas tanto por uno como por otro bando en batalla. Estas páginas deben ser revisadas con mucho cuidado para comprender los costes de la gesta de independencia y por qué debemos trabajar en su consolidación como herencia sagrada que posibilitó la creación de la patria y de la nación.

Si bien es cierto que *Eloy G. González*, es uno de los historiadores venezolanos más reconocidos a principios del siglo XX, también es quien sistematiza a nivel académico el primer *Curso sobre el folklore* dictado el Instituto Pedagógico Nacional en 1939[24], aunque a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX

[24] Eloy G. González. «*Curso sobre Folklore*» (1939), en: Archivos Venezolanos del Folklore, N° 8, U.C.V. Facultad de Humanidades y Educación, 1967, pp. 179-227.

Arístides Rojas, Tulio Febres Codero, Adolfo Ernst, Teófilo Rodríguez, José E. Machado, entre otros, habían realizado una serie de investigaciones sobre la cultura venezolana. Eloy G. González retoma lo antes escrito, complementa y actualiza hasta formar esta investigación académico-educativo, aun no estudiada en su justa dimensión en la formación de la psicología colectciva, como el mismo lo subtituló.

Años después Juan Liscano trabaja en función de la creación el «Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales», establecido según el decreto Nº 430 del 30 de octubre de 1946 de la Junta de Gobierno, el cual dependía de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, siendo dirigido en sus inicios por el mismo personaje[25] y, a través de este Servicio, tres años después se organizó el denominado «Cursillo sobre el folklore», intitulado formalmente «Planes Preliminares para un servicio de folklore en Venezuela» bajo la égida de Stith Thompson de la Universidad de Bloomington Indiana, U.S.A.[26], donde se inicia la sistematización de la cultura popular tradicional como elemento sustancial de la nacionalidad y, a partir de ese

[25] Juan Liscano. «*Presentación a Panorama del Folklore Venezolano*». Caracas, U.C.V.- Dirección de Cultura Universitaria, 1959, p. 7; y Antolinez, Gilberto: Los ciclos de los dioses. San Felipe, Ediciones La Oruga Luminosa. 1995, p. 46.

[26] Antolinez. *Op. Cit.*, 1995, p. 46. Véase también Thompson, Stiht: «*Planes Prelimianres para un servicio de Folklore en Venezuela*», 1947; en: Archivos Venezolanos del Folklore, N° 8, U.C.V. Facultad de Humanidades y Educación, 1967, pp. 339-362.

momento como forma de conocimiento de nuestras sociedades donde los Estados Unidos como triunfantes de la II Guerra Mundial buscan la hegemonía desde diversas formas de colonialismo y neocolonialismos, para lo cual es fundamental el conocimiento de la cultura de los pueblos colonizados.

En *Al margen de la epopeya* (relatos históricos), cuya primera edición data de 1906, presenta un rico material que intenta la reconstrucción histórica de diversos aspectos de la gesta de independencia, desde el Congreso de 1811, hasta la culminación de la misma. Con una crítica suspicaz, que en algunos aspectos no se puede compartir, como cuando se alude a Simón Rodríguez como un demente, en el capítulo *Don Samuel.* Aunque puede considerarse a Rodríguez como una genialidad creadora. Claro, hay que considerar que para la edición de este libro no se habían encontrado los escritos de don Simón Rodríguez y su juicio se baso en documentos indirectos de la obra de Rodríguez.

En todo caso, inicia el libro partiendo del día del «tumulto nobiliario de abril del año diez», discurso que poco tiene que ver con las tradicionales frases de alabanza vana y muchas veces injustificadas que generalmente se realizan, para intentar comprender cómo «las clases principales de la colonia vienen atisbando la oportunidad para declararse rectoras de los intereses y de la suerte de la propia patria» como parte del destino que se construye para que la «suerte quede echada». Es pues, la conformación de la gesta una parte de la comprensión de cómo

se conforma la patria y la nación venezolana, que forja la gesta de independencia como obra de una élite política y social.

Así Eloy G. González, deshilvana Don Samuel; El más puro, Fernando Peñalver; el carácter del Mariscal; la travesía del Libertador hasta la,

Así Eloy G. González, deshilvana el momento cuando *La suerte queda echada*; nos brinda una visión particular de *Don Samuel*, es decir don Simón Rodríguez; busca la *Encina antigua*; aborda la visión de don Fernando Peñalver a quien denomina *El más puro*; e inicia la visión de Antonio José de Sucre en *Por el hierro y por la sangre* la misma que continúa en *El humor del Mariscal*, abordando *El Cauterío y la Sangría*, hasta después de Ayacucho; llega hasta *La vieja incógnita*; para después ver como se va *Vigorizando al atleta*; buscando la forma del *Asueto del titán*, hasta llevar a *Pativilca*; de allí aborda *El hastío del Libertador* cuya *Tristeza que le lleva a la muerte*, con un *Véspero declinante* que acompaña el *Cortejo troyano*. Estos quince capítulos dan una visión muy particular e interesante de la gesta de independencia que logra la conformación de la nacionalidad venezolana.

***   ****   ****

Por último, queremos dejar constancia de nuestro perenne agradecimiento a diversas personalidades e instituciones. Iniciamos la *Fundación John Boulton*, en Caracas, donde siempre hemos sido atendidos con especial deferencia por quienes allí

laboran, especialmente por: Carmen Michelena y Karelys Reyes, así como Juan José Perdomo Boza, quien pasó luego al Ministerio de Educación Superior Y posteriormente a la embajada de Londres.

En Cojedes iguales manifestaciones de gratitud otorgamos a: Fidelina Segovia, Juvenal Hernández, Julio Rafael Silva Sánchez, Isaías Medina López, Chemir Colina, María Corazón Quintana, Albert Guédez, Andreina Pedroza, Daniel Chirinos, Miletza Rodríaguez, Olga García, Yoselin Zambrano, Isidoro Pérez, Dionicia Palmona, William GArcía y al poeta Miguel Pérez, como presidente del Insituto de Cultura del Estado Cojedes (ICEC) brindó su apoyo solidario.

En Acarigua y Araure a Wilfredo Bolívar y familias, así como a Rosalinda Torres, quienes son incondicionales en su apoyo a mis locuras permanentes, luchando, cual Quijote, contra molinos de viento.

Ellos facilitaron el trabajo que dio como resultado esta nota introductoria para una edición crítica del libro de Eloy Guillermo González, comentado en estas líneas, así el estudio que le acompaña es fruto del esfuerzo colectivo de todos, porque tanto en la consecución de diversos datos para la elaboración de las notas editoriales y la revisión de final, hubo la participación de todos. Los aciertos debénse muchos a ellos más los errores u omisiones deben endosárseme en su totalidad.

DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Este discurso fue pronunciado el 16 de mayo de 1909, con motivo de su recepción pública en la Academia Nacional de la Historia, tomando el sillón que perteneció a Jesús María Manrique. El discurso de contestación correspondió a Marco Antonio Saluzzo.

Eloy Guillermo González

DISCURSO DE RECEPCION ACADEMIA DE LA HISTORIA

Señores:

En el mes de junio de 1857, León Gambetta, para entonces joven de diecinueve años, escribía a su padre: «Nuestras ideas son hijas del pasado doloroso, y están preñadas del porvenir progresivo»[1].

Y en una expresión más ceñidamente científica, nuestro Arcaya escribió en febrero de 1906: «Creemos con el doctor Le Bon (*Lois psicologiques de revolution des peuples*) que detrás de las instituciones, las artes, las creencias y los trastornos políticos de cada pueblo se encuentran determinados caracteres morales e intelectuales, de los que deriva su evolución y que constituyen el alma nacional, por lo menos la base inconsciente del espíritu popular, formada por el lento depósito de los sentimientos que dejaron en herencia las generaciones extinguidas».

«En esas regiones inconscientes del alma, en esos rincones tenebrosos, se agitan en el silencio los muertos. ¡Cuántas revoluciones, cuya explicación se busca en las pasiones fugaces,

[1] NOUVELLE REVUE, 1er. Janvier 1907.

en la voluntad frágil de los vivos, son obra de los muertos silenciosos, es decir, de los instintos hereditarios de la raza…!»[2].

La Academia me impone el deber[3] de leer un discurso sobre un punto de la Historia patria o de América; y, dócil al precepto reglamentario, satisfago de consumo un vehemente deseo de Patria.

Hay, en la historia nacional, un punto de aplicación fecunda: pedir a las cenizas de nuestros muertos un poco de la grandeza por la dignidad, un poco del honor por la gloria, con que ellos desecaron la tierra ensangrentada de la República.

Venid conmigo al panteón que dentro de nosotros mismos llevamos, a interrogar piadosamente, como Edipo guiado por Antígona, los manes de los abuelos yacentes; y dejemos señalado cuál es nuestro propósito de que, con los gestos, con las actitudes, con las palabras de los eximios que fueron, se escriba para las generaciones el breviario del patriotismo, del honor eminente, de la gloria insospechable, que en las albas de la vida, cuando el niño balbuta las primeras enseñanzas, murmure también las primeras plegarias de la excelencia.

Esta obra habría sido complaciente a la discreta caridad del obrero intelectual a quien vengo a suceder en el seno de los académicos de Venezuela.

[2] EL COJO ILUSTRADO, 15 de febrero de 1906. *La evolución política de Venezuela*. Introducción.

[3] ESTATUTOS DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, artículo 20.

EL LIBERTADOR

Yo he mostrado, de pie como lo incorporo Teneraní en su sepulcro, a ese inmenso muerto que bien pronto no cabrá en la historia americana y habrá que trashumarlo a la historia universal. Lo he mostrado soberbio de gallardía guerrera, guiando su ejército; y he hecho desfilar el ejército suyo, «que parece un largo raudal de gloria, que va cantando, por el dorso del continente, un lejano himno triunfal; fúlgido de acero y oro, de púrpura y grana; paramentado con nombres victoriosos en los cuales detona la epopeya: *Rifles, Guías de Apure, Húsares de Colombia, Granaderos a caballo*… Amplios e hinchados de orgullo los pechos sobre cuyas combas tintinan cruces egregias, estampadas con la alta divisa en relieve: *Libertadores de Colombia*… Fogosos e indomables los corceles de pretal poderoso, que han sido cazados por los centauros de Apure, en una batida salvaje de la pampa. Trajeada de azul, volteada de encarnado, botonada de oro, calzada de botín la infantería de línea, ceñida de chaqueta prusiana la tropa ligera; señalados con granadas al collarín los artilleros y con dos castillos la ingeniería; enredados en alamares de seda los dormanes de los dragones, húsares y coraceros… Y el Ejército Libertador ha desfilado, manchando de escarlata los albos flancos de la cordillera; ha flameado en las cumbres, azul y rojo, como un jirón de cielo ensangrentado, y chispeado entre la noche de las hondonadas, como un collar de diamantes sacudidos»[4].

[4] AL MARGEN DE LA EPOPEYA, pág. 59.

Yo he advertido cómo, camino de Ayacucho, va resonando todavía, con breves intervalos de silencio, la voz colérica y despiadada de aquel hombre, que se ve obligado a sostener un combate incomparable con la naturaleza del país peruano y con la índole de sus propios compañeros. A la vera de aquel egregio camino, caprichoso para la impericia, que va trazando la estrategia fulgurante del Mariscal, rumbo a los declives de Quinua, va oyéndose el sordo retumbo de las descargas expiatorias, sin las cuales no llegan al campo de la acción sino destentadas mesnadas turbulentas[5].

Yo lo he presentado profundamente instruido de su medio y de sus hombres, diciendo a los legisladores de 1819: «Haced primero robusto el espíritu de nuestros débiles conciudadanos, no sea que llegue un día en que tomen la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, y la venganza por la justicia»[6].

Yo lo he mostrado ordenando y llevando a efecto los primeros trabajos de la apertura del Canal de Panamá, en enero del año 22[7].

Y puéstolo alto como era él en la admiración del mundo, comparado por Víctor Hugo a Scipión; elegido por la familia de Napoleón para enviarle como Edecán al hijo de Murat, solicitado para amigo por el poderoso Canning, que gobierna la Inglaterra;

[5] *El cauterio y la sangría*, pág. 92.
[6] Id., 112.
[7] Id., 124.

solicitado por Humboldt, que le recuerda su conocimiento en Europa como un honor; agasajado por Bentham, que le dedica sus libros; protector de Lancaster, que funda una escuela en Caracas, bajo sus auspicios; regalado por la familia de Washington, que le envía «las reliquias venerandas del Hijo Primogénito del Nuevo Mundo»; defendido ruidosamente, frente a toda la Europa reaccionaria, por el Arzobispo de Malinas; conceptuado por el Conde de las Cases como «el único digno de recibir el *Memorial* de Santa Elena»; proclamado primer ciudadano del mundo por los oficiales de Rochambeau, Alejandro y Teodoro y Carlos de Lameth, obsequiado por Lord Wilson, compañero de Wellington, con el presente de un hijo ilustre, para que le sirva de Edecán; ensalzado entusiastamente por el poderoso O'Connel; impetrado el honor de su mando por oficiales de Murat y de Ney, como Desmenard; y, cuando calumniado y perseguido, invitado al techo y al hogar de los veteranos de Marengo y Austernitz, como De Laly y Leleux[8]. Caballero y paladín, hablando y escribiendo a las mujeres de la América y a sus admiradoras de París, con la entonación galantísima de los salones de Luis XV; instruido en matemáticas, en lenguas, en clásicos antiguos y modernos, en metafísica, en historia y en jurisprudencia; lector de Helvecio, de Hobbes, de Spinoza, de Montes quien y de Rousseau; hablando francés e italiano con los

[8] Id., 239.

sabios, con los viajeros y con los enviados a la América; parlando inglés con los edecanes, los oficiales y los generales que tiene bajo sus órdenes, O'Leary, O'Connor, Rook, los generales MacGregor y Müller[9].

Presentado en suma, levantándose desde las miserias ordinarias de la humanidad, hasta los vértices, a las veces tormentosos, a las veces serenos de una titánica virilidad; creciendo desde un ambiente de feminilidad, en el regazo de una casta social indolente y sibarítica; prometiendo defraudar, como un degenerado precoz, la ilusión de su familia y la esperanza de su estirpe; y en Europa, la primera vez, calavera, disipado, orgiástico, disoluto, superficial; hiriendo ocultamente, por amoríos cortesanos, a un oficial de la Majestad Católica; fugándose por los Pirineos como un malhechor; buscando camorra a un petimetre de París por la ignorancia de los *Calembours* de un idioma del que todavía no conoce sino el vocabulario de la galantería y los refranes de los salones; y la segunda vez, en el cuarto de Miranda, en Londres, grave, reposado, serio y severo, ocupándose de la más alta cuestión política y mundial de principios del último siglo; trayendo después, a los asuntos y a la guerra de la América, todos los vicios y todas las virtudes de su linaje, de su educación, de su concepto; y dejando para siempre, –en la naturaleza social de un pueblo cuya existencia vuelca y revuelca con su espada de

[9] Id., 166.

caudillo y con su cetro de dictador–, la impregnación imborrable de las condiciones y de los defectos que lo hicieron capaz para su obra, e incapaz para evitar el derrumbe y la catástrofe. El más alto hombre, el más fuerte producto de la naturaleza social venezolana, lo mismo cuando escribe a Manuelita Sáenz cartas de amor como un muchachuelo atolondrado; lo mismo cuando desconcierta a la sociedad de Lima con sus campañas byronescas; que cuando aparece solemne y augusto en medio del silencio de los Congresos, y cuando abandona a la discreción de Sucre el último azar de la Independencia, que cuando se apresta para llevar su presencia turbadora a Cuba, Puerto Rico y a Filipinas[10]. Alto, magnifico e ignoto, aun en la tarde melancólica, cuando declina como un Véspero muriente, diciendo: «Mi época es de catástrofes: todo nace y muere a mi vista, como si fuese relámpago; todo no hace más que pasar, ¡y necio de mí si me lisonjease de quedar de pie firme, en medio de tales convulsiones, en medio de tantas ruinas, en medio del trastorno moral del Universo! No, no puede ser; ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes de que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mi uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no

[10] Id., 107.

guarecerme de ella. Bonaparte, Castlereagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Itúrbide, San Martín, O'Higgins, Riva-Agüero, y la Francia, en fin; todo cae derribado, o por la infamia, o por el infortunio, ¿y yo de pie? No puede ser: debo caer»[11].

FORJA DE GRANDES

Decid. ¿No es cierto que podrían explotarse excelsamente en este punto, la historia nacional, para escribir a las generaciones que van a vivir un breviario de patriotismo, de honor eminente, de gloria insospechable? Los pueblos que educan para la suma dignidad, ponen en manos de sus niños estos epítomes del decoro orgulloso. Permitid que os recuerde que en las más remotas aldeas del gran país de patriotismo que es la Francia, los futuros ciudadanos se nutren de relatos infantiles semejantes a los que de seguidas reinserto para ejemplos:

Cuando circuló en el Louvre la noticia del asesinato de Enrique IV, Sillery, Jeanin y Villeroi, los tres ministros ligados contra Sully, acudieron cerca de la reina. Esta, al verlos, exclamó: «El rey ha muerto!» –*«Os equivocáis, señora,* replicó Sillery, *en Francia el rey no muere*!»[12].

El abate Maury, el defensor encarnizado y audaz de las instituciones del pasado, tenía, más que cualquiera otro hombre,

[11] *Carta al General Santander*, Pativilca, 23 de enero de 1824.
[12] Charles Rozzan, *Petites ignorantes historiques et littéraires*, pág. 77.

la intrepidez de la lengua. Una de sus réplicas más felices fue la que dio a Regnault de Saint-Jean-d'Angely, cuando a éste ocurrió decirle: «¿Creéis que valéis mucho?». El sarcástico abate le contestó, mirándole: «*Muy poco cuando me considero, muy mucho cuando me comparo*»[13].

Aquel enrique Le Rochejaquelein apenas contaba dieciséis años en la época de la Revolución. La Vendea realista e indómita lo elige para acaudillar su primera insurrección; la mayor parte de aquellos bravos montañeses carecían de armas. El joven jefe realista no podía contar sino con el denuedo de sus diez mil vendeanos; en el momento en que por primera vez va a combatir, les dice, para enardecerlos: «No soy sino un niño, pero mi valor me hará digno de mandaros. *Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme*»[14]. Por las cuales palabras, Trajano resucitaba en Vendea, cuando el grande emperador, al entregar al pretor una espada, le dijo: *«Recibid esta espada, y servíos de ella bajo mis reinado, o para defender en mí o un príncipe justo, o para castigar en mí a un tirano».*

Aquel intrépido Junot, nacido para ser compañero de Napoleón, siendo simple sargento en el sitio de Tolón, tocóle escribir una carta bajo el dictado de Bonaparte, su jefe de batallón. Apenas había concluido, cuando una bala de cañón la cubrió de tierra, «Bien dijo Jonot sin pestañear, ya no necesitaremos

[13] Id., 185.
[14] Id., 414.

arenilla». Desde ese día, el joven jefe y el joven soldado se comprendieron. Fue ese Junot quien, creado Duque de Abrantes, nacido en la clase media, contestó a los que le hablaban de las prevenciones de la antigua nobleza de Francia: «*La única diferencia que existe entre ellos y yo, es que ellos son descendientes y yo soy antepasado*»[15].

Y cuando, esos niños se tornan ciudadanos, en las horas en que el hombre está solo consigo mismo frente al silencio, esas palabras tararean espontáneamente en sus memorias, a compás de los versos enardecientes que también de niños aprendieron, como el de *Polifonte*, de Voltaire:

Quien sirve bien a su país, no necesita de antepasados.

LOS LIBERTADORES

Hay densa substancia de este altísimo orgullo sagrado, en la historia de Venezuela.

Pensad en Sucre, el gran Mariscal. Desde el comienzo de aquella admirable campaña de los Andes peruanos, que Bolívar llamó divina, «el general Sucre tenía órdenes positivas de su gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; ésta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de

[15] Id., 584.

apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con una suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias»[16].

Ese comportamiento dio motivo a que Riva-Agüero lo calumniase atrozmente: lo supusiese agente de la ambición del Libertador y ocasionase que lo presentara el Secretario de la Guerra, ante los pueblos de Colombia, como un jefe nulo e incapaz, en la relación o memoria de su despacho. El general Sucre contesta, como sólo sabía hacerlo, con una dignidad infinita y con una suprema autoridad, el Gran Mariscal de Ayacucho: «He dicho a Ud., le escribe a Bolívar, cuánto esta relación, tomada en su verdadero sentido, hacia un ultraje a mi conducta militar fuera del servicio activo, hasta vindicarme ante mis paisanos.

«Forzado, entre tanto, en la dura alternativa de seguir los consejos de mi honor, o de acompañarlo a Ud. bajo cualquier concepto, he sido arrastrado maquinalmente sin resolver nada por mi razón, prefiriendo el triste papel de la nulidad en que estoy, a tomar ninguna representación conservándola manchada. A no ser por Ud. personalmente, yo hubiera pensado arrostrar todo lo que se quisiera disponer de mí, más bien que ponerme al frente de los colombianos como un militar insultado

[16] *Resumen sucinto de la vida del General Sucre*, escrito por el Libertador, Lima, 1825.

tranquilamente. Pero es preciso hacer justicia, y me propongo recibirla de Ud. Si yo tomara un servicio activo, dirigiendo soldados que siempre han merecido la victoria, y llevando a la vez el bochorno que tengo, mis compatriotas y Ud. mismo me considerarían como un general dispuesto a sufrir todo por conservar su uniforme y su empleo; y yo confieso que no mandaría con confianza estas tropas, que habiendo notado mi vergüenza, deben esperar mi vindicación…»

«Mi corazón lucha ahora mismo entre mi obediencia, entre la gratitud a las distinciones con que Ud. me ha honrado, y entre el justo amor a la estimación de mis paisanos: en tal conflicto, mi General, me aventuro a implorar de Ud. que me permita continuar acompañándolo en mi estado pasivo y batiéndome como un soldado en cualquiera ocasión en que se comprometan nuestras armas, mientras Ud. me concede la oportunidad de presentarme al Gobierno de Colombia, para justificarme»[17].

Bolívar conocía la inmensidad de la egregia delicadeza de Sucre. Le dio satisfacciones, que si bien confundieron en gratitud al Mariscal, no fue en tanto grado como para que dejase de ratificarse: «Por mostrar mi gratitud a Ud. haré siempre cualquier sacrificio; pero estoy determinado a poner término a mi carrera, por no sufrir jamás otro bochorno»[18].

[17] *Carta a Bolívar*, Marca, a 20 de diciembre de 1823.
[18] Id., Huraz, 30 de noviembre de 1823.

Yo no me fatigo contemplando esta excelsa figura del hombre de Pichincha. Un día, él aboga noblemente, –única vez– por un deudo suyo: Bolívar rehúsa complacerlo: Sucre vuelve dignísimamente por los fueros que le son debidos: «Si mal no me acuerdo, le replica al Libertador, creo que jamás he molestado a usted por empleos para mi familia…. En cuanto a mí, permita usted decirle que jamás lo he molestado, ni para contentarme, ni para meterme en el buen camino…»[19].

Otro día le calumnian con respecto a su comportamiento con el General Santander. «Mi conducta es clara como la luz, contesta el Mariscal, y mi alma está formada por mis principios, y estos por mi educación. *No ha sido necesaria la revolución para sacarme del lodo, ni mi carrera está formada por intrigas ni por circunstancias, sino por servicios positivos, y por una conducta que, con la cabeza erguida, sostengo que es intachable»*[20].

Otro día, el General Flores, y los propios compañeros de armas del Mariscal, que gobiernan en Quito, imponen una contribución, ausente el General Sucre, a su esposa, la marquesa de Solanda. Cuando llega a la capital el que viene de triunfar en Ayacucho y de fundar una nueva nación, protesta fieramente: «Yo pensaba y pienso que mis propiedades no están al nivel de las de cualquier otro ciudadano. Consagrado desde los quince años al servicio de la Patria, y habiendo por fin quedado medio

[19] Id., Quito, 7 de octubre de 1829.
[20] Id., Quito, 20 de octubre de 1828.

inválido, sin otro medio seguro de subsistir que la merced de mi mujer, parecía indudable que yo debía contar con que los medios de ésta para mantenerme, serían sagrados a la vista del Gobierno, de sus funcionarios, y más y más, y más a la de mis compañeros que ejercen el poder. Mucho se corrobora esta aserción, si se atiende que, cediendo yo mis sueldos, concurro más que nadie en el Sur a los gastos públicos; y que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país, dan tanto como yo para el sostén del ejército… Se falta a toda consideración a mi mujer estando yo ausente, en momentos en que su situación clamaba por respeto y atenciones aun de los más indiferentes, cuando yo estaba herido y corriendo mil riesgos de la vida, por sostener, con los deberes de mi puesto, *el honor de Colombia, la reputación de sus armas, y las glorias del Libertador*. Ningún colombiano se ha hallado en el caso de probar su patriotismo como yo lo he hecho y como yo lo he probado. No he protestado por temor de perder bienes de fortuna, que se obtienen y se pierden, sino por reclamar consideraciones que merezco, y que, *con sólo la excepción del Libertador, merezco justamente como el que más de los colombianos*»[21].

Pensad en Urdaneta. ¿Hay alguien más ilustre que él en la historia de Colombia? Desde el año 10, su alta y apuesta figura de estratega pasa majestuosamente a lo largo de los más aguerridos ejércitos de la América combatiente. El tuvo la astucia

[21] *Al General Juan José Flores*, Quito, a 27 de octubre de 1821.

de Arismendi, el ímpetu de Bermúdez, la gallardía de Mariño, de Monagas el valor, la bizarría de Montilla, la bravura de Páez, la constancia de Salom, la cultura de Santander, comprendiéndolos a todos en él, le dio el calificativo de BRILLANTE[22]. Veinte batallas campales coronan sus sienes con vibrantes laureles; nueve plazas sitiadas le contemplan invulnerable, dentro o fuera de sus recintos, al pie de muros que humean metralla; pero Valencia es su Numancia, defendiéndola, según la orden del Libertador, «hasta vencer o morir»; se sienta en congresos admirables, con un decoro tan elevado y con una tan ilustrada conciencia de conscripto, que está en ellos a la altura de las prerrogativas de Roscio y de Peñalver; y, muerto Sucre antes de una elección indisputable, es para él primero entre los Libertadores supervivientes, el sitial eminente de la Presidencia de la Gran Colombia, huérfana del Libertador.

Uno de vosotros ha dicho de él, hermosamente: «Urdaneta es el atleta de bronce de Corinto, fundido en el molde de los héroes antiguos. Dicen que cuando Mummius quemó a Corinto, se fundieron al calor del fuego de oro, la plata y el bronce, y corrieron líquidos por las calles y plazas: de esa amalgama se formó el bronce de Corinto que sirvió para las estatuas de los dioses superiores. La Providencia fundió el talento militar, el

[22] *Dic. Vigo. de Scapeta y Vergara.*

valor y las virtudes cívicas, y formó esa efigie moral que se destaca entre arcos de luz en los horizontes de Colombia»[23].

Pensad en ese períclito cuando comienza la gran guerra. Las mezquinas emulaciones de Castillo en la Nueva Granada, arrastrando detrás de sí a todos los envidiosos y a todos los cobardes, ponen en inminente riesgo de fracaso la primera expedición libertadora de Venezuela. En momentos en que el miedo y la ruindad aclaran sus escuetas filas, Urdaneta escribe a Bolívar esta esquela inmortal: *General, si con dos hombres basta para emancipar la Patria, pronto estoy a acompañar a Ud.*[24].

Pensad en Salom. «Su vida, repito ahora, está total y uniformemente plena de una enseñanza heroica de hombre, de ciudadano, y de soldado… Jamás una queja en los labios de aquel decano de la guerra; jamás una observación en el servicio de aquel perpetuo conscripto, bajo la enseñanza de jefes inquietantes como el vencedor de San Félix, o de terribles jefes como el adversario de Cerveris… Ese hombre posee en su legajo de credenciales las letras expedidas por Mac Gregor en Barcelona, en septiembre del año 16, confiriéndole la medalla del valor y de la constancia, «por la marcha intrépida y gloriosa verificada por entre los enemigos, desde la costa de Ocumare hasta las llanuras del Orinoco», y el escudo orlado de palmas y laureles, con la

[23] L. Villanueva, párrafo de la *Meseniana al General José Laurencio Silva*, Marzo de 1873.
[24] MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY, *campaña* de 1813.

enseña: *Vencedor en el Alacrán*, «monumento inmortal de su heroico valor»; ese hombre ha combatido desde Caracas hasta Bogotá, de Bogotá hasta Quito, de Quito hasta Lima, y, dos años después de Ayacucho, cuando ya todos los libertadores toman descanso, –tendidos sobre gavillas de laureles, bajo frondas de encinares–, arrulla él todavía su siesta de leones, con el remoto tronar de sus metrallas infatigables, fervorizando el oleaje del mar Pacífico; y es el último que enfunda su espada, sobre la ruinas humeantes del Callao, vencido... Un día de noviembre del año 25, sabe el Libertador que, el 7 de agosto, Salom ha reunido a todos los oficiales que bajo sus órdenes asedian las fortalezas y los han convidado para que lo acompañen a celebrar, bajo los fuegos enemigos, los días de Boyacá y de Junín. Bolívar le escribe aquella carta que contiene esta congratulación: «¡Dichoso vos, General, que habéis presidido un festín digno de los campos Troyanos!»[25].

Pensad en Heres. Yo he dicho casi toda la vida de ese dálmata, de ese ligio de la Independencia, por cuyas venas discurría un chorro fervoroso de sangre celtibera, densa y mordente; porque casi toda su vida es un incesante ejercicio de energía, de formalidad, de inmanencia… No tiene, por supuesto, la altura incomparable y pulquérrima de Urdaneta, ni la inteligencia reposada y sobria de Briceño Méndez, ni la gentil

[25] Plata, 11 de noviembre de 1825.

gallardía de O'Leary, ni la silenciosa lealtad inviolable de José Gabriel Pérez. Pero tiene tanta pasión como Bolívar mismo, tanto esmero como Sucre; tan valeroso como el que más enérgico como pocos, más vehemente que todos. Y una noción eximia, exquisita, cuidadosa, del deber, virtud de su propia naturaleza y primordial enseñanza de sus primeros recios profesores, los españoles de aquel tiempo[26]. En la misma oportunidad lo he presentado llegando a Lima, a la cabeza de *Numancia*. «Una atmósfera de aparente cariño rodea a los colombianos: desde el Gobierno al último pueblo, una sola expresión de fraternidad saluda a los gallardos y petulantes oficiales del Orinoco, del Magdalena y del Guayas. Sólo Heres va de su oficina del Estado Mayor a los despachos del gobierno, hosco y adusto. Sólo Sucre, atraviesa severo, silencioso e impenetrable aquellas calles, junto con las de Caracas, las más risueñas de la América, con la luz de los ojos de sus mujeres, y con la sonrisa de las miradas de su cielo. Los hombres y las mujeres miran con sorpresa y desazón al antiguo jefe de las avanzadas de Valdez; los hombres y las mujeres miran con respeto y con interés al jefe adolescente de los tercios de Colombia».

LA PATRIA Y LA GLORIA

Pensad en todos los perínclitos y en todos los ilustres que bullen en el cuadro glorioso de nuestro Estado Mayor Libertador.

[26] EL VISIR DE LOS LIBERTADORES.

Ellos son los arquitectos de nuestra gloria y los creadores de nuestra patria. Enseñemos a nuestras generaciones patria y gloria. En ésta se aprende aquélla. Eduquemos en el espíritu de nuestros conciudadanos esa exquisita sensibilidad que según Maurice Barrés, hace que «nada se parezca más a las emociones del amor, que la emulación de los que saben sentir los prestigios de la superioridad». El maestro invoca el testimonio de los que aman: «Miradas ardientes y circuidas de negro, corazones tumultuosos de veinte años, que soñáis, poetas ilustres, capitanes, amantes y aventureros señalados por la gloria, me sois testigos de que ella es *lo que no muere*. Cuando yo tenía diez y nueve años y vi al gran Víctor Hugo todo trémulo de ancianidad, deseé tener sus ochenta años y gustosamente, para vivir sus breves últimas horas de gloria, habría dado yo los anchos horizontes abiertos delante de mí…»[27]

Hagamos en nuestras generaciones el amor de nuestra gloria, para que ésta engendre el amor de nuestra patria y aprendan a medir la infinita distancia moral que separa a la *patria* del *país*. Este, productor de bienes materiales, «de todo cuanto hace la vida cómoda; aquélla, madre de las abnegaciones y de los heroísmos, de todo cuanto hace la vida noble»[28].

[27] LES ANNALES POLITIQUES ET LITERAIRES, *Sur la gloire*, 19 noviembre 1905.
[28] Id., Francisque Sarcey*, Le pays et la patrie.*

CONCLUSIÓN

Si no os sentís abrumados por esta densa provisión de gloria que dentro de nosotros mismos traemos en la sangre de nuestros abuelos, estaréis, sin duda, fatigados por este largo ejercicio de tribuna. Debo concluir.

Señores Académicos:

Permitid que os exprese mi reconocimiento con las palabras que sirvieron a M. Paúl Deschaner para saludar a M. Ribot, en su recepción en la Academia francesa:

«Un filósofo escéptico, hablando de los estadistas y de los oradores en la Academia, decía: Es bien que haya en alguna parte un sitio tranquilo, en donde los hombres que se han distinguido, bajo colores diversos, en servicio de su país, puedan venir a olvidar en la comunión del estudio sus fatigas y sus luchas.

«Y se complacía en representarse a esos oradores, sosegados; a esos diplomáticos, de vuelta de sus viajes; a esos políticos, exentos de sus ilusiones, cambiando, sin rencor y sin pesares, impresiones desinteresadas, como las sombras que, en los diálogos de Fenelón, conversaban suavemente sobre los céspedes del Elíseo»[29].

Tampoco vuestra Asamblea cede en nada, ni por el talento, ni por la alteza, ni por la gloria, a las más ilustres que rememora la historia de la República.

[29] Id., Academie francaise, 23 décembre 1908.

EN EL CENTENARIO DE RAFAEL MARIA BARALT

Discurso en la «Sesión solemne de las Academias», con motivo de cumplirse el primer centenario del nacimiento de Rafael María Baralt.

Eloy Guillermo González

EN EL CENTENARIO DE RAFAEL MARIA BARALT

(1910)

La Academia Venezolana. Correspondiente de la Real Española, ha tomado, justa y legítimamente, la iniciativa para celebrar el primer centenario del nacimiento de D. Rafael María Baralt.

Justa y legítima la iniciativa, porque Baralt fue, primero que todo, y especialmente, un maestro de la lengua. En sus ejercicios de colegial, en el *bufete* burocrático, en su libro de historia, en los artículos de periódico, en el discurso de la Academia Española, –¡naturalmente! – triunfa siempre el purista de la lengua.

Fue también, después de José Domingo Díaz, de Yánez y de Montenegro, el más nombrado historiador de Venezuela, y a este título, la Academia Nacional de la Historia ha debido tomar una necesaria participación en este homenaje.

No es de la competencia de un individuo de esta última Academia juzgar la obra histórica de Baralt en el mérito más saliente que ella posee; como un libro clásico, dechado de buen decir.

Pero si es la hora de un deber, que no será, por cierto, el más joven de los académicos de la Historia Nacional, quien venga a rehuirlo, ni a atenuar su cumplimiento.

Es la hora en que deben ser examinadas la época, las circunstancias, las condiciones en que Baralt escribió su libro, los efectos que él produjo y la calidad de su contenido histórico.

Las comisiones corográfica e histórica de Venezuela, digamos, el coronel Codazzi, Dr. Rafael María Baralt y D. Ramón Díaz Flores, encargados por el Gobierno para hacer editar en el extranjero los volúmenes de la *Geografía* acompañada del *Atlas y del Mapa* y el *Resumen* de la *historia antigua y moderna,* salieron para Europa el año 1839, bajo la segunda Presidencia del general Páez.

A pesar de los ensayos ilustres que de una política verdaderamente liberal habían realizado en el Poder civilistas perínclitos, como los doctores Vargas y Narvarte y los generales Carreño y Soublette; a pesar de que habían ganado pronto grande opinión los sentimientos de la famosa Exposición de Lander, de la cual se recordaban conceptos como los que siguen: «Es perjudicial, es feroz que nos transformemos hoy en jueces implacables y sanguinarios, nosotros que tantas razones tenemos para compadecer a los revolucionarios, temerarios y contumaces; nosotros que podemos llamarnos una sociedad de cómplices, si las revoluciones son crímenes por ser revoluciones»; a pesar de que Páez, sabiendo que en el país no existía una influencia más poderosa que su influencia, –y acaso porque lo sabía –, se había

mostrado generoso con los errores de 1831, y con la reincidencia de 1835, el partido paecista palpitaba bajo los espasmos de los febriles enconos con que lo habían sacudido desde su origen los espíritus implacables de Miguel Peña y de Ángel Quintero; este partido personal e intolerante, no quería ver en el Presidente del 39 al *Ciudadano Esclarecido*, sino poseer en él al *León de Payara*, a quien Baralt pintaba en San Juan superior al coracero de Mucuritas y el divisionario de Carabobo.

Bajo tales impresiones se había alejado nuestro historiador de Venezuela: bajo tales impresiones había trazado el plan de su libro; y aunque se propuso realizarlo en oposición al aforismo de Voltaire, *–al muerto la verdad y miramiento al vivo–*, dícese que sugestiones de algunos amigos lo indujeron a invertir los términos de su intención.

Ello es que Baralt, faltando a su honrado propósito primitivo, había denominado *motín* la revolución de las Reformas; había calificado de fantástica la jefatura de Mariño: había subrayado a los Briceño y a los Ibarra como sobrinos y protegidos, respectivamente, del Libertador: había recordado a Carujo la noche de septiembre de 1828: había dicho que el resto de los militares revolucionarios era de *dudosa reputación*; y que todos eran «hombres de principios contradictorios, si principios pueden llamarse aquellas reglas de conducta que varían según el interés del momento».

Pero durante la ausencia de Baralt, Páez vuelve a ser el Presidente del civilismo; y el señor Guzmán, de panegirista del magistrado de 1839, cuando escribe que la firmeza de Páez fue la que consumó la obra de la independencia de Venezuela y las que nos salvó en todos los campos de batalla, hasta San Juan de Payara; de panegirista de aquel magistrado en 1840, cuando le dice en su periódico que la mayoría de los ciudadanos cree que conviene que Páez tenga un gran poder, para que lo use en sostén de los principios y leyes de Venezuela; el señor Guzmán va tornándose versátil y audaz, –bajo el respeto del magistrado a la ley–, y para el año 41 le dice al mismo Páez que el pueblo ve recompensados sus servicios de una manera superabundante y que las artes de Páez lo mantienen perdurablemente en el mando supremo: –«Es hastío, señor, es saciedad lo que siente Venezuela por vuestro engrandecimiento».

El señor Guzmán, de simple redactor elegido de *El Venezolano*, va suplantando en el ánimo popular los nombres y la autoridad moral de los liberales egregios: el marqués del Toro, Sanabria, Manuel Felipe de Tovar, Julián García, Casiano Santana, Valentín Espinal. La prensa va degradando paulatinamente el tono nobilísimo y el lenguaje culto, se mancilla con expresiones carbonarias y reticencias demagógicas y deriva de aquella serena altura en que habían sabido mantenerla Lander y los Briceño, Aranda y José María de Rojas; de manera que ya para 1842, la oposición, ardiente y audaz, invade el alma de la turba, como

una violenta histeria colectiva, y abre camino, campo e influencia a los antiguos corifeos del Reformismo.

Ese año de 1842 regresaba Baralt a Venezuela, con su libro, cuando ya se ha transformado el semblante de las cosas y es otra la actitud de los hombres, bajo la Presidencia de Soublette.

¿Qué es este nuevo magistrado?

Yo lo he dicho en alguna parte: «Cultísimo, instruido, moderado, circunspecto; militar, diplomático y hacendista. Sólo la pasión política, en un tiempo en que ya no se sabía lo que era genuinamente ilustre en la patria, sólo la pasión demoledora del ajeno mérito, podía hacer de Soublette una víctima del oprobio y un objeto de vilipendio».

Y, ampliando, el doctor Gil Fortoul ha escrito, del presidente del 42: –«Hombre impasible, instruido y probo; creyente fervoroso en la virtud de la ley para mantener por si sola el orden y la paz; enamorado de un ideal de República donde los ciudadanos mismos fueran los competentes defensores de sus derechos y los mejores jueces de sus deberes… espíritu liberal si los hubo, en el concepto clásico; discípulo efectivamente de la escuela liberal inglesa de *non-intervention*, Soublette aspira a que funcionen sin traba alguna todos los órganos de la opinión pública, a que sea libre la prensa, libre el jurado de imprenta, independiente el congreso, independiente el Poder Judicial…»

«Los periódicos derraman sobre su nombre dicterios y calumnias; él no rompe el silencio de su honradez y juzga indigno

responder al insulto. Los mismos periódicos llegan en un momento de delirio a acusarle, a él, no menos insospechable que el doctor Vargas, de apropiarse las rentas públicas; cuando termina su período presidencial, vende su casa de habitación para pagar deudas que la insuficiencia del sueldo le obligara a contraer en el Gobierno, y como esto no bastase para satisfacer a sus acreedores y se retardase la venta de unas cabezas de ganado que constituían lo mejor de su fortuna, un acreedor le demanda en juicio; el abogado de Soublette, sin consultarle, pide espera; Soublette le desautoriza, diciendo que su nombre no ha de asociarse a una ley que cree inicua; vende su ganado a diez reales cabeza, y se queda pobre y muere pobre».

Bajo el gobierno de semejante magistrado, y en el fervor de la oposición, circuló el libro de Baralt. «Descontentó lo mismo al Gobierno que a la oposición».

Se explica. En aquel historiador faltaba un hombre denodado para el encargo que había recibido. Leve en su libro, cuando debía ser severo; estricto y exigente cuando debía ser tolerante y magnánimo, su falta consistió en no haber sido consecuente con sus propios sentimientos; en haber contradicho en su libro los propósitos de su introducción; y en haber olvidado que cuando no se es inexorable con la soberbia poderosa, los delincuentes suponen que la vindicta es venganza, que la verdad es vilipendio, que la acusación es calumnia, que la justicia es

injuria, y que los tributos a la humanidad son abdicaciones del ánimo.

Además, el historiador que había alzado un himno al silencioso Payara, por sobre el estrépito del Yagual y el tronar de Carabobo; el historiador que había establecido como criterio que «los trabajos de la paz no dan materia a la historia», quedaba obligado a mesura y cautela, cuando no provisto todavía de suficientes elementos de juicio y de prueba, tratara asuntos medulares de la historia colombiana, tan graves y tan arduos como la varia actitud del Vicepresidente Santander, rigiendo a la Nación, o combatiendo al Libertador; como el complicado proceso de la propuesta de Monarquía; como la interesantísima cuestión político-constitucional de la Convención de Ocaña; como la delicada situación en que venían tropezándose el alma granadina y el alma venezolana y que llegó a su crisis en la presidencia de Mosquera y bajo la interinaria de Caicedo; como las causas que produjeron el gobierno de hecho de Urdaneta y la dictadura de Bolívar.

Y a pesar de todo, Baralt es el primer historiador de Venezuela que se acuerda de que las circunstancias morales y sociales de un pueblo proceden de su clima, de su situación geográfica, de la naturaleza de sus producciones, tanto como de sus leyes y de su gobierno; esto es, del ambiente y del antecedente. Acaso porque Baralt fue siempre mejor critico que historiador, aparece en su libro el comentarista superior al narrador.

Compárense las alternativas de los 14 capítulos de descripción de los sucesos de la conquista y de la colonia, con la firmeza y la seguridad de los 8 de exposición del último período. Cuando el historiador deja de ser literato, puede decir, hablando de la situación de 1813: «Un partido vencido y castigado con oprobio e injusticia, no se acaba: es preciso perdonarlo o destruirlo; ésta es la constante lección de la experiencia»; como pudo decir, refiriéndose al estado social de la Colonia: «Es la vanidad vicio de los pueblos regidos por gobiernos absolutos, efecto de la posición personal más que del carácter; pues allí donde hay distinciones no merecidas existe siempre y con su ostentación se consuelan los que no pueden alcanzar los objetos de una noble ambición». Y pudo sintetizar la situación general de la misma Colonia en estas dos líneas: «Allí, en medio de la severidad y opresión del régimen colonial, jamás se vieron turbas hambrientas pidiendo pan a la sociedad, convertida en patrimonio de los poderosos».

Si en tiempo de Baralt, el Pirineo no alejara tanto, en muchos sentidos, España de la Francia, habría sido útil al historiador y saludable a la historia que escribía, oír el principio que desde entonces preconizaba Duruy, al hacer el elogio de Sismondi, y que expresaba en esta forma: «Así como en pintura el dibujo es la probidad del arte, la ciencia es la probidad de la historia, porque son menos los hombres quienes han conducido las cosas, que las cosas las que han guiado a los hombres».

De haber sido así, Baralt habría escrito sin sorpresas penosas el párrafo que voy a citar. Refiérase a la llegada del Libertador a Caracas el año 27:

«Desde luego, llegado apenas a Caracas, se vio Bolívar asediado por un partido que deseaba convertirle en instrumento de su propia elevación y de su venganza, contra los autores de una revolución que los había mantenido apartados de los negocios públicos; siendo así que ellos menos eran amigos de la constitución y leyes de Colombia que de la persona del Libertador». Hace constar Baralt cómo desoyó Bolívar las instigaciones de aquel partido, «pero, agrega, traspasando los límites de justa y decorosa imparcialidad, y ansioso por ganarse la buena voluntad de los autores de la revolución de Venezuela, dióles grados y empleos, llenólos de agasajos y atenciones, prefiriólos en todo y para todo a sus propios amigos y a los del gobierno, y colmó la injusticia manifestando a éstos con frecuencia desprecios irritantes; conducta que según la expresión de un contemporáneo, de sus amigos le hizo enemigos, y de sus enemigos hipócritas».

Era que entonces, como casi siempre en la historia, triunfaba el principio de Duruy: las cosas conducían a los hombres.

Pero ya es tiempo de que pronunciemos sobre la obra de Baralt sus propias palabras: dados el temperamento personal y los medios del historiador, *«estámpanse aquellos juicios que desmiente*

y perdona la posteridad, porque son una consecuencia indispensable de las circunstancias y los tiempos».

La Academia Nacional de la Historia, haciéndose cargo de este concepto, se inclina con respeto y con cariño ante la memoria de aquel varón, manso de ánimo, modesto y candoroso, predecesor ilustre en el agrio empeño de escribir los anales de un pueblo, y tan alto y tan sólido en talla literaria, que, rescatando triunfos al infortunio, llega a colocarse, en el seno mismo de la Academia Española, en el inmenso claro luminoso que deja en aquel senado la muerte de Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, a quien Guizot ve como lo más alto de su siglo y a quien uno de sus panegiristas presenta como un retoño del antiguo genio cordobés: otro Lucano, una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de padilla.

EN LA TUMBA DE EDUARDO BLANCO

En el Cementerio General del Sur, el día 31 de enero de 1912, en el acto de la inhumanación de los restos de Don Eduardo Blanco, amigo de su padre y autor de «Venezuela Heroica».

EN LA TUMBA DE EDUARDO BLANCO

Este hombre que acabamos de enterrar, le estuvo haciendo a este país, durante toda su vida, el servicio impagable que le hicieron a la humanidad los profesores de Luis el Grande, educando en Roma y en Atenas a los Camilo Desmoulins, a los Freron y a los Robespierres… Este hombre representó en nuestra pequeña edad gloriosa y en nuestra pequeña República, el papel espiritual que representaron en las postrimerías del siglo XVIII, las influencias de Bruto, de Calón y de Plutarco; y en la Revolución libertadora de la conciencia humana las influencias de Montesquieu y de Juan Jacobo Rousseau. Fue para el patriotismo venezolano, un predicador, que educó generaciones en la altivez de la República sin abyecciones y en el sagrado ideal de hacernos irreconciliables con todos aquellos que se mostrasen, en sus acciones como en sus palabras, enemigos del amor indomable a la libertad y a la Patria.

Los que contamos los años de la mitad de su edad y que a la vez estamos haciendo un grande esfuerzo por que sean copiados los rasgos heroicos de alguna personalidad nacional que se vincule al parentesco de los Bolívar y de los Páez, le debemos a este hombre la misma gratitud, el mismo

reconocimiento y el mismo recuerdo cariñoso que los actuales exploradores del África incognoscible les deben a los Stein, a los Liwingston, a todos los que fueron delante de ellos, abriendo picas a la Ciencia, al Progreso y a la Civilización. Siquiera él tomó en su mano la amplia y sonante bandera de los lirismos exultantes; siquiera él tradujo en huracanes de llanura y de montaña los viejos exámetros de Homero, para suscitar en el sueño de una raza aletargada por la resistencia de 500 años, de despotismos espirituales y corporales, el incurable entusiasmo de los colores y de los sonidos, para ponernos en pie la materia viviente y palpitante en cuyas fibras y en cuyas entrañas venimos a buscar nosotros el misterio de la cuna de nuestros abuelos y los datos problemáticos del porvenir de nuestros descendientes. A este hombre le debemos tantas nociones de Patria como él las debió al mugiente retumbar de los cañones de *Puerto Cabello* y al fulgente resplandor de las lanzas del *Yagual*. Todavía quedan, gracias a él, en nuestras remotas llanuras y en nuestras recónditas montañas, quienes leyéndolo, se crean capaces para, llegada la ocasión, realizar el imposible de *Las Queseras*, el portento del *Pantano de Vargas*, y subiendo grados de conciencia heroica, el alarde de *Ayacucho*.

Tiene todavía otro titulo al respeto y al cariño de las generaciones actuantes y presentes: nacido en una edad honorable y honesta para la República, asistente a una escuela de hombres y de cosas que fueron decoro privado y público,

navegante en los mares procelosos de nuestras estrechas pero férvidas agitaciones sociales y políticas, tuvo la caridad, tuvo la generosidad, tuvo la valentía necesaria para decirnos, con su egregio gesto patricio, como enseñaba San Justino a sus discípulos: –«Nosotros ya no combatimos, porque sabemos lo que vale el poder de un día». Y era de oírlo, frente a su prestancia de estatua de mármol, vigorosa y soberbia, de cuál manera dignísima hablaban los grandes como Páez a los subalternos como él que era su edecán; y de qué manera, cariñosamente admirable, hablaban los eminentes como Bruzual, Presidente de la República, a los adversarios como él, que era su hermano en juventud, en congojas, en ansiedades, y en un naufragio común de las esperanzas republicanas.

Venezolanos!

Si alguna vez las palmas que se deponen sobre las tumbas consagradas por la admiración popular, no tendrán por qué preguntarle al viajero, como en la antigua Bizancio: «¿A qué me visitas?» será en esta vez: porque estas palmas no se parecerán nunca jamás por siempre a ese boscaje inelocuente de ramas más o menos silvestres que la discutible admiración de una hora ha depositado sobre las tumbas de muertos en legión, destinados a vivir desde su cuna lo que ha debido permitir el interés de un día de esperanza y de transacción.

Despidámonos de este sitio y de estos despojos con las palabras del piadoso Rey de los Caminos y de las Empresas:

–Tuya es la misericordia, Señor, porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

Discurso de Orden pronunciado en la sesión solemne de la Academia de la Historia, en la noche del 21 de Diciembre de 1930, con ocasión de cumplirse el primer centenario de la muerte del Libertador celebrada en el Teatro Nacional. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, octubre-diciembre de 1930.

Eloy Guillermo González

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

En esta ocasión, única por la intensidad de su significado histórico, no podría presentarme ante vosotros solo, como en tantas otras pasadas, llamando con mi exclusiva palabra a las puertas de un sepulcro augusto, para interrogar, como Edipo, a los destinos de América; y he pedido a otro libertador, al apóstol Martí, que me traiga de su mano, para que sea él quien comience a explicaros como se debe hablar del Máximo.

«En calma no se pude hablar de aquel que no vivió jamás en ella: de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua, en cierta especie de hombres, el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso, ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y el fulgor de aquella frente, cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia». Pero

cuanto dijéramos, y aún lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres, puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo, porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fue la colombiana de saya y cotón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes, que sacó a pelear a 20.000 hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado, de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes…»; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él: mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza, porque bordó de su oro más fino el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida, por donde iba

la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquél, en realidad, extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el poeta más ligero, barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes de los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le golpeando con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria… Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencantan el Continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de las redención más mundo que ningún

conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la Eternidad y tiene a sus plantas, en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda y por lo que ilumina y abrasa. Hay Senado en el Cielo, y él será, sin duda de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo sol cuajado, y los asientos de la roca de la Creación y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas; y desciende de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos… Y muere él en Santa María, del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de una bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud, en los instantes de suma angustia o pasajero pudor, en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. Pero así está Bolívar en el ciclo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear,

con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña…: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!»

Cuando él vivía y regía, se sentía sobre el suelo de la América, no tanto el retemblor de las pisadas de su caballo, cuanto la palpitación de las creaciones, de cuyo arranque nacía el amplio aliento que soplaba sobre las banderas de Colombia, como un viento orgulloso de dignidad nacional. Porque aquel gran señor de la vida heroica, fue a la par profesor alerta de altísimo decoro privado y público. Es una mujer, Juana de América, quien acierta a decir que en cualquier momento pudo sorprendérsele en actitud estatuaria, como que era su natural actitud de comparecencia ante los mundos y ante los siglos. Cuán infatigable función de enseñanza de gallardía, desde el porte hidalgo hasta la exultación en las victorias! Don Juan Montalvo, gran pincel de Majestades, se ensimisma contemplándole, «Gran hombre de a caballo don Simón, pues verle en su Frontino, un Rugero. A pie y en el Consejo:

Augusto in volto a in sermón sonoro,

como Godolfredo de Bullón. Es realmente majestuoso cuando adelanta al encuentro del general español, a resolver con él en San Ana las cosas de la paz o de la guerra. Escisión no es más interesante cuando acude a su avistamiento con Masinisa, según nos lo describe Tito Livio, elevado, erguido, blanco, flotando sobre los hombros la rubia cabellera. Bolívar no era

blanco, más aún de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de Lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelgan hacia las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene el cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenil conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones; las Musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada que de ninguna manera pase a brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy advenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. La familiaridad engendra el desprecio, dicen. Hombre que supo todo, no pudo ignorar las máximas de la Filosofía. Más nunca tomó el orgullo y el silencio por partes de la autoridad, pues cuando callaban las armas, su buen humor era presagio de nuevos triunfos. Cuéntase que al penetrar en el recinto del Congreso, libertada ya Colombia y constituida la República, entró que parecía entre sobrehumano, por el semblante, el paso, el modo y un aire de superioridad y

misterio, que dio mucho en que se abismasen los próceres allí reunidos. Una obra inmensa llevada a felice; batallas estupendas, triunfos increíbles, proezas del valor y la constancia, y por corona la admiración y el aplauso de millones de hombres, son, en efecto, para comunicar a un héroe ese aspecto maravilloso con que avasalla el alma de los que le miran, agolpándoseles a la memoria los hechos con los cuales ha venido a ser tan superior a todos. «Varón estético» le llamó Rodó, «como se dijo de Platón».

Es inaudita y agria su labor de enseñanza, de todo y a todos; enseñanza de pulitura personal, de cultura, de modales, de práctica ciudadana, de aristocracia de palabras, de nobleza de estilo. Los vistosos uniformes de los Oficiales extranjeros que portan en la Margarita y Angostura desde 1818 le sirven para estímulo y modelo de los rudos y bravíos Oficiales republicanos: hasta aquel año, para los que se han formado bajo los auspicios y ambiente de jefes localistas y parroquiales, o ambiciosos o incomprensivos; para los bruscos, semidesnudos y descalzos soldados de la llanura y de la montaña, el General en jefe del Ejército es, familiar y afectuosamente, el *Viejo*: después de las lecciones objetivas de disciplina de los legionarios, después de las lecciones objetivas de disciplina de los legionarios, después del desembarque en San Juan de Payara y la marcha sobre la Nueva Granada, ya al Generalísimo se le denomina automáticamente, mano a la visera o destocándose, según el traje: *Su Excelencia el Libertador*. Y esa enseñanza pugnaz contra la

ignorancia, contra la rusticidad, contra la vulgaridad, contra los resabios, contra los hábitos inconvenientes que se han enquistado en los modales y en el espíritu, lo mantiene sin fatiga, con una constancia heroica, desde las campañas de Cartagena y del Magdalena, en 1813, hasta después de Ayacucho, frente a los muros del Callao, cuando se hace necesario advertirle al benemérito Salom que «el heroísmo no merece castigo y que sienta bien al vencedor la generosidad». Libertador ante la Historia; sembrador de ideas ante la Filosofía; creador de naciones ante la Política, lo ha contemplado el Maestro Unamuno en una función más alta o más honda ante el alma, ante el espíritu, ante la dignidad humana: creador de Patrias. Una nación puede ser, y es en el hecho y en el derecho, un agrupamiento humano sobre un territorio con leyes y con gobierno; la población puede contar millones de individuos, la extensión puede sumar millones de kilómetros, las leyes pueden ser perfectas, el gobierno excelente, las riquezas incalculables, la potencia económica intensa, el comercio y la industria gigantescos, poderosa la armada, temible el ejército; esa nación no será una patria mientras el fenómeno político no se reproduzca por simbiosis constante con el fenómeno social; ese magnifico aparato se puede construir llamando a concurso el talento político, la destreza administrativa, la aptitud comercial, el genio financiero, la audacia emprendedora, la bulliciosa aventura cartaginesa: puede crear un derecho e imponerlo, porque tiene la fuerza; puede erigir una filosofía sobre

el criterio del bienestar y de la codicia, que sin duda llamará *ideales*: puede hacerse una literatura, con sus caracteres febriles y dinámicos, puede conformar un arte, cuyos títulos acaso valgan menos, esencialmente, que el arte autóctono primitivo. Pero esa nación multipotente abrumadora no será una Patria, mientras cada uno de sus individuos no experimente, en el ritmo de la sangre abolengo que fluya por sus venas, la sensación reposada de la libertad serena y unánime, y la seguridad consciente de la gloria honrosa de su país, hasta poder repetir, inerme ante la fuerza material, pero con el acento orgulloso de una altivez legítima, la formula de San Pablo frente al lector: *Cives romanus sum: Yo soy un ciudadano de Roma*.

En la historia de la guerra y de la política de Colombia se advierte, aún desde los días de moribundo del Libertador, que va desapareciendo la noción de respeto por el sitio que se ocupa, el sentimiento de orgullo por la investidura que se lleva, la vigilancia cuidadosa y la conducción esmerada del concurso ciudadano; y así como desaparecer el tono en las alturas, se disipa la nobleza en los espíritus. Lentamente, incesantemente, a la manera que van brotando la cizaña y el abrojo en las eras abandonadas, fue renaciendo aquella áspera vegetación política y social que había logrado talar el fino acero del Sembrador; y aún los aspectos santuarios del oficial y del soldado, prestigiados por la posible cultura de los días triunfales, comenzaron a palidecer, arruinando simultáneamente las preocupaciones de la

disciplina, la estimación propia, el orgullo de la conciencia heroica y el esmero en el deber. El sitio y la actitud escultural, y las costumbres y los modales del egregio Libertador; el espectáculo de sus gallardos y peripuestos lugartenientes del Caribe, del Atlántico y del Pacífico; las brillantes desfiladas de aquel Ejército que en el 2º Carabobo se presentó instruido y paramentado por la escuela demostrativa de los voluntarios y de los enganchados europeos y en la rígida enseñanza de la táctica escrita que hizo establecer y distribuir el Libertador en los acantonamiento del año 20, se vieron extinguidos y reemplazados por los efectos y consecuencias de la recluta festinada y brutal del bracero, que produjo la regresión a la montonera y la barbarie. Ocuparon el sitio vacío reivindicaron para sí la autoridad, los jefes de clan, a la cabeza de hordas cuya alma también se había desvestido de los gérmenes de excelencia y superación, que habían comenzado a vislumbrar bajo las banderas del Maestro insigne. Menos demoledoras de la naciente cultura espiritual aquellas turbas campesinas y agrestes que esotras urbanas y aventureras, de advenedizos y de logreros, de parásitos y de especuladores, de traficantes y de amorales que pulularon en torno de los nuevos Brenos.

Quizá pudiera descubrirse que los primeros años voraces de la guerra cruel y devastadora de Venezuela, consumieron en los campos de batalla, en las prisiones, en el destierra y en la muerte, la gran mayoría de los hombres altos e ilustres del patriciado,

que pudieron haber servido de auxiliares y cooperadores del Libertador, en la empresa cultural de la América recién emancipada. O que, según lo afirma Vallenilla Lanz, el partido realista, vencido y acogotado en las batallas militares, reaccionaba en los campos cívicos de la paz, para tomar su desquite; porque de otra manera, sorprende y suspende el fenómeno de clamores injuriosos, de propaganda infamante, de conspiraciones y de conjuraciones contra la «tiranía» del Libertador, desde el año 28, para entregarse voluntariamente, presurosamente, a las humillaciones, a los ultrajes y al oprobio de América hispana. La verdad es que el Libertador previó estas desolaciones; ya el año 21 había declarado a un Enviado extranjero: «Estos países no pueden prosperar en los primeros cien años: es menester que pasen dos o tres generaciones. Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un Gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y anglo-americanos, cambiarían el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero». Y para el año 27, desde su aflicta Caracas, ya ante las pálidas fronteras de Santa Marta y del sepulcro de Colombia, le escribía al Gran Mariscal: «Este Nuevo Mundo no es más que un mar borrascoso que en muchos años no estará en calma. No quiero entrar más adentro. No quiero estar como aquel condenado de la fábula renovando siempre su trabajo».

Pero también es verdad que ante cada necesidad de vigilancia, ante cada anhelo por una nueva jornada espiritual en la marcha penosa de estos países, ante cada melancolía por una retracción en el viaje hacia delante, se realiza la previsión de Choquehuanca; crece la sombra augusta hacia los horizontes remotos de la inmortalidad, e inmóvil nuestra mirada, contrita la frente pecadora, doblegados por una meditación punzante, se vienen a los labios las palabras de Martí:

¡Bolívar tiene que hacer en América todavía!

DISCURSO EN EL CINCUENTENARIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Discurso de orden pronunciado el 28 de octubre de 1939, por Eloy G. González, como Decano de la Academia Nacional de la Historia, en la velada artístico-literaria que se realizó en la noche, en el Teatro Municipal de Caracas, con motivo de celebrarse el cincuentenario de la fundación de dicha Academia

DISCURSO EN EL CINCUENTENARIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Señor Presidente de la República:

Señores Ministros:

Señoras:

Señores:

En las anchas marejadas de la evolución histórica, algunas instituciones padecen la suerte de las crestas de ciertas islas sumergidas, que en la bonanza blanquean a lo lejos, como una baliza promisoria, cuando la baña un sol alegre; pero que a intervalos, parece que se hayan hundido, a causa de la negra avenida de los temporales. También las Academias soportan el fenómeno de los cambiantes mirajes del mar de la Historia; también ellas se tornan grises y solitarias en el inmenso silencio de las calmas profundas y sombrías; también ellas son olvidadas, cuando embisten los tifones que revuelcan gobiernos y muchedumbres; y también ellas, como las blancas islas solitarias, son arremetidas por las bocanadas del cieno a quien estorban. Es regular y es humano que el bajo fondo de la vida en fervor, se sienta subir el ronco anhelo de lo ínfimo, impaciente y presuroso

por culminar un minuto fugaz sobre la enhiesta serenidad de la eminencia: la Historia está sembrada de estas momentáneas inquietudes infantiles. Es regular y es humana la pregunta del viajador despreocupado, cuando vuelve a respirar rítmicamente el mar sin voces de las vidas sin motivo: *¿Qué ha hecho la Academia?*

Reduciéndonos a esta hora, nuestra Academia puede responder, entregando confiada su obra material, cultural y espiritual a quienes desearan enterarse con seriedad de su labor y de su influencia en cincuenta años. Convendría mostrar cómo este organismo ha sido plástico y dócil a las leyes ineluctables de la vida; por donde ya puede advertirse que su conservatismo es sólo formal. En los primeros años de su establecimiento, la Academia cobró cierto crédito de retiro ilustre, asilo honorable de beneméritos del pensamiento patrio, o de vidas insignes de eminentes figuras públicas, que habían alcanzado el límite de edad, que habían dado el máximum de rendimiento, o que ya poseían el sumo acopio de credenciales como para que la República, solicita y orgullosa, los colocará en un altísimo escriño venerable, puestos a la contemplación y al respeto de las gentes. Bien pronto, aquellos hombres comenzaron a mostrar el error de una tal apreciación y prácticamente emprendieron la tarea que habla de ser en definitiva exclusiva de su ministerio: el esclarecimiento documentado de los puntos difíciles o dudosos de la historia americana, en especial, la de nuestro país; y el acopio incesante de todo cuanto sea manifestación –que deba perdurar–

de la vida nacional, para que sirva de consulta y de guía a quienes lo deseen y cuando lo deseen. Y ahora se llega al caso muy nuestro –y muy explicable por causa de los trastornos y desviaciones que ha sufrido nuestra evolución histórica– de que en el transcurso de 50 años, no poseemos sino una estadística paupérrima de personas que, siquiera por curiosidad presuntuosa, se hayan asomado al acervo de la Academia, para cuyo continente es ya estrecho el local de que dispone la Corporación. Entre esa incontable multitud de ausentes, se hallan muchos de los que en tono de superioridad y haciendo semblante de alta suficiencia, preguntan: *¿Qué ha hecho la Academia?*

Cuando menos, se ha forzado por construir; en tanto que los listos, en un segundo, han pretendido destruir, sin propósitos de reconstrucción. Cuando muy poco, ha creado una situación eminente, honrosa y solicitada, dentro de la cual se satisface la aptitud y se vigoriza la capacidad para un trabajo en cuya ejecución no se ha olvidado jamás que la nación tiene un decoro y que la patria tiene un orgullo. De taller del material primario de nuestros anales, de gabinete de observación y de examen de nuestro organismo nacional, la Academia se ha constituido automáticamente en alta asamblea consultiva –podría decir, técnica– de los poderes públicos, cuando éstos necesitan acudir en demanda de la autoridad ilustrada de su laborioso menester. Lástima –por el quebranto que sufre el espíritu de la patria y por lo que se arriesga su crédito– que en ocasiones haya que

entregarse a esta tarea dentro de la estrechez agresiva de ajenas incomprensiones.

Hubo un espacio de tiempo en que las juntas se efectuaban en pleno senado ilustre, formado por los que fueron eminencias de nuestra historia contemporánea, quienes referían en lengua viviente, en sermón sereno, el discurso de los sucesos, dentro de los cuales se oía el crujido de nuestro organismo social, en pugna profunda y lenta por la vida; o parpadeaba la chispa fugaz de falaces esperanzas. Paisaje biológico de una sola sangre, ayer mordente y densa, pero hasta hoy duramente sacudida en una probeta incansable de cuatro siglos.

Cuando aquellos próceres iban cayendo bajo el tiempo y la naturaleza, sangre nueva, sangre de entusiasmos y de energía, caía también en el sitio, a renovarlo; y una serie no interrumpida de hombres ilustres, se ha apresurado a responder por el cultivo útil, por la guarda celosa y por la integridad de nuestros fastos.

Por la extensa, por la universal relación que ha establecido la Academia en cuanto lugar del planeta existe una asociación sabia y laborante, se sabe hoy en las naciones cuán recio y resistente ha sido nuestro material constructivo, cuán compacto se ha sedimentado en el fondo de nuestra alma el denso optimismo de nuestros mayores y cuán próvido porvenir están ofreciendo a las gentes del mundo nuestra tierra y nuestros antecedentes. Esas gentes hallarán en nuestros fastos las tradiciones de un trabajo formidable y secular, con el que nuestros

primeros padres lograron domeñar y educaron una naturaleza física, que sólo ha tenido par en los delirios cosmogónicos de las leyendas milenarias; hallarán las tradiciones de una energía que se ha precipitado en raudales irresistibles por dondequiera que le han abierto canales de gloria o la adversidad, el error o la cordura, la justicia o el derecho, la exultación de la victoria o el delirio del suicidio; pero que en su potencia, en su esencia y en su integridad, fue, es, será siempre heroísmo, así desbarajuste bajo la locura de la ebriedad, así «muerda mudo y con furor» un destino desgraciado. En nuestra historia la que está diciéndoles gráficamente a las gentes del mundo, a los trabajadores de la tierra, que esos raudales tumultuarios e indisciplinados se pueden conducir, dirigir y utilizar, por medio de pretiles y diques de buen material humano, que multipliquen y abaraten la producción; que repartan con equidad, en bienestar confiado, la riqueza honesta. Es nuestra historia la que está ofreciendo a las gentes de varonía decorosa, esta tierra de la patria intacta colocada como un manjar sellado frente a los anhelos de quienes han hambre de justicia y de paz!

Eloy Guillermo González

DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

Como individuo de Número de la Academia Venezolana correspondiente a la Española, pronunciado el 10 de noviembre de 1932

DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

Señor Director:

Señores Académicos:

Los buenos e ilustres amigos que siempre conté en el seno de esta Corporación, vinieron, durante catorce años consecutivos, insinuándome afectuosamente la opción a alguna de las sillas que vacaban, de Individuo de Número. Razones que partían desde una consulta severa de mis aptitudes para académico de la Lengua y de mis conocimientos para serlo cumplidamente, me aconsejaron desistir a aquellos generosos empeños, hasta que el temor de que pudieran ser confundidas en su frontera, para una apreciación justiciera, la soberbia y la humildad, me obligó a consentir en la opción y quienes van a darme acogida entre los «inmortales» han votado favorablemente, para que ocupe la silla que fue de Don Pedro Arismendi Brito. Junto con el testimonio de largueza, la Academia me entrega un brillante título de orgullo.

Este año es el centésimo del nacimiento de aquel preclaro varón, vástago de estirpe patricia, sobre quien podrían aplicarse las teorías de tiempo y de lugar, para presentar la naturaleza de

su mentalidad, para explicar su actitud intelectual y para estudiar su labor literaria. Interesante ejemplar de los hombres de pensamiento de aquella edad, que casi todos fueron hombres de quimeras. Nacidos bajo el estrépito glorioso y los resplandores de la epopeya, adoptaron sobre el palenque literario la apostura de infanzones y pusieron a sus ideas románticos penachos. Pero a semejanza del dibujo en relieve de un viejo tapiz, la urdimbre y la trama del dechado sobre el cual destacaron sus figuras, estaban formadas por blancas fibras de sinceridad; y así pudimos admirar en este gran señor Arismendi cómo animaba a aquella enhiesta armazón mosqueteril, el alma integérrima de un niño.

Salido en tiernos años del *Colegio de la Independencia*, al extinguirse aquel célebre hogar de la primera cultura republicana, fue colocado bajo la férula de Juan Vicente González y estos antecedentes explican –no olvidando la prosapia– la prestancia beltranesca, la entonación categórica y la expansión imperativa.

Llegando de los campos ardientes de la guerra a la palestra cívica, conmovida y convulsa todavía por otras modalidades de aquella época de contiendas vehementes, en las interlíneas del literato asoma, áspero y enfático, el combatiente, la pluma del debate y de la polémica: en su estilo, ni un fulgor de lampos aurorales, ni una ternura de atenuaciones; cuando a ocasiones es brillante, muestra a los reflejos del acero, pero carece de la flexibilidad del florete. Estilo que expresa ideas calidas y fogosas, ni en éstas ni en aquél se hallan florecillas recogidas con mano

cuidadosa en senderos sentimentales. Caminando por los períodos de su prosa, de súbito se transforma en rotundidad lo que pudo haber concluido en plexo de belleza; pero el lector detenido así de pronto, advierte que hay mayor claridad en el concepto. Con poca frecuencia es un literato que escribe para deleitar, cediendo el sitio al moralista que diserta para preceptuar o al filósofo que arguye para persuadir. Cuando refleja la impresión recibida, si ésta fue ingrata, parece que el tropiezo le produjese el efecto de un choque contra la roca; pero no tuerce camino ante las proporciones en que su espíritu ha agrandado el guijarro, sino que lo acomete y empuja con su pecho vigoroso de campeón. Yo lo prefiero en la polémica como es de violento, porque lo halló lento en la especulación. A veces se acuerdan con la materia y con la ocasión ciertas formas arcaicas de su decir, que lo sitúan como en un paso de romance. Sus actitudes caballerescas le impiden mostrarse hábil para la alusión, para el epigrama y para la ironía, por lo que éstos tienen de levedad, en flexibilidad y de buidez, en sus aficiones clásicas prefería Dante a Petrarca y podría afirmarse que su obra literaria fue antes un grito de guerra que un canto de amor.

La amplia proyección del literato y del guerrero me sirva de pórtico al penetrar en la Academia.

Se ha escrito que España descendió hasta Carlos II por la rama de la decadencia política, arrastrando consigo a la cultura,

y que en el siglo XVIII contendían la tendencia tradicional española y la *extranjerizante*.

Pienso que habría que fijar el sentido del vocablo, porque parece que no se aplica el mismo criterio –en lo relativo a «tendencia extranjerizante» – cuando se habla del «ideal literario clasicista y libremente *italianizante* que se inauguró en los albores del siglo XVI». Agréguese, que cuando fueron inútiles e ineficaces para galvanizar la lengua los ensayos geniales y desesperados de las escuelas culteranas, los espíritus cultos volvieron los ojos hacia Europa; y es éste, precisamente, el procedimiento biológico: agotada la energía orgánica, hay que procurarla de fuera; hay que ingerir savia nueva, de la especie y de la familia similares; a veces hay que practicar el injerto con sangre vecina, así sea extraña a la familia en decadencia. Y si bien se observa, es fácil advertir que cuando en la literatura de un pueblo no realizan esta renovación, esta vigorización, los espíritus cultos, la efectúa insensible e incontrastablemente la propia cinética de la lengua.

Es interesante contemplar cómo la lengua –hija de raza y de medio– mantiene por sí sola, como carácter peculiar, la «personalidad nacional»; esto es, su tradición. Esto entendió –a la par que otros fenómenos concomitantes en el progreso de la expresión y en el proceso de la cultura– aquel difícil e intransigente Juan Pablo Forner, quien a despecho de su escandalosas diatribas contra galicistas y extranjerizantes –que en su concepto habían consumando *las exequias de la lengua*

castellana– aconsejaba tomar «de todo el mundo» las ideas, «lo perteneciente al modo de disponer y de pensar». Por lo demás, es propio de cada etapa de la lengua, o de cada ciclo mental en la sociedad en la cual sirve de instrumento, exhalar un lamento hacia lo que fue su esplendor y su grandeza en algún tiempo pasado; y si ya en el siglo XVIII, el mencionado Forner se dolía del «miserable y lamentable estado a que habían reducido a la lengua castellana la vana inconsideración, la barbarie y la ignorancia temeraria y audaz de los escritores de aquellos últimos tiempos», en nuestro siglo XX se han levantado clamores porque ya no se habla ni se escribe en el castellano del Setecientos.

Libro existe por ahí, publicado en España, en el que, como caso de burla, se lee: «A la manera que, tres siglos ha, reinaba perfecta uniformidad de lenguaje castizo, en todas las provincias españolas; igual uniformidad de lenguaje incasto, corrompido, agabachado, vemos reina hoy entre los pueblos, porque con tanta descortesía trata la lengua el andaluz como el gallego, el burgalés como el catalán, el toledano como el valenciano; el leonés como el vascongado, el madrileño como el asturiano».

La gracia está en que páginas atrás había dejado escrito el mismo autor que «no podremos nunca bastantemente bendecir la dichosa alteración del lenguaje introducida por los clásicos del siglo XVII. ¿Quién dudará que al estilo de hablar le aconteció en cada siglo lo que a los árboles cada año, que se visten de nuevo follaje, ensancharse en ramas, arrojan renuevos, con cuyos

verdores se acopan pomposamente como despreciando el desaire de la vieja gallardía? Así los vocablos que más brillaban en el siglo XVI, toscos parecieron en el XVII; los nuevos modos de decir dejaron atrás los antiguos, tan del todo, que semejaba natura haber producido hombres de extraño temple»… «Singular encarecimiento merece la conformidad del lenguaje usado por aquellos varones, diferentes en patria, educación, costumbres. Sin Academia que guiase, sin Diccionario que definiese, sin autoridad que adunase, sin modelos que los amaestrasen, usaban todos las mismas formas de decir, las mismas frases, unos vocablos, unas construcciones, iguales modismos, constantes giros, uniformidad de ornamentos, semejanza de locuciones, cual si en un molde se hubiese fraguado, porque castellanos como andaluces, navarros como gallegos, catalanes como aragoneses, vascongados como baleares, mejicanos como filipinos, en una lengua se counían todos, un habla los confundía, un decir los singularizaba, un lenguaje los distinguía de todas las naciones del mundo». De manera que lo bueno y plausible para hecho por los escritores del siglo XVII no está bien y es censurable que lo hagan los escritores del siglo XX… Sería preciso que se tomase uno de los verbos del lema de la Academia Española, el verbo *fijar*, en su acepción directa de *clavar o estabilizar* y no en la de *precisar, determinar*, que es lo que está dando a entender.

Al tropezar con estas discordancias, autor tan comedido como Toro y Gisbert no puede disimular su estado y escribe: «Se

deduce que los autores de dicha época (el siglo XVIII) hacían con la lengua lo que les daba la real gana. Inventaban palabras cuando les hacían falta, las sacaban de cualquiera lengua extraña que les caía a mano, las malvestían a la castellana y santas pascuas. Con eso y con tres siglos de remojo en el polvo de las bibliotecas, se constituye el lenguaje castizo». Y agrega, por lo que se refiere a galicismos y galiparla: «Por desgracia, la mayor parte de los que se dedican a la caza de galicismos empiezan por no saber bien francés, y por otra parte se les antojan los dedos huéspedes, y en toda voz que no pertenece a su vocabulario particular ven un extranjero y por lo tanto un enemigo».

Esta manía de cazar galicismos y la de repudiar neologismos tienen que hacer particularmente con nuestra jurisdicción americana. Existen en nuestro mundo idiomático, como en el de cualesquiera otras lenguas, dos tendencias extremas; la de los ácratas del idioma, que no admiten sino el conocimiento intuitivo, que «desdeñan a todos los escritores a quienes no han leído y se alzan con ira ante toda crítica que no sea elogiosa», y los conservadores acérrimos, los hombres de la autoridad, los creyentes en el dogma lingüístico. Entre estas dos tendencias estamos los evolucionistas del idioma; aquellos españoles que llevaron a cabo las construcciones del siglo XX, derribando primero con los anarquistas a lo Unamuno y reponiendo con los reparadores como Rueda, y estos americanos Darío, Rodo, Díaz Rodríguez, Blanco-Fombona, Gómez Carrillo, Vasseur, Ugarte,

etc. Unos y otros, en cuarenta años de forja «le han dado al vocabulario castellano una vida y un esplendor que no se sospechaban: voces castizas y olvidadas ya, palabras pintorescas de la lengua vulgar, sabrosos provincialismos, neologismos audaces y bien formados, vigor y color a las descripciones, riquezas lexicográficas que hace mucho tiempo debieron haber pasado al Diccionario oficial»; y sin necesidad de transformar «hasta el modo de darnos los buenos días», han acudido a las exigencias del estado evolutivo contemporáneo, acreditando y haciendo prevalecer una lengua flexible, elástica, armoniosa y colorida, sustancia maleable y dúctil para la hilera y el laminador modernos.

Los Anales de la Academia Venezolana, sus archivos, el registro de sus trabajos, demuestran que en la labor esencial y fundamental ha ejecutado y ejecuta la misma obra que la Academia Española y que ésta ha agregado el aporte venezolano y el americano en general, –cuando ha sido de buena calidad y de buena ley–, al acervo patrimonial, formado primitivamente por los sucesivos acarreos de las provincias españolas de Europa. Con el caudal de esos vocablos de incontestable casta castellana, formados o renovados por la gente americana, hemos estimulado la evolución del idioma, haciéndole seguir tanto trecho de camino adelante, cuanto hizo seguir el empuje vigoroso de Cervantes a las audaces del Arcipreste. Hemos ido a conmover y refrescar con rumores de nuestros ríos, con soplos de nuestras llanuras y

con aromas de nuestros montes, la selva de Lope, las lianas de Tirso y las praderas de los Luises: savia nueva, cristalina y alegre, elaborada ricamente en la frondosa rama americana, con destino a robustecer el viejo tronco de la encima de Cervantes.

Yo he estado situado, durante largos años, en una posición adecuada para percibir las impresiones, los conceptos y el criterio públicos respecto a la actitud de la Academia Venezolana y a sus labores. Por lo que hace a éstas, queda dicho cómo han sido de sostenidas, apreciadas y fecundas. En lo relativo al semblante de la Academia en sus actividades y en su ministerio, existe fuera de su seno la impresión o la creencia de que ella es filial o subordinada a la Academia Española. Error fundamental, del que probablemente han sido factores: la redacción ambigua de alguna disposición del Decreto Ejecutivo que la creó (artículo 4º, *fin*), el reposo y largo silencio en que ella ejecuta sus trabajos, y la conducta interpretable –en sus relaciones con la Española– de algunos de los individuos que la fundaron y que pretendieron la aludida subordinación a aquella entidad, proporcionándole el ejercicio de atribuciones patronales, que es de noble justicia hacer constar en este sitio y en este momento, aquélla rechazó de plano y enfáticamente. Todo esto puede afirmarse de los documentos pertinentes, que reposan originales en el archivo de la Academia Venezolana. Por la respuesta que el señor Conde de Chesta, Director de la Academia Española, Don Manuel Tamayo y Baus, Secretario de ella, dieron, en fecha veinte de octubre de 1882, a

la comunicación del 19 de julio anterior, suscrita por los literatos venezolanos que componían la Comisión encargada de tratar con la Academia Española acerca de la creación de la Venezolana, se advierte que *solo por acceder a los deseos de aquéllos* –y poniendo a salvo, por supuesto, en responsabilidad futura– determinaron los señores académicos de España nombrar Director y Secretario de la Academia Venezolana, *«contra la práctica seguida en casos análogos, sin excepción ninguna»*. Porque –razonaban los españoles– se daba «tal vez ocasión a que alguien creyera que se trataba de *coartar los derechos de esa Corporación,* que, bien que hermana de la nuestra*, debe gozar de absoluta independencia*, como las demás de la misma clase…*»*

Hay más: la Comisión venezolana se alargaba hasta pedir que fuese perpetuo el cargo de Director: pretensión que fue considerada por la Española como inadmisible «después de muy detenido y maduro examen», advirtiéndoles a los corresponsales de Caracas: «No se ha decidido la Española a desatender en esta parte *el ruego* de V.V. sin gran perplejidad y larga vacilación, porque ardientemente anhelaba complacerlos en todo; pero *sobrepuesto el sereno juicio* a los arrebatados impulsos del ánimo, resolvió al fin lo que estimó más conveniente, fundándose en razones de *alta prudencia*».

Quede, pues, establecido de modo definitivo en el ánimo mal informado del público, que la Academia Venezolana no es una sucursal, ni una filial, sin una *hermana de la española*.

Señores Académicos:

Al acercarme a formar en vuestra compañía, adopto para mi el caso del campesino griego, falto de haberes, ante los asentistas atenienses:

Ya que habéis escrito mi nombre quedáis comprometidos a ser mis fiadores.

ELOY G. GONZÁLEZ

LA RACION DEL BOA

CARACAS

EMPRESA EL COJO

1908

I

Profunda e inquebrantable vitalidad la de este país de Venezuela. La sangre de todas sus generaciones ha, materialmente, empapado la tierra; las arcas y los graneros han sido rotos y derribados, pillado el oro y saqueado el grano; las virtudes publicas, escarnecidas, mancilladas en la intemperancia de la sedición y en la beodez del motín: no se sabe en que invernadero tremula la simiente de la virtud privada, cuando ruge el escándalo, resquebrajando toda la fabrica de nuestra existencia social…

Yo pretendo mostrar en estas paginas –con una intención que llamo de Patria–, cuánto ha costado en desastres económicos y en catástrofes morales, el largo, sangriento y complicado movimiento de la independencia nacional; a ver si dentro el alma de mi país palpita la fatalidad suicida de desdeñar la magnitud de la prueba y del sacrificio, para situarse alguna vez, –candorosa o voluntariamente–, en el punto de soportarlos y consumarlos de nuevo…

La lucha armada ha comenzado por 1813 y por la cordillera de los Andes. La fortuna de las batallas ha besado las sienes de aquel brigadier venezolano, Simón Bolívar, aventurero de la libertad y de la guerra, que en diciembre del año doce exclamaba, desde los muros de Cartagena: «Yo soy, granadinos, un hijo de la

infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas….»[1]

El afortunado peregrino, bajo cuyo mando ha puesto el congreso de la Nueva Granada, las armas de Cartagena y de la Unión, penetra en Venezuela, por la villa de San Antonio, en marzo de mil ochocientos trece. Su pequeño ejército ha atravesado el Magdalena y el Zulia, ha transitado por los páramos, por las montañas y por los desiertos de la frontera, ha tomado las fortalezas de Tenerife, el Guamal, el Banco y Puerto de Ocaña, ha combatido victoriosamente en Chiriguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta. Manda la vanguardia Girardot, manda la retaguardia José Félix Ribas, Urdaneta es el Mayor, Briceño Méndez el Secretario de la expedición.

Bolívar quiere, desde San Antonio, romper en una violenta cruzada desconcertante, que no tenga su ímpetu sino en las fortalezas de Puerto Cabello y de la Guaira[2]. El Secretario de Estado de la Unión teme por el éxito de aquella ardorosa empresa y le previene a su conductor que *examine antes los recursos con que cuenta y los que puede esperar internado en Venezuela, y vea con que se mantiene ese ejercito*[3]. Bolívar contesta serenamente «que por los medios que el opresor de Caracas ha podido subyugar la

[1] *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada*, Cartagena de Indias, 15 de Diciembre del 1812.
[2] Proclama, villa redimida de San Antonio, 10 de marzo de 1813.
[3] El Secretario de Estado del gobierno de la Unión, Tunja, 20 de marzo de 1813. Valencia.

Confederación, *por esos mismos medios, y con mas seguridad que el,* me atrevo a redimir a mi patria»[4].

Comienza pues, la campaña venezolana: comienza, digamos, la *bolivianizacion* de la guerra. Con la guerra, la extorsión, la inclemencia, el furor. No bien se dan órdenes para que la vanguardia avance hasta La Grita, ocupando y guarneciendo al Rosario, San Cristóbal y Táriba; no se ha movido aun el general en jefe de su cuartel de Cúcuta, cuando recibe un oficio del Secretario de Estado, lamentando los sentimientos con que el gobierno de la Unión ha sabido la conducta del ejército. El brigadier invasor presenta una serie de excusas y razonamiento que constituyen una requisitoria. «Sin duda –comienza por decir– no hay nada mas común y menos evitable que el exceso por parte de tropas Victoriosas que toman al asalto una ciudad *abandonada por sus habitantes,*…porque, para guardar cada casa habría sido necesaria una escolta y para cada escolta *un oficial de honor*, que no atendiese a mas que a cuidar de los bienes de nuestros propios enemigos… yo en persona salí a castigar a los soldados que ebrios de gozo, y aun de licor, se desbandaban por todas partes, *sin que el mayor rigor los reprimiese*, pues V. E. ha de tener presente que la división de Cartagena, de que se componía el mayor numero de los que tomaron esta Villa, no tiene de militar mas que el nombre y el valor, no habiéndola disciplinado su Jefe,

[4] Bolívar al Secretario de Estado del gobierno de la Unión, Cúcuta, 8 de abril de 1813. 3º.

que es un paisano, y lo que es peor, *protegiéndole sus mas criminales excesos...*

«…después de haber hecho un *inmenso botín en el Magdalena,* que yo procure conservar íntegro para su justa y ordenada distribución, todavía no se ha logrado repartirles un solo maravedí por defecto de los que quedaron encargados de él. Y así, todo su clamor se dirigía a expresar que lo *que ellos mismos no tomaban, jamás se les daba…*»

«Habiendo asegurado inmediatamente después de mi entrada en esta Villa los almacenes pertenecientes a los españoles y a sus prófugos, los puse primero bajo la administración del Comisario de guerra, ciudadano Pedro Ibáñez, y luego bajo la del ciudadano José García, *para la venta de sus efectos entre los mismos vecinos,* como se ha verificado de una gran parte de ellos, cuyo valor monta a 33.306 pesos, y el resto queda aun por venderse, habiendo hecho distribuir anticipadamente a los soldados *a 10 pesos en plata, y 40 pesos en efecto a los cabos, 50 a los sargentos y 100 a los oficiales, en calidad de gratificación extraordinaria.*

«En cuanto a los bienes, muebles e inmuebles de los enemigos y cómplices, di comisión a los Alcaldes de los partidos para que los embargasen y pusiesen en seguridad, como igualmente está autorizado el Alcalde de esta villa, ciudadano Ambrosio Almeida, para percibir las multas que se han impuesto a aquellos que merecen esta pena por lo menos»[5].

[5] Bolívar al Presidente del Poder Ejecutivo, Cúcuta, 6 de abril de 1813.

El coronel Manuel del Castillo, segundo comandante de la expedición, va mandando en jefe de las fuerzas combinadas que se dirigen a La Grita. Desde Tariba, el 3 de abril, expide la orden siguiente a los Alcaldes de San Cristóbal: «El ciudadano Julio Uzcategui tiene orden mía para exigir al vecindario de esa villa, 20 caballos, *sea por donativo voluntario, por donativo forzoso, o por vigorosa contribución; y en los mismos términos,* 20 frenos y 20 pares de espuelas. UU. como magistrados civiles de esa villa, *bajo cargo de responsabilidad*, deben hacer efectiva en el día esta exacción, y al efecto lo prevengo a UU. Igualmente han de disponer UU., *bajo el mismo cargo*, que dentro de segundo día vengan a este Cuartel General sesenta mulas de carga en muy buen estado de servicio, bien aperadas, y provistas de arrieros, al respecto de dos por cada cinco mulas, y un caporal, hombre de razón y de responsabilidad, por cada 20 mulas. Y para la manutención del ejército durante su mansión en este lugar, y sus marchas a las posiciones inmediatas que ocupa el enemigo, harán UU. Venir diariamente raciones de plátano y carne, al respecto de una libra de carne y cuatro plátanos para cada uno, …advirtiéndoles a todos, como lo hago a UU., *que la menor demora, retardación o entorpecimiento, producirá una providencia muy sensible, no solo a los Magistrados, sino a todo el vecindario;* y que después de la marcha del ejercito han de seguir haciendo las consignaciones diarias de víveres en los almacenes que quedarán establecidos aquí»[6].

[6] Cuartel General en Táchira, a 3 de abril de 1813. Manuel del Castillo.

Y como pasasen los dos días señalados por el segundo de Bolívar y no llegasen los recursos exigidos, apretó la orden a los mismos alcaldes de San Cristóbal, en los siguientes estrechos términos:

«Ya es insoportable la demora que experimento de parte de UU. Si a las cuatro de la tarde de este día no está en este Cuartel general el dinero y demás objetos que he exigido de ese mal pueblo, *responderán UU. Con la confiscación general de sus bienes, y prisión de sus personas, y el lugar será dado al saqueo de las tropas,* como lo merece por su perversidad.

«Al mercader Cristóbal Gutiérrez le prevendrán UU. que *bajo la misma pena* traiga esta misma tarde, o el total de los efectos que tiene ocultos de Mestre, o su valor, *de lo que también serán UU. responsables*»[7].

Habiendo el ciudadano José Javier Viechi, alcalde ordinario, expuesto razones de fuerza superior, el coronel Castillo repuso: «Esta corriente que mañana vengan las diez y ocho mulas que me dice U. están prontas; …Lo que es necesario é indispensable que estén aquí mañana muy temprano, son veinte reses. U. *sáquelas de cualquier parte,* y remítalas, en la inteligencia de que habiendo falta en esta remesa, *cumplo mi ofrecimiento en el día mismo*»[8].

Santander, que hacia sus armas en aquella campaña y venia como Mayor de la vanguardia, avisa a Bolívar, desde Bailadores:

[7] Cuartel General en Táchira, a 5 de abril, año 3º.
[8] *Idem.*, *Idem.*

«en esta parroquia se han aprehendido algunos trastos de los emigrados, que no valen cosa. Entre ellos, cinco piezas de bayeta y alguna loza fina que he vendido para enterar su producto en la Proveeduría. He hecho embargar las haciendas de don Clemente Molina y don José Chacón, y que administradas, sus productos sean para proveer la tropa. Mañana mando al Hato del primero a sacar ganados y recoger mulas. También he mandado (a) moler 24 fanegas de trigo del español Vilardell, y algunas cañas de Molina… *Hiciera también cortar los plátanos de la costa,* si fuese obra de uno o dos días»[9].

Positivamente, era de una flagrante verdad que el brigadier de los ejércitos de Cartagena y de la Unión, libertadores de Venezuela, comenzaba a hacer uso, para independizarnos, –y como lo había prometido–, de los *mismos medios* de que se había valido Monteverde para subyugarnos.

[9] Bailadores, 24 de abril de 1813. Francisco de Paula Santander.

II

La Nueva Granada no tenía toda ella la fe profunda de aquel reverenciable Camilo Torres, en el éxito de la empresa boliviana. Era, ciertamente, Bolívar un valeroso y ardiente oficial, vibrante de osadía y deslumbrante de concepción audaz y gloriosa; pero era también, acaso el único que sentía aquel fervor y aquella confianza en la fortuna de una empresa que el mismo Congreso granadino intentaba como un ensayo sobre la faja limítrofe de Venezuela.

¿En qué concepto, además, iba a penetrar en país extranjero aquel invasor armado de extranjeras armas? Bolívar mismo había solicitado el auxilio granadino de manera que pareciese un enrolamiento voluntario de caballeros de la libertad, rompiendo la frontera de un país que era su patria, sólo semblante de derecho que le procuraría una excusa moral. Pero era él también quien deseaba tenerse como un general de la Unión, para poseer ante sus mesnadas la fuerza de una autoridad moral necesaria a sofrenarlas, una apelación a recursos y a poder, y una fianza ante la opinión venezolana, de no ser un aventurero temerario, de pecho a cualquiera eventualidad suicida: no toda Venezuela estaba bajo un pacífico dominio de Monteverde: peleaba el Oriente; y protestaba como podía Occidente; y aquel invasor, que buscaba

la victoria de sus armas y por ella la libertad de su patria, necesitaba aparecer ante los patriotas provisto de una respetable credencial de derecho.

De aquí las vacilaciones del gobierno de la Unión. Pero mientras él hesitaba, el ejército invasor, diseminado de Cúcuta a La Grita, en verdaderas partidas de merodeo, pasaba por extremas necesidades: era imposible sostenerlo con menos de 25.000 pesos mensuales, y ya para el mes de abril había consumido todos sus fondos: Bolívar había hecho los esfuerzos que él confesaba posibles, para economizar por su parte el producto del botín, respetando hasta un maravedí de los bienes confiscados, depositados en manos de los alcaldes de toda la jurisdicción cucutense. Cincuenta y un mil pesos había producido el pillaje y todo se había consumido en los meses de marzo y abril[1]. «Vamos a aniquilar nuestro propio país, exclamaba Bolívar, vamos a imposibilitarnos para obrar: a quedarnos sin ejército; *y a poner en mayor descontento a estos pueblos, que habremos arruinado* para mantenernos en una perniciosa inacción»[2].

Y clamaba por que se le autorizase para obrar hostilmente contra Venezuela, a fin de obtener todos los bienes y evitar todos los males que mencionaba.

Mientras tanto, él sostenía el sistema instaurado, no solamente viviendo de la región que ocupaban sus tropas, sino

[1] Bolívar al gobernador del Estado de Pamplona, Cúcuta, 30 de abril de 1813.
[2] Bolívar al gobernador del Estado de Pamplona, Cúcuta, 30 de abril de 1813.

tomando medidas sobre organización de gobierno en territorio venezolano, discrecionalmente, sin saber si «obtendría la aprobación del ejecutivo de la Unión»[3], tales como el nombramiento del doctor don Cristóbal Mendoza para gobernador de la provincia de Mérida, provisto de instrucciones que terminaban con la siguiente: «Hallándose la República en una *completa disolución*, el Gobernador de la provincia está plenamente autorizado para obrar conforme a las circunstancias, *sin ceñirse a la letra de las leyes e instituciones*, teniendo por único principio y regla de conducta –que la salud del pueblo es la suprema ley»[4].

Ante una situación de angustia como la pintada por Bolívar, no era sorprendente que el jefe de la vanguardia, –que lo era accidentalmente Santander–, participase desde La Grita que había comenzado la deserción, por la falta de dinero y de víveres. Desde el 22 de abril, aquella tropa no recibía socorro y frecuentes días se comió sin sal; no había ganado, en las éras se había agotado el arroz, el invierno cobraba los rigores de la estación tropical, la tierra respiraba virulencia, y la peste comenzó a batir sus alas silenciosas y siniestras sobre aquellos desmedrados gitanos libertarios, cuyos flácidos brazos eran inevitables garras de rapiña[5].

[3] Oficio al Encargado del Poder Ejecutivo, San José de Cúcuta, fecha dicha.
[4] *Instrucciones al señor Cristóbal Mendoza*, para pasar a encargarse del gobierno de Mérida, Cúcuta, 28 de abril de 1813.
[5] *Santander*, La Grita, 30 de abril de 1813, a las 8 de la noche.

Bolívar declaraba que, a más tardar para el 7 de mayo, si no se obtenían las sumas necesarias, era «imposible responder de un ejército *desmoralizado por la intriga y la sedición y desalentado con la grandeza de los peligros* que los facciosos exageraban»[6].

El gobierno de la Unión replicaba que tenía noticias de que el botín de Cúcuta habría bastado a satisfacer por largo tiempo toda necesidad; Bolívar confesaba que era cierto, pero que en el tumulto y la confusión del asalto se habían robado más de 200.000 pesos, «sin que hubiese estado en su mano impedirlo», porque los comerciantes y los mercaderes huyeron en el momento mismo que entraban las tropas en la villa, dejando sus almacenes y tiendas abiertas. «Los vecinos que andaban por las calles, y los que desde sus casas observaban la proporción de aprovecharse sin riesgo de los intereses de sus opresores, fueron los primeros en tomar cuanto pudieron. Diseminados mis soldados por las calles persiguiendo a los enemigos fugitivos, encontraban tiendas y casas abiertas ya comenzadas a robar, y era muy difícil, por no decir imposible, impedir que cogiesen cuanto se les presentaba a las manos.

«Inmediatamente hice reunir en un solo almacén todos los objetos apresados para que se vendiesen, y con su producto se han pagado estos dos meses las tropas que yo traje, las que trajeron el Brigadier Ricaurte y el Comandante Girardot, y el

[6] Bolívar al Presidente de la Unión, Cúcuta, 3 de mayo de 1813.

batallón del Coronel Castillo, *pues a mí no se me han dado fondos para mantener este ejército*… En una confusión como la de un combate y las consecuencias que le son anexas, no es posible que haya el orden que se desea, sobre todo en unas tropas acostumbradas a tomar los pueblos del Magdalena, *pillarlos e incendiarlos luego, como ha sido la práctica de los soldados de Cartagena*…»[7].

Por fin, el 27 de abril, el gobierno granadino da la orden para que Bolívar marche a ocupar las provincias de Mérida y Trujillo. Ahora es el General quien se llama a reflexión y propio consejo, aleccionado por las mortificaciones, las reprimendas que ha sufrido, los inconvenientes que ha tenido que vencer, los riesgos de fracaso a que se ha expuesto. La carencia de dinero es su tormento, el prest, la ración de aquel dragón voraz, que a medida que serpea por los flancos andinos, va engendrando de sí mismo anillos que lo alargan y dilatan su abdomen insaciable. Aquellas provincias que va a invadir, son «países que apenas podrán suministrar víveres para alimentar la tropa, permaneciendo en ellos un mes cuando más, y por consiguiente, *nos faltarán los sueldos para el ejército*, pues no hay caudales en aquellas provincias, que han aniquilado el terremoto, la guerra y las persecuciones de los enemigos»[8].

[7] Al Poder Ejecutivo de la Unión, Cúcuta, 7 de mayo de 1813.
[8] Al Poder Ejecutivo de la Unión, Cúcuta, 8 de mayo de 1813.

Proponía, pues, que los gobiernos particulares y el general de la Nueva Granada le suministrasen mensualmente 25.000 pesos, mientras se internaba en la provincia de Caracas, que era la más rica. Estas cantidades serían reintegradas por la República de Venezuela cuando estuviese restablecida, más los intereses que se estipularan con los prestamistas, bajo la garantía del gobierno de la Unión. A este efecto, Bolívar se preparaba a enviar dos comisionados a las provincias del Socorro, Tunja y Cundinamarca, con credenciales e instrucciones. «Luego que lleguemos a Mérida, –proseguía exponiendo–, los soldados me pedirán sus sueldos atrasados, y yo no tendré fondos con qué poder pagarles. Entonces los oficiales mismos aumentarán quizá el descontento de las tropas, atribuyendo al país de Venezuela la falta de prest, que tampoco tendrían aquí si se demorasen más tiempo en el territorio de la Unión»[9].

Marcha, pues, contra Venezuela, subyugada por Monteverde, el ejército unido, invasor y libertador de la patria. Son poco menos de 2.000 hombres de Cundinamarca, Tunja, el Socorro, Cartagena y Pamplona, provisto de 22 piezas de artillería, de las cuales ha tomado 8 al enemigo en diversos sucesos; llevan 1.200 saquetes de metralla, 11.600 balas, mil y tantos cartuchos de pólvora, mil cien fusiles, 300 sables, 600 lanzas, 140.000 cartuchos con bala, tres quintales de pólvora en grano, 92 tiendas

[9] Al Poder Ejecutivo, Cúcuta, 8 de mayo de 1813.

de campaña, 10 quintales de plomo en pasta y quinientas armas (fusiles, sables, lanzas, escopetas), en composición[10]. Monteverde se dispone a recibirlo, desde Carache hasta Caracas, con 12.000 soldados.

Las tropas todas de Cundinamarca y algunos soldados de Cartagena van a ser reunidas en la villa de San Cristóbal, para formar la retaguardia que se colocará bajo el mando del coronel José Félix Ribas, a fin de que marche a libertar la provincia de Barinas y se reincorpore luego al ejército, en algún punto de la provincia de Caracas.

Esta división iba encargada, además, de sacar de Barinas ganados, caballos y dinero; mulas y reses de toda clase para vender[11]. En momentos en que Bolívar tomaba estas disposiciones, recogía en Cúcuta 15.000 pesos, vendiendo el resto del botín y algún cacao de las haciendas embargadas[12].

[10] Estado de armas, pertrechos y útiles del ejército unido. Cúcuta, 9 de mayo de 1813. José Tejada.
[11] Al Poder Ejecutivo, Cúcuta, 12 de mayo de 1813.
[12] Al Poder Ejecutivo, Cúcuta, 12 de mayo de 1813.

III

Ocupado Trujillo, Bolívar se dirigió a su gobernador, manifestándole que desde el momento en que había llegado a aquella ciudad le había suplicado se sirviese reunirle *todas las caballerías que hubiese en el Estado*, para el servicio del ejército, *así como la recolección de las sumas* que el Estado pudiese suministrar para los gastos de la guerra; agregándole que era inconcebible que en el momento en que volvía a dirigírsele, la provincia de Trujillo rehusara hacer los servicios indispensables para conservarle su propia libertad y para salvar el resto de Venezuela. Concluía Bolívar: «Yo protesto a US., que si para mañana no tenemos *trescientas caballerías* capaces de transportar nuestros bagajes a Guanare, *diez mil pesos en plata* para pagar las tropas, y el completo de los cien reclutas, *consideraré la provincia de Trujillo como país enemigo, y será, en consecuencia, tratado como tal*»[1].

El teniente de aquel gobierno expuso la imposibilidad de llenar funciones que sólo estaba interinamente desempeñando: Bolívar nombró para gobernador provisional al ciudadano Fernando Guillén, encareciéndole que sus primeras obligaciones

[1] Al Gobernador de Trujillo, 22 de junio de 1813.

eran recoger con la mayor eficacia, celo y actividad *cuantas mulas y caballos hubiese en el Estado, y dinero para pagar las tropas*[2].

El jefe del ejército pasó a Boconó al día siguiente, después de haber fijado una contribución de 10.000 pesos entre los habitantes ricos de la provincia; pero considerando que la forma en que se había procedido a hacerla efectiva no era la más eficaz, dispuso que sería «más fácil la exacción» repartiendo a los que fuesen hacendados cantidades pequeñas, «sin perjuicio de que los que públicamente se conociese tener dinero efectivo, exhibieran sumas mayores»; pero que no debía «*dejarse una sola persona* sin contribución, *aunque fuesen diez pesos*»[3].

Bolívar siguió adelante, e involuntariamente tuvo que penetrar en Guanare: al llegar al sitio del Vizcucuy (sic. Biscucuy), supo que una avanzada de cien hombres que habían enviado los enemigos, desde Guanare, había contramarchado rápidamente cuando se acercaban los invasores: el general republicano trató de darles alcance con una partida de cazadores y de caballería, pero no lo consiguió sino en la mañana del 1º de julio, en el paso del río. Una violenta carga de caballería le dio el triunfo, de manera que el contrario, sorprendido en la ciudad, se vio obligado a tomar la fuga precipitadamente. «*Hemos tomado caudales suficientes*, *para la reconquista de Venezuela* –decía Bolívar–; en la Administración de tabaco hay existentes *sobre doscientos mil pesos*; y además, *hemos*

[2] Al ciudadano Fernando Guillén, Trujillo, 25 de junio de 1813.
[3] Al Gobernador de Trujillo, Boconó de Trujillo, 26 de junio de 1813.

hallado porción de almacenes de ropa pertenecientes a los españoles, los que vendidos, *producirán muchos miles*»[4].

A la mañana siguiente, Bolívar salió de Guanare y pasó el río Boconó, en dirección de Barinas, «resuelto a atacar a Tíscar». Su acometida coincidió con la noticia del triunfo de la retaguardia, mandada por Ribas, en Niquitao, lo cual aseguraba la posesión de las provincias de Mérida y Trujillo. El jefe español abandonó a Barinas a la media noche, y desde ella le encargaba Bolívar al comandante de armas de Guanare, Francisco Ponce, que hiciese los mayores esfuerzos por conseguir *cuantos caballos se pudiese*[5].

El jefe vencedor hizo convocar la municipalidad, los tribunales y notables de Barinas, y les leyó la proclama del congreso granadino a los venezolanos, los documentos que autorizaban la misión libertadora, y un discurso en que, entre otras disposiciones, había éstas: «El Intendente de la provincia, Nicolás Pulido, queda repuesto en su empleo, y está especialmente encargado de la administración de rentas nacionales, y *colección de préstamos forzados* y donativos voluntarios…» «*Los bienes confiscados a los enemigos* deben ser administrados provisoriamente por la comisión de secuestros…»[6].

[4] Al comandante de la retaguardia, Guanare, 2 de julio de 1813.
[5] Al comandante de armas de Guanare, Barinas, 6 de julio de 1813.
[6] Acta de Barinas, de 13 de julio de 1813. 3º *J osé Antonio de Porras*, escribano de Estado.

El mayor general Urdaneta recibió órdenes de marchar con una división sobre Araure, a donde debían concurrir Ribas con la retaguardia y Girardot, a su regreso de Nutrias, con la vanguardia, para batir tropas de Monteverde que habían llegado a aquella villa: Bolívar regresó a Guanare. Allí recibió comunicaciones del Gobierno de la Unión, que trasmitió a los Gobernadores de Barinas, Trujillo y Mérida, ordenándole que la renta de los Estados que se fueren libertando no se invirtiese sino en los precisos e indispensables objetos de la guerra, «*economizando todo otro gasto que no se dirigía a este fin, disminuyendo el número de los empleados civiles*, que quedarán reducidos solamente a aquellos que fueren de absoluta necesidad, *y esto sin sueldo por ahora; en la inteligencia de que ningún funcionario público podrá ser pagado hasta que no se concluya la campaña*»[7].

De seguidas se dirigía Bolívar al Comandante general de la provincia de Barinas, para expresarle que extrañaba bastante que mientras en Guanare se habían hecho *más de mil vestidos*, en aquella capital apenas se había fabricado un corto número, por lo cual era necesario que se le remitiesen prontamente cuantos fuese posible, «*así como el dinero que es preciso exigir de todos los pueblos*, para haber de mantener el ejército, *que no sé con qué se pagará este mes*»[8].

[7] Cuartel general en Guanare, a 19 de julio 1813.
[8] Cuartel general en Guanare, a 19 julio de 1813.

Urdaneta ocupó a Araure sin resistencia, mientras Girardot iba de Nutrias a reunírsele a marchas forzadas; mientras Ribas derrotaban en los Horcones, y perseguía hasta Cabudare, la división de Oberto, compuesta de mil plazas: eran merideños los soldados vencedores cerca de Barquisimeto.

El mayor general siguió a San Carlos, el 25 de julio con la División del Centro, sin que todavía se le hubiese incorporado ni la retaguardia, ni la vanguardia…

Antes de continuar observando a Bolívar, detengámonos a meditar si era obra del «despilfarro y desbarajuste» que el brigadier Ricaurte denunciaba al Gobierno de la Unión, o si se debía a una previsión del futuro Libertador, aquella incesante, aquella incontenible exacción, aquella insaciable voracidad de dinero, de ganados, de plantaciones, de almacenes, que consumía y consumía desaforadamente el boa invasor, reptando por los caminos todavía ubérrimos de la Colonia venezolana; ansia famélica, gula devastadora, que obligaba a Bolívar a clamar, a intermitencias de veinte y de setenta horas, desde cada campamento, desde cada *alto* de la invasión, que el ejército perecía de necesidad, que sus cajas estaban exhausta, que la miseria, más temible que el enemigo, le cerraba el paso de la gloria. Sangre torrencial no había, todavía, empapado aquel camino de expoliación desenfrenada: los combates decisivamente libertadores de tres provincias, Mérida, Trujillo y Barinas, los había ganado Ribas con la retaguardia, el primero en Niquitao,

el otro en los Horcones. Bolívar le dice al Gobierno, en abril, que el inmenso botín de Cúcuta, –aun después de aquella regalía en que toca *diez pesos a cada soldado*–, servirá para auxiliar al ejército en la campaña que va a comenzar, y, el 30 del mismo mes, le avisa al gobernador de Pamplona que va a entrar el mes de mayo *sin tener fondos con qué sostener su gente*, amenazando de una *total indigencia*, sin poder detenerse y sin poder marchar adelante: veinte días después, desde Mérida, ya multada, envía un destacamento sobre la capital de Barinas, a *extraer caudales* para la subsistencia del ejército, «que bien los necesita»: justamente un mes después, amenaza a Trujillo con tratarlo como a enemigo, si no le procura recursos con qué socorrer a los libertadores de Venezuela: diez días después aprehende en Guanare «caudales suficientes para la reconquista de Venezuela», entre ellos, *doscientos mil pesos* del estanco del tabaco: a los once días confisca los bienes enemigos en Barinas; suprime la mayor parte de los empleados civiles y deja sin sueldo a los restantes, hasta que concluya la guerra; regresa a Guanare a los diez días, a urgir por dinero y vestuarios; llega a Araure, setenta horas más tarde, y allí declara, antes de seguir a San Carlos detrás de la división de Urdaneta, que «los fondos con que debe ocurrir *a los gastos del ejército, se hallan agotados*»; que no le queda otro arbitrio para remediar esta necesidad, «que las contribuciones extraordinarias que los fieles hijos de la patria puedan hacer»[9].

[9] A todos los jueces de la provincia, Araure, 26 de julio de 1813.

«Ni el rico, ni el pobre, –dice la orden–, *quedará exento de esta contribución*, que tan grandes bienes ha de causar a todos; *y ninguna causa o pretexto se admitirá al que pretenda excusarse*, antes bien, se le apremiará *por todos modos* a la exhibición de la cantidad que se le haya señalado». «Yo espero que usted, como amante de la libertad de su país, hará los mayores esfuerzos a fin de lograr el objeto que me propongo, esto es, *la recolección de crecidas sumas* que puedan bastar *para la subsistencia del ejército*»[10].

Y al día siguiente, puesto el pie sobre tierra de Caracas, nombra para gobernador a don Cristóbal Mendoza, y le dice: «…sobre todo, encarezco a usted la necesidad de la *recolección de dinero para el ejército que no puede subsistir sin grandes fondos*»[11].

Ese mismo día, San Carlos es ocupado victoriosamente: Bolívar ordena en el acto levantar una contribución «que baste para la paga del ejército, arreglada a los caudales de cada uno, pero que no pase de mil pesos, ni baje de diez». El que no exhiba la cantidad que se le señale, *debe ser remitido preso al cuartel general*[12]. Y repite de seguidas: «…especialmente le encargo *la recolección del dinero*, *que es lo que más urge por ahora*».

Estaba sellada la primera etapa libertadora: de Cúcuta hasta San Carlos, dinero, ganados, bestias, mercaderías, plantaciones, nada había bastado al nutrimento del ejército de la Unión…

[10] A todos los jueces de la provincia, Araure, 26 de julio de 1813.
[11] Al doctor Cristóbal Mendoza, Araure, 27 de julio de 1813.
[12] A todas las justicias de todos los pueblos del partido capitular de San Carlos, 27 de julio de 1813.

IV

De San Carlos a Caracas estaba señalada la segunda jornada libertadora. Desde aquel campamento, Bolívar despachó una descubierta sobre el enemigo, por el camino de Valencia. El veintinueve de julio, a las diez de la noche, el jefe del ejército recibió aviso de que los enemigos estaban en Tinaquillo, con ánimo y preparativos de marcha sobre los republicanos.

Bolívar movió en el acto una parte de vanguardia y el centro del ejército. Seis horas después, a las seis de la mañana del 30, él mismo se situó en las Palmas, a poca distancia del campo enemigo. Al día siguiente, muy temprano, siguió marcha y a las dos horas recibió aviso de la descubierta de que el español, en número de mil y tantos hombres, le iba al encuentro, hallándose ya en la sabana de los Pegones. Un grupo de cazadores fue lanzado al reto, pero el contrario tocó contramarcha y tomó la vuelta de Tinaquillo. Bolívar dio orden de que cargara la caballería: cuando ésta lo alcanzó, ya estaba formado en batalla en la sabana de los Taguanes. Hubo que hacer alto, para aguardar a la infantería; al llegar ésta, Bolívar dispuso el campo: la infantería debía atacar de frente, mientras que la caballería, –flanqueando por la izquierda del enemigo–, debía cortarlo por la espalda. El ejército español,

al sentir el segundo movimiento, comenzó a replegar en orden: durante seis horas sostuvo la retirada, pero al cabo de ellas, ya tenía sobre sus filas a la caballería republicana, y fue forzoso el desorden. Bolívar acometió entonces de firme, dispersándolos y capturándolos. La noche cerró cerca de Tocuyito, en donde acampó Bolívar: muy próximo pernoctaba también Monteverde, quien, ignorante de la derrota de Izquierdo, muerto en la persecución, había llegado con dos compañías de caballería é infantería. Al saber la noticia, Monteverde regresó a Valencia.

Bolívar entró en Tocuyito el 1º de agosto en el medio día. «Desde el instante mismo en que supieron nuestra aproximación los patriotas (los de Valencia), corrieron a presentárseme, llevándome las armas que tenían, o que podían coger, y dándome noticia de la situación en que se hallaba Monteverde»[1]. Al acercarse Bolívar a Valencia, aquél tomó precipitadamente la ruta de Puerto Cabello, perseguido por una partida al mandato del Comandante Girardot.

Los patriotas penetraron, pues, sin resistencia en la ciudad y dispusieron marcha a Caracas. No bien acampaban en La Victoria, cuando se presentó ante Bolívar una comisión, compuesta de los señores Marqués de Casa León, don Felipe Fermín Paúl, don Vicente José Galguera, el presbítero don Marcos Ribas y don Francisco Iturbe, a manifestarle que en esta

[1] Bolívar a la comisión político-militar del Supremo Congreso de la Nueva Granada.

capital se habían reunido los empleados principales y los habían diputado a ellos cerca del jefe republicano, «a fin de tratar de un acomodamiento pacífico» sobre las bases de que se les había provisto. Ellas no contienen otro interés que asegurar la vida de los empleados y de los realistas, que temen una revancha de la capitulación de Miranda: Bolívar asegura, en cambio, «que estas capitulaciones serán cumplidas religiosamente, para oprobio del pérfido Monteverde y honor del pueblo americano»[2]. Habían propuesto el arreglo los señores Manuel de Fierro, Luis José Escalona, Francisco de Aramburu, el conde de La Granja, Jerónimo Sanz, Ignacio de Ponte, Antonio Carvallo, Francisco Antonio Carrasco, Juan Bernardo Larrain.

Venía, pues, Bolívar venciendo con su marcha: iba a penetrar en Caracas sin sangre, como penetró en Valencia. Sin embargo, en medio del alborozo del triunfo, húmeda aún su firma sobre el tratado, aparece en La Victoria el señor Manuel Isidro Osío, enviado por el Alcalde de Villa de Cura, don Gabriel Barrios, a avisar al vencedor que él y los demás vecinos de aquella ciudad se han pronunciado por la Independencia, y Bolívar al darle las gracias y conferirle el mando provisional, político de aquella villa, le agrega: «…para su gobierno advierto a U. que deberá proceder inmediatamente contra los españoles e isleños de esa jurisdicción, *confiscando sus bienes y remitiéndolos a La*

[2] Al Gobernador y municipalidad de Caracas, Cuartel General en La Victoria, a 4 de agosto de 1813.

Victoria…»[3]. Y antes de marchar a Caracas, al enviar al teniente coronel de caballería José María Paz del Castillo a Villa de Cura, a encargarse del mando militar, le ordena: «Los bienes de los que se prendan *serán embargados*, con las formalidades necesarias, dándome cuenta para mi determinación»[4].

El ejército ocupa a Caracas el 8 de agosto de 1813: el gobernador Fierro, a la cabeza de las tropas españolas, ha abandonado la ciudad, «temiendo alguna fermentación peligrosa», y ha dejado encargado del gobierno a Coto Paúl. Bolívar expide ese día una proclama y un manifiesto, expresando en éste: «…no podremos formar un gobierno estable y permanente, consolidar nuestra independencia, ni cantar victoria, mientras sea indispensable que nuestras armas vencedoras subsistan en continua agitación hasta lograr por entero el triunfo tan deseado: quiero recordároslo con la sinceridad que me es característica, añadiéndoos que si todos, todos, no contribuís efizcamente a tan sagrados fines, *cada cual con lo que permitan sus facultades y circunstancias*, nuestra lucha puede dilatarse, …pues *sin auxilios y socorros nada podrá hacerse*, espero que mis conciudadanos franca y generosamente *se prestarán gustosos a proporcionarlos*, ya por ser uno de sus imprescindibles deberes, ya por no degradarse del alto rango a que la Providencia los ha elevado; y ya por imitar el *asombroso ejemplo* que la Nueva Granada y todos los pueblos del

[3] Cuartel General, La Victoria, 5 de agosto de 1813.
[4] Idem, idem.

tránsito a esta Capital han dado en nuestras tropas vencedoras, a las cuales *nada les ha faltado para su subsistencia y lucha*»[5].

De seguidas explicaba Bolívar los motivos para el nombramiento de funcionarios fiscales, que asegurasen, o como él decía, «disonjeasen sus clamores»:

«Ya se han dejado ver los rasgo del patriotismo bien cimentado en los heroicos corazones de muchos ciudadanos, que unos en persona se me han presentado *a hacer demostraciones efectivas, pero de tal calidad qu me han edificado y entusiasmado*… Confieso, sin, embargo, que no todos podrán hacer a su patria *presentes tan lisonjeros*, y que sobrando a muchos el deseo, les sobrecogerá *la pequeñez del exhibo*. Conozco muy bien este grave inconveniente, y conozco también que aunque otros no lo tengan lo dificultarán, por no haber persona encargada de esta recaudación. Por tanto, he resuelto nombrar, como nombro, para que ante ellos se haga, a los cuatro corregidores recientemente electos que *diaria y nocturnamente se prestarán a cuantos ocurran con sus donativos, sean cuales fueren, pues no está ceñida mi esperanza al solo metálico sonante, sino a cuantos artículos sean necesarios para la guerra*……Con todos hablo, ciudadanos: *a nadie exceptúo: cualesquiera demostraciones llenarán mis deseos*…»

Y volviéndose aún hacia sus propios colaboradores, les decía: «Empleados de todas rentas y estados, *a vosotros también se*

[5] Caracas, 11 de agosto 1813. Refrendado por el Secretario de Gracia y Justicia, *Rafael Mérida*.

dirigen mis encarecimientos; un año entero gemisteis bajo el feroz tirano yugo español, sin sueldos, oprimidos en oscuras cavernas, etc. No será, pues, extraño *partáis vuestra renta con el guerrero soldado* que tan noble y generosamente expone el pecho a las balas, por defender vuestra libertad civil. Dentro de los muros de una ciudad provista como esta de cuantos mantenimientos son necesarios, *de cualquier modo podéis proporcionar vuestra subsistencia y la de vuestra familia*, cubriendo las carnes con telas ordinarias en obsequio de nuestra felicidad futura…»

De allí a dos días anunció en otra proclama que las dilapidaciones del gobierno español habían agotado todos los recursos y reducido a la nada los fondos públicos; y que, en consecuencia, procedería a una reforma, tanto en el número de los empleados, como respecto a sus sueldos, «porque no faltarían ciudadanos virtuosos que se contentasen con lo necesario para su subsistencia»[6].

Como en esta misma proclama lo manifiesta, emprende la campaña sobre el interior, comenzando por el asedio de Puerto Cabello, y ya dueño de esta plaza, toma en consideración que los ingresos de la renta del tabaco se disminuyen sobremanera cada día, a causa de los fraudes que se cometen, bien en ventas clandestinas que algunos particulares hacen del tabaco, bien en la malversación de algunos empleados del mismo ramo, y que

[6] Cuartel General en Caracas, a 13 de agosto de 1813.

ello acontece en momentos en que la patria exige *el sacrificio de los bienes de los ciudadanos, para cooperar al sostenimiento del ejército*, y decreta que «todo aquel que fuere convencido de haber defraudado los caudales de la renta nacional de tabaco, o vendiéndolo clandestinamente fuera del estanco, o dilapidándolos con robos y manejos ilícitos, será pasado por las armas, *y embargados sus bienes*, para deducir los gastos y perjuicios que origine». Las mismas penas imponía y a los conniventes y a los parciales[7].

Bolívar estuvo dirigiendo personalmente la Guerra en Puerto Cabello y Valencia hasta promedios de octubre del año trece. De allí regresó a Caracas, después de las acciones de Bárbula y las Trincheras.

[7] Decreto de Puerto Cabello, 11 de septiembre de 1813. Refrendando: Antonio Muñoz Tébar, Secretario de Estado y de Hacienda.

V

Antes de volver a Caracas, Bolívar reglamenta los sueldos y las raciones de las clases y de los soldados del ejército llamado ya «Libertador de Venezuela».

Dispones de los sargentos, los cabos y los soldados de cualquier batallón o escuadrón de línea, gocen diariamente de una ración compuesta de un medio real de carne, y un cuartillo del pan que se encuentre en el país donde resida; que reciban también diariamente, en dinero efectivo, un socorro calculado así:

Sargento primero y tambor mayor: 2 ½ reales

Sargento segundo: 2 reales

Cabo primero: 1 ½ reales

Cabo segundo y trompeta de orden: 1 ¼ reales

Soldado, tambor, trompeta y pífano: 1 real

Y que además, se les provea de un vestuario de paño con las demás piezas de lienzo, zapatos y sombreros, cuyo valor equivaliese a la diferencia entre el valor de la ración y socorro diario, y el haber total, y a cuyo vestuario se asignaría una duración proporcional a su costo. Disponía que cuando por algún motivo las clases y soldados no recibiesen ración, se les diese su

equivalente de tres cuartos de real en dinero: igual procedimiento debía adoptarse con quien se hallase en hospital, pero sustrayéndole el socorro para abonar los gastos de estancia. Cuando faltare carne o pan, se abonaría por aquélla medio real; y por éste, un cuarto[1].

Venido Bolívar a Caracas, hubo, el catorce de octubre de mil ochocientos trece, reunión extraordinaria del cabildo: concurrieron a ella, don Cristóbal Mendoza, gobernador político del Estado; don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, juez de policía, Presidente de la Municipalidad; don Vicente y don Jacinto Ibarra, alguaciles mayores; los municipales don Andrés Narvarte, don Marcelino Algain, don Miguel Camacho, don Francisco Ignacio Alvarado Serrano, don José Ventura Santana, don Rafael Escorihuela, y los síndicos don José Ángel de Álamo y don Pedro Pablo Díaz, don Antonio Fernández de León, director general de rentas nacionales; los corregidores don Carlos Machado, don Francisco Talavera, don Ramón García Cádiz, don Vicente López Méndez y el prior del consulado, don Juan Toro.

Todos aquellos señores resolvieron aclamar por unanimidad al ciudadano venezolano, brigadier de la Nueva Granada, Simón Bolívar, por Capitán General de los ejércitos de Venezuela, vivo y efectivo, con todas las preeminencias y prerrogativas de este

[1] Reglamento sobre sueldos y raciones, Valencia, 10 de octubre de 1813. Refrendado, *Antonio Rafael Mendiri*, secretario de guerra.

grado; y antes de separarse, acordaron fijar con caracteres bien inteligibles, en las portadas de todas las municipalidades del distrito, esta inscripción: «Bolívar, Libertador de Venezuela»[2].

Empero, para esa fecha, Bolívar no poseía en realidad sino el territorio que ocupaban sus armas: las plazas de Caracas, Valencia y Puerto Cabello; porque el puerto interior y el castillo de San Felipe estaban en poder del enemigo. Había que rehacer la campaña; había que salirse de nuevo de Caracas a reconquistar la república. Antes de marchar, Bolívar expone que las divisiones que van sobre Coro, Guayana y Maracaibo, «necesitan auxilios para su subsistencia» y deben «disfrutar cuanto poseemos»; y de acuerdo con esta declaración decreta:

1º Los justicias mayores de los pueblos, asociándose con dos vecinos de toda probidad y concepto público, harán y remitirán firmada a la dirección general y a la administración del pueblo o del partido, una lista de los vecinos de su jurisdicción *que posean una hacienda, labranza o tienda abierta, de cualquier especie que sea*.

2º Formada que sea la lista, procederá el mismo teniente justicia y acompañantes *a asignar el soldado o soldados que pueda pagar cada propietario*; y como quiera que en la clase de labradores y artesanos habrá algunos que sus rentas no le permitan constituir un pré íntegro, se les asignará la mitad.

[2] Acta de la municipalidad de Caracas, 14 de octubre de 1813. Autentica, *Francisco León de Urbina*, teniente-secretario.

3º Se entregará voluntariamente en la administración del pueblo o del partido, *con un mes de anticipación*, la asignación que se le haya hecho del pré de uno o más soldados, o de la cantidad menor que haya cabido; y de los que no lo hagan, pasará un aviso el administrador a su juez, para que por *medidas coactivas* se haga satisfacer el impuesto, que será el duplo del que le corresponde, por su morosidad.

4º…………………………………………………….

5º Son comprendidos en este impuesto los sacerdotes, por sus bienes patrimoniales y benefíciales, y también los cuerpos religiosos y colegios, por sus fondos comunes; pero no lo serán los empleados civiles y de Hacienda, por lo que respecta a sus sueldos, *a causa de habérseles rebajado a la mitad.*

6º…………………………………………………….

7º Los jueces administradores y demás que se estimen negligentes en el cumplimiento de esta ley, serán removidos de sus empleos, y multados pecuniariamente al arbitrio del que conozca de su negligencia[3].

íbase, pues, a reemprender la campaña: las siete provincias libertadas en un rapto de fortuna para los patriotas, apenas quedaban, para el honor de las armas republicanas, inscritas en los fastos del denuedo: sólo en realidad era libre la provincia de

[3] Cuartel general en Caracas, 20 de octubre de 1813. Refrendado, Antonio Muñoz Tébar, secretario de Hacienda.

Cumaná, garantida por el ejército de Mariño. Mérida, Trujillo y Barinas consuman una violenta reacción: Achaguas, Pedraza, Bailadores, ofrecen de nuevo la cerviz a la coyunda. García de Sena conduce una división al occidente y Tomás Montilla otra a los Llanos, para concurrir contra San Fernando y asegurar el territorio de Barinas, a donde irán a auxiliarlos, para proseguir a Bailadores, Campo-Elías, vencedor de Boves en Mosquiteros, y Urdaneta, expedicionario sobre Coro y Maracaibo. Todo quimeras: se aproximaba 1814, y ningún hado, ninguna adversidad, ningún destino misterioso llevaba a la república al desastre: su camino había sido abierto ampliamente hacia el infortunio por los invasores acaudillados por Bolívar: España, fuerte desde el principio, de doce mil soldados, volvía del estupor de la acometida, y tomaba la revancha contra aquel puñado de audaces, que se contentó con abrirse paso impetuosamente, a punta de bayoneta, contra las filas enemigas, sin dejar detrás de sí nada de fuerza material, nada de organización, nada de previsiones que consolidasen la victoria y asegurasen la independencia; no otra cosa que un deslumbramiento fulmíneo de arrojo y de heroísmo; no otra cosa que el pavor de la irrupción, el estrépito del asalto, el aúllo de la venganza, la conminación implacable, la extorsión, el saqueo, la ruina, el desastre adelantado a Boves… Ceballos triunfa en Bobare, en Yaritagua, en Barquisimeto; se reúne a Yánez, y la victoria de Araure, ganada homéricamente por los republicanos, apenas es un tropiezo al raudal de la revancha,

que se represa un instante, agolpa su caudal, empuja la resistencia y la rompe inconteniblemente, para desbordarse hasta los valles de Barlovento, en un torrente férvido de venganza y de furor, bajo el semblante de 8.000 llaneros de Bobes, el hegemón del desquite, el hombre-conjunción de todas las fuerzas reactivas que producirán el siniestro.

A Bolívar no se escapan los rumbos ni los orígenes de 1814: en su manifiesto de Carúpano, del mes de septiembre, su pluma guía su confesión: «En vano esfuerzos inauditos han logrado innumerables victorias, compradas al caro precio de la sangre de nuestros heroicos soldados. *Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria…*»

«Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados, no estando en la esfera de las facultades de un General o magistrado, *contener en un momento de turbulencia, de choque y de divergencia de opiniones, el torrente de las pasiones humanas…* Y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes *causen frecuentes perjuicios a la República*, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad, y buscar su origen en la causa primitiva de todos los infortunios, *la fragilidad de nuestra especie…*»

«Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de caerme el instrumento infausto

de sus espantosas miserias; pero soy inocente, porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque *por otra parte haya obrado mal y sin acierto*…»[4].

Al Presidente del Congreso granadino comenzaba comunicándole la catástrofe con las siguientes palabras: «La naturaleza de *una guerra de exterminio* que me fue forzoso sostener en Venezuela para conservar la libertad que le había dado, *redujo aquel país a tal desolación que es imposible describir a V. E.*»[5]

Allí en Cartagena estaba el brigadier don Joaquín de Ricaurte, segundo del ejército granadino invasor de Venezuela. La rivalidad, el celo mezquino, el orgullo herido, la tristeza de la gloria ajena, violan en su pluma la discreción y en sus labios el silencio de las primeras complicidades. «El ejército dice en su informe al Congreso de la Nueva Granada, marchó con una general desorganización en todos sus departamentos. El de la administración, que es el gran móvil que concierta los movimientos, afianza la subsistencia, y el que asegura la disciplina, no existió nunca. *El ejército debía vivir del país que ocupaba*; pero sin un sistema para exigir contribuciones, *éstas se arrancaban violentamente, sin medida ni proporción*; a los haberes de los contribuyentes, *ni a las necesidades del mismo ejército*…

[4] Carúpano, 7 de septiembre de 1814. Manifiesto dado por S. E. el Libertador.
[5] Cartagena, 20 de septiembre de 1814. *Simón Bolívar*.

«…*El latrocinio reducido a sistema, la impunidad con que se atacaban las propiedades, sin distinción de los propietarios, y la aplicación del producto de los robos al provecho de algunas familias*, fue otro motivo de exasperación para unos pueblos que nos esperaban como libertadores, y que nos veían *obrar con más fiereza, más inmoralidad, que nunca lo habían hecho los españoles, ni podían hacerlo los caribes*…»

«Por fin, los pueblos que esperaban ver restablecido su sistema representativo, y que con este modo se pusiera a salvo su seguridad y que ven un desgobierno liberal, una porción de dictadores obrando según sus caprichos, *una gran disipación de subsistencia y ninguna organización de rentas*, soltaron los diques a su furia, y unidos a los pocos restos de los enemigos, formaron masas enormes dispuestas a perecer mil veces antes que someterse a la brutalidad de los soldados indisciplinados, de los jefes inmorales, y de sus satélites, a quienes eran permitidos los desórdenes, los robos, los asesinatos, y cuanto horroriza la naturaleza»[6].

Sí 1814 fue la desastrosa repleción del boa devastador.

.

[6] Cartagena, 9 de octubre de 1814. De la *Gaceta Española*, de Santa Fe, 1º de agosto de 1816. *Joaquín de Ricaurte*.

VI

No el oro a raudales; no el pan, cuanto alcanzan las manos rapaces, bastan a aplacar la gula del monstruo insaciable: cuando uno y otro no son posibles, el ejército demanda sangre, lágrimas, amarguras, catástrofes. Toda una catástrofe moral y física, sería necesaria para invertir, –como se declara y se pretende–, los términos de la existencia política y social de un continente geográfico.

Bolívar, aventado por los desastres de mil ochocientos catorce, cae otra vez en tierra del virreinato, en momentos en que Cundinamarca falta a la fe de la unión granadina y favorece, con semejante conducta, al enemigo. El congreso de las provincias unidas, reunido en Tunja, echa mano, –ante la emergencia–, de la audacia, del valor y del fervor del brigadier venezolano, para reducir a obediencia a la provincia disidente. El ejército que manda Urdaneta, más todas las fuerzas disponibles en la Unión, son puestas bajo las órdenes de Bolívar, para que marche contra Santa Fe, a imponer la conciliación o a cumplir la guerra.

El general venezolano que decreta en Trujillo el exterminio de su patria, por exterminar al enemigo, va ahora aleccionado por las funestas consecuencias del furor sanguinario; de manera

que, habiendo un oficial de escolta sacrificado inútilmente algunos prisioneros españoles a quienes conducía a presencia del general Urdaneta, Bolívar sabe condenar el crimen y medir la trascendencia y la gravedad de sus efectos. «Los españoles van a tomar este hecho particular, –escribe–, por una medida general, y, por consiguiente, van a tomar todos los partidos desesperados que les dicte su justo despecho. Ninguna promesa, protesta o capitulación será digna de crédito, para unos hombres que han visto cometer el asesinato más violento e ilegal con sus compatriotas que *seguían nuestro sistema*. Así, nada tienen que esperar de nosotros: ninguna vía les queda para evadirse y escapar de una muerte más o menos cercana, según el concepto que deben formar por las apariencias. Una terrible desesperación les hará ver su salud en su defensa; y para conseguirla, pondrán en juego todos los nortes de su malignidad, poder y energía, de modo que según parece probable, la toma de Santafé por la fuerza debe costarnos un inmenso sacrificio, porque nuestros enemigos van a emplear su fortuna en sostener su partido, y su partido lo van a aumentar con imposturas groseras, suponiéndonos verdugos de todos los hombres, sexos y condiciones. Con su actividad, ellos reunirán millares de hombres, que se opondrán a nuestras operaciones, y de este choque resultará el odio, la crueldad, y quizá una guerra eterna entre Cundinamarca y nuestro Gobierno»[1].

[1] Al presidente de las provincias unidas de la Nueva Granada, Cuartel general en Tunja, a 29 de noviembre de 1814. *Simón Bolívar*.

Propuesta así la cuestión, Bolívar insinuaba que no había otra manera de resolverla satisfactoriamente para la patria, sino engrosando sus fuerzas con todos los hombres, armas y caballos que existieran en el país, hasta completar cuatro mil combatientes.

Por fin, el ejército marchó de Tunja, el 1º de diciembre de 1814. Urdaneta lo mandaba en segundo; Miguel Carabaño era el Mayor; Florencio Palacios comandaba toda la infantería; el padre José Félix Blanco iba de vicario general.

Al llegar la primera avanzada de la vanguardia, al mando del coronel Bartolomé Chávez, al puente del Común, un destacamento enemigo que cubría el puesto, trató de impedirle el paso, haciendo fuego y retirándose precipitadamente. Bastó para que Bolívar declarase abiertas las hostilidades, significándole al presidente de la Unión que el gobierno de Cundinamarca aceptaba la guerra y que él se preparaba a hacerla. En el acto lo comunicó también al jefe de la vanguardia: «El gobierno de Santafé ha aceptado la guerra, y se prepara a hacerla. Puede U., pues, hostilizarlo de todos modos. Es preciso que U. reúna cuantos caballos sean posibles, enviando al efecto pequeñas partidas que registren el territorio, y los extraigan de los hatos donde los haya». (Tocancipá, 5 de diciembre de 1814).

El día 8, Bolívar estaba sobre la capital. La furia asoladora del ánimo, de aquel ejército que va a rescatar pueblos, la dicen los documentos que precedieron al sitio y los que se expidieron hasta la capitulación. El primero es una carta del general para

don Juan Jurado. Le dice en ella: «Amigo: como U. es el único que tengo de este nombre en esa ciudad, me tomo la libertad de dirigirle esta carta, para que no se deje alucinar con mentiras y patrañas sobre mi conducta y la de mis tropas; tenga U. un poco de paciencia: ya oirá en cuatro palabras mi historia».

«Fui nombrado comandante de Puerto Cabello, y teniendo muchos reos que conspiraban contra el castillo y la plaza, como lo lograron después, no los pase por las armas, según debía, para salvar mi país, y no perderlo, como sucedió. Vine a libertar el Magdalena, y tome mas de 200 prisioneros, la mayor parte españoles del regimiento de *Albuera*: no los pase por las armas, y solo lo hice con un criollo llamado Domínguez, por traidor a su país. Entre en Venezuela y al empezar la campaña solo castigue de muerte a un tal Conde, porque vino de espía a mi campo; y a Rizo porque era nuestro mayor enemigo en Ocaña».

«De resto, todo el mundo fue perdonado. Que lo diga García Herreros, que está en poder de Valdes, si no es cierto esto. Tíscar nos toma 16 oficiales y hombres decentes y los pasa por las armas en Barinas. Zuazola destruye pueblos enteros al mismo tiempo en Cuman a , por ser patriotas. Antoñanzas degüella 300 prisioneros nuestro en San Juan de los Morros, en la campaña anterior. Boves en los llanos hace prodigios de crueldad, estando yo en Mérida. ¿Sería justo sufrir la guerra a muerte, y no hacerla? La declaro y la llevo a efecto; pero no con todo el rigor que debía.

«Llego a La Victoria, y concedo allí una capitulación que no podían esperar los españoles. Huye el que debía ratificarla; la envío a Monteverde para que la ratificase, y responde que no debieron ni pudieron capitular conmigo. Mientras tanto, él pone en pontones y en bóvedas a todos los patriotas de Puerto Cabello: yo tomo la represalia, y hago lo mismo con los españoles: ofrezco canjear 4.000 por 200 patriotas, protestando pasarlos por las armas, si se sacrifican a los nuestros. No se admite mi oferta, y se pasa por las armas a nuestros prisioneros, a tiempo Boves se acerca a la capital, degollando todos los pueblos del tránsito, sin exceptuar niños ni mujeres. ¿Qué debía yo hacer, sin guarnición en la Guaira, y con cerca de 1.000 españoles en las bóvedas y castillos? ¿Esperaría yo la misma suerte infausta del castillo de Puerto Cabello que destruyó mi patria, y me quitó el honor? Amigo, póngase U. en mi lugar y póngase todo español, y como no lo haga mejor que yo, digo que no son hombres, ni españoles. He aquí mis decantadas crueldades, mi irreligión, y todo lo más que me han hecho el favor de atribuirme los señores que no me conocen, o me conocen mal.

«Contrayéndome ahora al estado actual de Valdes, digo y protesto bajo mi palabra de honor, que ni el Gobierno ha declarado la guerra a muerte, ni yo la he hecho, ni la haré nunca en este país pacífico, donde los españoles se han portado de un modo muy diferente que en Venezuela. El suceso de Jóber y sus compañeros ha sido altamente reprobado por el Gobierno y más

aún por mí. Envío a U. ese documento en testimonio de esta verdad. Imágenes U. que siendo mi objeto venir a buscar auxilios en este país, no había de ser yo tan necio, que quisiese chocar con su Gobierno y disgustar la opinión pública, que aborrece la guerra a muerte. Además, U. me conoce, y sabe que yo más generoso que nadie con mis amigos, y con los no me hacen daño; y también sabe que soy terrible con aquellos que me ofenden».

Mi objeto es ahorrar la sangre humana, y por eso deseo que Valdes entre en negociaciones, que pongan a cubierto esos habitantes de los horrores de un sitio, y de un asalto, que dentro de poco tendré que dar: *entonces morirán millares de víctimas inocentes, y no quedará vivo un solo godo o regentista*. Nuestras tropas son invencibles, y jamás han atacado que no hayan conseguido la victoria: son las mismas que han vencido en mil partes, y si hubiesen estado en Caracas, Caracas sería libre. La situación de UU. es desesperada: ningún auxilio puede venirles. Santa Marta está ya atacada por nuestros Generales y Oficiales de Venezuela con las tropas de Cartagena, que estaban en inacción por falta de jefes. Popayán no está aún ocupada por los enemigos: las tropas más avanzadas están en Patía a las órdenes de Vicente Parra, y Aimerich está en Pasto, muy tranquilamente. Esto lo sé por documentos que acabo de recibir del Presidente Vallecilla, que vinieron ayer para el Congreso. Boves no tiene ejército, porque en Maturín han derrotado a Morales, su segundo, que llevó todas sus fuerzas contra mí a Barcelona, y aun después de

haber triunfado en Aragua, ha sido eternamente deshecho en aquel baluarte de la libertad de Venezuela. UU. no tienen municiones, yo tengo muchas, y espero cuantas quiera de Cartagena, que ha puesto todo a disposición del Congreso para esta guerra. Yo aumentaré mis fuerzas cuanto quiera; las de Valdes se han de disminuir, y con ellas los víveres y el entusiasmo con que han alucinado a esos infelices, que de ningún modo pueden combatir con nuestras tropas, que son comparables, y aun superiores, a las mejores de Napoleón».

Todavía es tiempo, amigo, de salvarse. Yo soy religioso en mis promesas, y mi gloria la fundo en cumplirlas, porque mi ambición se limita a libertar mi país, y a ser estimado como hombre de bien, de mis coetáneos. Pero si por el contrario, mis tropas y oficiales padecen alguna pérdida por la ciega y loca obstinación de esos habitantes, soldados y Gobierno, yo temo mucho que Santafé *sufra una catástrofe espantosa, comparable a lo más horroroso de nuestra presente guerra, en que centenares de pueblos han quedado reducidos a escombros, cenizas, y en fin, a una soledad horrible.* No dude U. que la vida o la muerte de los que ahí existen dependen de las determinaciones que tomen sobre admitir todo lo que les ofrecemos, o perder todo lo que nos rehúsan. Nosotros sólo pretendemos la unión fraternal de ese Gobierno con el general, para la cual viene una comisión civil, compuesta de los ciudadanos Camilo Torres, José María Castillo y Baraya. Yo, inmediatamente que entre en Santafé, volveré a salir para

Venezuela, sin mezclarme en nada de lo relativo a este país, excepto lo que respecta a los auxilios militares, que necesito para tomar el Occidente de aquella República, cuya capital estará ya ocupada por las tropas de Oriente»[2].

El señor Jurado, al imponerse de la carta antecedente, se quedó sorprendido y consternado.

[2] Al señor Juan Jurado. Campo de Techo, a 8 de diciembre de 1814.

VII

Por tanto, el señor Jurado, a su vez, correspondió punto por punto a la carta del General, manifestándole que la había recibido apertoria de manos del dictador del Estado (don Manuel Bernardo Álvarez), junto con el impreso en que se refería la desgraciada ocurrencia con los europeos de Jaipa y Sogamoso.

El señor Jurado quería que el general Bolívar se diese una cuenta exacta de su situación y de influencia, para lo cual le refería que, catorce días después de llegado él a Santafé, había comenzado en esa ciudad la transformación política que a muy luego se había extendido a toda Nueva Granada: que el ex-Virrey Amar lo comisionó, o mejor, lo aventuró a calmar los desórdenes que su apatía y su falta de providencia habían provocado: que cumplió cuanto posible, evitando que se derramase sangre: que, habiéndolo hecho Amar responsable ante el gobierno español, Santafé lo había adoptado espontáneamente en el momento de su transformación, y que a aquella ciudad generosa le debía el pan que comía con nueve de sus hijos caraqueños, gratuitamente: que había sido cuatro años presidente del poder judicial, con toda la buena ventura que podía desear; por último, que había obtenido del gobierno apartarse de los empleos políticos, para

evitar las sospechas que pudiera ocasionar su partida de bautismo. Agregaba el señor Jurado que, encargado de la vacuna y de la expedición botánica, sus hijos y sus libros constituían todo su cuidado; que mucho debía a los caraqueños, especialmente al General Bolívar, y, por tanto, sus palabras y sus lágrimas pedían la paz; pero en este punto, el señor Jurado adoptaba un lenguaje y apelaba a reflexiones las menos a propósito con aquel general de 30 años, ensoberbecido por victorias inconcebibles, hijo de la fortuna, impetuoso de valor y de osadía, arrebatado de juventud, irascible de índole. Tenía el señor Jurado consideraciones de la presente guisa: «Los medios de que U. sabe se ha valido el gobierno general, para imitar a éste, ¿son por ventura decorosos y bien intencionados para conciliarse una unión fraternal? A la vez que viene en el ejército una comisión compuesta de ciudadanos tan notables, ¿porqué no hacen proposiciones razonables a este gobierno, para que sin comprometer su decoro, puedan transigir diferencias de tanta consecuencia, convirtiéndose la fuerza y el poder hacia un objeto digno de hombres ilustrados y del genio americano, antes que estrellarse en su propio detrimento? Mientras que el europeo sea obediente al gobierno, y fiel a sus juramentos, debiera gozar los derechos de ciudadanos; ¿y por que se le persigue y sacrifica como a una bestia feroz, sin proceso ni juicio?...»

En realidad, un hombre que previamente presentaba las excusas de su situación, bajo el semblante en que lo hacia el

señor Jurado, no estaba moralmente autorizado para llevar aquellas reflexiones, matizadas de consejos y cuasi reprensivas, a un general victorioso, que se estimaba capaz para imponer cláusulas a una ciudad sitiada, menos aun cuando concluía su carta anunciando que la representación nacional deliberaba en aquel momento, sobre la materia[1].

El resultado de esta deliberación lo conoció el general Bolívar, en una nota del dictador Álvarez, en el cual le significaba que Santafé estaba resulta a la defensa, y que, en consecuencia, podía el sitiador proceder del modo que le pareciese mas decoroso a las arma que mandaba. «No dude V. E. que este pueblo se halla en la general resolución de verse sacrificado, antes de entrar en pactos poco honrosos, y que a costa de su sangre inocente defenderá derechos de que se le intenta privar»[2].

Ni esta nota, ni la rara respuesta de Jurado quedaron sin la correspondiente satisfacción. Al dictador decía el sitiador: «Después de haber propuesto una capitulación más honrosa que triunfo, ofreciendo paz, amistad, y una inmunidad absoluta de honor, vida y prosperidad, no me queda otro partido que asaltar esta ciudad en consecuencia de la respuesta de V. E. en que me asegura que sus habitantes están decidido a morir, antes que

[1] Al ciudadano general Simón Bolívar, Santafé, 8 de diciembre de1814. *Juan Jurado*.
[2] Al Excmo. Señor general en jefe del ejército destinado hacia Santafé. 8 de diciembre de 1814. *Manuel Bernardo Álvarez*.

unirse al cuerpo de sus hermanos que forma la nación de la Nueva Granada.

«V. E. me convida a la guerra, y yo no la rehuso jamás, cuando de mi parte están la justicia y la razón. V. E. quiere hacer parecer a todo ese infeliz pueblo, solo por sostener un partido inicuo, que es el de la división, y aun el de nuestros enemigos comunes: *y todos sus habitantes morirán sin duda a manos de nuestros soldados*, que tienen orden de no dejarse asesinar por la casas, calles y ventanas, *sin pasar al filo de la espada cuantos encuentren en el transito y en el interior de las habitaciones*, que según se me ha informado están taladradas, para hacer un fuego alevoso, y tienen además cantidad de armas arrojadizas, para el uso de las mujeres y sacerdotes, a quienes V. E. y sus partidarios han persuadido que yo vengo a destruirlo todo, a violarlo todo, y hasta a profanar impíamente la religión que amo y respeto más que V. E. y sus consejeros, esos sacerdotes fanáticos que bien pronto verán sobre sus cabezas, dirigido por la justicia del cielo».

«En una palabra, si V. E. no acepta hoy mismo la capitulación que por última vez le ofrezco, *prepárese para morir el primero, seguro de que el resto del pueblo le seguirá bien pronto*»[3].

No fue menos áspera y amenazante la respuesta del señor Jurado. «He recibido la de U. con mucho dolor, –le decía Bolívar–, porque veo por ella que UU. se obstinan en parecer a

[3] Al Excmo. Señor Presidente de Cundinamarca, Techo, 9 de diciembre de 1814.

manos de nuestros soldados, que tienen orden de asaltar la ciudad, *y de no dejar por la espalda un solo habitante de cuantos puedan asesinarlos alevosamente por las calles, casas y ventanas… Santafé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte: las casas serán reducidas a cenizas*, si por ellas se nos ofende. *Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus libertadores*, y que recibe con oprobios los más ultrajantes al que viene de tan remoto países a romperles las cadenas que sus enemigos quieren imponerle. Estos cobardes, tanto como fanáticos, me llaman irreligioso, y me nombran Nerón: yo seré, pues, su Nerón, ya que me fuerzan a serlo contra los demás vehementes sentimientos de mi corazón, que ama a los hombres, porque son sus hermanos, y a los americanos, porque son sus compañeros de cuna y de infortunios. Mi alma está despedazada con la sola contemplación del terror de ver reducida a la nada una ciudad hermana de Caracas, y madre de algunos libertadores de Venezuela.

***   ***   ***

«Usted puede variar este decreto, y si no, es la segunda víctima después del Presidente».

«Adiós hasta que me vea como su libertador, o su juez».

El señor Jurado no hallaba manera de remediar aquella situación. «Yo carezco de toda influencia pública, le decía a Bolívar, sin carácter, sin manejos, aislado en mi casa, rodeado de once hijos y de su virtuosa madre: ¿por qué título puedo yo

variar la resolución del pueblo y del Gobierno? ¿Y con qué justicia me dice usted que seré la segunda víctima después del Presidente? ¿Son éstas las protestas generosas que ayer me incluyó usted en su carta, para que me formara una justa idea de su carácter? Amigo, vamos claros: si usted quiere la amistad de los hombres de bien y de los pueblos libres, es necesario que mude de rumbo, y emplee en sus intimaciones un lenguaje digno de usted y de nosotros.

*** *** ***

«No estoy revestido de carácter político ni militar: no tengo influencia en el Gobierno: no he tomado parte activa en estas diferencias: soy un hombre pacífico y cargado de familia: sumiso y obediente a la autoridad pública, y he sacrificado mi carrera por el americano. ¿Y a este tal hombre que trata usted de amigo, lo conmina con la muerte, en el tiempo mismo que desea afirmar su carácter justo y generoso?».

No tuvo esta conducta, ni debía tenerla, el dictador Álvarez: contestó a bolívar su nota, aceptando la guerra.

En consecuencia, la ciudad fue asaltada el 10 de diciembre. El once, los del gobierno de Santafé enviaron un comisionado al general republicano, proponiendo arreglo: el doce se rindieron por capitulación. Era tiempo: como lo había prometido Bolívar, apenas comenzaron a tomar posesión de las primera calles las tropas de la Unión, el terror abrió sus alas fatídicas sobre los habitantes indefensos e inocentes: la soldadesca acometía,

mataba y saqueaba: las puertas de los establecimientos mercantiles eran derribadas y arrasado su interior: era el mismo ejército, maestro y agente de pillaje, que había asolado la cordillera venezolana, el año anterior… El Arzobispo de Santafé, en presencia de la catástrofe, apela a sus recursos espirituales, y expide una pastoral, lanzando el anatema contra aquellas hordas sin piedad. Sometida la ciudad, Bolívar pide estrecha cuenta al diocesano: le dice que no pudiendo el Gobierno vencido sostener la guerra y triunfar, apeló al fanatismo, solicitando y obteniendo del arzobispado aquel edicto del 3 de diciembre, en el cual se denigra del general republicano, se le pinta impío e irreligioso, se le excomulga, y se incluye en la excomunión a todo el ejército. Bolívar exige reparación, por medio de otra pastoral en que se dé de él otra opinión a los ojos de la multitud[4].

El arzobispo, don Juan Bautista Pey de Andrade, el gobernador del Arzobispado, don José Domingo Duquesne, expiden nuevas letras a sus fieles, declarando que se habían equivocado de concepto, «porque el Excelentísimo señor general en jefe don Simón Bolívar ha dado pruebas evidentes de la más noble y sincera conducta, y ha hecho conocer que no sólo resplandecen en su persona todos los talentos políticos y militares, sino también una bondad de ánimo y benevolencia de corazón, en que brilla la clemencia y la humanidad. No se han

[4] A los señores gobernadores del Arzobispado, Santafé, 15 de diciembre de 1814.

ejecutado aquí en todo el progreso de la expedición, por sus nobles oficiales y por su generoso y aguerrido ejército libertador, *las acciones que se decían*; sino que por el contrario, han manifestado toda la moderación y equidad en todos sus procedimientos»[5].

Advertían, en consecuencia, que el general y sus tropas no habían incurrido en la excomunión, y que eran piadosos y religiosos, porque habían asistido a los templos y tratado con mucha urbanidad a los eclesiásticos, al extremo de que los jefes de la iglesia ordenaron cantar un Te Deum en todos los templos de la capital, el domingo 18 de diciembre, a la hora de la misa mayor y con la debida solemnidad.

[5] *Pastoral del 16 de diciembre de 1814*, dada en la ciudad de Santafé.

VIII

Tomada Santafé, la inevitable exacción. Bolívar invoca, como siempre, las graves necesidades de su ejército, las ulteriores operaciones en que debe emplearlo. Declara que ambas circunstancia exigen gastos que las rentas ordinarias del Estado no alcanzaría a cubrir; que urgen los momentos de ponerse en campaña y de cubrir las fronteras más expuestas a peligro. Advierte que el medio elegido para proveer a esta necesidad es el más suave y no duda que el patriotismo de los habitantes de Cundinamarca, la presencia de los eventos dolorosos, el fin laudable que se propone, serán suficientes, –a los ojos de aquellos habitantes–, para que se apresuren a destinar una parte de su fortuna a la salvación del resto.

En consecuencia, dispone nombrar para la colecta del donativo voluntario a los señores Juan Jurado, Luis Eduardo Azuola, Pedro Groot, Ignacio Herrera, Jerónimo Mendoza, Pantaleón Gutiérrez, Ignacio Vargas y Joaquín Vargas Vesga, autorizándolos para nombrar en todos los pueblos de la provincia encargados de igual comisión[1].

[1] Decreto, Santafé, 17 de diciembre de 1814.

Aquellos donativos alcanzan a doscientos mil pesos[2]: con ellos declara el general que ha vestido y pagado la tropa; pero que, nombrado por el gobierno general para expedicionar sobre la provincia de Santa Marta, el haber de su caja militar apenas le alcanzará para llegar a aquella provincia. En vista de esto, opina que debe auxiliársele en lo adelante para los demás gastos de la expedición y manifiesta al gobernador de Cartagena que no halla dificultad para que en ésta se consiga una suma igual o mayor que la referida.

Comprende y declara que Cartagena ha hecho crecidos suministros para la guerra que sostiene, pero insinúa que no ha apelado al recurso extraordinario de un empréstito forzoso y que jamás se les ha exigido nada a los españoles de aquella ciudad. Indicaba que no debía considerarse a dichos españoles como conciudadanos nuestros y que, *si hasta entonces se les había permitido vivir*, era preciso que pagasen ese beneficio[3].

En este predicamento ordenaba a la autoridad de Cartagena que recabase de los españoles la suma, de grado o por fuerza; que hiciese sacar de sus almacenes paño y las telas necesarias para hacer dos mil vestidos inmediatamente; que los obligasen a pagar la hechura, y que se les diese a entender que todo aquello era una pequeña indemnización del mal que estaban haciendo.

[2] Al gobernador de Cartagena, 17 de enero de 1815.
[3] Idem. Idem.

Para animar a estas medidas al gobierno de Cartagena, mostraba lo acontecido en Cundinamarca. Allí se había dado al enemigo un trato despiadado: el antiguo presidente Lozano había visto embargar y pregonar sus bienes, hasta cubrir la cantidad que se le había asignado en el empréstito.

Bolívar marchó a Honda, a donde ya había adelantado la mayor parte de su ejército. Allí le manifestó al gobernador de Antioquia que en la escasez en que se hallaba el erario público, no podía atender con sus fondos a los grandes gastos de una guerra continuada y que era preciso que los pueblos patriotas subviniesen a ellos con donativos voluntarios, tanto más cuanto que Antioquia, por su situación local, tenía menos que temer y había tenido la fortuna de no experimentar los desastres consiguientes a la presencia del enemigo[4].

Hallándose en Mompós, sabe Bolívar, por emigrados de Santhomas, que Boves ha sucumbido y que el ejército patriota de Venezuela ha sido destruido en la acción. El general presenta esta última circunstancia como un peligro inminente de invasión de la Nueva Granada, sobre la cual puede lanzar el enemigo hasta veinte mil soldados, y que el único remedio al próximo conflicto o la sola manera de conjurarlo es adelantarse a él, invadiendo perentoriamente el territorio venezolano. Para este plan, exige que se aumente abundantemente el armamento,

[4] Al gobernador de Antioquia, Honda, 28 de enero de 1815.

mandado comprar a las antillas cuantos fusiles fuere posible; y para obtenerlo, indicaba Bolívar que si las rentas del Estado estaban agotadas, los particulares, los institutos y las iglesias poseían alhajas de valor, de las cuales debía expropiárseles, porque debía «apreciarse en más la existencia de los individuos que una pompa inútil»[5].

Esto lo manifestaba en momentos en que urgía por nuevos recursos para sus tropas, porque había gastado más de nueve mil pesos en vestir y pagar los batallones de Tunja y Mompós, de los que, el último había cerca de nueve meses que no recibía los sueldos debidos y el primero había quedado reducido a doscientos hombres, por deserción a consecuencia de la falta de prest. A estos gastos, con los cuales manifiesta Bolívar que no contaba, había que añadir otros para reponer vestuarios y gorras que se habían perdido en el naufragio de unas balsas que los llevaban; para reintegrar en las encomiendas de correos siete mil pesos tomados de elle para habilitar champanes, y, por último, para afrontar las exigencias de la forzosa inacción del ejército mientras se resolviesen las dificultades de Cartagena, inacción que consumiría los ochenta mil pesos que la comisaría llevaba desde Santafé[6].

[5] Al secretario de la guerra, Mompós, 17 de febrero de 1815.
[6] Al secretario de la guerra, Mompós, 21 de febrero de 1815.

Un mes después, el general remitía al gobierno la relación de lo gastado en los meses de diciembre, enero y febrero, a fin de que por ella se observase que la existencia en caja apenas alcanzaría a cubrir el consumo de marzo, puesto que el solo gasto del hospital debía ser excesivo, ya que casi no había soldado ni oficial que no padeciese alguna enfermedad. Encarecía, pues, que si el gobierno no tomaba prontas medidas sobre el dinero, el ejército quedaba expuesto a graves males y a muchas pérdidas, ya de deserción, ya de muertes por la falta de auxilios para las curaciones[7].

Resueltas, por fin, las dificultades de Cartagena, con la comisión que cerca de su gobernador llevó el señor Rafael Revenga, secretario de Bolívar, éste movió su ejército. El catorce de marzo estaba en Sambrano y de este punto se comunicó con el secretario de la guerra, para advertirle cuán enormes eran los gastos de un ejército y cuán inútiles los que había hecho por causa de su inacción: que al reunirse las tropas en el Bajo Magdalena, su presupuesto no sería menor de cuarenta mil pesos mensuales: que no había sacado de Santa Fe sino ochenta y ocho mil y que era de presumir que bien pronto tendrían fin[8].

En efecto, a los cuatro días avisó que ese dinero se había acabado ya, que no le quedaban sino diez y nueve mil pesos y

[7] Idem., Mompós, 6 de marzo de 1815.
[8] Al secretario de la guerra, Sambrano, 14 de marzo de 1815.

que el presidente del congreso reclamaba diez y seis mil: «yo los enviaré, –le decía Bolívar–, pero esté cierto V. E., que será disuelto el ejército, pues la deserción de granadinos será enorme en cuanto no haya prest»[9].

Pero hasta allí fueron satisfechas las demandas de Bolívar: no solamente se le negaron los auxilios de dinero que solicitaba, sino que, frente a los muros de Cartagena, de nuevo la rivalidad y las intrigas de la política, le opusieron tantas pequeñeces contrarias y tantos inconvenientes mezquinos, que, sin duda, se contaba con su genio irascible y su índole impaciente, para hacerle decir: «Si no se arma y municiona el ejército completamente, y conforme a las órdenes del gobierno general, V. E. que tiene la autoridad de mandarme a ocupar la línea, tendrá también la de nombrar otro jefe, y darme un buque que me lleve a una de las colonias… Debo abandonar un país que no ha recibido de mí más que servicios; pero en donde mi permanencia causaría ya más males que cuantos bienes pudieran producir mis mayores esfuerzos[10].

Marimón cometió la imprudencia de hacerse cargo de aquel rasgo de cólera: aceptó la renuncia de Bolívar y dispuso que se encargase del mando del ejército el oficial de mayor graduación,

[9] Al presidente del congreso, en comisión, Barrancas, 18 de marzo de 1815.
[10] Al presidente del congreso, en comisión, Turbaco, 24 de marzo de 1815.

exceptuando a Santiago Mariño y a Miguel Carabaño, «por exigirlo así el estado de las cosas»[11]. Fue elegido Florencio Palacios.

En vano se reúne en Turbaco, al día siguiente, una junta de guerra, para considerar y decidir que Bolívar no debió ni pudo dimitir el mando sin consultarlo antes, por lo menos, con su Estado Mayor General; que Marimón no era el llamado a decidir sobre el particular; y que el ejército no reconocía otra autoridad que la de su Capitán General, nombrado por el Gobierno de la Nueva Granada[12]. En vano continuaron las disensiones, los parlamentos inútiles, la disolución progresiva de las tropas. Bolívar tuvo que abandonar aquel ejército y salir del territorio de la confederación el 9 de mayo de 1815. «El sacrificio del mando, –decía en su nota de despedida–, de mi fortuna de mi gloria futura, no me ha costado esfuerzo alguno… Yo no seré más General: iré a vivir lejos de mis amigos y compatriotas, y no moriré por la patria. Pero habré hecho un nuevo servicio con dar la paz por mi ausencia… Señor: Yo no pido por recompensa de mis servicios, sino el olvido de mis faltas[13].

Bolívar se embarcó para Jamaica el nueve de mayo: exactamente un año después, volveremos a verlo reaparecer sobre las costas de la Margarita.

[11] Al capitán general de los ejércitos de la Unión, Cartagena, 24 de marzo de 1815. *J. Marimón*.
[12] *Acta de la junta de guerra*, Turbaco, 25 de marzo de 1815. *Pedro R. Chipía*, secretario.
[13] Al presidente de las provincias unidas de la Nueva Granada, La Popa, 8 de mayo de 1815.

IX

Bolívar llegó a Haití. Gobernaba Petion, como presidente de la República. El antiguo general de la revolución francesa puso a disposición del novel general de la revolución hispanoamericana, armas y pertrechos con qué tentar de nuevo en tierra firme el azar de las batallas.

El incontenible aventurero de la voluntad patria arriba a la Margarita, en donde el bravo Arismendi lo reconoce por Capitán General de la guerra y de la república. Lo acompaña Brion, el primer almirante de la escuadra independiente.

Celos desgraciados de Mariño por la autoridad suprema y desconfianzas más desgraciadas aún de algunos jefes del Oriente, dan ocasión a los españoles para alcanzar ventajas que ponen en zozobra la expedición republicana. Mac Gregor, a quien sirve de mayor general Soublette, conduce y salva sus restos, desde Ocumare hasta el Oriente, pasando por el centro de los enemigos. Bolívar se sitúa en Barcelona, resuelto a defender allí sus elementos, mientras se provee de gente y transporte suficientes para abrir la campaña. Envía al general Freytes a cumplir esta comisión y urge al general José Tadeo Monagas para que le remita por el momento 200 reses, sin que deje de sostenerlo

constantemente con provisiones[1]. Sobre el mismo momento, el general Zaraza le remite 500 reses más[2]. El general Bolívar confiesa que cada día ve aumentar sus recursos y manifiesta al almirante que no haya temor de hacer grandes contratas de armamento y municiones, porque posee tanto ganado como para cubrir puntualmente sus créditos, amén de los tesoros que conducen los granadinos. «Cuantas alhajas y objetos de valor, de oro, plata y piedras preciosas contenían las iglesias de Santafé y varias personas ricas de la capital y las provincias, vienen en el ejército»[3].

Páez guerrea en el Apure, contra Morillo, Latorre y Calzada: del Caño del Rosario le avisa a Bolívar que tiene empotrerados diez mil (10.000) caballos, sin contar los que cargan sus escuadrones para su equipo; a los cuales deben agregarse más de diez mil que hace cuidar en las sabanas con el ejército y dos mil mulas en potrero, prontas para el servicio[4]. Bolívar, que recibió esta comunicación en Angostura, ordena al jefe llanero que le envíe estas dos mil mulas para comprar armas y pertrechos para la campaña[5].

Para el mes de septiembre, Guayana está bajo el dominio de las armas de la república: ambas orillas del Orinoco están

[1] Al general José T. Monagas, Barcelona, 13 y 16 de enero de 1817.
[2] Al almirante Luis Brion, idem., 17 de enero de 1817.
[3] Idem., idem.
[4] Páez a Bolívar, Caño del Rosario, 18 de febrero de 1817.
[5] Bolívar a Páez, Angostura, 15 de septiembre de 1817.

libres de enemigos que puedan hostilizar el comercio; por consiguiente, Bolívar declara levantado el bloqueo que desde el 6 de enero había decretado para la costa, dejándolo en vigor en Cumaná, La Guaira y Puerto Cabello[6].

Pero, tomando en consideración que la «excesiva generosidad» con que había tratado a los más celosos partidarios de los españoles, –por sólo el título de americanos–, no había bastado a inspirarles sentimientos dignos de este nombre, adoptó los mismos principios del enemigo para el secuestro y confiscación de bienes y decretó: que todo los bienes y propiedades muebles e inmuebles de cualquier especie, y los créditos, acciones y derechos correspondientes a las personas de uno y otro sexo que habían seguido al enemigo al evacuar éste a Guayana, –o tomado parte activa de un servicio–, quedaban secuestrados y confiscados a favor del Estado; y que desde luego se ponían en arriendo, administración o depósito, según su naturaleza: que no serían comprendidos en las confiscaciones los bienes dótales de la mujer, ni la tercera parte del caudal del marido, la cual se dividiría por partes iguales entre las hijas solteras y los hijos menores de catorce años: que la propiedad debía entenderse en toda la extensión de la palabra, comprendiendo créditos, títulos, derechos y acciones: que todas las haciendas y propiedades de cualquier especie, pertenecientes a los padres capuchinos y demás misioneros que

[6] Fortalezas de la Antigua Guayana, 3 de septiembre de 1817.

hubiesen hecho voto de pobreza, quedaban igualmente confiscadas a favor del Estado: que todas las propiedades secuestradas o confiscadas por el gobierno español, a los patriotas, serían embargadas y administradas por el Estado, hasta que presentándose sus antiguos dueños o sus herederos, se decidiese si por su conducta posterior no habían desmerecido la protección del gobierno. Para los cargos a que daba lugar este decreto, habrían un administrador general de todas las propiedades confiscadas y secuestradas; dos administradores subalternos, para el alto y el bajo Orinoco, respectivamente; y los administradores particulares que se creyese necesarios. Se nombraría una comisión en cada departamento, para que hiciese un inventario exacto y circunstanciado de todas las haciendas y propiedades que se hallasen en el caso de confiscación y secuestro; comisión que obraría bajo las ordenes inmediatas del administrador del departamento, quien se conformaría a las instrucciones que recibiese del principal. Se fijarían carteles, proviniendo a los vecinos que se reputarían por cómplices de aquellos cuyas propiedades debían ser confiscadas o secuestradas, a todos los que ocultasen muebles, utensilios, mercancía o efecto de cualquier especie, o no diesen noticia de los que los ocultaren o poseyeren: esta disposición era extensiva a los depósitos confidenciales, debitos, arriendos, cuentas de cargo y data, y toda especie de acciones y derechos.

Los infractores de este decreto pagarían el doble del valor de los efectos o derechos en que perjudicaren el Estado. Satisfarían los gatos que ocasionasen por su silencio o por su mala fe, y quedarían sujetos a que observase su conducta, como ciudadanos sospechosos[7].

Declaróse que la republica tenía un derecho positivo e incontrovertible a todos los bienes, raíces, muebles y de cualquiera naturaleza que fuesen, pertenecientes a los españoles europeos y americanos que hubiesen seguido el partido del rey; y que debiendo procederse al secuestro y confiscación de ellos, en Guayana, a favor de erario nacional, creábase y estableciese un Tribunal de secuestro, compuesto de un presidente, dos ministros, un fiscal y un secretario. Fueron nombrados para estos cargos: Zea, que era intendente del ejército; José España y Fernando Serrano, abogados; Luis Peraza y Luis Quintero. Este Tribunal debía conocer sobre los derechos, propiedad y legitimidad de los bienes secuestrables, de acuerdo con el decreto de 3 de septiembre, a las instrucciones que Bolívar se reservaba dar por separado y a las leyes, ordenes y disposiciones del régimen español, que no se opusiesen a aquel objeto[8].

Decretaría este tribunal el embargo de las haciendas, casas, muebles, alhajas, animales y demás bienes correspondiente a los españoles europeos y americanos que hubiesen seguido el partido

[7] Fortaleza de la Antigua Guayana, 3 de septiembre de 1817.
[8] Angostura, 23 de septiembre de 1817.

contrario a la republica: haría las declaraciones correspondientes de los bienes que tocasen al erario nacional, con la mayor especificación y claridad, de modo que no pudiere presentarse el menor obstáculo para su enajenación; dispondría que le solicitasen y recogiese todos los documentos que acreditasen deudas, acciones y derechos en favor de los bienes confiscados, para su examen y cobro; elegiría depositarios para los bienes que se embargasen y pediría a todas la cuentas de su administración, haciendo que se entregase el saldos en cajas al Estado. Practicando el inventario de los bienes, papeles y demás que debieran embargarse, se procedería a su avalúo por medio de peritos; se oiría a las partes que alegasen derecho a los bienes embargados, y con audiencia del fiscal se fallaría definitivamente esta demanda, sirviendo de regla que las pruebas convenientes no serían otras que escrituras públicas y documentos fehacientes otorgados antes de la desocupación de la provincia por los españoles; se pondrían en pública subasta los indicados bienes y se rematarían al mejor postor dando los documentos de propiedad correspondientes, para resguardo del rematador. En estos remates debía servir de regla, que ninguna propiedad del Estado podría ser vendida en menos de las dos terceras partes de su valor, cuando no hubiese quien lo diere íntegro; bien que se podría enajenar por la mitad de su precio, si el rematador lo exhibía de contado en dinero y cuando no quedase otro arbitrio ventajoso al Estado.

Aquel tribunal arrendaría y depositaría en persona de las calidades de la ley, –bajo las fianzas y las seguridades correspondientes–, los bienes que no conviniesen o no pudiesen enajenarse por falta de postores; podría estipular plazos para el pago del importe de los bienes rematados, o arrendados, estableciendo el modo y términos en que deberían efectuarse los pagamentos, procurando que los plazos no pasasen de tres o de seis meses cada uno, y que, si era posible, se exhibiese algún dinero de pronto[9].

También expidió Bolívar en aquellos días decreto, reglando las presas que se hicieron sobre el enemigo, por la escuadra de la republica cuando fue evacuada Guayana por aquél; y para evitar dudas respecto al numero de partes que correspondían a cada uno de los interesados en las presas, dispuso: que la octava parte de todo el producto de ellas correspondía al almirante Brion; que el resto se dividiría en dos mitades, una para los armadores o propietarios de los buques apresadores, y la otra repartida así: doce porciones al capitán del buque; diez a su segundo; ocho al primer teniente; seis al segundo; cuatro al capitán de presa; cuatro al capitán de voluntarios; seis al medico; cuatro al primer maestre, tres al segundo; cuatro al capitán de armas; tres al maestro carpintero; tres al primer astillero; una y media al despensero; una y media al segundo artillero, una y media al segundo de armas;

[9] Angostura, 28 de septiembre de 1817.

una y media al segundo carpintero; dos y media al bodeguero; dos al patrón del bote; dos al jefe de timón; dos al cocinero; una y media a los segundo de éste; una y cuarta a los timoneles; una y cuarta a los gavieros; una a los marineros; cuatro al escribano; media a una a los muchachos; tres a los veleros; tres al práctico; tres cuarta parte a los voluntarios; y otras tres cuartas a los pasajeros[10].

Después de lo cual, recibe Bolívar aviso de Páez, de que ha ocupado a Barinas victoriosamente, –el 14 de agosto–, y doscientas mulas mas, tomados al enemigo, fuera de un inmenso botín de que se apoderaron los llaneros[11].

[10] Angostura, 29 de septiembre de 1817.
[11] Al general Manuel Cedeño, Angostura, 30 de septiembre de 1817.

X

Guayana y el Apure son, en 1817-1818, el granero de la republica. El ejército, como una sierpe de fuego. Ha agostado el occidente; no ha podido meter en el centro su cabeza voraz, y recta por el oriente, rumbo al sur, arideciendo la tierra, a trueque de un abono de sangre a cuyo favor renacerá la prosperidad, rociada por la gloria.

Bolívar es un perpetuo clamor por subsistencia para aquel monstruo, que no se sacia de victimas ni de vituallas. Verdaderamente, es indecible hasta donde montaron las ruinas morales y materiales de esta empresa invalorable; verdaderamente, debió ser tenaz, recia, profunda, la semilla del bien plantado, para vencer el incendio y erguirse bajo el maltrato rudo, brotando entre lo escombros…

Bolívar ordena a Páez que monta a la perfección dos mil (2.000) jinetes; que le reúna quinientas (500) mulas enjalmadas y por lo menos dos mil (2.000) caballos, para remontar el ejercito, sin contar las caballerías de repuesto para el de Apure; que recoja, además, dos mil (2.000) mulas, para que *inmediata, inmediata, inmediatamente*, se la remita a Angostura, sin tener cuenta con que sean de particulares; que le acumule, para la primera oportunidad, todos los objetos comerciables, con el objeto de

pagar cuatrocientos mil (400.000) pesos con que lo ha auxiliado el extranjero[1].

A Urdaneta le exige víveres interminablemente, todos los que basten para mantener el ejercito desde Guayana hasta la próxima llegada a los llanos[2].

Bolívar debía escribir, –ocho años más tarde–, que el Mariscal de Ayacucho «era el general del soldado»[3]. Esta expresión pudo aplicarse siempre al mismo Libertador: este dictado y todas sus conquistas de gloria y grandeza las debe a su ejército, y nada le parece bastante para pagarlo largamente. Cinco países devorados por la saña de un ardoroso combate de quince años, muestran la enorme osamenta del festín sanguinario: la guerra de independencia está calificada por el Libertador como un desastre inevitable, en previsión de cuyos espantosos efectos se apresura a asegurar la subsistencia de sus mantenedores. En los días que narramos, Bolívar dispone que todos los bienes raíces e inmuebles que por los términos del decreto y del reglamento de confiscación no puedan enajenarse a beneficio del erario público, sean repartidos y adjudicados a los generales, jefes, oficiales y soldados de la república, con arreglo a la siguiente valuación: general en jefe, veinticinco mil (25.000) pesos; general de división, veinte mil (20.000); general de brigada, quince mil

[1] Al general J. A. Páez, Angostura, 4 de octubre de 1817.
[2] Al general Urdaneta, Angostura, 5 de octubre de 1817.
[3] *Resumen suscinto de la vida del general Sucre*. Lima, 1825.

(15.000); coronel, diez mil (10.000); teniente coronel, nueve mil (9.000); mayor, ocho mil (8.000); capitán, seis mil (6.000); teniente, cuatro mil (4.000); subteniente, tres mil (3.000); sargentos primero y segundo, mil (1.000); cabos primero y segundo, setecientos (700); soldado, quinientos (500). Si los bienes que debían repartirse no satisfacían este cómputo, se cubriría el completo con terrenos baldíos. Si el gobierno quería premiar alguna acción distinguida con estos bienes, no se detendrían en consultar ni la graduación del agraciado, ni el valor de la propiedad[4]. Esta ley de repartición de bienes nacionales, la denominaba Bolívar «justa, útil y necesaria». Por ella afirmaba asegurar a los defensores de la patria una fortuna, recompensando sus pérdidas y sus esfuerzos valerosos y haciendo de cada servidor un propietario[5].

Al comunicarla a Páez, ordenándole que hiciese publicar en su ejército con toda la solemnidad de un bando nacional, le anunciaba que una fragata de 22 cañones, partida de Inglaterra, le conducía el valor de más de cuatrocientos mil (400.000) pesos en armas, municiones y vestuarios; pero a la vez le advertía que los inmensos gastos que había hecho para equipar las divisiones, habían agotado sus recursos en Guayana, donde apenas quedaban muy pocas mulas para cubrir los grandes créditos que había

[4] *Decreto de repartición de bienes nacionales*, Santo Tomás de Angostura, 10 de octubre de 1817.
[5] Al general Pedro Zaraza, Idem., 11 de octubre de 1817.

contraído[6]. Una semana después, resuelto a reunir al general llanero, ordénale que venga a su encuentro, –en donde quiera que se hallare–, conduciéndole mil (1.000) caballos[7]; y el mismo día advierte al general Zaraza que ha prevenido al comandante general de Caicara (teniente-coronel Venancio Riobueno), para que sin pérdida de un instante recoja en aquellos potreros setecientos (700) caballos y yeguas mansas y se los remita a Cabruta, no debiendo emplear más que quince días en la operación[8].

A poco debía merecer Cedeño, aprehensor de Piar, la recompensa excepcional prevenida en el decreto de repartición: Bolívar dispone que, –como una gracia singular, concedida a los servicios de aquel general–, se le adjudiquen cien (100) yeguas y el resto de su haber íntegro en ganado vacuno de cría, permitiéndole establecer su hacienda en las sabanas del Palmar[9].

Todavía para diciembre, Bolívar permanece en Angostura: ha recibido un oficial enviado por Páez, avisándole que el general Morillo, a la cabeza de tres mil hombres, había ocupado a Apurito el 3 de aquel mes, y que el ejército patriota se hallaba frente a él, –a seis leguas de distancia–, en el sitio de la Concepción; que las avanzadas habían escaramuzado por dos veces, y que no se

[6] *Al general Páez*, Idem., 4 de noviembre de 1817.
[7] *Idem*., 13 de noviembre de 1817.
[8] Al general Pedro Zaraza, idem, idem.
[9] Al presidente de la comisión de repartición, San Diego, 3 de diciembre de 1817.

aguardaba para la batalla general sino respectivos refuerzos. Bolívar temía que siendo verdad lo último, el general español Latorre marchase con su división a unirse a Morillo y alcanzase una victoria funesta a la república.

El jefe de los patriotas, para prevenir todo peligro, y auxiliar a Páez si le era posible, activaba la reunión y organización de un ejército de seis a ocho mil hombres, para ponerse a cubierto de toda desgracia si la suerte le era adversa en el Apure.

Con este objeto, decía que los auxilios que iba a sacar de la provincia de Guayana eran muy abundantes y poderosos, y que los que aguardaba de Cumaná no lo eran menos: para complementar, ordenaba a los generales Zaraza y Monagas que engrosasen también sus fuerzas y que recogiesen cuantos caballos, yeguas y mulas existiesen en los territorios de su mando[10].

Quince días después de esto, él envía a propagar al extranjero su brillante situación, por medio de los agentes de Venezuela en Europa y en los Estados Unidos. Era dueño de ambas orillas del Orinoco: sus armas ocupaban las provincias de Caracas, Cumaná y Barcelona, a excepción de las capitales: caballos, mulas, ganados de todas las especies, estaban en su poder. Confiaba, además, en que, tomada San Fernando, la

[10] Al general Pedro León Torres, Angostura, 19 de diciembre de 1817.

provincia de Barinas haría bajar sus ricas producciones por el Apure al Orinoco, para la exportación[11].

Así concluía el año XVII. Como los de Italia al de Napoleón, los campos del Apure y Barinas iban a dar al ejército de Bolívar, la abundancia y la gloria.

[11] Al general Lino de Clemente, *Idem.*, 30 de diciembre de 1817.

XI

El ejército patriota abandona a Guayana exhausta, a principios del año XVIII, para invadir el Apure, próvido y estratégico. Ejército de leones famélicos, inundando la pampa ubérrima, por muchos años inagotable.

El 31 de marzo, Páez lo guía hacía el Pao, en busca de Morales; mientras Bolívar, desde San José de los Tiznados, se dirige a Calabozo y marcha de allí a San Fernando[1].

El 2 de abril, el jefe del Estado Mayor General declara que la escasez de armas y de municiones es absoluta y que ha obligado a S. E. el Libertador a facultar al general Carlos Soublette ampliamente, para que, con su rapidez característica, proceda a salvar aquellas dificultades. Soublette halla que la falta de fondos es el obstáculo esencial, y en consecuencia ordena que todos los cueros que existan en San Juan de Payara o en cualesquiera otros puntos del Apure, sean remitidos en el acto al puerto de Angostura, procediendo a embargar, para el cumplimiento de esta disposición, cualquier buque que se encuentre en el Caujaral. «Si por parte de algunos de los jefes de la Provincia se hubiere

[1] *Diario de operaciones del ejército libertador*, mes de marzo de 1818.

hecho algún contrato sobre otros cueros, por objetos que no fueren armas y municiones, se reservará su pagamiento para más tarde, pues estando comprometida la existencia misma de la Nación, todo otro interés debe posponerse»[2].

Mientras esa campaña del Apure, el Consejo de gobierno residente en Angostura, celebró con Mr. Hamilton, que había llagado de Londres, una contrata de diez mil (10.000) fusiles, de los que debía conducir a aquella plaza el bergantín nacional *Colombia*, cuatro mil en el mes de julio, pagadero su precio en tabaco de Barinas y en mulas; a cuyo efecto debía cargarse de aquel fruto, antes del día quince del mes dicho, el *Hunter*, completándose el monto de la contrata con toda otra clase de frutos del país. Si así no se hacía, Bolívar temía la desconfianza del extranjero y la ruina del naciente crédito de la república en Inglaterra[3]. De allí avisaba López Méndez, con fecha 15 de febrero, que había contraído un crédito de doscientas mil (£200.000) libras esterlinas, con las que debían comprarse cinco navíos de líneas de 64 cañones cada uno, perfectamente tripulados y abastecidos, que debían ser mandados por un célebre marino inglés y que debían dirigirse sobre las costas de Venezuela, después de haber batido la expedición que se prepara en Cádiz[4].

[2] Soublette a Miguel Guerrero, San Fernando, 2 de abril de 1818.
[3] Bolívar a Páez, Angostura, 7 de junio de 1818.
[4] Bolívar a Páez, Angostura, 7 de junio de 1818.

Páez, que había estado aislado y sin recursos de cambio, se había visto obligado a ordenar la acuñación de moneda, por el molde muy imperfecto de la macuquina que hizo romper el gobierno de Venezuela en la segunda época de la independencia[5]. Libre el jefe del Apure de aquellas críticas y extraordinarias circunstancias, el Libertador prohibió la circulación de aquella moneda, fácilmente falsificable[6].

Sobre aquel agotamiento incontenible e inevitable de nuestros recursos de vida, de nuestras fuentes de prosperidad, caía sin remedio el azote del contrabando en las costas del Oriente. Las primeras disposiciones de Bolívar habían sido ineficaces, y a él le parecía indecorosa para el gobierno la adjudicación de los comisos a los empleados y a los jueces: ordenó, por tanto, que no sólo los ciudadanos, sino cualquier habitante del país en donde se hiciere el contrabando, aunque fuese un extranjero, tendría derecho a denunciarlo, debiendo adjudicársele exclusivamente al denunciante el valor del comiso, en la misma especie aprehendida, después de deducir: 1º los derechos de importación o exportación que corresponderían al Erario, si la introducción o salida se hubiesen hecho legalmente; 2º la parte correspondiente al aprehensor, según las disposiciones en vigor; y 3º las costas del proceso de comiso[7].

[5] Landaeta Rosales, *Riqueza circulante en Venezuela*, págs. 12 y 13.
[6] Decreto de Angostura, 18 de junio de 1818.
[7] Decreto de Angostura, 2 de julio de 1818.

Eran, además, impacientes, o estaban urgidos, patriotas ilustres, defensores eminentes, o servidores eximios: el almirante Brion representante ante el Libertador, solicitando que se le cedan, en pleno dominio y propiedad, –en pago de su acreencia contra el gobierno de Venezuela–, la casa que habita, las dos contiguas a derecha é izquierda, y la que está al fondo[8]. El mismo día, el mismo almirante solicita que se le conceda el privilegio para establecer la navegación a vapor en el río Orinoco. Para esta segunda gracia, Bolívar manifiesta que necesita un plazo racional, mientras se informa del modo, tiempo y condiciones con que los gobiernos más liberales de Europa y América han concedido aquel privilegio a ciudadanos muy beneméritos[9].

Los empeños del gobierno, –como lo declara Bolívar–, se aumentan todos los días extraordinariamente. Sobre los contraídos recae, en el mes de octubre, otro de treinta y cuatro mil (£34.000) libras esterlinas, valor de la carga de bergantín de guerra *Imogenea*, que de Londres trae a los patriotas cuatro mil fusiles, pólvora, plomo y otros efectos de guerra: el almirante Brion, y otros, giran de continuo, y el gobierno se ve en mil embarazos para cubrir los giros[10]. Bolívar insta a Páez para que le haga recoger cuantas mulas haya en el Bajo Apure, como inclusión de las de los

[8] Bolívar a Brion, Angostura, 24 de julio de 1818.
[9] Otra comunicación de la misma fecha.
[10] Bolívar a Páez, Angostura, 8 de octubre de 1818.

particulares, y cuantos frutos haya acopiados o se acopien de cualquiera especie y calidad.

Páez a su vez está asediado por otra suerte de necesidades: sus batallones andan desnudos y él desea vestirlos, siquiera a objeto de evitar la deserción[11]. Sin embargo, sólo se da un plazo de quince días, –mientras bajan las crecientes de los ríos llaneros–, para enviarle al Libertador trescientas y más mulas, en tanto dicta disposiciones para salar veinte mil arrobas (@ 20.000) de carne que le ha encargado el Jefe de la República[12]. Después de esto, Páez se dispone a rematar el desastre: «Hoy será evacuado San Fernando y reducido a cenizas, de modo que no quede piedra sobre piedra»[13]; pero, es tanto el acervo llanero, que el jefe de Apure puede ofrecer al de Venezuela, –diez días después–, diez mil (10.000) caballos, «sin contar la multitud de potros que están a mi disposición»[14].

Bolívar se daba exacta cuenta de aquella furiosa devastación: al correr de los días, llega el de la instalación del Congreso de Angostura, en febrero de 1819, y las primeras palabras de justificación del Dictador en el seno de la Asamblea, dicen así: «No ha sido la época de la Republica que he presidido, una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una

[11] Páez a Bolívar, San Fernando, 18 de diciembre de 1818.
[12] *Idem.*, idem., 19 de diciembre de 1818.
[13] *Idem.*, San Juan de Payara, 19 de diciembre de 1818. 2 p.m.
[14] *Idem.*, *Idem.* 28 de diciembre de 1818.

anarquía popular: ha sido, sí, *el desarrollo de todos los elementos desorganizadores; ha sido, si, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela*»[15].

Bolívar, Páez, ninguno de los libertadores puede ser responsable de aquella ruina monstruosa, que aglomera escombros, cierne desolación y vierte ríos de sangre sobre amontonamientos de cadáveres: «en medio de aquel piélago de angustias», Bolívar «no ha sido mas que un vil juguete del huracán revolucionario, que lo arrebataba como débil paja»… «apenas se le puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela»[16].

[15] Discurso en el Congreso de Angostura, 1819.
[16] *Idem*., 1º de marzo de 1819.

XII

Antes de marchar para el Apure, Bolívar había dejado ordenes en Angostura para que le remitieran cuarenta (40) quintales de tabaco del que se cosechaba en las misiones, las cuales órdenes reitero con urgencia desde Chaparralito, «porque todo el ejército consumía tabaco»[1]. Eran los momentos en que el general Arismendi anunciaba desde Juangriego que estaban agotados todos los fondos y los recursos de la Isla de Margarita y que no le quedaba otro arbitrio que poner en consideración del Secretario de lo Interior la incapacidad en que se hallaba de proveer a la división del general Urdaneta de las raciones necesarias para llenar el encargo de aquel cuerpo de ejercito. Arismendi pedía, por de pronto, seiscientas reses, alguna carne en tasajo, harina, arroz y menestras, mientras el General expedicionario se proveía del territorio que ocupaba con sus armas[2].

A la pericia y al denuedo de Urdaneta se encomendaba aquella expedición que ponía tener triple objeto: ocupar costas de Caracas, a inmediaciones de La Guaira, según las instrucciones

[1] Bolívar al Vicepresidente, Chaparralito, 11 de abril de 1819.
[2] Arismendi al Secretario del Interior, Juangriego, 14 de abril de 1819.

de Bolívar: desembarcar a barlovento o a sotavento (según el estado de las fuerzas), con el objeto de obligar a Morillo a perder la costa si se retiraba hacia los llanos, o a evacuar estos para conservar aquella: o bien, auxiliar a Guayana en caso de invasión.

Previstos estos casos, el general Urdaneta, ordenaba hacer preparativos de todo género, para mantener lista y provista su división, que la constituían: la *Legión Británica*, los cazadores de Uslar, una compañía de criollos, una columna de Cumaná y otra de Margarita.

Entre otros artículos, pedía el General expedicionario: treinta mil raciones, compuesta de una libra de pan, doce onzas de carne salada, seis de menestras y la sexta parte de una botella de ron, o el equivalente en otros artículos, veinte quintales de jabón y seis quintales de tabaco[3]. Urdaneta avisaba que para esto había reunido una junta compuesta del almirante Brion y de los generales Arismendi y Gómez, y que todo se le había negado.

El almirante también prevenía al Gobierno de que, siendo el consumo de vivares inmenso, los gastos eran enormes: que era falso lo que se le había informado al Gobierno sobre la riqueza de las cajas del almirantazgo[4].

De concierto Brion y Urdaneta, buscan remedio a la situación: el segundo escribe que se han valido del Coronel Montilla, para que solicite de su hermano en Santómas un

[3] Presupuesto de la expedición, 14 de abril de 1819. *Urdaneta*.
[4] *Memorandum* de D. B. Urbaneja.

suplemento de víveres, además del que ya tenia hecho; «pero aun esta medida, que miramos como la mas segura, está sujeta a la contingencia de que don Juan Pablo Montilla no tenga por el momento fondos disponibles, porque los intereses que maneja son ajenos, y podemos llegar en un momento en que él haya hecho alguna remesa a sus consignantes. Por esto, y porque si no nos proveemos oportunamente, puede demorarse la expedición, y quizás disolverse aquí mismo, es indispensable que US. Tome en consideración el contenido de mis oficios número 10 y número 13, en que solicito del gobierno, por conducto de US., todos los auxilios que puedan franqueárseme, así en víveres como en dinero. Esta expedición cuesta al Estado grandes sumas; pero ya invertidas, es economía gastar algo más para que no se pierda todo[5].

Agregaba el general Urdaneta que era una circunstancia terrible hallarse urgido diariamente por dinero y víveres para mil doscientas plazas, en que se comprendían dos hospitales numerosos y sin recibir de la Isla sino muy pequeños auxilios; «y no sé a la verdad cómo cubrir estas necesidades, que se hacen mayores por la calidad de las tropas, que siendo europeas, han venido contratadas a prest corriente y a mantenerse como en Europa. En vano se me dirá que las acostumbre a mantenerse como las criollas. Esto podrá suceder con el tiempo; pero hacerlo

[5] Urdaneta al Ministro de la Guerra, Juangriego, 18 de abril de 1819.

ahora sería exponerme a quedar sin un hombre. Sin haberles faltado nada, ha sido necesario extraer las partidas de diez y más que han intentado irse en buques mercantes. La División inglesa está en el contrato: faltando éste, falta aquélla. Cuando yo tenga una fuerza igual de criollos, entonces recibirán la ley: por ahora es imposible[6].

Zea, a su vez, le avisaba a Bolívar que la llegada de las tropas inglesas había obligado al gobierno de Angostura a disminuir la remesa de víveres y efectos que se iba a hacer para el ejército del General Comandante en Jefe. «Vinieron todos absolutamente desnudos, –dice el Vicepresidente–, y fue preciso proveerlos de todo… S. E. el General Mariño ha vuelto al Pao, después de haber recogido mucho ganado, y tenido contestaciones muy acaloradas con el General Zaraza»[7].

Mientras esto acontece por Guayana y el Oriente, el general Páez clama por la necesidad de que de Caicara se le hagan pasar para el otro lado del Apure, siquiera trescientos caballos gordos de los que hay allí empotrerados. El General manifiesta que las continuas marchas y fatigas en que ha estado su ejército desde que Bolívar llegó a San Juan de Payara, aumentadas sobremanera con la aproximación del enemigo, habían puesto sus caballadas en el más miserable estado. Agregábase a esto, que a una

[6] *Idem.*, *Idem.*
[7] Zea al Presidente del Estado, Angostura, 20 de abril de 1819.

asombrosa emigración «de seis a ocho mil almas» había sido preciso darle caballos para que pudiesen salvarse, quedando las cabalgaduras inutilizadas para emprender operaciones sobre el enemigo[8]. A poco, el ganado también comenzaba a escasear en las sabanas[9]; de manera que el general Páez subía su súplica a quinientos caballos de los empotrerados en Caicara[10].

El Coronel Nonato Pérez recibió ordenes de Bolívar para ir al Mantecal, recogiendo y amadrinando cuantos caballos fuere encontrado, así como pasar a Guadualito, a practicar la misma operación «sin exceptuar la propiedad particular»[11]. El Coronel Pérez se prometió a extraer de este último punto mil caballos, mientras Bolívar elegía para acamparse la Quesera Barretera, dispuesto a no alejarse más allá del Veladero, que era en donde había más pasto y agua abundante (27 de abril de 1819).

[8] Páez al Jefe Supremo, Burón, 20 de febrero de 1819.
[9] *Idem.*, 26 de febrero de 1819.
[10] *Idem.*, 1 de marzo de 1819.
[11] Bolívar al Coronel Nonato Pérez, Paso Caraballero, 20 de abril de 1819; el Mantecal, 25 de abril de 1819.

XIII

Para fines de abril, todavía es peligrosa y precaria la situación del general Urdaneta en la Margarita, a causa de la escasez de sus recursos. Los barcos que se habían destinado a solicitarlos en las colonias, no habían regresado; dinero no había, ni de donde sacarlo; la salida de la expedición no podía prefijarse, porque la escuadra no podía moverse, a pesar de los esfuerzos incesantes de Brion. En esa escuadra había algunos buques de Joly, y como entre este y el almirante existían hondas desavenencias, el general Urdaneta temía un resultado escandaloso que le ocasionase graves perjuicios. Entre tanto, el jefe expedicionario consumía sus medios miserables y renunciaba toda suerte de responsabilidad, si el gobierno no le suministraba los auxilios que con tanta insistencia había impetrado. Crecían las deudas a favor de la oficialidad inglesa, la cual reclamaba todos los días, cada vez con mayor aspereza, sin que el general Urdaneta tuviese con qué cubrirlas, ni hallase ya atenuaciones satisfactorias[1].

El coronel Paredes estaba encargado de facilitar transporte y subsistencias a otra expedición inglesa, la de Elson, que había

[1] El general Urdaneta al Ministro de la Guerra, Juangriego, 30 de abril 1819.

comenzado a llegar a Angostura desde principios de abril; y a este efecto, Bolívar le había ordenado salar toda la carne posible y remitirla a Caicara, porque ni en este punto ni en Angostura había con qué habilitar los buques que llevasen el resto de la expedición, y tal vez se perdía o dejaba de ir al Apure, por falta de víveres[2].

Por su parte, Zea declara que Mariño era culpable eficiente y directo de la apurada situación de Urdaneta. Es desapacible e hiriente el lenguaje de Zea explicando las responsabilidades de Mariño. «Este hombre, –dice–, de quien yo no puedo hablar sin experimentar dos sentimientos casi incompatibles, el desprecio y la indignación, es la cusa de todos los embarazos en que me veo, para habilitar la expedición de Margarita. Desde la primera noticia de la llegada del coronel English de Trinidad, no dudando que el general Urdaneta se hallaría falto de todo auxilio, trate de mandarle los socorros que consideré más necesarios; pero como todo lo contraté por ganado, único renglón que tenemos, todo se ha trastornado, a causa de haber el general Mariño hecho retroceder 600 reses de la inmediación de la Soledad, habiendo hecho antes lo mismo con otra partida, y estorbado la remisión de las restantes.

Sin este contratiempo, el general Urdaneta se habría encontrado socorrido a los seis u ocho días de la llegada de las

[2] Bolívar al general Páez, Quesera Barretera, 1 de mayo de 1819.

últimas tropas, pertenecientes a la contrata de Elson. Para mayor sentimiento, se han reembarcado 200 barriles de harina, contratados a dos barriles por tres reses, siendo la de mejor calidad que había en Angostura. En reemplazo, han llegado de Margarita mismo otros 200; pero no quieren los dueños contratar por ganado[3]. Avisa también Zea en la misma comunicación: «otra remesa de víveres y efectos que iba a hacer a V. E. con el comandante de las tropas inglesas, que aunque no bien restablecido está impaciente por irse, se retardará algunos pocos días, por atender a las urgencias de la expedición de Margarita. Lo único que llevará el Mayor inglés es el papel, que no lo había cuando lo pidió V. E. y el tabaco para la tropa, que por alguna equivocación no se incluyó en el oficio en que se enumeraban los demás efectos necesarios. Saldrá dentro de tres días»[4].

Santander había sido enviado sobre la cordillera. En el mes de mayo se encontraba en Pore y desde allí avisaba que había mandado ejecutar una operación, que había resultado feliz, sobre la Salina de Chita: el teniente coronel Obando había tomado aquella importante posición, por sorpresa, el 24 de abril; había hecho prisionera toda la guarnición y cuatro oficiales, de los cuales tres eran españoles, y habían quedado en su poder todo el armamento y moniciones, equipajes y un famoso almacén de víveres. Santander, a ese tiempo, se había dirigido del Palmar

[3] Zea a Bolívar, Angostura, 2 de mayo de 1819.
[4] *Idem.*, *Idem.*

sobre Paya, con el triple objeto de sostener las operaciones en la Salina, proteger la deserción del enemigo, y picar muy de cerca su retaguardia, en el caso de que fuera al interior de la Nueva Granada, como se presumía con fundamento. Pero desde que aquel general entró en Nunchia, no pudo obtener una noticia del estado del enemigo; y los pueblos de las inmediaciones, que siempre habían estado ocupados por él, y que le eran adictos menos por opinión que por temor, se encontraban abandonados. Desde Morcote destinó Santander cuatro compañías de *Cazadores*, al mando del teniente coronel Arredondo, a reconocer a Paya, y el 30 de abril, al llegar al pueblo, lo evacuó el enemigo, incendiando un gran almacén de víveres que tenía allí[5].

Estas noticias las comunico Santander por conducto de Soublette, quien se hallaba en Rincón Hondo, «sin ninguna novedad, dice el jefe del Estado Mayor de Bolívar, pero sí mucho trabajo para conseguir caballos mansos para los oficiales de infantería y bestias útiles para el parque: yo lo creo imposible»[6].

A estas noticias corresponde Bolívar anunciándole a Soublette que ha llegado al Caujaral, en donde ha encontrado al señor general Páez con su división; que la Asamblea General se efectuaría en el pueblo de Setenta, para donde ese mismo día marchaba el jefe de Apure, llevando la columna inglesa y todos los regimientos de caballería. Bolívar saldría al día siguiente por

[5] Santander al ministro de la guerra, Pore, 3 de mayo de 1819.
[6] Soublette al Libertador Presidente, Rincón Hondo, 4 de mayo de 1819.

el camino del Yagual, a reunirse con Soublette: le ordenaba tomar todas las medidas necesarias para moverse al otro día de la reunión, esto es el 14 de mayo, y particularmente le recomendaba que tuviese prontos 1.000 potros y 1.000 reses que debían haberse cogido, o que debía proceder a coger en el acto, caso de que no lo hubiera hecho[7]. Soublette contestó manifestando que no estaría bien de potros, porque Rondon no había llevado sino 200 de la Yagua, y ninguno de la Trinidad; que de nuevo lo había despachado con todo su escuadrón, a pasar «juntas», y que cuanto a las mil reses, Rangel las tenía ya cogidas y se podía contar con ellas[8].

El objeto del viaje de Bolívar al Caujaral era hacer marchar la columna inglesa que estaba acantonada allí: al llegar al paso, supo que en Araguaquén estaba el destacamento del comandante Elson, de que le hablaba Zea, pero que como desgraciadamente los pliegos del Vicepresidente habían seguido a buscarlo al ejército, Bolívar no sabia si podía contar con los auxilios de víveres, vestuarios y lanzas que tan repetidas veces había pedido. Agregable a Zea que si el resto de la expedición del comandante Elson se hallaba desnudo como el piquete que había llegado, era preferible que no fuese, porque era imposible que en semejante estado resistiese el rigor de la estación en el Apure. «Es necesario que V. E. se interese porque vengan sus vestidos inmediatamente

[7] Bolívar a Soublette, Caujaral, 9 de mayo de 1819.
[8] Soublette a Bolívar, Rincón Hondo, 13 de mayo de 1819.

que lleguen, y que no se detengan tampoco los vestidos que debe haber traído o remitido de Margarita el señor general Urdaneta. Todo el ejército está desnudo y habiendo empezado ya las aguas cuando vamos a obrar, sufriremos muchas perdidas por las enfermedades y deserciones, si no se da al soldado algún alivio. La columna inglesa necesita muy particularmente de zapatos, sin los cuales no puede hacer una marcha, y en este tiempo se consumen muchos. –Aun no se han recibido el hierro y las lanzas que pedí a V. E. con tanta instancia, ni sé siquiera si se están construyendo éstas. En las herrerías de esa ciudad y de las Misiones pueden hacerse muchas en un día. Dé V. E. Las órdenes más positivas para que se ocupen de este trabajo con preferencia a cualquier otro. Tenemos una grande falta de esta arma, que es la que nos da la superioridad sobre el enemigo. Si hay falta de hierro, que se haga uso de las ventanas o de cualquier obra que haya de este metal. Pero no basta que se hagan y vengan muchas: es preciso también que sean buenas, porque las malas se inutilizan muy pronto, y los soldados las desprecian y se pierden por esto. –En uno de mis oficios del 16 dije a V. E. que se ha pasado ya el tiempo en que el señor general Urdaneta podía ejecutar su operación por la Costa. Conviene que se le advierta pronto, y que V. E. le prepare todo lo necesario para que traiga sus tropas al ejército. Ya he dado órdenes para que se sale aquí carne cuanta sea posible y se remita a Caicara. V. E. puede tomar la misma medida allá, y todas las demás para que no se detenga

un momento. En caso que venga, es indispensable que traiga también algún ron y pan, de que es imposible proveerlo aquí»[9].

Se aproximaba la campaña sobre la Nueva Granada.

[9] Bolívar al Vicepresidente, Caujaral, 9 de mayo de 1819.

XIV

Para abrir esta campaña, indispensable contar, el primero, con el general Santander. «Casanare era, cuando él pisó su territorio, el teatro de una funesta discordia: tres jefes voluntarios, atrevidos e insubordinados, acaudillaban cual sus tropas, se disputaban el mando superior y recíprocamente se desconocían. Santander tuvo el mérito de calmar la agitación de los ánimos y de inspirar a aquellos caudillos turbulentos ideas de moderación y de templaza; después recabó de ellos el reconocimiento de su autoridad y, lo que aún parecía más difícil, logro reconciliarlos y unirlos en provecho de la causa publica. Emisarios suyos recorrieron en seguidas varias comarcas granadinas, para alentar a los patriotas, regando a manos llenas cartas e impresos en que se refería por menor el estado de las cosas: prontamente, en fin, con laudable actividad y celo, consiguió reunir buen número de infantes y jinetes»[1].

Esta situación la comunicaba detalladamente el general Santander al Libertador. Decíale que el enemigo reunió todas sus fuerzas en marzo del año diecinueve, en las solas posiciones

[1] Baralt y Díaz, *Resumen de la Historia de Venezuela*, t. II, ed. de 1887.

de Paya y la Salina y amenazó invadir lo Llanos: el general Santander hizo un movimiento general sobre la línea enemiga, para descubrir si sus verdaderas intenciones eran atacarlo o defender y logró tomarle algunos prisioneros y proteger sus desertores. A principios de abril, el enemigo apareció en el llano por la vía de Tocariá, en numero de 1.800 hombres, y ocupó a Pore, capital de la provincia: a pocos días, pasó por el pie de la montaña a reunirse a otra división que ya había entrado en la Laguna, sitio en donde Santander había fijado desde febrero su cuartel general.

El jefe patriota se hallaba ese día (trece de abril), acampado en el Palmar, sobre el flanco derecho del enemigo, con las tropas que había reunido hasta aquella fecha: el contrario marchó en tres columnas cerrada, sostenida por cerca de 800 hombres de caballería, y luego que salió a la llanura, frente al campo de los republicanos, el comandante de éstos dirigió dos columnas de infantería y caballería sobre su vanguardia, para detener a algunos de sus cuerpos y comprometerlo a una función. Pero el contrario redobló su marcha y apoyado a la montaña, ganó terreno de bastante bosque y frustró los designios del patriota. Al día siguiente, el enemigo fue sobre la posición del Palmar, abandonado por Santander y se situó a más de dos leguas de la serranía: las avanzadas tirotearon su descubierta y al reforzalas con un cuerpo de caballería, el contrario cambió su dirección y volvió a Pore. Santander se el puso detrás, molestándolo día y

noche y el dieciocho estuvo frente a la plaza, con toda la caballería y los *Dragones*: el contrario evacuó la ciudad y tomó el camino que había llevado: Santander lo persiguió vivamente, penetró detrás de él en la provincia de Tunja y ocupó la Salina con una columna de infantería que había hecho marchar rápidamente. En esta persecución, una de las guerrillas de Santander tomó un gran convoy de víveres que venía del interior de la Nueva Granada, para el ejército enemigo[2].

Mientras tanto, Soublette había llegado con el ejército venezolano al hato del Cañafístolo, en donde, habiendo tenido noticia de que Bolívar había pasado la noche en el del Frío, se detuvo a aguardarlo. Pero no habiendo llegado el Libertador, Soublette marchó al pueblo de Setenta, en cumplimiento de órdenes de aquél, a pesar de que tenía informes de que el pasto era muy escaso en el mencionado lugar y el agua muy poca. «Sirva a V. E. de gobierno, escribía, que todo el armamento que se conduce en el parque viene cargado por caballos, tan inútiles, que será un milagro que lleguen a Setenta[3].

Esta urgente necesidad de caballos fue la que obligó al Libertador a conferir al coronel Ramón Nonato Pérez la comisión de recogerlos, según atrás se ha dicho. Santander hizo que el comandante de Arauca pusiera a disposición de Pérez la poca gente y los auxilios que allí tenía; pero hizo también presente

[2] Santander a Bolívar, La Palma, 19 de abril de 1819.
[3] Soublette a Bolívar, Cañafístolo, 18 de mayo de 1819.

que para la subsistencia de la tropa no contaba sino con el ganado de Arauca que se iba a recoger; que la única parte en donde se podían tomar potros para la remonta era también allí; pero que de ninguna manera convenía tal comisión en el coronel Pérez, porque además de ser por aquellos lugares bastantes odiado, tenía costumbre de aumentar considerablemente sus propios ganados con los de otros que no tuviesen hierro[4]. Bolívar ignoraba esto. «Lo que Us. me informa, –le escribe a Santander–, y el resultado de su comisión, me han desengañado. Ni hombres ni caballos ha traído. Parece que no reclutó los primeros, y los segundos se han perdido antes de llegar al ejército. Al fin tengo que comisionar otro, con el objeto sólo de buscar los caballos, porque el verano extraordinariamente largo, la continua fatiga en que han estado en todo él y el desorden de las emigraciones, han destruido casi del todo la gran caballada de este ejército. Los pocos que quedan necesitan empotrerarse para que puedan servir en otras campañas. Sólo una necesidad tan urgente, me determinaría a disponer de las propiedades de Casanare»[5].

No era menos angustiosa la situación del general Bermúdez en el Oriente. Varias veces había ya manifestado al Libertador que se hallaba reducido a una triste suerte en aquella provincia, por la falta de todos los medios para dar una organización regular a las tropas que mandaba en ella y que, desprovisto de los

[4] Santander a Bolívar, El Palmar, 5 de mayo de 1819.
[5] Bolívar a Santander, Cañafístolo, 18 de mayo de 1819.

recursos que pudieran constituir una verdadera fuerza, conducía su gente como las circunstancias se lo permitían. Bermúdez invocaba sus «incomodidades para refrenar hombres arraigados en el vicios más escandalosos contra la disciplina y desconociendo absolutamente la subordinación»[6].

Bolívar había meditado profundamente la nueva campaña. Decidido a emprenderla, reunió en el Mantecal a todos los jefes del ejército, para comunicarles su pensamiento. Este era: marchar a Cúcuta con la mayor parte de sus tropas, dejando el resto para la seguridad del Bajo Apure: Santander entraría por Soatá, a incorporársele: la rapidez sería su consigna: no dejaría tiempo a Morillo para que le tomase la espalda: aquella empresa sorprendería a todos, porque nadie estaba preparado para oponérsele. Necesitaba, por consiguiente, que el general Urdaneta, con toda su división, marchase rápidamente al Bajo Apure, pero enviándole de urgencia y previo, por el Meta a Casanare, mil fusiles, pólvora y plomo para hacer cuatrocientos mil cartuchos[7].

Para mayor fortuna del proyecto, Santander había reconocido en Tame, en el mes de mayo, la autoridad militar del Presidente de Venezuela y guiaba su ejército, –ahora vanguardia de la invasión a la Nueva Granada–, hacia los designios del Libertador. También era inevitable que dejase huella fumante y

[6] Bermúdez a Bolívar, Aragua, 24 de mayo de 1819.
[7] Bolívar a Zea, *Instrucciones*, 5ª, Mantecal, 26 de mayo de 1819.

devastadora de su paso: el veintiséis de abril, a las dos de la tarde, llega al sitio en donde existió la parroquia de Nunchia, incendiada por el enemigo: había perdido más de la mitad de su ganado y Santander tuvo que tomar estrechas providencias para reparar aquella pérdida. Un batallón de línea quedó en Nunchia, mientras el General continuó marcha con su Estado Mayor y los *Guías*, hasta cerca del hato de Tocariá, al que fue destinado la mayor parte de la tropa a recoger ganado. Este no llegó al campamento sino el treinta, cuando se daban órdenes para que saliese una partida al Abracal, a tomar bestias al enemigo y a los vecinos adictos a él y después que se había recibido aviso del comandante de *Cazadores*, desde Chitacabá, que la campaña enviada por él a reconocer a Paya evacuado, hizo algunos tiros sobre el pueblo y salieron de la iglesia treinta hombres del enemigo, incendiaron el almacén de víveres y se retiraron por el camino de Labranza Grande[8].

Estas operaciones requerían acelerar los preparativos del ejército venezolano, bajo el mando inmediato de Bolívar. Soublette, el Jefe del Estado Mayor, lo secundaba infatigablemente: había conducido a aquel ejército desde el hato Diëro, el 28 de mayo, hasta el Henriquero, en donde acampó: el veintinueve siguió marcha al Bescansero: el treinta llegó al

[8] *Diario del ejército de operaciones de Casanare.*

Subireño, y el treinta y uno rindió jornada en el hato viejo Guerrero[9].

Bolívar se hallaba en Guasdalito, de donde partió el tres de junio, directamente a la Nueva Granada: el cuatro pasó el Arauca y desde allí adelantó un posta a Santander, previniéndole de que debía estar preparado del todo para moverse y de que no olvidara tomar todas las medidas necesarias para tener abundantes trasportes para el parque y todos los caballos útiles para remontar, puesto que los que llevaba el ejército, apenas alcanzaría hasta el cuartel general de Santander[10].

Había, además, la circunstancia de que en aquel paso de Arauca, Bolívar no halló, en lugar de los trescientos caballos mansos que debió remitirle el general Páez, sino doscientas yeguas, «que además de ser cerreras, –advertía–, son abominables é inútiles, porque no solamente están flacas, sino sarnosas»; de manera que no se pudo apartar de ellas ni las que necesitaban los oficiales de infantería, que marcharían a pie de allí, porque no había una sola bestia que pudiera servir. «Es bien extraño, –agregaba el Libertador–, que habiendo mil seiscientos caballos útiles ahí, de los cuales he tenido la moderación de no pedir sino trescientos, no se me hayan podido dar»[11].

[9] Soublette a Bolívar, Hato viejo Guerreño, el 31 de mayo de 1819.
[10] Bolívar a Santander, Arauca, 5 de junio de 1819.
[11] Bolívar a Páez, los mismos lugar y fecha.

Eloy Guillermo González

XV

El paso de los Andes. Eduardo Blanco ha descrito digna y grandiosamente esta empresa, corregida de los Barca[1]. Bajo el gran sol glorioso de esa epopeya, hagamos fluir serenamente el raudal de armaduras y padecimientos materiales y morales de la cohorte boliviana, hambrienta de laurel y de pan.

En medio de la noche y de la lluvia, pasando a nado caños impetuosos, llega Bolívar a Cordero, por el camino de Casanare. Allí asume sus dictados de Presidente de Venezuela, capitán general de sus ejércitos y de los de la Nueva Granada. Casi todas las mulas del parque y los caballos de los oficiales se han ahogado; el ganado se ha desbandado, hasta perderse más de la mitad, debido principalmente a la falta de prácticos[2].

Antes del mediodía del 27 de junio llega a Morcote la división de retaguardia, pero cuando el Libertador esperaba que llegase también el coronel Moreno con las tropas y el ganado que conducía, recibe un aviso de aquel jefe, diciéndole que todavía se hallaba al pie de la cuesta, sin caballo y sin ganado. El Libertador se vio obligado a destinar al mismo Jefe del Estado

[1] Eduardo Blanco, *Venezuela Heroica*, Boyacá.
[2] Bolívar al general Santander, Cordero, 20 de junio de 1819.

Mayor General, para que fuese a activar la marcha de aquella columna, y particularmente la del ganado. «Hoy no comerá esta división, –decía Bolívar–, y quien sabe si sucederá mañana lo mismo; así, he determinado hacer alto aquí, donde siquiera se encuentra plátanos, hasta que tengamos ganados necesario para la marcha»[3].

En efecto, al día siguiente, Soublette había hacho adelantar el ganado, de manera que Bolívar lo descubría desde Morcote, en momentos en que se comunicaba con el general Santander, que iba de vanguardia y esperaba órdenes en Paya. Estas órdenes decían que si el jefe granadino tuviese víveres o pudiese encontrarlos, adelántese hasta Pisba, para evitar la reunión de todas las fuerzas en Paya, hacia donde marcharían un día después la retaguardia en el curso de esta comunicación, comenzaron a llegar los peones con las mulas y le informaron al Libertador que no iban sino trescientas reses, cogidas en Tocariá, Porque las que procedían de Pore no pudieron seguir, a causa de su estropeo[4].

En estas circunstancias, Pedro León Torres avisaba desde su cuartel general de Achaguas, que el 24 había llegado a aquella villa el señor general Páez, sin encontrar otra novedad que la extracción que habían hecho de quinientos caballos, sin saberse quien, del potrero de la Trinidad Gomalera[5].

[3] Bolívar al general Santander, Morcote, 27 de junio de 1819.
[4] Bolívar al general Santander, Mocorote, 28 de junio de 1819.
[5] Pedro León Torres al Libertador, Achaguas, 28 de junio de 1819.

Aprovechó el Libertador para contestar al General Páez comunicaciones que le había dirigido con fechas 12 y 15, y participarles las operaciones hasta entonces ejecutadas por el ejército. Estas se habían reducido, según el Libertador, a marchar por país amigo, sin otra cosa de interesante que la ocupación de Paya y las innumerables dificultades vencidas para efectuarlas. «Después de haber pasado felizmente los rabanales del Arauca y todos lo ríos navegables que hay de allí a Pore, creí haber superado ya el principal obstáculo para la empresa; pero al ver las nuevas dificultades que diariamente se presentan y reproducen a cada paso, casi he desesperado de su ejecución. Sólo una constancia a toda prueba y la decisión de no desistir por nada de un plan que ha sido tan generalmente aplaudido, me hubiera hecho vencer unos caminos, no sólo impracticables, sino casi inaccesibles, sin trasportes para reponer los del parque, sin víveres para la mantención de las tropas y una estación tan cruda en que apenas hay día ni noche en que no llueva. Al fin, todo se ha allanado por el sufrimiento, y tenemos ya la satisfacción de haber desalojado al enemigo de su primer puesto»[6].

También a Zea, vicepresidente de la República, participaba el Libertador su situación. Decíale que la fuerza desalojada eran trescientos hombres de la más selecta infantería enemiga, en un punto tan fuerte por la naturaleza, que cien hombres eran bastantes para detener el paso a diez mil. Pero, advertía el

[6] Bolívar al general Páez, Paya, 30 de junio de 1819.

Libertador no era aquella la victoria que más satisfacción había producido al ejército, ni la que más esfuerzos le había costado; la principal dificultad vencida era la que presentaba el camino: un mes entero había marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos, que parecían redoblaban al paso que se adelantaba en ella. Era un prodigio de la buena suerte haber llegado a Paya sin una novedad con el ejército, después de haber atravesado multitud de ríos navegables que inundaban una gran parte del camino que se había hecho en los llanos. Parecía esta la mayor dificultad de la marcha, y vencida, Bolívar creía de pequeña importancia lo demás; pero tropezó con obstáculos que sólo su constancia a toda prueba pudo allanar: la aspereza de las montañas atravesadas es increíbles a quien no las palpa: para formar una idea de ellas, bastaba saber que en cuatro marchas se habían inutilizado casi todos los trasportes del parque y se había perdido todo el ganado que iba de repuesto[7].

Cuando el Libertador llegó a las Quebradas el 6 de julio, adelantó al coronel Jacinto Lara al pueblo de Socotá, a llevarle todos los hombres que pudiera reunir, para recoger en el páramo de Pisba las bestias y otros efectos que había dejado el ejército[8].

A Soublette, que cubría la retaguardia, se le había avisado desde el 5 las dificultades que tenía la marcha, la aspereza del camino y la escasez de los pastos. Bolívar le decía que al penetrar

[7] Bolívar, al Vicepresidente del Estado, la misma fecha y lugar.
[8] *Idem.*, al alcalde de Socotá, Las Quebradas, 6 de julio de 1819.

ese día en el Pisba, la tropa había sufrido mucho por el frío y era rara la bestia de silla y de carga que se había salvado; y que, temiendo mucho que la división de Soublette sufriera las mismas perdidas, había destinado al coronel Lara para que con los vecinos de Socha y de Socotá lo auxiliara, llevando a hombros los pertrechos y armamento que no fuesen a caballo; que Lara llevaba también la comisión de recoger todas las bestias cansadas que habían quedado en el páramo, los fusiles, municiones y cualquiera otro objeto[9].

Para que el coronel Lara no sufriese ninguna equivocación, el Libertador le repetía que su comisión consistía: 1º, en ir a auxiliar al general Soublette en donde quiera que estuviese y principalmente en el páramo, sacando a hombros los fusiles y municiones que no pudiesen ir de otro modo; 2º, recoger los fusiles, municiones, mulas, caballos y cualquiera otro objeto que hubiese dejado el ejército en el páramo; y 3º, ver si podía socorrer los soldados que hubiesen quedado emparamados, sepultando los que indudablemente estuviesen muertos y sacando los que diesen alguna esperanza de vida: para esto último, se le prevenía a Lara que muchos días después de emparamado un hombre, ha vuelto a la vida por medio del calor y de los alimentos[10].

A todos estos efectos, Bolívar ordenaba al alcalde de Socotá que tomase todas las medidas que creyese convenientes para

[9] *Idem.*, a Soublette, Socha, 7 de julio de 1819.
[10] *Instrucciones al coronel Lara*, Socha, 7 de julio de 1819.

tener prontas en las Quebradas ochocientas o mil raciones, que era lo menos que necesitaba la división Soyblette[11].

En Pisba, en efecto, habría dejado Soublette once cargas de municiones en el suelo y al coronel Mariño con el encargado de sacárselas, si reunía un número de indios suficientes: en Pueblo Viejo también dejó municiones, y se disponía a dejarlas igualmente en la Ramada, para irse él adelante a activar recursos. Los ingleses iban medio muertos, y Soublette «desesperado, no de trabajar, pero de no poder hacer nada»[12].

El ayudante general Manuel Manrique, encargado del Estado Mayor General, redactó y conservó el parte de las novedades de aquella empresa, gemelas de las de Aníbal. Hacía constar el Mayor Manrique que, instruido S. E. el Presidente de Venezuela del estado lamentable en que violentamente gemía la Nueva Granada, resolvió marchar con las divisiones de los generales Anzoátegui y Santander y la Legión Británica, a las órdenes del coronel Rook, a libertar a aquel virtuoso pueblo: que el 4 de junio pasó el ejército el Arauca, y atravesando cien ríos caudalosos, pantanos inmensos y los Andes por el páramo de Pisba, llegó a Socha el 6 de julio, después de haber batido Santander en Paya trescientos veteranos que guarnecían aquella formidable posición: que el 7 marchó el comandante Durán con veinte *Guías* de la vanguardia, a descubrir al enemigo sobre

[11] Bolívar al alcalde de Socotá, Socha, 7 de julio de 1819.
[12] Soublette al Libertador, Pueblo Viejo, 11 de julio de 1819.

Corrales, habiendo éste, en consecuencia, evacuado a Sogamoso: que el 10, el general Barreyro, que mandaba el ejército enemigo de la Nueva Granada, se presentó con dos columnas de ochocientos hombres cada una sobre Corrales y Gámeza: que en el primer punto, el coronel Briceño, con un escuadrón, cargó sobre la descubierta enemiga, la destruyó completamente y rechazó toda la columna que la seguía: que al mismo tiempo, el teniente coronel Franco, con sesenta hombres, observaba en Gámeza al enemigo y que fue atacado y perseguido, hasta encontrar con el general Santander, que iba a auxiliarlo con el primer batallón de *Cazadores de la Nueva Granada*: que el enemigo, al ver este refuerzo, replegó hasta la Peña de Tópaga, en donde tomó posiciones, permaneciendo allí toda la noche y reuniendo la columna de Corrales: que los pequeños destacamentos republicanos replegaron por la noche al cuartel general de los Aposentos de Tasco, y al amanecer del 11, las divisiones de Santander y Anzoátegui marcharon a encontrar al enemigo, que había pasado ya el río Gámeza e iba en busca del contrario: que el primer batallón de *Cazadores* y tres compañías más de los batallones de *Rifles, Barcelona, y Páez,* pasaron el puente bajo los fuegos cruzados y vivos del español, el cual, temiendo ser atacado a la bayoneta, se retiró a los Molinos de Tópaga, posición más ventajosa que la que ocupaba. Aquel combate duró horas: las tropas republicanas, fatigadas y ahora en posición desventajosa, acamparon en Gámeza, ocupando sus antiguos

atrincheramientos, para esperar la Legión Británica, la columna de Nonato Pérez y la entrada del general Páez por Cúcuta[13].

Eran los preliminares de Boyacá.

[13] Boletín del ejército libertador, Tasco, 12 de julio de 1819.

XVI

Al comunicar el Libertador al señor general Páez aquellos primeros triunfos, le decía que los soldados fatigados apenas habían podido combatir haciendo un esfuerzo extraordinario; que había sido necesario dejarlos reposar y proveerlos de algún vestuario y al mismo tiempo remontar la caballería que llegó toda a pie. A la vez, Bolívar rectificaba el boletín del Estado Mayor, en el punto relativo al coronel Nonato Pérez: «Aunque en el Boletín se supone que el coronel N. Pérez manda una columna, no es sino para hacer ilusión al enemigo, que tanto teme su nombre. El coronel Pérez esta condenado por el Consejo de guerra a servir sin mando alguno»[1].

Soublette se disponía a incorporarse al ejército, en su carácter de Jefe del Estado Mayor: de Socha había enviado adelante con el coronel Carrillo cien hombres de infantería y veinte y cinco de caballería, dados de alta de los hospitales: al mismo tiempo enviaba treinta cajas de municiones, una de piedras de chispa y ciento setenta fusiles, de ellos, cien con bayonetas. En Socotá dejaba cuatro mil cartuchos, dos cargas de piedras de chispa, el armamento descompuesto en que se trabajaba

[1] Bolívar a Páez, Tasco, 14 de julio de 1819.

diariamente, y las armerías; construía lanzas con los cañones de fusiles que le fueron de Paya y que era todo el hierro que poseía: a este efecto, había montado dos fraguas en Socotá.

A la vez, el señor coronel Manrique que le pedía al general Soublette, a nombre del Libertador, víveres para el ejército, y a pesar de que aquellos pueblos estaban a tanta distancia del cuartel general, tomó en el acto las providencias necesarias para remitirlos. De Satiba le habían dado aviso de haber salido algunos ganados y harina: en el mismo Socha tenía el harina y menestras detenidas para auxiliar el parque, pero se disponía a enviárselas al Libertador y continuar haciéndole remisiones hasta que éste dijese que ya no necesitaba mas[2].

Después que se reunieron algunas columnas que no habían concurrido a la jornada de Gámeza, el ejército marchó al departamento de Santa Rosa, con el objeto de adueñarse de aquel fértil territorio y dominar el valle de Sogamoso, en donde estaba establecido el enemigo. Este movimiento lo obligo a abandonar su posición de la Peña de Tópaga, y se retiró a los molinos de Bonza, a inmediaciones de la ciudad de Tunja. El 20 de julio se presento Bolívar frente a las posiciones enemigas; pero parapetado el español en fosos, paredes y barrancas, los movimientos que se hicieron para obligarlo a abandonar sus posiciones y dar una batalla, no tuvieron otro resultado que batir guerrillas enemigas.

[2] Soublette al Libertador, Socha, a las siete de la noche del 24 de julio de1819.

A las 5 de la mañana del 25 marcho el ejército republicano por el camino del Salitre de Paipa, con el objeto de atacar al enemigo por la espalda, o forzarlo a abandonar sus parapetos. A las diez de la mañana acabo de pasar el río Sogamoso: a las doce se tropezó con el enemigo, que se había movido sobre el. Las circunstancias obligaron a Bolívar a tomar una posición notablemente desventajosa, en donde fue atacado briosamente por todo el ejército español. El *1º del Rey* con algunas compañías del 2º se dirigió por la izquierda republicana a ocupar las alturas que dominaban a ésta: se le opusieron dos batallones de vanguardia. Por el frente se movieron los batallones enemigos *2º y 3º de Numancia*, los restos del *Tambo* y el regimiento de *Dragones de Granada*: fueron atacados por una columna de la retaguardia, a cuyo frente se hallaban algunas compañías de la *Legión Británica*, y cargó con tal denuedo, que al momento batió y disperso al contrario. Este reaccionó en el acto con admirable vigor, rehizo el combate, se apodero de las alturas y envolvió por todas partes a los republicanos en un fuego horroroso. El comandante Rondón penetro al fuego a la cabeza de una columna de caballería, que destruyo una parte de la infantería enemiga, a tiempo que el teniente Carvajal cargaba con otra sobre la caballería enemiga, por el camino principal. Este empuje obligó al enemigo a abandonar todos los puntos que ocupaba: sostuvo, empero, un combate tenaz hasta que llego la noche, a cuyo favor se retiro del campo, dejando sus despojos al patriota. Entre los heridos

de Este, se contaban: Justo Briceño y Arturo Sandez, de la retaguardia, Rook, de la *Legión británica,* O´Leary, entonces capitán, adjunto al Estado Mayor de la retaguardia. Este combate se llamo de Vargas, y por él, Bolívar quedo dueño de la provincia de Tunja, a excepción de la capital[3].

Después de este suceso, el enemigo volvió al pueblo de Paipa y los republicanos ocuparon de nuevo su posición de los Corrales de Bonza. El 3 de agosto, el Libertador, con el objeto de reconocer la posición y la fuerza del contrario, ordenó un movimiento de todo el ejército sobre las avanzadas enemigas. La descubierta de la caballería arrolló por completo la del enemigo, que en número de cien hombres ocupaba los molinos de Bonza.

El español evacuó inmediatamente la población y tomó posiciones en una altura que está en la confluencia de los caminos de Tunja y el Socorro: el republicano siguió marcha hasta el mismo pueblo y por la noche pasó el puente de Paipa y acampó en la orilla derecha del Sogamoso.

El día 4 permanecieron los dos ejércitos en sus respectivos campos: por la tarde, toda la infantería republicana repasó el puente y a las ocho de la noche contramarcho, dirigiéndose con todo el ejército a la ciudad de Tunja, por el camino de Toca, dejando al enemigo a la espalda. A las nueve de la mañana del 5, entró en el pueblo de Cibatá, habiendo marchado seis leguas, y

[3] *M. Manrique*. Boletín del ejército, 25 de julio de 1819, Alturas de Vargas.

el Libertador, con la caballería, ocupó la ciudad, haciendo prisionera la guarnición: a las dos de la tarde se reunieron todas las fuerzas en Lunja.

El enemigo no pudo observar este movimiento hasta el amanecer del 5: en el acto se puso en marcha sobre la ciudad, por el camino principal de Paipa: en el llano de la Paja hizo alto a las 5 de la tarde, a la vista de un destacamento de dragones patriotas que después de la ocupación de la ciudad, fue destinado a observarlo. A las 8 de la noche continuó su movimiento por el páramo de Cómbita; y el 6, a las 9 de la mañana, entró en el pueblo de Motabita, distante legua y media de Tunja.

Los dragones marcharon toda la noche, molestando la retaguardia enemiga y haciéndole prisioneros.

Bolívar se adueño en Tunja de 600 fusiles, un almacén de vestuarios y paño, los hospitales, botiquines, maestranza y cuanto poseía el enemigo, además de reemplazar las bajas de su ejército[4].

Al amanecer del 7 de agosto, los cuerpos avanzados avisaron que el enemigo se ponía en marcha por el camino de Samacá: el ejército republicano tomo sus armas y cuando se hubo convencido de que la intención del contrario era pasar el puente de Boyacá para comunicarse directamente con la ciudad, salió a impedírselo, o a obligarlo a una batalla.

A las dos de la tarde llego el puente la primera división enemiga, en momentos en que aparecía la descubierta de la

[4] Soublette, *Boletín*, Tunja, 6 de agosto de 1819.

caballería republicana. El enemigo, creyéndola un cuerpo de observación, la hizo atacar con un grupo de cazadores, para despejarla del camino, y siguió su movimiento. Las divisiones de Bolívar redoblaron marcha y con gran sorpresa del contrario, apareció de pronto todo el ejército sobre una altura que dominaba a aquel.

La vanguardia española había subido ya una parte del camino, en la persecución de la descubierta republicana, mientras las fuerzas restantes estaban a un cuarto de legua del puente, en número de tres mil hombres.

El batallón de *Cazadores* de la vanguardia del Libertador abrió una compañía en guerrillas, y con las demás en columnas cargó sobre los cazadores contrarios, los obligó a retirarse precipitadamente a un paredón de donde los desalojó y los hizo pasar el puente y tomar posiciones del otro lado, mientras descendía la infantería republicana avanzaba la caballería por el camino principal.

El enemigo intentó moverse por su derecha y se le opusieron *Rifles* y una compañía de la *Legión*. Por el centro marcharon los batallones *1º de Barcelona y Bravos de Páez,* con un escuadrón de caballería del Alto Llano. A los cazadores de vanguardia se unieron al batallón de línea de la *Nueva Granada* y los *Guías* de retaguardia, formando el ala izquierda. La reserva estaba formada por las columnas de Tunja y el Socorro.

En el acto se empeño el combate en toda la línea. El general Anzoátegui fue elegido para dirigir las operaciones del centro y de la derecha. Hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrillas por una cañada y lo obligo a reunirse al grueso del ejército, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costado, aguardó el ataque. El centro republicano, sin atender a los fuegos de la izquierda enemiga, atacó al grupo principal: un empuje de la caballería del Alto Llano hizo perder su posición al general español: los *Granaderos a caballo* abandonaron precipitadamente el campo de batalla; la infantería trató de rehacerse en otra altura, pero inmediatamente fue destruida; un cuerpo de caballería de reserva fue destrozado a lanza; y el ejército enemigo, roto por todas partes y cercado sin salida, rindió armas y se entregó prisionero junto con su general: era el momento en que el general Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda y que había hallado una obstinada resistencia en la vanguardia contraria, a la que no combatía sino con sus *Cazadores,* cargó con algunas compañías de línea y los *Guías* de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.

En aquella acción murió Nonato Pérez. Anzoátegui permaneció ocupando el campo toda la noche, mientras Santander hacia la persecución hasta Venta-Quemada[5].

[5] Soublette, Venta-Quemada, 8 de agosto de 1819.

Eloy Guillermo González

XVII

Era el teniente coronel Mújica quien mandaba los *Guías y los Dragones,* en persecución del enemigo desde el amanecer del día 8. A las once de la mañana, el Libertador siguió con el escuadrón del Alto Llano y se le reunió en Chocontá. El día 9 continuo marcha toda la infantería: el 10, al llegar Bolívar al puente del Común, recibió avisos de la capital de que el virrey, la audiencia, la *Guardia de honor,* el regimentó de *Cazadores de Aragón* y todos los empleados civiles y militares, la habían abandonado desde la mañana del día anterior, dejándola en una alarmante anarquía.

El Libertador apresuró la marcha y entro el mismo día en la capital. El virrey Sámano se había dirigido hacia Honda, y Calzada rumbo al sur: toda la caballería y los cuerpos de retaguardia salieron de su persecución. La precipitación de su huida al primer anuncio de la victoria de Boyacá, no le permitió salvar nada de los intereses públicos: en la Casa de Moneda encontró Bolívar *mas de medio millón de pesos en metálico,* «y en los almacenes y depósitos cuando puede necesitarse para armar y equipar completamente un numeroso ejército»[1].

[1] Soublette, *Boletín del ejército libertador*, Santafé, 11 de agosto de 1819.

Al comunicar el Libertador al Vicepresidente de la Republica este suceso, le decía que a pesar de la devastación general que había sufrido el reino, la nación podía contar con *un millón de pesos en metálico,* fuera de la cuantiosa suma que producirían *las propiedades de los opresores y malcontentos fugitivos.* (Bastardilla del original)[2].

Antes de fenecer un mes, Bolívar pensaba marchar a activar las operaciones sobre Venezuela, por lo cual encargó al general Soublette que tomase el mayor interés en aumentar el ejército de todos modos, equiparlo por todos los medios posible, y muy particularmente solicitar con la mas activa eficacia bagajes y caballos. Le indicaba a este propósito, que en el río Zulia y en todos los contornos de lago de Maracaibo debía haber muchos buques menores, que serviría para tomar otros mayores; tripulándolos bien con la mejor tropa, para que hiciesen incursiones, recorriesen la costa del lago y cogiesen todos sus busques. Eran necesario, además, en su concepto, construir muchas flecheras o barquetas en que cupiesen quince, veinte o setenta hombres[3].

Aquel ejército debía contar hasta tres mil fusileros, fuera de cuantos reclutas pudieran hacerse; debía marchar en los primero días de octubre hacia Guasdualito, para lo cual Soblette debía buscar y preparar todos los víveres y bagajes necesarios,

[2] Bolívar el Vicepresidente de la república, *Idem.*, *Idem.*
[3] Bolívar, a Soublette, Zipaquirá, 3 de septiembre de 1819.

vestir las tropa de mejor modo posible; además de que el mismo Libertador llevaría todo el género y vestidos que pudiese: en ese momento despachaba para Cúcuta veinticinco cargas de géneros y en Tunja se hacían vestidos que debían marchar inmediatamente.

Ordenaba, además, que los pueblos enemigos fuesen tomados en masa, para llevarlos con seguridad al servicio; y que se pidiera a Guasdualito que enviaran ganado a la boca de la montaña, con la escolta correspondiente, solicitando Soublette, a la vez, cuantas mantas y alpargatas fuesen posible[4].

Soublette procedió a cumplir a cabalidad su comisión; pero advertía a la provincia ocupada por el en ese momento (Pamplona), carecía en grado sumo de víveres, en términos que temía encontrarse en mil dificultades para sustentar la fuerza que iba a reunírsele[5].

Antes de alejarse el Libertador de la capital y de la Nueva Granada, quiso perfeccionar la reglamentación de los secuestro de intereses que había decretado, a causa de que padecían quebranto y menoscabo muy considerable; y ordenó, en consecuencia: que todos los individuos cuyos bienes hubiesen sido o debiesen ser secuestrados, en el todo o en parte, podrían hacer ofrecimiento al gobierno, del valor aproximado de aquellos, para su rescate: que, por tanto, el gobierno ofrecía por su parte dar libre de toda confiscación y secuestro, la suma de los bienes

[4] *Idem.*, *idem.*, *Instrucciones*, 1ª, 2ª, 3ª, 5ª, Santafé, 5 de septiembre de 1819.
[5] Soublette al general Santander, Pamplona, 8 de septiembre de 1819.

que se redimiesen por la cantidad correspondiente a su valor, que era la que deberían proponer los interesados: que los bienes secuestrados se devolverían a sus respetivos dueños, luego que por el gobierno se hubiese admitido al rescate, debiendo quedar las costas y gastos hechos en el secuestro por cuenta de los interesados y no del tesoro nacional: que en cuanto la los fraudes u ocultaciones que se hubiesen hecho por los distintos comisionados del ramo, se dejaba su derecho a los agraciados para que repitiesen contra quienes hubiese lugar, sin que el Estado fuese ni debiese ser responsable a los cargos de unos intereses que no habían ingresado[6].

En este propósito de regular y asegurar renta, Bolívar se dirigió en circular a los gobernadores comandantes generales, notificándoles que, debiendo tratarse de los medios de subvenir a los gastos necesarios, había acordado que subsistiesen los establecimientos de rentas en el estado en que estaban a tiempo de libertarse aquellas provincias, hasta que las observaciones del tiempo indicasen las reformas que pudieren hacerse[7].

Ese mismo día determinó que Soublette marchase a incorporarse al ejército del señor general Páez, llevando más de dos mil quinientos hombres, inclusive los reclutas que pudieran formarse de paso, aunque fueran esclavos. Para ello debía salir

[6] Bolívar al gobernador de Cundinamarca, Santafé, 9 de septiembre de 1819.
[7] Bolívar, circular a los gobernadores, comandantes generales de provincia, Santafé, 13 de septiembre de 1819.

con los batallones *Pamplona, Tunja, Boyacá, Línea* de la Nueva Granada y los reclutas que debía conducir el coronel Alcántara del Socorro: debía tomar, de quien quiera que fuese, los víveres necesarios para la marcha, y mandaría a buscar ganados a San Camilo y Guasdualito: debía llevar ropa hecha, o sin hacer, y la que le llevaba el capitán Bolívar con cincuenta mil pesos de moneda de Barinas, ofreciéndole a la tropa repartirle el vestuario y dinero más allá de San Camilo: si lo creía conveniente, debía llevar un piquete de caballería para tomar ganado en caso de necesidad[8].

Por último, considerando que el estado de guerra en que se hallaba la república, ocasionaba que las rentas nacionales apenas alcanzaban a cubrir los gastos más necesarios e indispensables de los ejércitos, tales como armamento, vestuario, toda especie de equipamiento y subsistencias: considerando que las frecuentes y violentas exacciones con que el enemigo oprimía y aniquilaba aquellas provincias las había reducido a una situación que no permitía ocurrir a las contribuciones extraordinarias, y deseando conciliar del modo posible el interés y utilidad general con el particular de los empleados públicos, decretó que todos los empleados en el servicio de la república que gozaban renta, o sueldo del tesoro público o de cualquiera otra renta nacional, bien fuese militar, civil o de administración, recibirían solamente,

[8] Bolívar, a Soublette, *Instrucciones*, 1º, 3º, 9º, Santafé, 13 de septiembre de 1819.

sin distinción de clase ni grado, la mitad de la renta o sueldo que estuviese asignado a su empleo[9].

Una semana después, aquel hombre infatigable y múltiple, ya prometido a los más alto de la historia de los grandes reformadores, gran general, administrador, diplómata; provisto de una resistencia a prueba de fatigas, de una voluntad a prueba de obstáculos, de una energía a prueba de desastres, debía salir de Santafé y de la Nueva Granada, a reconquistar a Venezuela, su patria, que había devuelto a su hermana y antigua protectora su acreencia de servicios, acrecida con la gloria de los vencedores en Boyacá, y la libertad de toda la nación granadina.

[9] *Idem.*, *Decreto*, Santafé, 14 de septiembre de 1819.

XVIII

Soublette insistía en la pobreza de la provincia: manifestaba que no sólo no se hallaba en ella lo necesario para equipar un ejército, que no había ni con qué mantenerlo, lo cual lo había obligado a pedir a Soatá harinas y muestras que había mandado comprar, y a exigir del Socorro todo arroz que pudiera conseguirse: también había pedido a este punto mantas, suelas, baquetas, cordobanes y quinientos reclutas[1].

El capitán Felipe Álvarez, edecán del Libertador, fue quien llevó a Soublette las instrucciones citadas atrás: el jefe del Estado Mayor declaraba que el cumplimiento de la primera de ellas sólo dependían de él en cuanto a lo que pudiera tomarse a los enemigos en Cúcuta y que si el Socorro, Soatá y Tunja cumplían con cuanto él había pedido, podía contarse con que S. E. hallaría vestido el ejército. Agregaba que estaban dadas las órdenes a todas las provincias para la más exacta recolección de bestias para trasporte y bagajes, advirtiendo que de las provincias del Socorro y Tunja no se le habían remitido caudales algunos y que en la Pamplona nada se había recaudado[2].

[1] Soublette a Bolívar, Pamplona, 14 de septiembre de 1819.
[2] Soublette a Bolívar, Pamplona, 19 de septiembre de 1819.

El Libertador llegó a Hato Viejo el 22 de septiembre y se dirigió a los alcaldes del pueblo, expresándoles que en consideración a las exacciones que había sufrido por las tropas que por él habían transitado, había tenido a bien rebajar la cantidad de quinientos pesos que se le había asignado de contribución para la necesidades del Estado, a la mitad[3].

Soublette al moverse, no fue feliz: organizando el ejército en dos divisiones de vanguardia y retaguardia, compuesta la primera de los batallones *Bravo de Páez* y *Cazadores de Pamplona* y un escuadrón de *Guías*, y la segunda de los batallones 1º *de Línea, Boyacá*, y *Tunja,* se puso en marcha desde Pamplona, el 20 de septiembre, habiendo tomado las más exactas medidas para que el enemigo no supiera su movimiento: logró llegar el 23, a las once de la mañana, al llano de Juanfrío sin ser descubierto, pero allí cuatro paisanos que el enemigo había enviado como espías, lo vieron y a pesar de que fueron perseguidos, no fue posible capturar sino dos, habiendo los otros llevado el alarma a la villa del Rosario.

Como Soublette guiaba su marcha por desfiladeros interminables, tuvo que hacer alto de más de hora y media para reunir la división, y cuando ya se preparaba a marchar para el Rosario, el enemigo rompió el fuego sobre la cabeza de la columna, casi a quema ropa y abrigado con los bosques. Inmediatamente el experto veterano hizo marchar de frente por

[3] Bolívar a los alcaldes Hato Viejo, 22 de septiembre de 1819.

el camino principal y con guerrillas sobre su derecha, siguió a paso de carga sobre la villa, dispersó la fuerza que salió a encontrarlo y cuando la vanguardia penetró en la ciudad, ya el enemigo la había evacuado tomando aceleradamente el camino de San Antonio. Soublette lo persiguió con la caballería al galope e hizo que siguiera la columna: lo alcanzó del otro lado del Táchira, pero siguió el contrario en retirada hasta el pie del alto de las Cruces, camino de La Grita, en donde con cuatro compañías del *Tambo* y de *Numancia* tomó posiciones para proteger su operación: el jefe republicano comprendió que era infructuoso empeñar una gran fuerza contra una posición fácil de defender por su naturaleza y sólo destinó las compañías de cazadores 1º y 2º del batallón *Páez*, la de tiradores de los *Cazadores de Pamplona*, la de cazadores del *Boyacá* y la de cazadores del *Tunja*: al cabo de hora y media de fuego cerrado, el enemigo perdió todos sus puntos y se vio forzado a retirarse a la Cumbre, perseguido por los cazadores.

Así acosado, dio una carga y empeñó en la acción al batallón *Navarra*, que mantenía de reserva; los cazadores republicanos ya habían consumido todas sus municiones y tuvieron que retirarse: el enemigo se alentó y cargó al trote. Soublette auxilió los cazadores con el batallón de *Línea* de la Nueva Granada, que rechazaron de nuevo al contrario y lo obligaron a volver a la cumbre. Era ya casi de noche y apenas se divisaban los objetos: Soublette había consumido más de las dos terceras partes de sus

municiones; la tropa estaba sumamente fatigada después de cuatro horas de fuego por un terreno fragoso y de dos días de marcha sin comer: por consiguiente, se vio en la necesidad de mandar suspender el fuego en todas partes: volvió con el ejército a San Antonio a donde llegó después de las ocho de la noche y tomó cuarteles. Al día siguiente, antes del amanecer, el general español Latorre pasó con su ejército por Capacho y sin detenerse siguió sobre Táriba[4].

Del Rosario avisaba Soublette al Libertador que el ciudadano Francisco Angarita, corregidor de Chita, era el comisionado para recibir y empotrerar todos los ganados que fuesen de los llanos, y el comandante de Soatá para sacar los que fueren necesarios. En cuanto a los ganados que habían mandado tomar en el Cocuy, exigir en Sátiba, comprar en la provincia de Tunja y recoger en la de Pamplona, estaba comisionado el ciudadano Domingo Guerrero para recibirlos y dirigirlos a Soublette[5].

En su marcha, el Libertador pasó por Leiva y visitó el convento de carmelitas: en él se informó de la escasez y miseria a que estaban reducidas aquellas religiosas, por falta de fondos. Para aliviarlas, dispuso que de la renta de aguardiente de la villa se les contribuyese mensualmente con cien pesos, mientras

[4] Soublette a Bolívar, el Rosario, 25 de septiembre de 1819.
[5] Soublette a Bolívar, el Rosario, 25 de septiembre de 1819.

restablecían sus rentas a un pie que les pudiese proveer la subsistencia[6].

Al día siguiente, llegado a Sombrerera, supo que la conducta del cura de la parroquia de Moniquirá había sido la más opuesta a los intereses de la patria y decidida por el enemigo: ordénale en consecuencia, que entregase inmediatamente el curato al presbítero doctor Buenaventura Sanz, y diez mil pesos en numerario al comisionado Francisco Javier Venegas, en el concepto de que no haciéndolo así, el comisionado llevaba orden de mandarlo con una escolta al ejército[7].

Algo semejante ocurrió con el cura del pueblo de Chitaraque: se le impuso también una contribución de diez mil pesos, que debía consignar en manos del alcalde Mariano Vianqui, para ser remitidos al cuartel general[8].

En Vélez, atendiendo a que el ejército del norte era muy numeroso, a que aún no había sido pagado una sola vez y a que estaba desnudo y carecía de equipamiento y fornitura, dispuso que todos los fondos de cada provincia de aquella región, fuesen de alcabala, estancos, diezmos, legados y donativos, se recogiesen con la mayor eficacia y con una actividad sin ejemplo, para que inmediatamente le fuesen remitidos a su cuartel general:

[6] Bolívar al Vicepresidente de las provincias libres de la Nueva Granada, Leiva, 25 de septiembre de 1819.
[7] *Idem.*, al cura de Moniquirá, 26 de septiembre de 1819.
[8] Bolívar, al de Chitaraque, Puente Nacional, 26 de septiembre de 1819.

que cada provincia de aquéllas daría cuarenta mil pesos de donativo y otros tantos se tomarían de los diezmos, en calidad de reemplazo: que los bienes de legados se realizarían del mayor modo posible y a la mayor brevedad, admitiendo rescate a los dueños o a otros individuos: que los que se hubiesen mostrado afectos al sistema español darían un donativo más crecido que los otros: que los eclesiásticos, y principalmente los reverendos curas, darían un donativo por separado del de la provincia, de modo que los que se hubiesen mostrado afectos al partido enemigo contribuyesen con la mayor parte de este donativo: que se mandarían construir dos mil vestidos de manta, mil camisas de la mejor tela para el servicio del ejército; mil cartucheras y mil gorras de suela, perfectamente acabadas, dos mil pares de alpargatas y mil mantas: que todo se ejecutaría en el término de un mes[9].

Al cabildo de aquella misma ciudad le decía que la defensa de la Nueva Granada interesaba, no solamente a toda provincia y a cada pueblo, sino también a cada individuo en particular, y para que fuese pronta y segura se requerían armas que debían comprarse a los extranjeros y para ejecutar esta operación era necesario dinero. Bajo esta persuasión, esperaba del patriotismo del cabildo procediese a realizar una contribución de diez mil pesos, repartida en todo el vecindario del cantón, equitativa y

[9] Decreto, Vélez, 28 de septiembre de 1819.

proporcionada a las fortunas de los ciudadanos, y que una vez colectada, se le remitiese al cuartel general[10].

[10] Bolívar al Cabildo de Vélez, fecha anterior.

XIX

Cuando entró el mes de octubre, el director general de rentas, don Luis E. Azuola, le dirigió al Libertador una exposición, manifestándole que un complejo de circunstancia, nacidas del preciso desorden en que por lo común entran las repúblicas cuando, disolviéndose los gobiernos, pasan de unas a otras dominaciones, había llevado a la Nueva Granada a la más sensible y extraordinaria escasez de fondos públicos, al mismo tiempo en que recrecían las mayores urgencias, con la momentánea precisión de hallar medios con qué cubrir el considerable vacío de caudales que producía el sostenimiento del ejército y del Estado.

Agregaba el director general que el concepto de un gobierno libre a que justamente estaban persuadidos los pueblos granadinos haber pasado, debía separarles todas las ideas de un dominio opresor, que los había reducido a la última miseria y exterminio. *Grandes donativos, crecidos empréstitos, contribuciones diarias y forzadas, desorden de sus haciendas, despojos de sus ganados, de sus muebles y hasta de sus propias camas,* ofrecían una idea general de los recientes padecimientos; pero aún no llenaban el gran círculo

del ruinoso estado en que se hallaban los habitantes de la Nueva Granada.

No estaban, por consiguiente, en situación de sufrir nuevas imposiciones, fuese de la clase que se quisiera, cuando era tan absoluta la imposibilidad de contribuirlas. Las rentas públicas, por otra parte, marchaban con mucha lentitud, y sus progresos, que en el orden regular serviría de auxilio, se hallaban justamente detenidos. El ramos de alcabala estaba reducido a las introducciones de algunas cargas de miel y muy pocas de productos de la tierra; el de tabaco se podía decir arruinado, si a la mayor brevedad no se ponía un competente fondo en las factorías de Ambalema y Piedecuesta, del que deberían ser pagados los cosecheros, quienes, no teniendo otro arbitrio para vivir, antes venderían por la mitad del precio los tabacos a quienes se los comprase con dinero, que dejarlos en factoría sin recibir la más pequeña cantidad que pudiese aliviar su miseria; el ramo de aguardientes comenzaba a establecerse por medios de asientos y las grandes administraciones productiva de aquel ramo, a excepción de una, se hallaban precisamente en las provincias que aun no estaba libres.

La casa de Moneda, cuyos fonos habían servido siempre, en todo tiempo, para subvenir en los lances más apurados, los habían entregado al Libertador para comprar armas, y no teniéndolos para la compra de metales, el introductor se desanimaba, porque deteniéndosele la pronta reducción de sus

intereses a moneda, trataba de hacer negociaciones con el oro en pasta, que acaso le eran más lucrativas.

El gran fondo con que se debía contar del ramo de secuestro había desaparecido y su completa dilapidación no había producido el Estado ni aun el corto derecho de alcabala, en unas rentas por todo derecho nulas, dejando a los pueblos en las expectación de unas utilidades que debían ponerles a mucha distancia los casos de toda contribución extraordinaria, y a la república los cuidados porque pasaba.

Creía el director general que había llegado el momento de apurar los medios más sencillos, pronto y eficaces para remediar la ruina de la república. Muy pocos eran los que se ofrecían en un país exterminado, sin comercio activo ni positivo, y de donde había emigrado la mayor parte de los hombres a acaudalados, de cuya generosidad, como en otras ocasiones, habrían podido valerse el gobierno. No obstante, el director general sometía a la alta consideración del Libertador los medios más apropiados a las críticas circunstancias en que se encontraban, echando mano de los que pareciesen más suaves y menos duros.

En primer lugar, la gran de diezmos, –si es que en ella existían caudales–, podría dar, en calidad de préstamo al Estado, alguna suma considerable, que unida a las de subsiguiente indicación, suministraría un pronto refuerzo: se pediría a las provincias de Antioquia, Tunja y el Socorro, y a todos los recaudadores de diezmos en ellas, los caudales que estuviesen:

caso de no haberlos, se reunirían los comerciantes y hacendados más pudiente, a quienes, bajo la especial hipoteca da la misma Casa Moneda, se les pediría un empréstito para ocurrir a las necesidades del día.

Señalaba, además, el director, que en casos de igual inopia, habían adoptado las naciones más cultas el extraordinario remedio de la emisión de papel moneda, aunque era verdad que había sido un lenitivo engañoso del momento, que había llevado a esas naciones a una ruina mucho mayor que la que habían tratado de precaver. Semejante asunto ofrecía obstáculos que parecían insuperables, pero como la urgencia era grande y grandes los riesgos, debían ser grandes los sacrificios, y el director general creía que el Libertador podía convocar una junta extraordinaria de Hacienda, compuesta de los sujetos del estado eclesiástico, civil, político, del comercio y hacendados, para oír en consulta sus dictámenes, entre los cuales habría muchos que servirían para las providencias que S. E. debía dictar en tan interesante asunto[1].

En esos precios momentos, el Libertador marchaba sobre Venezuela: daba ordenes a Soublette para que le tuviese preparada tres o cuatro embarcaciones con los bogas y víveres necesarios, para embarcarse en el Arauca inmediatamente que llegara[2]. A su vez, Soublette amenazaba al jefe del Estado Mayor

[1] Luis E. Azuola al Libertador, Santafé, 2 de octubre de 1819.
[2] Bolívar a Soublette, El Socorro, 4 de octubre de 1819.

en ejercito, que si no se le remitían prontamente víveres, se retiraría a retaguardia de San Cristóbal, volvería a Cúcuta, quizá a Pamplona. «Por mi espalda nadie se interesa en la suerte del ejercito»[3]. Bolívar ya en camino de Piedecuesta, le notificaba a Santander que examinaría atentamente el proyecto del director general de rentas, y que mientras tanto a Antioquia y doscientos mil pesos, podía el Vicepresidente pedir a la provincia de Popayán cuatrocientos mil pesos, otros tantos a Antioquia y doscientos mil al Choco[4]: anunciaba al comandante general de Pamplona que en cinco días estaría en aquella ciudad y que esperaba hallar lista la mayor parte del donativo asignado a la provincia y los veinte mil pesos del fondo de diezmos[5]. Adelante, Soublette le advertía a Lara, ayudante general, que creía imposible que en Guasdualito se pudiesen conseguir doscientas bestias de carga aperadas, y con sus correspondiente arrieros; serían caballos, que de milagro si llegaban a San Cristóbal. «Muy Peligroso, –le agregaba–, sería que mañana o pasado mañana entrasen las tropas a este camino. No hay *absolutamente ningún recurso de subsistencia en él*, y para poder salir con la división que está a mi cargo, *creo que será forzoso empezar mañana a matar bestias,* porque el ganado que mandé buscar, no tengo ni noticias»[6].

[3] Soublette al encargado del Estado Mayor, San Cristóbal, 5 de octubre de 1819.
[4] Bolívar a Santander, Barichara, 10 de octubre de 1819.
[5] Bolívar al gobernador de Pamplona, Piedecuesta, 12 de octubre de 1819.
[6] Soublette a Lara, Paradero de Bruja, 14 de octubre de 1819.

Llegado Bolívar a Bucaramanga, ordena al jefe de *Rifles* que sitúe una compañía en Girón, otra en Piedecuesta y otra en Cácota de la Maestranza, y que las raciones se abonen en dinero a los soldados, a razón de un real diario a cada uno: que el jefe político del cantón deberá suministrar los fondos necesarios para aquel efecto[7].

Como lo había prometido en Piedecuesta, seis días después llegaba el Libertador a Pamplona: de allí trasmitió a Soublette las órdenes necesarias para que entregara al coronel Briceño la división que conducía, a fin de que éste la llevara a incorporarse al ejército del general Páez, donde quiera que se hallase, «sin detenerse en ninguna parte un solo día»: Soublette debía seguir inmediatamente a verse con Páez e informarlo de los designios del Libertador para la próxima campaña, hecho lo cual seguiría «con la última celeridad» al cuartel general del ejército de Oriente, donde quiera que estuviese, y le ordenaría a su General que *inmediata, inmediata, inmediatamente* se moviese hacia el Bajo de Apure, a reunirse lo más prontamente posible con el ejército de Páez: que el ejército de occidente debía tener todo pronto para mediados del mes de febrero, por lo menos dos mil caballos sobrantes, fuera de los que montara la caballería de Apure y la que pudiera ir del Oriente; y que él conduciría tres mil hombres

[7] Bolívar al comandante de *Rifles*, Bucaramanga, 14 de octubre de 1819.

más a Venezuela, para lo cual se necesitaban bagajes y víveres en la boca del monte de San Camilo»[8].

Así resolvía aquel hombre sin miedos ante la catástrofe, la situación que le exponía el director de rentas de la Nueva Granada: arrojando las últimas desesperaciones de la miseria en la fragua de la guerra. El forjador incontrastable sacaría de ella la victoria de Carabobo…

[8] Bolívar a Soublette, *Instrucciones,* Pamplona, 19 de octubre de 1819.

XX

Al llegar a Pamplona, entre el Socorro y Girón consiguió el Libertador cincuenta mil pesos[1]; de ellos entregó al comisario J. Miguel Tejada cuatro mil para socorrer el batallón del coronel Cruz Carrillo, disponiendo que mientras se hacía el ajuste de la media paga de este batallón, se le diera diariamente a cada individuo, en lugar de la ración, a los sargentos, cabos y soldados un real, y a los oficiales de todas graduaciones cuatro reales. Esta paga, en lugar de la ración es especie, reservando para la marcha todos los víveres que se pudieran acopiar en aquellos lugares[2].

Al coronel Lara se le trascribió esta orden, agregándole que se esmerara en recoger todos los víveres posibles para alimentar las tropas que pasasen la montaña de San Camilo y que dispusiese que en las haciendas de los partidarios del enemigo, se sembrase mucha yuca, maíz y plátanos, para la manutención de las tropas, con los esclavos que hubiesen sido del enemigo; que si fuese más conveniente hacer estas siembras en terreno de algún patriota, se hiciese también, reuniendo bajo una sola mano la

[1] Bolívar al Vicepresidente de las provincias libres de la Nueve Granada, Pamplona 19 de octubre de 1819.
[2] *Idem.*, al coronel Cruz Carrillo, Pamplona, 20 de octubre de 1819.

dirección de los trabajos, para que hubiese más economía y menos fraude[3].

Al gobernador militar, comandante general de Pamplona, se le comunicaba que para precaver las malversaciones y fraudes que pudiere haber en los subalternos encargados de la exacción del donativo, y las extorsiones injustas a que por esta causa estaban expuestos los pueblos, dispondría que los comisionados llevasen un cuaderno en el cual constase la cantidad de que se hacía cargo, el nombre del donante, el pueblo de su vecindad y la fecha, que esta partida la firmaran el que entregaba y el comisionado, y que este proveyese al donante de un recibo por la cantidad entregada[4].

Al gobernador militar del Socorro se le decía que los reclutas no recibirían sino la ración, hasta que no estuviesen bien disciplinados y entonces recibirían la media paga; pero que todos los ingleses, fuesen oficiales, cabos y soldados recibirían el prest entero, para que se mantuviesen con él y evitar de ese modo quejas y faltas de parte de aquellos beneméritos extranjeros; que luego, luego se recogiesen los hombres necesarios para formar el batallón *Albión,* y se mantendría, equiparía y pagaría en todo con la mayor exactitud y puntualidad, a fin de evitar los desórdenes que son consiguientes a la falta de paga de una tropa[5].

[3] Bolívar, al coronel Jacinto Lara, la misma fecha y lugar.
[4] *Idem.*, al gobernador militar de Pamplona, 21 de octubre de 1819.
[5] Bolívar, al gobernador militar de Pamplona, 21 de octubre de 1819.

Al gobernador militar de Tunja le significaba que estaba aguardando con una total impaciencia los reclutas de aquella provincia y los ochenta mil pesos que le había pedido y que, poniéndose en actividad, le enviase aunque fuesen cuarenta mil pesos, incluyendo esta suma las rentas de diezmos, las rentas públicas y el donativo general[6].

Y le decía al Vicepresidente de la Nueva Granada que para que la rebaja de la mitad del sueldo decretado a los empleados en el servicio del Estado, durante aquellas urgencias, fuese general y compresiva a todos, sin excepción, dispusiera que aquellos que gozaban del tanto por ciento del producto de las rentas que administraban, solamente recibiesen la mitad, quedando la otra a favor del Estado[7].

A Soublette se le reiteraba que no debía ahorrarse gasto alguno para acelerar la marcha del ejército de Oriente; que el Libertador quería que se gratificase y se mantuviese muy bien a los conductores de las armas al Bajo Apure, no excusándose hombres, ni buques, ni bagajes para este servicio, que debía ser pagado a precio de oro. Con este objeto, enviaba el Libertador a Soublette cien mil pesos más[8].

Para mediados de noviembre se hallaba el Libertador en la Salina, la cual encontró en un estado deplorable: para protegerla,

[6] Al gobernador militar de Tunja, Pamplona, 22 de octubre de 1819.
[7] Al Vicepresidente de la Nueva Granada, *Idem.*, 25 de octubre de 1819.
[8] Al general Soublette, Nueva Granada, 29 de octubre de 1819.

ordenó que se eximiese a su población de toda carga extraordinaria[9]. De allí refería Bolívar al Vicepresidente granadino que las mismas quejas que éste tenía respecto a las bestias que salían de Cundinamarca, había oído en todas las demás provincias por donde había transitado, y que no por ello estaba el ejército mejor servido, ni tenía siquiera los trasportes necesarios para las municiones y bagajes. Atribuía el Libertador esta pérdida de bestias al abandono o mala fe de los alcaldes de los pueblos, que al tiempo de dar los relevos, recibían las otras y no las volvían a los lugares de donde procedían: observaba, además, que a pesar de las quejas de que no había bestia, –contestación unánime en todas partes–, cualquiera partida o comisionado activo que se detuviera a recogerlas, llevaba todas las que se pedían, prueba de que las quejas no eran justas y nacían del poco afecto que tenían aquellos hombres a desprenderse de sus propiedades.

Al oír el Libertador que generalmente se lamentaban los pueblos por donde pasaba de la pérdida de bestias que iban para el ejército, creyó que hubiera en éste un gran número aquéllas; pero al incorporársele, se halló sin las necesarias. Juzgó entonces que el señor general Soublette habría llevado muchas, pero por la relación que le hacía este jefe de su marcha, se desengañó, porque todas las que llevó no alcanzaron para racionar su división en dos o tres días que le faltaron provisiones[10]. El Libertador

[9] Al Vicepresidente de la Nueva Granada, la Salina, 19 de noviembre de 1819.
[10] Al Vicepresidente de la Nueva Granada, la Salina, 19 de noviembre de 1819.

acompañaba al general Santander tres órdenes del coronel Concha, para que viera por elles que no había ido para el ejército ganado alguno de Casanare: las pocas reses que se le destinaron, eran de tan mala calidad, becerros y toros flacos, que no pudieron salir de la montaña: los novillos y el ganado bueno, todo se vendía, como lo acreditaban las órdenes en referencia: el Libertador no encontró en la Salina ni aun el ganado necesario para subsistencia de la recluta en su tránsito[11].

En Pore escribía Bolívar, tres días después, su despedida al Vicepresidente de la Nueva Granada: seguía para el Apure, el 23 de noviembre, desprendido a su comitiva, para ganar momentos, y espera estar reunido con el señor general Páez en el Mantecal, o donde estuviese, en el termino de ocho o diez días. El ejercito de Apure contaba tres mil infantes y mil caballos: el Libertador creía este cuerpo bastante fuerte para combatir al enemigo que se le opusiera y aun a todo el ejecito español si estuviese reunido, pero que el sabia diseminado. Dándole la dirección que debía llevar, no necesitaba casi de la cooperación del ejército del Oriente.

Era aquella dirección la que iba a asumir el Libertador. Inmediatamente seguiría a Angostura, a dirigir las operaciones de aquel ejército, de la división del general Urdaneta y de la del general D' Evereux, que según parte del general Arismendi, había llegado ya todo a Margarita.

[11] *Idem.*, *Idem.*

«Al separarme de la Nueva Granada, –concluía el Libertador–, voy en la firme convicción de que no se notaría mi ausencia, quedando V. E. encargado del gobierno y dirección de la guerra. Además, espero que V. E. tomará el más vivo interés en que venga la recluta que he pedido, y el dinero que pueda remitiese, en la mayor suma posible»[12].

Antes de finalizar aquel mes de noviembre, ya el Libertador estaba en Arauca.

[12] Al Vicepresidente, Pore, 22 de noviembre de 1819.

XXI

Cuatro mil hombres, en calidad de reclutas, debían llegar a territorio venezolano, por Cúcuta y la Salina: los coroneles Alcántara y Macero y los comandantes Piñango, Flores, Paredes y Arráiz, estaban encargados para tomar por partes iguales aquella leva, a fin de disciplinarla en calidad de depósito. El coronel Páez llevo al coronel Paredes tres mil pesos, para suministrar semanalmente dos reales a cada recluta para pan, dándole un real el domingo y otro el jueves; los oficiales superiores e inferiores recibirían mensualmente media paga; los cabos y sargentos la recibirían por semana, todo en la siguiente forma: el coronel cien pesos; el comandante setenta y cinco; el mayor cincuenta; el capitán, treinta; el teniente, veinte; el alférez, quince; el sargento primero, siete y medio; el segundo, siete; el cabo primero, seis y medio; el segundo seis; y el soldado veterano, cuatro. Esta era la media paga del ejército[1].

El general Valdes fue nombrado comandante general de toda la infantería de las divisiones del ejército de Oriente; Soublette quedaba de jefe del grande E. M. G. y órgano general en jefe del ejército libertador; el general Manuel Cedeño fue

[1] Bolívar al coronel Juan Antonio Paredes, Achaguas, 5 de diciembre de 1819.

nombrado comandante general de las caballerías de las divisiones orientales. Soublette dispondría que en Santa Clara hubiese ganado más que suficiente para la marcha del ejército a los puntos donde había embarcarse; que en San Fernando y en las Bocas de Arauca hubiese gran abundancia de víveres, principalmente ganado en pie; que de San Fernando enviase para Caicara todos los buques en que hubiera ido la *Legión Británica,* los que allí hubiese y los que condujeren al general Valdes, cargados de carne, que era de urgencia[2].

Mariano Montilla, coronel, miembro del orden de los libertadores, ayudante general del Estado Mayor General, fue designado para pasar a la isla de Margarita, a entregar a los diferentes jefes las órdenes y credenciales que se les había librado, con el objeto de expedicionar sobre las costa de Venezuela y la Nueva-Granada. Para subvenir en parte a los gastos de la expedición, llevaba el coronel Montilla treinta mil pesos en oro y veinte mil en créditos, poniendo además, a su disposición los fondos públicos de Margarita: la expedición podía tomar vestidos, sillas, lanzas, sable, fusiles, pólvora, en fin, todo cuando necesitare y hubiese en los almacenes de la Legión o de la isla de Margarita[3].

Todo el curso del año XX es un incesante acopio de dinero, ganado, bestias, víveres, para la campaña de Venezuela: Sucre contrata subsistencias en Santa Cruz; Mariño recibe tres mil pesos

[2] *Idem.*, al general Soublette, Angostura 13 de diciembre de 1819.
[3] *Instrucciones*, al coronel Mariano Montilla, Angostura 31 de diciembre de 1819.

por adelantos que hizo es Trinidad; a Tunja se piden víveres y bagajes; a Casanare, dos mil reses y mil bestias, «pena de la vida»; al coronel Rangel se le ordena mandar a Cúcuta diez mil reses, a Urdaneta se le envía diez y ocho pesos para la *Guardia* y veinte mil para el ejército; a Alcántara, los caudales necesarios para el pago de las tropas que están a su mando; a Santander se le pide veinte y cinco mil pesos en oro o plata, para entregarlos al general Páez, el gobernador del Socorro, mil vestidos y cincuenta mulas; se dispone el arriendo de la salinas de Chita y Nemocón; se informa el sistema de alcabalas y se propone el remate da la renta de aguardientes en todas partes; se autoriza al Vicepresidente para contratar un empréstito de cuatro millones de pesos fuertes en Holanda; se habilitan nuevos puertos para la importación; se manda hacer un depósito de treinta mil pesos en la Grita[4].

Cuando desde Bogotá se le envían instrucciones al señor general Páez para la campaña del año XXI, se le encarese que haga aún más de los esfuerzos posibles por tener empotrerado todo el ganado que se necesita para abrir esa campaña y que S. E. el Libertador prefiere que sufran escases de carne las tropas y que no pueda abrirse la campaña por falta de ganados, más bien que hallarse sin caballos mansos útiles, al tiempo de emprender las operaciones, los cuales debían conservarse y cuidarse con un

[4] Ventazón, 17 de diciembre de 1819; Angostura, 24; Guasdalito, enero 29 de 1820; *Idem*., 31 de enero; Santafé, 7 de marzo; *Idem*.,10; Tunja, 25, 26 y 27; Santa Rosa, 30; San Cristóbal, 12 de abril; el Rosario, 4 de julio; *Idem*., 28; San Cristóbal, 14 de agosto.

celo y una eficacia que tocasen en extremo[5]. Al mismo tiempo Bolívar trasmitía a Páez toda facultad que por el congreso General le estaba cometida al Presidente de la República, sobre repartición de bienes nacionales para la adjudicación de los respectivos haberes, limitándose esta delegación al ejército del mando de Páez y respecto al territorio que él comprendía; pero que no entrarían de ningún modo en la repartición el ganado y los caballos que se necesitaran para las tropas[6].

El general Cedeño fue encargado del mando de la provincia de Casanare, con el solo objeto de que remitiera al ejército mil caballos mansos y buenos y cuatro mil reses, al punto señalado por el general Urdaneta o por el coronel Plaza[7].

A pesar de todo, a medida que el Libertador se acercaba al ejército, sentía los embarazos en que se iba hallar para hacerlo subsistir: tanto la provincia de Mérida como Trujillo, estaban reducidas a la última expresión de miseria; los habitantes no tenían de qué vivir, y para quitarles lo poco que les quedaba y dárselo a las tropas, era necesario pagarlo a los subidos precios a que la carestía lo había elevado todo. Llegando aquel ejército a más de seis mil hombres, necesitaba una enorme suma para subsistir miserablemente, tomando sólo una ración mezquina; pero no había fondos algunos en el ejército: a principios de febrero

[5] Bolívar a Páez, Bogota, 18 de enero de 1821.
[6] *Idem.*, *Idem.*, *Idem.*, firma Briceño Méndez.
[7] *Instrucciones al general Cedeño*, Bailadores, 24 de febrero de 1821.

informaba el general Urdaneta que no le quedaban sino cinco mil pesos, que destinaba a asistencia de los hospitales.

En tal conflicto, el Libertador no hallaba otro medio que el auxilio oportuno del general Santander, esto es, «pronto, pronto» cuarenta o cincuenta mil pesos, en las partidas que más cómodamente se pudiesen enviar, para que llegasen cuanto antes al ejército. Importaba infinito no perder un día, porque era imposible absolutamente sostener aquellas tropas sin dinero, siendo por el contrario, inevitable y cierta su disolución[8].

Al coronel Bartolomé Salom se le prevenía que hiciera seguir volando aquel dinero que se esperaba del general Santander, sin que tomase cantidad alguna, sino que fuese íntegro al ejército y que remitiese también con la mayor prontitud dos mil vestuarios por la Laguna a Moporo y tres mil al coronel Plaza por el río Uribante[9]. A éste se le ordenaba que pasara con los tres batallones de su brigada a situarse en Santa Lucía y demás pueblos vecinos de la parte baja de Santo Domingo a las inmediaciones del Apure, procurando conciliar la comodidad de la tropa con la abundancia y facilidad de las subsistencias, especialmente del pan, y que yendo a un país donde le era fácil adquirir los ganados, no llevase sino el muy necesario para sostener la brigada, mientras recibía otras partidas que pediría volando al Apure, que tomara dos mil pesos de los seis mil que llevaba el comisario Rocha y

[8] Bolívar a Santander, Mérida, 26 de febrero de 1821.
[9] *Instrucciones a Salom*, *Idem.*, *Idem.*

que los cuatro mil restantes los destinara a la subsistencia de los batallones que quedaban en Barinas, y al hospital[10].

[10] *Idem*. a Ambrosio Plaza, Trujillo, 2 de marzo de 1821.

XXII

Aquellas órdenes para Ambrosio Plaza le fueron trascritas al general Miguel Guerrero, agregándole que al comandante accidental del batallón *Tunja,* mayor Gravete, se le entregaron en Mérida para la subsistencia de su batallón, en la marcha, tres mil pesos, de cuya distribución que debía pedir cuentas; que procediera a preparar desde luego víveres en Pedraza para el batallón *Vargas*, que llegaría al cabo de quince días, y que tomara sus medidas para que, tanto a los soldados de éste, como a los del *Tunja*, se les diera todos los días al amanecer un poco de aguardiente quinado, que sabían preparar en la hacienda La Calavera, para precaverse de las calenturas, debiendo, además, tomar el más vivo interés en que hubiese grandes depósitos de ganado[1].

Al comandante general de Mérida se le prevenía que de diez y seis mil pesos que debían llegar de Bogotá, tomase dos mil, y enviase el resto para Barinas, por los callejones o por Pedraza, según fuese más fácil y seguro[2]. Este dinero, así como doce mil pesos más prometidos por el general Santander, tardaba,

[1] Bolívar al general Miguel Guerrero, Trujillo, 2 de marzo de 1821.
[2] *Idem.*, al gobernador comandante general de Mérida, idem., 8 de marzo 1821.

a punto de que Bolívar significara al Vicepresidente que no sólo esas sumas le eran de urgencia, sino aún mayores cantidades, debiendo ocurrir para obtenerlas a los medios más extraordinarios[3]. Consultaba el general Santander si debía, o no, cobrar derechos de aduana en los puertos de Cartagena y Santa Marta, por las herramientas y útiles de agricultura y por las maquinas que se introdujeran.

Bolívar no hallaba fundamento a la consulta, cuando regia un decreto de Santander, comunicado a Mariano Montilla, cuyo articulo 3º decía que todo genero de introducción pagaría los derechos establecidos, *bien fuese de primera necesidad, o de necesidad ficticia* y cuando subsistiendo la causa de esta disposición, –los gastos de la guerra–, no había motivo para innovaciones. Por consiguientes, respecto a la representación de algunos comerciantes de Bogota en que pedían un privilegio creía S. E. extemporánea la consulta del Gobernador político de Cartagena y ordenaba al general Santander dispusiera el cumplimiento de su decreto, haciendo que se cobrasen y pagasen sin excepción los derechos establecidos, hasta que, variadas las circunstancias, y disminuidas las urgentes necesidades del ejército, se arreglasen los derechos y rentas de un modo equitativo y más favorable al comercio[4].

[3] Al Vicepresidente de Cundinamaraca, Trujillo, 2 de marzo de 1821.
[4] Al Vicepresidente de Cundinamarca, Trujillo, 2 de marzo de 1821.

Otra exposición angustiada hizo el coronel Mariano Montilla. Incluía la contrata y factura de las armas y objetos militares llegados a Santa Marta en el bergantín *América* por cuenta del gobierno y representaba la imposibilidad en que se hallaba para cumplir la contrata por falta de fondos, y la resolución del encargo de aquellos efectos, de no desembarcar el resto del cargamento del buque. No teniendo el Libertador tampoco fondos disponibles para hacer el pago, se limitó a recomendar al general Santander que se cumplieran del modo posible la contrata, siempre que el capitán o el sobrecargo del buque cumpliesen por su parte con desembarcar el resto del cargamento y pagar los derechos de importación establecidos, según estaba estipulado en el artículo 4º de la misma contrata.

Agregábase que S. E. extrañaba las razones que el señor coronel Montilla exponía «para excusar sus lamentos en cuanto a falta de fondos». Ignoraba el Libertador cual fuese la provincia de la república que no estuviera en igual o peor situación que las de Cartagena y Santa Marta, ni cuál fuese la preservada de las devastaciones «del enemigo»; y no hallaba, por consiguiente, la razón para que todas las otras mantuviesen las tropas y pagasen contribuciones, órdenes y extraordinarios, y sólo las de Cartagena y Santa Marta se eximiesen de ellas por haber sido las últimas que se habían libertado y las que menos o ningún auxilio habían prestado al ejército libertador.

Esta consideración era infinitamente más fuerte, si se atendía a que Cartagena y Santa Marta tenían puertos y aduanas con derechos excesivamente subidos, ingreso de que carecían las demás provincias de Cundinamarca y que todo el interior debía mirarse como tributario y contribuyente de aquéllas, por donde recibía y extraía sus mercancías y en cuyas cajas dejaba el 33 pesos de sus principales. No había, pues, lugar a excepciones y privilegios a las dos provincias que menos habían servido a la República, ni se creía que las otras solas debían llevar la carga que a todos correspondía por igual. Por tanto, el Libertador disponía:

Que se previniese al señor Coronel Montilla enviara a Maracaibo todas las tropas que no pudiera mantener en las provincias de su mando, porque en Maracaibo las haría subsistir y las vestiría S. E.; y que si no podía sostener tampoco la línea contra Cartagena, la retirara también, dejándola ocupar por el enemigo, pues S. E. no hallaba medios para mantenerla, si los pueblos rehusaban contribuirlos y los jefes no los exigían con interés[5].

Al llegar el Libertador a Boconó, en marzo del año XXI, supo «con desesperación» que a pesar de sus repetidas y encarecidas órdenes para que se proveyese abundantemente de ganado a las tropas acantonadas en el distrito de Barinas, no se

[5] Al Vicepresidente de Condinamarca, Trujillo, 8 de marzo de 1821.

les enviaba ninguno y se las dejaba perecer de hambre. Por medio de su Ministro de la Guerra, el coronel Briceño Méndez, se dirigió al Gral. Páez, para manifestarle que desde que se celebró el armisticio, se había hablado, repetido e instado la remisión de ganado para el señor coronel Plaza y su acopio para la marcha del ejército cuando se abriese la campaña, y aunque era verdad que el Gral. Páez había contestado que no tenía ya caballos para cogerlo, también lo era que tanto el ejército como el territorio enemigo estaban provistos abundante y sobradamente de carnes sacadas del Apure.

No era posible conciliar cómo el gobierno no podía hacer más que los particulares, teniendo más hatos que ellos, más caballos, tropas que emplear en el trabajo, y, sobre todo, el derecho para disponer del servicio de los mismos particulares que hacían por su cuenta las extracciones en perjuicio del ejército. Agotados enteramente los recursos de Trujillo, Mérida y Cúcuta, hasta el extremo de estar expuestos sus habitantes a emigrar buscando alimentos, se había visto el Libertador forzado a enviar para Barinas todas las tropas que estaban acuarteladas en aquella parte, cuya fuerza ascendía a más de tres mil hombres; sin lo cual, Bolívar no se habría aventurado a hacerles situar en un clima tan mortífero. Pero S. E. anteponía este riesgo incierto a la muerte segura de hambre, contando con que sus múltiples órdenes y encarecimientos habrían sido cumplidos al cabo de tres meses que hacía que se habían librado, y creyendo confiadamente que

había en Barinas no sólo el ganado pedido, sino sobrante, puesto que cuantos iban del país enemigo le aseguraban que el ganado de Apure se vendía allí, con pérdida, hasta el precio de veinte reales, por la abundancia que había de él. Es de figurarse la sorpresa y el asombro del Libertador, al oír que la 1ª brigada de la *Guardia* iba a perecer o disolverse por falta de ganado y que junto con ella perecerían también la 2ª y los demás cuerpos en marcha.

No podía el Libertador resolverse a ver sacrificar tan indignamente el primer ejército de la república, habiendo, como había, sobrados medios de sostenerlo, si se querían emplear; por consiguiente, comisionó a los señores general Guerrero y coronel Gómez, para que pasaran al distrito del ejército que Páez mandaba, a embargar y hacer conducir para Barinas cuantos ganados encontrasen recogidos o pudieran recogerse, sin atender a que fuese o no manso, ni a quien perteneciese, ni a nada más que a quien perteneciese, ni a nada más que a la subsistencia del ejército, «objeto infinitamente más sagrado e interesante que la conservación de la propiedad particular»[6].

Sin el documento delator, en el cual vibra la cólera boliviana, parecería increíble; pero es tristemente cierto que en los momentos en que la situación del ejército y del país era cual la pintaba Briceño Méndez, los escándalos que se cometían en

[6] Al general Páez, Boconó, 10 de marzo de 1821.

Guayana, y especialmente en Angostura, por todos los empleados en las rentas, tocaba ya en el extremo de que no hubiese un solo hombre que no declamase altamente contra ellos y los acusase de «ladrones públicos y defraudadores del Estado». Tales declaraciones habían penetrado, al fin, hasta los oídos de S. E. el Libertador, no sólo por la voz pública, sino por la del señor Ministro de Hacienda. S. E. declaraba que se haría cómplice de los mismos crímenes si permitiera la continuación de ellos un solo día más, y deseando cortarla desde luego, ordenaba al Vicepresidente de Venezuela que en el momento suspendiera de sus cargos a todos los empleados en las rentas de aquella provincia, especialmente a los señores Lecuna, La Ossa, Botas y a todos los demás de la aduana que eran los que particularmente se señalaban; que procediera luego, a inquirir escrupulosa y atentamente la conducta de todos y cada uno de los suspensos, examinando testigos, documentos, cuentas y cuanto pudiese calificar la verdad de sus sórdidos manejos; sin que se perdonase diligencia ni medio que pudiera ilustrar al gobierno en aquella parte y fundar su juicio[7].

Quiso luego el Libertador que fuese el general Cedeño quien con cincuenta hombres bien montados, a las órdenes del comandante Juan Antonio Romero, marchase a los hatos de Subiría, Trejo y Bescanza, a recoger todo el ganado posible, sin

[7] Al Vicepresidente de Venezuela, Achaguas, 27 de marzo de 1821.

excepción de macho o hembra, chico o grande, manso o cerrero, contando con que se reunirían seis mil reses por lo menos, de este lado del Apure[8].

[8] Al general M. Cedeño, Potrero del Totumo, 9 de abril de 1821.

XXIII

El Ministro del Interior y Justicia exponía al Libertador la apurada situación del Vicepresidente, respecto a recursos; y Bolívar le hacía contestar que desde agosto del año anterior estaban suspendidos en el ejército todos los sueldos, porque S. E. tropezaba con el mismo inconveniente de la falta de recursos; que correspondiendo al congreso general dictar los medios de que tanto el ejército como los demás empleados de la República debían subsistir S. E. se abstenía de ello[1].

Al coronel Miguel Borrás se le dió órdenes para que marchara a donde estuvieran el Gral. Cedeño y el coronel Rosales y recibiera el mando de la tropa que conducía este último, mil caballos o los más que fueren y el ganado que llevase para el ejército: que éste y aquéllos los pusiera en el potrero del Totumo y reservara y cuidara escrupulosamente por separado los doscientos mejores, para que sirviesen en la campaña, y que en quince o veinte días pusiera en el totumo de seis a ocho mil reses, fuera de las que entonces había[2]. Pero, «con sorpresa y

[1] Briceño Méndez al Ministro de lo interior y Justicia, Barinas, 14 de abril de 1821.
[2] Al coronel Miguel Borrás, Barinas, 19 de abril de 1821.

desesperación», supo el Libertador, por el coronel Plaza, que el Gral. Cedeño sólo pensaba en remitir quinientas reses de las cuatro mil que había ido a buscar a Casanare: el pretexto de que el ganado estaba flaco, no podía nunca cubrir a un jefe a quien no se le había pedido grande y bueno para mantener tropas que nunca habían reparado en su calidad, ni podía el gobierno detenerse tampoco ella; se le prevenía al Gral. Cedeño que sería responsable ante el Gobierno y ante la República entera de las consecuencias funestas que seguirían a la falta de cumplimiento de sus órdenes; que para reparar en lo posible el mal causado, cogiera seis mil reses o más, sin respetar ni separar al manco, ni la hembra, ni el flaco, ni el chico[3]. Una comisión igual se le dio al coronel Rosales[4]: al Gral. Páez se le ordenaba que marchara a incorporarse al Libertador, llevando más de tres mil novillos, en la seguridad de que seguiría por su espalda un hato entero, y que desistiera del vano empeño de conservar las vacas, porque ciertamente no se hallaba otra causa para el poco fruto del trabajo de la caballería, que la infernal lidia con los toros para haberlos de reducir[5]: al general Guerrero se le avisaba que sólo había ochocientas reses para la subsistencia del ejército, que procediera a asignar a cada hacendado un número proporcional de reses que entregar, y que si no lo hacía en un tiempo determinado,

[3] Al Gral. Manuel Cedeño, *Idem.*, *Idem.*
[4] Al Gral. Manuel Cedeño, *Idem.*, *Idem.*
[5] Al Gral. José Antonio Páez, Barinas, 19 de abril de 1821.

enviase un escuadrón que arrease toda la hacienda sin consideración[6].

Una grave enfermedad había hecho faltar al general Cedeño: Bolívar halló justa e irrefutable en excusa[7]; al mismo tiempo ordenó a Borrás, que en lugar de doscientos, le enviara cuatrocientos o quinientos caballos escogidos[8], y al gobernador de Mérida que hiciera seguir cuanto antes veinte y cinco mil pesos que iban de Bogotá para el ejército, porque no había fondos[9].

El Gral. Cedeño llegó al paso de Quintero con las tropas de Casanare y más de mil caballos, pero sin el ganado que se esperaba: Bolívar, para reparar este mal, ordenó que salieran las tropas y las caballerías a recoger reses y recomendó al Gral. Páez que, al incorporársele, no sólo llevase los caballos sobrantes que necesitaban los escuadrones, sino quinientos más para reemplazos: era en momentos en que recibía avisos de que el coronel español Tello había ocupado a San Carlos y de que Morales con las infanterías estaba entre el Tinaco y San Carlos, habiendo dejado la caballería en el Pao[10].

…Por fin, iba a librarse la suerte decisiva al éxito de una gran batalla. El 23 de junio, las fuerzas del ejército libertador se

[6] Al Gral. Miguel Guerrero, *Idem.*, *Idem*.
[7] Al Gral. Cedeño, *Idem.*, 28 de abril de 1821.
[8] Al coronel Borrás, *Idem.*, *Idem*.
[9] Al gobernador de Mérida, *Idem.*, 30 de abril de 1821.
[10] Al Gral. Páez, ídem, 2 de mayo de 1821.

reunieron en los campos de Tinaquillo, y marcharon por la mañana sobre el cuartel General enemigo, situado en Carabobo. Venían en el orden siguiente: la 1ª división compuesta del batallón británico, *Bravos de Apure*, y mil quinientos caballos a las órdenes del señor Gral. Páez; la 2ª compuesta de la 2ª brigada de la *Guardia*, los batallones *Tiradores, Boyacá y Vargas*, y el *Escuadrón Sagrado* mandado por Aramendi, a las órdenes del señor Gral. Cedeño; la 3ª compuesta de la 1ª brigada de la *Guardia*, los batallones *Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá y Anzoátegui* y el regimiento de Rondón a las órdenes del señor coronel Plaza.

La marcha por los campos y desfiladeros que separaban el campo enemigo fue rápida y ordenada. A las once de la mañana, el ejército libertador desfiló por su izquierda, al frente del enemigo, bajo sus fuegos; atravesó un riachuelo que sólo daba frente para un hombre, en presencia del contrario, colocado en una altura inaccesible y plana, que lo dominaba y lo cruzaba con todos sus fuegos. El general Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento que mandaba Cornelio Muñoz, marchó sobre la derecha enemiga, que en media hora fue envuelta y cortada. De la 2ª división no entró en combate sino una parte del *Tiradores*, que mandaba Heras; «pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división, por los obstáculos del terreno, dio sólo contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la doble carrera del bravo de los bravos de Colombia».

El coronel Plaza, «lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo», muriendo para la República, intrepidísimamente.

Disperso el ejército enemigo, fuerte de seis mil hombres escogidos, apenas cuatrocientos pudieron ir a refugiarse en las fortalezas de Puerto Cabello.

Estaba ganada la batalla y Carabobo pagaba diez años de catástrofes[11].

*** *** ***

Es de suponerse que quedaría de aquella heroica y desdichada Venezuela, de la que Bolívar, desde el año quince, decía que «sus acontecimientos habían sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la habían reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa». En aquel tiempo, ya «sus tiranos gobernaban un desierto, y sólo oprimían a tristes restos, que escapados de la muerte, alimentaban una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos, eran los que quedaban[12].

Cuando comenzó el año de Carabobo, Bolívar «estaba desesperado por terminar la campaña de Venezuela, para que descansasen estos miserables pueblos» y salir él del ansia en que vivía por el estado en que se hallaban sus tropas, que tanto

[11] *Parte de la batalla*, al Vicepresidente de Colombia, Valencia 25 de junio de 1821.
[12] Tom. por O' Leary, de un diario a Kingston, mayo de 1815.

necesitaban y tan poco se les daba, «y también para salir de la responsabilidad en que estaba, a irse lo más lejos que pudiese, a descansar de tanta pena que le daban los males ajenos que no podía remediar»[13].

Y a pesar de todo, Venezuela no podría estar segura de su libertad, sin que se consolidase la independencia de la Nueva Granada: esta obra confortaría la creación de Colombia, a la cual tenía que garantizar el Perú independiente y sus provincias altas autonómicas… Aquella obra necesitaba aquella energía; y conservaría será no solamente un deber de gloria y de honor, sino el aplazamiento salvador de la formidable interrogación que el destino trazaría sobre la América del Sur, proponiendo al nuevo Hegemón que repitiese el portento.

[13] Al Gral. Páez, Bogotá, enero 18 de 1821.

CURSO SOBRE FOLKLORE

DATOS DE PSICOLOGÍA COLECTIVA

(Leído por el Dr. Eloy G. González, en los «Cursos Libres de Extensión Cultural», organizados por el Instituto Pedagógico Nacional, 1939)

LECCIÒN I

La Historia, «laboratorio de Psicología social» (Titchener). El folklore, subsuelo y cooperante en los métodos de enseñanza de la Historia. Literatura popular. Caracteres diferenciales entre la tradición y la leyenda. La experiencia popular. Las expresiones sintéticas. El Folklore como índice sociológico.

En su mayor extensión, la materia que va a tratarse es de Psicología social o colectiva, Psicología de pueblos y Psicología de muchedumbres; y conviene advertir que todas son ciencias relativamente modernas, sin que por eso se hallen en estado rudimentario, pero si incipientes con relación al enorme desarrollo que llegarán a alcanzar, a la exactitud que adquirirán sus datos y a la solidez que lograrán sus principios. Hay que advertirlo, porque es fácil, es más, es regular que la tecnología de que hoy se hace uso sea forzosamente provisional, mientras se realiza la obra previa de esclarecimientos definitivos y de rectificaciones fatales. Desde luego preguntaremos: ¿la Historia es un *laboratorio de Psicología social,* como lo propone Titchener, o lo es de *Psicología colectiva?* La Psicología colectiva sería la ciencia de los fenómenos psíquicos de las colectividades no constituidas en sociedad; y de

ella sería parte principal la Psicología social. Ahora bien, la Historia comienza antes de la existencia de estados sociales, si es que debemos entender por sociedad el consorcio, el equilibrio de intereses de diverso orden y no la simple agrupación espontánea, de naturaleza aluvional, vegetativa, como acontecía en la mayor parte de las tribus indicas de Venezuela, para la fecha del descubrimiento. Este concepto puede ilustrarse si nos fijamos en que un ejército, un parlamento, un mitin son colectividades, pero no son sociedades. Si nos fijamos también en la manera, a veces sorprendente e inesperada, como se modifica la psicología individual al hallarse los hombres reunidos, sea en colectividad o en sociedad, en pueblo o en muchedumbre, y como se exaltan con el contacto algunas cualidades y estados de conciencia y desaparecen otras por completo, quizá hallemos las causas por las cuales sociedades y pueblos constituidos por individuos dotados de caracteres de excelencia, o se conflagran en una catástrofe o se debilitan, languidecen y desaparecen inevitablemente.

Mientras tanto, podemos considerar legítimamente a la Historia como laboratorio de Psicología social, según la proposición de Titchener, o como laboratorio de Psicología colectiva.

Bajo esta luz es que he querido invitarlos a que estudiemos en común este riquísimo proveedor de la Historia, denominado contemporáneamente el Folklore, que es un cooperante

fundamental en la enseñanza y en el aprendizaje de esta materia y que constituye un positivo subsuelo o base estructural del método y de la práctica, tal como he venido empleándolo –cuando el asunto y el momento lo requieren– en mi cátedra del Instituto. Haremos uso del dato psicológico individual, cuando él persista en la agrupación; observaremos sus modificaciones en los contactos; lo tomaremos como componente de mayor o menor intensidad en el aspecto psicológico colectivo; contemplaremos cómo desaparece en la transformación. Y así nos situaremos en posición de explicarnos ciertos fenómenos sociales, ciertos hechos históricos que hasta hace pocos años permanecieron sin esa explicación, por más de una razón. Una reminiscencia, a propósito: Francisco de Miranda y Simón Bolívar no eran individualmente unos homicidas; pero en Psicología colectiva, Bolívar, jefe de ejército, declara rotundamente la *guerra a muerte,* acto hipotéticamente cuestionable al tratarse de Miranda.

En la posición a que me he referido, llegaremos también al estado de conciencia que más intrínsecamente me importa, como profesor, como elemento asociado y como ciudadano. A la posesión de un optimismo confiado y amable, que no debo llamar fe, porque es la conclusión de una lógica inexorable, la convicción de que es eterna e ineluctable la ley de la naturaleza, réplica sin dúplica al fatalismo, al derrotismo y al entreguismo.

Lo nuevo en el *Folklore es la denominación,* el nombre, que sólo data de mediados del siglo XIX: el año 46 lo lanzó en el

Atheneum, de Londres, el inglés Thomas, como significado de la «ciencia de las tradiciones, usos, creencias, leyendas, literaturas populares». Pero la materia existía desde fines del siglo XVII: en 1679, el teólogo francés, Juan Bautista Thiers, párroco de Champrond, escribió el *Tratado de las supersticiones,* que complemento años después con el *Tratado de las supersticiones concernientes a todos los Sacramentos, siguiéndoles el Tratado de los juegos y diversiones que pueden permitirse o que deben prohibirse a los cristianos y la Historia de las pelucas.* Hombre vehemente el ilustrado clérigo y terriblemente agresivo en la polémica, se echó de enemigos a todos sus feligreses, tuvo que salir de la parroquia más que corriendo y se refugió en la diócesis de Mons, en la que obtuvo el curato de Vibraye. Se afrontan estos riesgos al intentar el aniquilamiento de esas supersticiones, tejidas con materiales de la enseñanza religiosa, entendida a la diabla y enquistada en la mentalidad y en la psicología colectiva del pueblo. Se enojan profundamente en nuestros pueblos pequeños del Interior, si se hace siquiera una alusión humorística a la situación que voy a esbozar rápidamente: en la mayor parte de esos pueblos, existen una o varias ancianas devotas, fanáticas y beatas, cuyas creencias religiosas son un espectáculo pintoresco, intrincado de arabescos míticos y antropomorfos; pero sentido y profesado sinceramente, honradamente, con una fe consustancial y vigorosa, por la cual las dichas ancianas gozan de una autoridad formal y esencial, cuasi dogmática, en la colectividad, especialmente, en la

femenina. Estas ancianas son, pues, guías obligadas y consagradas para los rezos, plegarias y jaculatorias, principalmente en los casos de moribundos y difuntos; y como han recibido una catequesis directa, ingerida pero no digerida, llueven profanaciones y sacrilegios en torno al lecho mortuorio o al ataúd haciendo de las letanías y del oficio de difuntos un raro guirigay, del que están convencidas ser puro latín ambrosiano; y así es como el *Janua coeli y el Requiescat in pace* salen modulados en *Juana Celis y Quintín Paz*, a los cuales la multitud arrodillada les remachaba con íntimo fervor un *Ora pro nobis* o un *Amén* consoladores.

Bien. Desde el año 46 se comenzó a estudiar metódicamente y científicamente el *Folklore*. El año 75 apareció en Francia la primera Revista; el año 78 se fundó en el mismo país la primera sociedad, ejemplo que siguieron Portugal y España, donde hay una excelente colección de Muñoz; y el año 89 se reunió en París el primer Congreso Folklorista. Para ese año, ya en Venezuela contábamos con un excelente cultivo: lo habían comenzado entre otros, Bolet Peraza y Jesús María Sistiaga; continuároslo Arístides Rojas, el doctor [Adolfo] Ernst, Tulio Febres Cordero, el doctor Teófilo Rodríguez, el general Tosta García, Telasco MacPherson, el Padre Guevara (de Oriente), don Francisco Davegno, el doctor Domingo Alas, Ramón de la Plaza, el doctor Andrés Antonio Silva. Hoy ha tomado grande incremento este estudio y sus aplicaciones en la docencia; y es de justicia y de honradez tributar un recuerdo de afecto y de respeto a la memoria de un magnifico

compañero, José Eustaquio Machado, que tanto aporte dejó para esta obra útil y amena; y mencionar a Santiago Key-Ayala y a Juan José Churión, que nos han dado crónicas y noticias sobre la vieja Caracas y la génesis y formación de teatro nacional.

Dicen los autores: «Es la historia a la que el *Folklore* está llamado a prestar los servicios más amplios, suministrándole documentos sobre la psicología de los pueblos que han llegado a cierto grado de cultura: estos documentos pueden servir para establecer la filiación de los pueblos, permitiendo comparar y comprobar la identidad de las costumbres, de los hábitos y de los prejuicios».

¿En dónde se hallan las fuentes del *Folklore*? En el fondo de las selvas, en las supersticiones del aborigen, en sus ritos idolátricos, en las rudimentarias concepciones de su cosmogonía y su teogonía; en los misterios de la llanura y los negros montes de sus ríos; en los valles hondos, prolongados y brumosos; en las laderas de las montañas… En todo eso se hallan las fuentes del material folklórico, que la tradición lleva en trashumancia incesante y del cual toma sus datos la leyenda, cuando ambas van a entrar en el laboratorio de la Psicología socia o colectiva, en la Historia. En su discurso, se encuentra con el *Folklore* migrador, con el *Folklore viajero,* que no se sabe tampoco cuándo brotó de sus fuentes. He aquí una expresión familiar, usual y corriente entre nosotros, que salió hace milenios de los confines del Asia y nos la trajo España colonizadora: *dar calabazas;* esto

es, desechar a un novio o a una novia, significado antitético del de su origen, puesto que nació en las ceremonias nupciales del Tonkin, cuando retirados los novios a la alcoba, se prosternaban ante el genio del Matrimonio, el hombre a la derecha y la mujer a la izquierda; se servían mutuamente de beber, cambiaban sus tazas y terminaban por colocarla una sobre la otra: esto obedecía a una antiquísima costumbre simbólica de la China, que consistía en colocar las dos mitades una sobre la otra, de manera que quedara reconstituida la calabaza.

La *tradición* es orgánica y la *leyenda* es artificial; la tradición nace espontánea desde el momento en que una experiencia se repite idéntica a si misma en igualdad de circunstancias; pasa del individuo al grupo y de éste a la muchedumbre y a la Historia; tiene los caracteres de la certeza y no halla obstáculos para el asentimiento. La leyenda está conformada con posibilidades; cuenta con el amplio recurso de la fantasía y poco o casi nada tiene que hacer con la realidad comprobada: de ésta sólo utiliza el elemento indispensable para su equilibrio. La primera, la tradición, ha tomado como base el hecho histórico; la segunda toma este hecho como pretexto ocasional.

De la literatura popular venezolana no existen –como ya lo advirtió Daniel Mendoza– infolios ni incunables, como los romanceros españoles o las canciones de gesta francesas; pero toda ella vive y está grabada hondamente en la memoria del pueblo, de donde la vienen recogiendo y trasladando a los diarios,

a las revistas y a los libros, viajeros, escritores, novelistas e historiadores. En ella está la psicología colectiva de nuestro pueblo, la psicología social del ciudadano; por ella se va hasta la entraña de la historia de Venezuela. En esas expresiones sintéticas: los apodos, los nombres de los sitios y lugares, los cognomentos de los hombres, los refranes, las cantas, *los corríos*, los galerones, los joropos, las mariselas, los aguinaldos en ellos está comprimida la vida de una variedad étnica y de una raza social con los reflejos de sus tristezas y sus melancolías, sus alegrías y sus entusiasmos, sus esperanzas y sus desencantos, sus ilusiones y sus anhelos, sus victorias y sus reveses, sus hazañas y sus flaquezas, sus amores y sus odios. Son comprimidos de la experiencia popular, confeccionados en una filosofía original, al filtrarse Europa y el África por el tamiz indiano. Y según sean esas expresiones, así puede advertirse y fijarse cada aspecto del *Folklore* como índice de un estado social y de un nivel cultural: el del llanero, prístino, brotado de su medio, expresivo de su alma ruda y libre, formada por los elementos que lo circundan: Rafael el *Orejano, Julián el Corneto, el Maute* Faustino, Fulano *Roble Gacho,* Mengano *Maíz Tostao,* son sus apodos; ignora la existencia de antropologías y biologías, pero es observado diuturno y un heredero de experiencias; y de ahí sus axiomas: *cochino que como pollo, aunque le corten la trompa; mango no da cambures; morrocoy no sube palo.* Tiene la certeza de su ciencia ancestral y secular y las

leyes que la fundamentan: *a padrote viejo no le relinchan potrancos; sapo sin agua no canta*.

El montañés introspectivo, silencioso, solitario de sí mismo, desamparado entre el llano muy abajo y el cielo muy arriba, se caracteriza por la expresión de sus fantasías, de sus alucinaciones y de sus visiones: *Águila Blanca, el Perro Negro, la Montaña Encantada, la Hechicera, el Tesoro del Ermitaño.*

El pueblo ciudadano, de psicología complicada por los contactos, espíritu dinámico por la solicitud constante de impresiones diversificadas, de reacciones multiplicadas, de sugestiones anastomosadas, es vivaz, rápido y fecundo en las expresiones de su *folklore*: sin deliberación, sin dilatación, sin artificio, sus motes, sus frases, sus refranes, tienen la sutileza del ingenio, la elasticidad y la gradación espontáneas; y sus aristas epigramáticas rasgan y signan para siempre. Es la resultante de las dos fuerzas convulsionarias de la Colonia y de la República, desde 1700: la política y la guerra.

Se rastrean fácilmente la condición social, la profesión u ocupación, el plano ético, el ambiente del medio y de la época, en esos vivientes documentos orales y tradicionales, en los que el pueblo ha consignado la síntesis de sus observaciones y de su experiencia y lo ha dejado como un tratado de su sabiduría práctica. Muy desagradable, muy penumbrosa y olorosa a recinto y a tiempos de ignominia, muy largamente triste, muy probática de la esperanza, se levanta la reminiscencia histórica, del

contenido del siguiente refrán: *machete, estate en la vaina: calabozo en tu rincón.*

Estas irregularidad meteorológica, esta indeterminación de las estaciones, peculiar de la faja intertropical, la sugiere y la burla el llanero, aconsejando: *en verano carga tu cobija; en invierno, tú verás lo que haces.*

Y para los tiempos de la Colonia y de nuestra edad media republicana, la lejanía, la inmensidad solitaria, el aislamiento, la indefensión de nuestras llanuras, la riqueza pastoril, la abundancia de sus recursos, la prodigalidad de su naturaleza, su desamparo de toda vigilancia de autoridad, que es amparo del delito, todo lo concreta el viejo refrán exclamatorio: *¡a robar al Llano!*

Y la laboriosidad, el bienestar honesto, la riqueza honrosa de nuestros antiguos y ya desaparecidos primeros centros manufactureros e industriales, en la exclamación similar: *¡a curtir a Carora!*

Todo un mundo espiritual de nuestras remotas costumbres multitudinarias, de los distantes aspectos de los que fueron felices días de nuestros jolgorios populares, revive en la siguiente prevención refranesca: *bocado en mano, mano en la boca y ojo al bocado.*

Y en cuatro pinceladas, la vida insigne, de recio heroísmo, de firme intrepidez, de ese otro llanero ecuóreo que es el marino de la mar venezolana: *viento en popa y mar bonanza, navegaría Sancho Panza; barco a la capa, marinero a la hamaca; viento en popa es medio puerto; barco grande, ande o no ande.*

En ocasiones, el llanero pone en coplas sus refranes premonitores de precaución, de desconfianza y de cautela:

Tres cosas hay en el mundo
Que no me encargo e guardá:
Casa de puerta en el fondo,
Mujer y cañabraval!

Otra faz sociológica del *Folklore* la ofrece la elección de santos y de vírgenes para las devociones: herencia de los tiempos triunfales de las Cruzadas, aportada de España por el conquistador y el colonizador, cada familia, cada casta social tuvo sus protectores y sus patronos celestiales. Estos patronos tenían jerarquía, según la calidad de la familia que les rendía culto: la *Santísima Trinidad, El Crucificado, el Cristo de Burgos, la Santa Familia,* fueron las devociones de la gente de pro, de la nobleza criolla: los Bolívar, los Rodríguez Toro, los Solórzano, los Istúriz y los Ávila. Como Santiago en España, fue aquí la Virgen del Carmen la protectora de los guerreros; y fue patrona de la familia Ponte. Los isleños de Canarias dedicaron su culto a la Virgen de Candelaria y a ellos se deben el templo y la parroquia de su nombre en Caracas. Los negros optaron por la Virgen de Altagracia, por los Dolores, por San Mauricio y por San Juan Bautista. Así era fácil establecer la estratificación social a que pertenecía el devoto.

De paso, analicemos los siguientes apodos: *Mano con sueño, Tigre encaramado, Garibaldi.* Es evidente que el primero contiene

la visión selvática de la actitud del simio somnolente, sobre alguna rama del fondo solitario y silencioso del bosque: ese apodo retrolleva al primer estado social, casi de naturaleza, a la vida primitiva de la montaña y suscita todas las sugerencias de ese bajo plano de humanidad. –La cuna del segundo apodo ya está en el río caudaloso y en la llanura que atraviesa: ya viene de la silueta del felino en acecho, vigilante, en posición de cacería, listo para el zarpazo, sobre la *carama*–. Y el último es el apodo ciudadano, el apodo nacido de la comunicación y el contacto, a cuya formación han contribuido elementos de cultura. Así, el apodo dado al general Zaraza, *Taita Cordillera,* porque tenía el cabello blanco, no pudieron asignárselo sino los soldados que habían hecho las travesías andinas o que hablan combatido al pie de sus alturas.

Estos índices folklóricos son de una decisiva eficacia en el estudio de nuestra historia: además de ser poderosos e indelebles recursos mnemotécnicos, la mayor parte poseen un contenido histórico interesante y útil. Decía Rojas: «La historia oral de nuestros aborígenes, de nuestros conquistadores, desaparece, y otra civilización se levanta sobre las ruinas del pasado. Narremos cuanto sepamos acerca de los variados incidentes de épocas ya hundidas en el polvo del olvido. Vamos a salvar los materiales del *Folklore* venezolano».

De esas denominaciones, de esos comprimidos de contenido histórico, tenemos a la mano muchos nombres de calles

de la antigua Caracas y de gran número de sus esquinas. Las nomenclaturas modernas han hecho desaparecer gran parte de esos nombres y vale para algo conservar su recuerdo.

El sector de la actual parroquia de San Juan, que se extendía desde el fondo de la iglesia hasta las orillas del Guaire y la margen derecha del Caroata, cerca de su desembocadura, era todo él agrícola y los nombres de las calles perpendiculares al río y que atravesaban huertas, sembradíos, pastos y haciendas, fuero tomados de la naturaleza; calle de *la Agricultura,* calle de *la Fertilidad*, calle de *la Abundancia,* calle de *la Primavera.* La calle principal, que era una prolongación del camino real de Aragua, de los Llanos y de Carabobo, y que alcanzaba hasta el Caroata, a su paso por la actual plaza Bermúdez, y terminaba en la esquina del templo de San Pablo, se llamaba *calle del Triunfo*: por ella entraban en Caracas los vencedores; por ella entró Monteverde en 1812; por ella entró Bolívar, en 1813, rematando la campaña fulgurante; por ella entró Boves, en 1814; de nuevo Bolívar, en 1821, exultado por la victoria de Carabobo; y por última vez en 1827, acongojado y melancólico, por las ingratitudes, por las felonías, por las traiciones, cuando había ido el Marqués del Toro hasta la Cruz de La Vega, a encontrarlo en su carroza para ofrecérsela y, de retorno, al llegar a la flexión de la esquina de los Angelitos y contemplar la proyección del gran cerro sereno contra el cielo, se volvió hacia su acompañante, para decirle: *Marqués, dos cosas no han cambiado en Caracas, el Ávila y* Usted. La actual

calle Oeste 2, en la que se cuenta la esquina de Las Monjas, en cuya capilla se reunió el primer Congreso de Venezuela, fue denominada de *Leyes Patrias:* y su paralela hacia el Sur, donde estaba ubicado el antiguo Seminario de Santa Rosa, convertido en Universidad, se llamó calle de *las Ciencias;* y, en la imposibilidad de referirme a todas las que contenían en su nombre un significado histórico-social, mencionaré la conocida de la Candelaria, Avenida Este, que se llamó calle de *los Bravos,* porque a lo largo de ella se batían bravamente los asaltantes y los defensores de la ciudad y los vencedores que perseguían y los vencidos que se retiraban.

También los nombres de las esquinas son «garfios mnemotécnicos» en el estudio de nuestra historia. Es casi seguro que un gran número de ustedes ignora cuál fue la *esquina de las Cabezas* y la razón de este nombre. Era la conocida hoy con el nombre de *Jesús*, en la parroquia de San Juan: se llamó de las Cabezas porque en ella se fijaban sobre grandes palos las jaulas que contenían las cabezas de los republicanos ejecutados, espectáculo que fue trasladado después al sitio denominado *Palo Grande*. Había también, en 1814, la *casa de las Cabezas,* la segunda de las dos que se hallaban frente a la fachada Este del templo de Santa Teresa y que eran propiedad de la antigua familia Monserrate: en dicha casa vivía el Gobernador Quero y en el dormitorio frente al portón se iban depositando las cabezas que debían figurar en los sitios que indicara la autoridad militar.

El nombre de la *esquina del Reducto* en el más antiguo de Caracas, más antiguo que la ciudad: le viene de la garita o fortín de gruesos troncos de madera que hizo construir Fajardo para defender de los ataques de los indios el hato que estableció en aquel punto: lo que no impidió que lo asaltara una noche y lo destruyera, Paramaconi, señor de los taramainas, y aliado de Guaicaipuro; pero le quedó al sitio el nombre del *Reducto*. Trescientos metros al Este, se llegaba al ángulo oriental del cementerio de los Padres Neristas, pertenecientes al convento de San Felipe Neri: por encima de las paredes que lo cercaban salían los follajes agudos de los cipreses de la necrópolis y de aquí la denominación popular de aquella esquina: de *los Cipreses*. Subiendo cuatrocientos metros al norte de esta esquina, está la de la Sociedad, así llamada porque en la casa donde ahora funciona el New York City Bank, se reunía la Sociedad Patriótica, diagonal a la casa de Doña María Antonio Bolívar. Cien metros antes hemos dejado a la *esquina de Camejo*, del apellido de José Bárbara Camejo, alarife de las grandes casas, fundador de una dinastía de artesanos y de una familia sencilla y laboriosa: el año 27 salía de su casa de las Gradillas el Libertador y entraba en la casa de Camejo, hasta el comedor, alrededor de cuya mesa tertuliaba un rato con el artesano, inquiriendo noticias de las gentes y cosas de la Caracas que había dejado seis años antes: cuando trataba de marcharse aquel hombre que en esos momentos era el más poderoso de América, alguna de las

humildes hijas de Camejo le insinuaba que no lo hiciese todavía y que aguardase para que merendara *acemitas y chocolate*.

Penetrando un poco más en la ciudad se daba con la esquina *de Doctor Paúl*, donde tenían vivienda Felipe Fermín y Francisco Antonio (el famoso Coto Paúl); y volviendo a la derecho, la esquina del *Doctor Díaz*, en la que se hallaba la casa del célebre historiador médico, el terrible panfletario enemigo acérrimo de la idea de Independencia, a un grupo de cuyos fundadores cargó la mano en páginas tan hirientes como la que sigue: «Yo me encontraba como un autómata, viendo la suerte de mi patria al arbitrio de los hombres que me rodeaban y cuyas circunstancias me eran tan conocidas. La suerte de aquellos países estaba entre las manos del Alcalde primero Don José Llamosas, comerciante honrado, muy capaz de dirigir una pequeña negociación mercantil, y nada más; del Alcalde segundo Don Martín Tobar y Ponte, joven ignorante hasta el extremo; del Alférez Real Don Feliciano Palacio, persona honrada y de regulares conocimientos como vecino de una ciudad; del Regidor Don José María Blanco y Liendo, hombre que incapaz de gobernarse a sí mismo, había visto desaparecer la fortuna Don Dionisio Sojo, joven ignorante, lleno de vicios públicos, y esposo de Doña Juana Bolívar, cuyo rico patrimonio había escandalosamente disipado; del Regidor Don Isidoro López Méndez, comerciante y hacendado de las mismas circunstancias que Llamozas; del Regidor Don Nicolás Anzola, abogado de aquel colegio, jugador de profesión, y sin

otros conocimientos que los muy medianos de la carrera que seguía; del Regidor Don Silvestre Tovar, joven insignificante por su conducta y por sus ningunos conocimientos; del Regidor Don Hilario Mora, abogado de muy mala reputación en el ejercicio de su profesión; del Regidor Don Pablo González, nulo bajo todos respectos y consideraciones; del canónigo Madariaga, cuyo comportamiento con la corporación a que pertenecía había sido el escándalo de aquellos pueblos; de Don Juan Germán Roscío, abogado de gran crédito, cuya conducta presentaba un contraste singular de vicios y de virtudes extremas: desinteresado, sobrio, modesto, iracundo, ambiciosos, hipócrita, falso, artificioso, ingrato; de Don José Félix Ribas, joven ignorante, presuntuoso, laborioso, jugador, lleno de deudas contraídas en sus vicios y en una necia ostentación; y del Doctor Francisco José, su hermano, hombre de conocimientos escolásticos, y lleno de deudas por el error de sus cálculos».

De Bolívar había escrito antes: «Uno de los más queridos por él (por Emparan) fue Don Simón Bolívar, entonces Teniente de milicias del batallón de Blancos de Aragua, y de veinte y cuatro años de edad; joven ya conocido por un orgullo insoportable, por una ambición sin término, y por un aturdimiento inexplicable».

Es obvia la entidad concreta del conocimiento y aplicaciones del *Folklore* en la enseñanza de la Historia y en el aprendizaje de su evolución y de la psicología del pueblo. Es ésta la razón por la que autores y maestros recomiendan comenzar

aquella enseñanza por el método anecdótico, juegos, cuentos, leyendas, cantares, a condiciones de ir despojándola gradualmente, en los cursos ulteriores, del elemento imaginativo, fantasista, mítico, para cuya labor son indispensables y decisivos la destreza, la habilidad y el talento del maestro.

LECCION II

Ciencia popular. El Folklore estructural; el Folklore funcional. Abolengos remotos y próximos. Promiscuidades ideológicas. Aportes hereditarios. El Folklore como dato etnológico.

Nada más difundido, nada más rico en material Folklorístico y también nada más peligroso, que la ciencia positiva popular; sobre todo, en Medicina. En su estructura se advierten diafanamente los tres grandes aportes para su formación; el del colono español, que ya participa de ingredientes semíticos, greco-latino y germanos; la cepa o lecho aborigen; y la contribución africana. Tres ramales que afluyen para formar la densa corriente psíquica de la nueva variedad étnica en suelo americano.

Esos aportes pasan a ser genéticos, dinámicos, funcionales en la ciencia popular médica. Esta interesante rama de nuestro *Folklore* posee y ejerce dos terapéuticas: la material y la psíquica. La primera ha sido conformada a base vegetal: la exuberante naturaleza americana la ha provisto de su prodigioso material. No se trata, por supuesto, de una aplicación científica, siquiera racional, de los agentes curativos de nuestra flora medicinal; sino

de la administración caprichosa, podría decirse, diabólica de *menjurjes* y triacas bárbaras, cuyos efectos pudieran reclamar, en nuestras estadísticas de mortalidad, el honor de un denso porcentaje; la devastación que ocasiona no respeta edades, condiciones ni circunstancias; como a volúmenes de hojas secas hacia el abismo, el huracán de esa terapéutica barre hacia la sepultura oleadas de vidas humanas. Es un *Folklore* necrófago.

Vayamos figurándonos los efectos que producirá en el organismo la ingestión de una emulsión de semillas de tártago (*ricino*) molidas y mezcladas con leche de yegua o de le burra; o bien la administración de la siguiente formula explosiva contra el reumatismo y las enfermedades específicas; guarapo de papelón negro (*hidromiel*), bejuco de cadena (*phuscolus vexilatus*), corteza de alcornoque (*bowdicha virgiliode*), cristales de zábila (*áloes*), raíz de escorozonera (*craniolaria annua*), penca de cocuiza, zarzaparrilla, y, de remota importación europea, sal de higuera; toda esta atrocidad, colocada en tres o cuatro libros de líquido se dejaba fermentar y cuando hacía efervescencia, la tomaban mañana y noche, a vaso por dosis.

La cirugía era formidable. La ejercía principalmente el barbero, a cuya condición de rapista iba implícita la de sacamuelas, flebotomista o sangrador y veterinario, en el sentido de cirujano de bestias, entre las cuales él incluía, naturalmente, al hombre. Extraía los dientes valiéndose de un cordel resistente, con el cual ataba firmemente la pieza y lo retorcía luego entre las palmas

de la mano; si se trataba de una muela, lo hacía con un pequeño alicate de zapatería; y si en uno o el otro caso la pieza resistía, ahí estaba la robustez del «facultativo», quien adosaba al cliente contra el muro, le aplicaba la rodilla al pecho, y tiraba desde el fondo de su alma… No se sabe que admirar más en la operación: si lo salvaje del operador, o lo archibárbaro del operado.

En los casos de esguinces, dislocaciones o lujaciones, se procedía como en casos iguales con los animales: se ataba el brazo, la pierna, la mano o el pie, con el extremo de un cordel que había de ser necesariamente de cocuiza, y se tiraba del otro extremo hasta que el miembro dislocado volvía a su sitio; o, si las circunstancias se prestaban, se colgaba por ahí al parroquiano.

Para las afecciones glandulares, era corriente el sistema de cauterios, pero éstos no se aplicaban a la parte enferma, sino a la planta del pie, con un «tizón» o leño encendido al rojo, con el que se trazaban cruces de fuego sobre la piel; sistema Torquemada aplicado por Zuazola.

Práctica similar a éstas, el «descabezamiento de las lombrices» para desterrar del tubo digestivo de los niños la existencia de estos ascárides. Para ello, se «embadurnaba con sangre de *cañones de pollo negro* toda la región a lo largo de la columna vertebral del paciente y en seguida se pasaba una navaja de afeitar, como quien rasura, de manera que la sangre suplía al jabón; y así creía que se *descabezaba a las lombrices».*

Dispenso a ustedes de los detalles del tratamiento de las parótidas, por medio de la clásica vasija indígena, reservada a usos exclusivos de dormitorio, donde no las había de metal o de loza, y que se indicaba invertirla a modo de gorro sobre la cabeza del cliente.

Pero es infinitamente más rica en contenido informativo la terapéutica psíquica de esta ciencia popular, erigida sobre supersticiones, sugestiones y autosugestiones. Estructuralmente, es de carácter patológico; pero funcionalmente es de Psicología trascendente, y llega hasta el terreno de la Psicastenia, de la Psicología anormal.

Para poner sigue orden en la mención de sus detalles, adoptaré el procedimiento alfabético, comenzando por los *amuletos*, productos primigenios del fetichismo universal. Cada uno de ellos encierra un significado; talismán contra adversidades, recursos en los grandes trances, preventivo contra desgracias posibles, invocación milagrosa en los peligros: *piedra de rayo, ojo de zamuro*, crucecitas de palma bendita el Domingo de Ramos, oraciones escritas cosidas dentro del escapulario, *jigas* de azabache que se cuelgan al cuello de los niños para librarlos del *mal de ojo* o aojo, figurillas de madera o de piedra de las hachuelas primitivas del indígena, huesecillos de rana y aún collares de ellos, anillos de huesos de ciertos animales contra la mala suerte, contra venenos y contra enfermedades. Los llaneros solicitaban o llevaban al cuello o en el bolsillo colmillos de caimanes cazados

en nuestros grandes ríos los días Jueves y Viernes Santos; y esos pequeños elefantes, billikens y jorobados, tallados en maderas preciosas, en hueso o en marfil, o fundidos en metales, que portan en hacecillos algunas de nuestras deliciosas pizpiretas, amuletos procedentes de las selvas milenarias del Asia misteriosa, de los cultos búdhicos, de los aluviones étnicos y del Ebro del Guadalquivir. Subiendo en gradación, lo que vale por intensificar la superstición, joyas representativas de arácnidos, coleópteros, reptiles y aves y aún pequeños cuadrúpedos; los atributos en oro de las virtudes teologales o los instrumentos de las ejecuciones del Gólgota, cruces, escaleras, lanzas, clavos, martillos, que se portan enracimadas a manera de dijes. Por último, tatuajes, algunos de ellos de una perfecta factura artística, para hacerse invulnerable al acero y a las balas.

Entre los *animales* los hay benéficos y fatídicos. De los primeros, la rana, cuya tradición arranca del hombre precolombino: mexicanos, chibchas, músicas, quechuas. Mensajera de los buenos días de la lluvia y la abundancia, las anuncia su canto nocturno. Sin embargo, no se libra de los efectos de la extraña ideología teogónica del primitivo: en las orillas meridionales del Orinoco fue objeto de un culto sagrado, la cuidaban, la mimaban, la guardaban bajo vasijas para obtener lluvia o buen tiempo, según lo necesitaran; pero si estas esperanzas no eran prontamente satisfechas, sacaban de allí a la cuitada rana, la azotaban y la despedían.

En el número de los animales fatídicos figuraba la mariposa negra: no se ponía atención en que ésta no penetraba en las habitaciones sino en las viviendas cercanas al boscaje o que estuviesen rodeadas de plantas ornamentales o de arbustos y era difícil que ello no aconteciera, dado el sistema de nuestro antiguo jardín doméstico o patio andaluz, enmontado de granados, naranjos y limoneros, resedas y tulipanes, amapolas y astromelias, albahacas y yerbabuenas, claveles y jazmín real: entre esos vegetales próximos al dormitorio, evoluciona la oruga y al romperse, la larva, transformada en mariposa de colores oscuros, se dirige hacia la luz artificial de las habitaciones.

Todavía se estremecen de pavor en el interior del país, al oír el canto triste de la inocente *pavita,* que tantas congojas ha ocasionado allí y que, ave de lugares húmedos y pantanosos, no hace con su canto sino anunciar las lluvias. Igual impresión terrífica produce el graznido de la lechuza, habitante de ruinas, de covachas y de sitios oscuros, por ser nictálope. En el centro del país, el mono está reputado como portador de mala suerte.

En cambio, otros animales son nuncios de cambio meteorológicos: en los llanos, cuando está muy próxima la estación invernal, el amanecer y la noche son una algarabía de voces, gritos, aúllos, cantos: los araguatos (*simia ursina*), antes de salir el sol, gruñen a lo largo de los montes que bordean los caños: los jaguares rugen entre las malezas; el zorro aúlla en sus cuevas; el toro levanta la cabeza y ventea, muge, escarba la tierra

con sus patas delanteras y busca las alturas, el caballo retoza y relincha; y la perdiz, dentro del pajonal, ajea quejumbrosamente.

Sigue un capítulo que forma un curioso complejo de imágenes de santos y de vírgenes, milagros, promesas y oraciones, la mayor parte de naturaleza terapéutica y de una particular profilaxia. Las oraciones eran profusas y de una variadísima aplicación: las había para hallar y recuperar objetos y animales extraviados o perdidos, para librarse de enfermedades y peligros, para asegurar el éxito en algún negocio, para obtener de San Pedro que abriese la puerta del Cielo a los difuntos, para librarse de muerte de bala: gozaban de singular prestigio las famosas oraciones del *Justo Juez, San Juan Retornao y de San Marcos de León;* y a los bandoleros se les temía, no tanto por las fechorías que fuesen a cometer (raptos y robos), sino por las oraciones que llevaba al cuello y que con recitarlas delante de las puertas, éstas se abrían, por más atrancadas que estuviesen.

El *milagro,* como fetiche, era una derivación inmediata, una resultante de la promesa: se denominaban así las figurillas de cobre, de plata o de oro que se prometían al santo abogado, regularmente por la curación de algún órgano corporal dañado: ojos (que se ofrecían a Santa Lucía), brazos, manos, piernas, pies; o por el hallazgo de algún animal extraviado, y en este caso los *milagros* representaban caballos, vacas, mulas, asnos, etc. Había santos tan milagrosos, que sus efigies desaparecían bajo la cantidad de estas figurillas. En ocasiones, las promesas llegaban

hasta los lindes del suicidio: había creyentes que prometían –y cumplían- andar de rodillas desnudas detrás de la imagen del santo invocado, cuando ésta fuera llevada en procesión. Se prometía practicar lo que al peticionario importase mayor sacrificio: una persona golosa prometía pasarse a pan y agua hasta por dos meses: se concibe el riesgo de perder la vida en el transcurso del cumplimiento de tal promesa.

Hasta los días presentes pervive la tradición de las plantas benditas que por esta circunstancia adquieren mayor eficacia curativa, las plantas medicinales que se recogen en los pueblos de las llanuras durante la noche del Viernes Santo, la manzanilla que cubre las gradas del tabernáculo el Jueves Santo y que se cultiva expresamente para ese día; la del Domingo de Ramos, que se quemaba en las casas durante las tempestades, mientras dentro de los aposentos se oía musitar el *Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor*… Las plantas, las frutas, las semillas medicinales recogidas la noche del Viernes Santo, colgaban de las paredes, al lado de sartas de escorzoneras y cortezas de cidra, que alternaban con manojillos secos de borraja, jengibre, romero, rosas, etc. Reunidas a ellas, las plantas aromáticas: la pesgua, el estoraque, y en los Andes, *el coral de páramo*. Pero ninguna adquirió tan extensa profusión como la palma bendita en Domingo de Ramos: desde las que aparecían artísticamente tejidas y adornadas de cintas y flores artificiales y que el párroco destinaba a familias que las pagaban o que las recibían como un obsequio deferente y que

colocaban en los balaústres de las ventanas exteriores, como un adorno, quizás también como una jactancia. Las palmas sueltas, en forma natural, iban a las casas pobres y en éstas confeccionaban las hojas en crucecitas, que fijaban en las puertas de los dormitorios y en otros sitios, que eran remudadas anualmente, guardándolas para quemarlas cuando sobrevenían tempestades con truenos y centellas. Con esas hojas secas se prepara también la ceniza del *Memento* del miércoles de aquel nombre.

A propósito de conjuros contra las tormentas, el peonaje vasco que trajo la Compañía Guipuzcoana introdujo en Barlovento la costumbre de plantar en el suelo las hachas con el filo hacia arriba, durante la tormenta: el campesino de aquella región ignoraba que así erigían rústicos pararrayos, como ignora el campesino de los llanos que la denominada por él *piedra de rayo*, y que cree inmuniza de ser fulminado al que logra poseer una de ellas, es la fusión de la greda.

Llegamos, por fin, al interesante capítulo de las promiscuidades ideológicas, a la anastomosis de creencias religiosas informes o deformadas y de supersticiones de remotísimas procedencias, en el tiempo y en el espacio; y por cuya estructura puede subirse a los manantiales étnicos del portador de la leyenda, acaso arrastradas algunas por el torrente índico, desde las laderas tibetianas, o desde las altiplanicies pérsicas y los ruedos marítimos del África Occidental: a ocasiones

parece que palpita levemente, en la urdimbre de esas leyendas, un ritmo lejano y mugiente de *Las Mil y Una Noches*.

Prodúcese la intervención de los cristos, las vírgenes y los santos en el *Folklore*. El material es rico. Todo el santoral interviene en las naciones guerreras. Escribe Arístides Rojas: «Aseguran las crónicas guaireñas que cuando los filibusteros franceses atacaban las costas de La Guaira, a fines del siglo decimoséptimo, el *Santo Cristo*, que ellos guardan con veneración y entusiasmo, los salvó de la muerte. Años más tarde, tanto en 1739 como en 1753, cuando escuadras inglesas bombardearon el puerto, entonces paupérrimo, el mismo Cristo se encargó de salvar a la población. En la última reyerta, donde salió malparada la marina inglesa, la imagen del Cristo estuvo expuesta en el templo, durante las prolongadas horas de aquel combate, a la veneración pública. Y sucedió que una de las balas inglesas, al penetrar por la ventana de la capilla del Santísimo Cristo, *cayó suavemente como si fuera una pluma, al pie del altar, dividiéndose en dos mitades simétricas*. Por mucho tiempo, una de estas estuvo colgada de la parte más visible de la capilla, como recuerdo del milagro».

Sin embargo, a los santos no les agradó la *Patria Boba* y se volvieron de espaldas. «Cuando en 1810 –dice el autor citado– las tropas al mando del Marqués del Toro llegan a las alcabalas de aquella capital (Coro). Ceballos les sale al encuentro, acompañado de la imagen del *Nazareno*. A poco, las tropas republicanas, después de ligero tiroteo, dejan el campo. En Coro,

Jesús de Nazareno protegió a los godos, y así ha continuado; mientras que en Bogotá favoreció la causa republicana, y así continúa». Y antes ha dicho: «No fue esta virgen (la del Rosario), sino la del Carmen la que acabó con Miranda, desde 1806 hasta 1816. Ceballos, al frente de los corianos, opuso el Nazareno de Coro a las tropas patriotas, y éstas hubieron de huir en 1810. la virgen de la Chiquinquirá en Colombia fue el juguete de patriotas y de peninsulares; todos la querían de pantalla. El general Ribas aseguró en parte oficial, sobre la defensa de La Victoria en 1814, que la Purísima Concepción le había salvado en tan horrible trance y Páez se agarró de la Virgen del Carmen en sus aprietos de Payara. Cuando el montin de los canarios de Caracas, contra la República en 1811, éstos, armados de pies a cabeza, se presentaron en el Teque llevando bandera donde estaban pintados la virgen del Rosario y Fernando VII. Y cuando Puy, contra los patriotas, amenazó a Niquitao en 1813, el P. Gamboa con todos los santos del templo, en procesión en torno de la plaza, logró poner en fuga al terrible jefe realista. Aseguran los moradores del Estado Zamora que el que lleve consigo la pequeña efigie de la Virgen de Coromoto, abogada de muchos pueblos de Occidente, desde que apareció ahora dos siglos, no le entra bala en su cuerpo, y esto lo confirma el haber sido víctimas en nuestras reyertas civiles, muchos que no la cargaban. Los que celebran la fiesta de San Juan aseguran igualmente, que en este día ni los

que no saben nadar se ahogan, lo que quizás puede ser cierto». No bañándose...

La familia Tovar, que se había establecido en Caracas desde mediados del siglo XVII, adoptó el culto de la *Virgen de Guía*… Esta había aparecido –según lo refiere el P. Navarrete en sus crónicas– de la siguiente manera: «Al poniente del puerto de La Guaira, en la costa de Maiquetía, vióse en cierta mañana de una época que no se indica, un cajón pequeño que flotaba sobre las olas y tenía escrita la palabra *guía*. Al instante, se dirigieron hacia el bulto algunos pescadores de la costa, traen la caja, y delante de las autoridades civil y religiosa la abren, sin encontrar en ella ni papeles de referencia, ni documento alguno que hablara del contenido, el cual consistía en un bellísimo busto de mujer que parecía la Virgen María, con los ojos dirigidos al cielo. Pasmada toda la población de Maiquetía con semejante aparición, determinaron los eclesiásticos dar parte del hallazgo a la autoridad episcopal. Ve ésta el santo rostro, y movido de celestial impulso, dispuso que se completase el busto con el resto del cuerpo y manos y se tratase de formar una escultura completa. Púsose a la escultura niño en el brazo izquierdo, cetro en el derecho. Y así quedó venerada, desde entonces hasta ahora pocos años, en que fue demolido el antiguo templo de San Mauricio, Nuestra Señora de Guía. Esto aconteció en los primeros años del siglo XVIII».

De todos los santos, el más sufrido ha sido San Antonio, en cuyo culto se advierte con diafanidad la anastomosis de

supersticiones a que me he referido. Abogado de los íntimos anhelos y de los hallazgos, le está reservada una suerte enfadosa cuando no se realizan las esperanzas fundadas en su influencia. Algunas ocasiones yo he presenciado ese destino: conforme no se presente prontamente el novio anhelado, conforme no se efectúe el deseo ansiado, conforme no aparezca el objeto o el gato extraviado, ahí de chapuzar dentro del tanque la imagen del bendito, o de arrearle una «pela» de pronóstico, o de arrojarla al pavimento de la calle, para que la maltraten los transeúntes. Evidentemente, esto se aproxima a las injurias que irrogan los napolitanos a la urna de San Genaro, cuando tarda en liquidarse la sangre del santo y a lo que practicaban los indígenas del Orinoco con la rana, cuando tardaba la lluvia

LECCION III

Arte popular. –Contenido psíquico del folklore. Fisonomía tipo y carácter de un pueblo. Deformaciones.

Confrontamos en esta lección las manifestaciones directas, legítimas, las más inmediatas del alma de un pueblo: su poesía, su música, sus leyendas.

Sería casi imposible precisar la procedencia psíquica de los elementos constitutivos de esas manifestaciones: sin duda duermen muchas en el fondo de la subconciencia, tal vez como con legado ancestral; otras son actos de conciencia, sensaciones presentes: en el momento de la emoción actual, las autosugestiones, las reminiscencias, las analogías, las comparaciones, todas las heterosugestiones suscitan, remueven y empujan ese abultado y confuso caudal de la cenestesia, ese asalto simultáneo de las irradiaciones internas, de los reflejos tumultuarios, que mueven los labios para el canto, fijan la mirada en las visiones y agitan las manos para blandir las maracas y puntear el arpa.

En esa posición, entona el pueblo una elegía a lo que murió o se ausentó, exhala su intensión presente y saluda confiado y

risueño a la esperanza de mañana. De todo el arte de nuestro *folklore* –cantares y *corríos*, coplas y refranes, apodos y deformaciones, cuentos y leyendas, supersticiones y creencias–, surge la historia del alma de nuestro pueblo e insurge su actitud del momento y su posición espiritual frente al porvenir. La melancolía en sus manifestaciones psíquicas, es apenas *saudade*, que no lo retiene ni lo sienta sobre la piedra de los sepulcros; la alegría de su poesía y de su música, es fresca y olorosa como sus campos, anchamente rumorosa como sus ríos, y restallan en ella como reflejos sorpresivos, como rápidos vuelos de aves avizoras, la ironía y la malicia y roncan en los bordones las petulancias de la varonía. Bajo *esa* fisonomía, con esas características, exalta sus dichas, resiste con reciedumbre la saña del destino, sin que la adversidad logre penetrar hasta los escondrijos de sus energías; y, sonriente de fe, sabio de la vida, perenne en la esperanza, imperecedero bajo las pruebas, pasa pacientemente el trance, musitando el aforismo de mi paisano: *detrás de un cerro, está un llano*…

Cada abolengo étnico ha traído su aporte al arte popular, conformando este producto mestizo, matizado de paternidades: aborigen, andaluz, africano. El producto sufre las influencias ambientes y aparecen en las modificaciones, inversiones, desplazamientos y transformaciones, los proceso de la adaptación. Ha sido el mismo procedimiento que para el proceso genético; aludiéndolo, escribió Arístides Rojas: «la imaginación

popular que en el extremo sur de Europa canta a la mujer y al amor, a la familia y a la patria, participa de la claridades del Mediterráneo, de las tibias y perfumadas brisas del África, y aún del murmullo de la ola que besa las costas andaluzas y las islas Afortunadas… Así, el Cancionero popular de España está sostenido, en todo tiempo, por las bellezas del suelo ibero, por los astros de un cielo azul, constantes pregoneros de la grandeza nacional, desde el día en que sucumbió el romano en tierras cantábricas…»

Observa el mismo Rojas que en el Cancionero español la mujer es el tema ideal, sentimiento siempre joven que celebra al amor, al hogar, a la patria y que es herencia de los días caballerescos de las Cortes de amor, de serenatas y alboradas del bardo y del guerrero al pie de los castillos, o de endechas en presencia de la serrana y la morisca. En América, en cambio, vino a ser absorbido por la naturaleza bravía y esplendida, opulenta e indómita; de manera que el cantor tierno y dulce de los luminosos pueblos andaluces y de los valles de Granada, de las costas malagueñas y de las playas de las Afortunadas, tenía que modificarse y adaptarse a la majestad de los bosques y de los ríos colombianos, a la inmensidad de las llanuras, a la solemnidad de las altiplanicies y de los nevados y a la soberbia de los volcanes. En el Cancionero castellano, la mujer y el amor como tema inmediato y primordial, suspiros y sollozos; en el Cancionero venezolano, la naturaleza agreste, agresiva y rebelde,

el valor, la destreza, la agilidad, la voluntad porfiada, la pujanza, el heroísmo: el compatriota del Cid, trasplantado a la América, injerto en el indio y el africano, bajo este cielo y sobre este suelo, transforma al *Romancero en Epopeya*. Fue preciso para ello que el hispano aportara elementos épicos que no tuvo a su vista ni a su disposición el indígena: el caballo y el toro fueron el complemento de la llanura, su decoración vivaz, y adusta, elegante y tumultuaria; sin esa decoración semoviente y pintoresca, el indio fue un melancólico, un silencioso; su alma languidecía en el parche del tam-tam. De la egregia conjunción del caballo, del toro y de la pampa, brotó como un Anteo el domador, el vencedor del jaguar y del caimán, el púgil cerril, que se bate feralmente en pancracios personales o a la cabeza de la falange lancera, conquistando patria y gloria. Y por ésta, por la gloria, invierte los términos sentimentales del Cancionero: ahora no parte el homenaje de abencerrajes y zegríes; ahora ni se conquista el corazón de la mujer con madrigales, sino con proezas aquileas, que la mujer sabe pagar con admiración y con amor. Ese mestizo, el llanero es prácticamente un hipántropo, un solo cuerpo y una sola alma con el caballo en el vuelo sobre la sabana. El insaciable bebedor de horizontes ocupa el primer plano sentimental: incluyendo a la mujer todo lo demás queda distanciado; a veces desdeñosamente distanciado:

Mi caballo y mi mujer
Se me murieron a un tiempo;

Mi mujer, Dios la perdone;
Mi caballo es lo que siento.

Y cuando sentimentalmente aproxima a la mujer, es para colocarla en el mismo plano que a su caballo:

Mi potro y mi zamba son
las dos cosas más queridas:
y mi lanza y mi bridón…
también son mis preferidas.

Recuérdese el episodio que refiere el general Páez, relativo a la muerte de su caballo en una de las cargas de Mucuritas. Una bala abate al noble animal; el jinete salta a tierra, trepa sobre el flanco de la bestia que agoniza y blandiendo nerviosamente la lanza, distiende el siguiente resorte psíquico, gritando al pelotón de lanceros que por su orden ha fingido que huye: *¡Compañeros, me han matado mi caballo y necesito vengarlo!*

No hay mayor indiscreción que pedirle en préstamo al llanero su caballo o su cobija; y así lo expresa él en uno de sus refranes precautelativos: *carga tu cobija para que no te pidan prestado tu caballo.*

De este hábito de hacerse una pieza con el bruto, resultaron las maravillas de equitación de Junín: grupos de caballos al parecer desmontados galopan por la llanura, pareciendo querer acogerse a los contrarios escuadrones: éstos, engañados, los dejan acercar confiadamente y una vez dentro de la caballería enemiga, surge de improvisto el lancero sobre la montura: era que todo el

recorrido lo había hecho adherido horizontalmente al flanco opuesto.

El pueblo compone sin sujeción a reglas: su romance es el *galerón*, espontáneo, orgánico, sin artificio; es el relato de la hazaña, el himno al valor y en el que el amor es secundario. El alma insigne e incoercible del árabe, transmutada en las tierras de Andalucía, se polariza en este nuevo género de desierto americano y antes que a la morena descendiente de Agar, tiene más cerca de sí al río y al caimán, a la sabana y al jaguar. Los cantares van siempre acompañados por la música: a veces, ésta no es expresión sino de un solo movimiento psíquico o de un rápido episodio físico. (Lamento no poder hacerles oír en esta lección la música popular de algunos de esos detalles, en la cual se perciben la profundidad y la extensión que dan las notas a la letra, como en *El Cambao, La Pava, El Araguato, La Cochina, etc.)*

El contenido psíquico va mostrándose desordenadamente, bien que la expresión se refiera sólo al objeto, ora a su significado, ya a su trayectoria ideológica; pero casi siempre aparece una sucesión o una simultaneidad de excitantes, que descubren cómo influencias variadísimas, remotas o inmediatas, han llegado a producir un verdadero conglomerado psicológico, en el que se mantiene tal equilibrio de fuerzas, que superficialmente y bajo el aspecto sintético, de la impresión de hallarse el espectador frente a una unidad y a una sencillez que lo son sólo en apariencia. Hasta donde sea posible, vamos a penetrar en la estructura o

estática y en la fisiología o dinámica de los cantares. Comencemos por la copla que en estos días ha tenido gran revuelo en un sector parlamentario:

Por ser la primera vez
que yo en esta casa canto,
gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo.

El movimiento primario –que ya no es una idea– queda complementado y confirmado en la estrofa que sigue:

Por ser la primera vez
que yo en esta casa canto
me hago la cruz en la frente
para librarme de espanto.

Inmediatamente se hace rápido y presuroso el proceso heterogéneo de los excitantes y de las irradiaciones internas:

Ayúdame, guitarra,
ayúdame, cuatro cuerdas,
que quiero cantar ahora
para recordar mi tierra.

Como primer plano, como terreno básico, su tierra, su ambiente, la sabana ilimite atravesada por los ríos, circundada por los montes, dovelada por un cielo muy alto y muy azul. Allí comenzará la acción:

Guitarrita, guitarrita,
tienes boca para hablar:

los ojos no más te faltan
para conmigo llorar.

Los pajaritos y yo
nos levantamos a un tiempo:
ellos a cantar sus dichas,
yo a llorar mis sentimientos.

Las arenitas del río
corren debajo del agua,
debajo de mis cantares
corren las penas de mi alma.

Yo no canto porque me oigan,
ni porque mi voz es buena:
yo canto porque no caiga
la culpa sobre la pena.

Oigamos ahora a qué distancia ha sido colocado el motivo sentimental que en el cancionero castellano es el primero:

cuando llega a una parranda
donde hay muchachas bonitas,
yo canto con mucha gana
porque divierto la vista.

Yo le canto al señorío
para que me preste atención:
el hijo e ño Zacarías
se llama Presentación.

Su me dan licencia canto
y si no, me voy callao,
considerando que me hallo
de mi libertad privao.

A mi mismo me da miedo
cuando levanto el tañío,
porque me hallo facultoso
y dueño de mi albedrío.

Cuando revienta mi voz
como que sale del alma,
se escucha a cuarenta leguas
estando la noche en calma.

Cuando tengo el pecho claro
hago lo que me da gana:
de mi garganta una torre:
de mi lengua una campana.

Cante, cante, compañero,
no le tenga miedo a naide,
que en la copa del sombrero
cargo la Virgen del Carmen.

Al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos,
para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros.

Para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros,
que puande quiera que pasan
dejan los buenos recuerdos.

Una vez le regale
un camisón de recuerdo,
unas argollas de plata,
una pava y un pañuelo.*

Entonces ella me dio
un mechoncito de pelo,

* Pava –según Machado– tomó su origen de unos sombreros de paja, de anchas alas que se usban en Castilla y en Austria las guardadoras de pavos.

y una pluma de garza
que uso siempre en el sombrero.

Cuando las mujeres quieren
nadie las puede atajar:
Como se ataja el cabello
Con el freno y el bozal.

En realidad posee un raro concepto del amor, cuyos complejos lo enfadan; la mayor parte de las veces, cuando lo alude, es en las formas siguientes:

Ama el ave cuando pía,
ama al mecerse la flor
y el alma del alma mía
no sabe lo que es amor.

Si yo mismo no adivino
secretos del corazón,
¿cómo quieres que comprenda
si tú me tienes amor?

Acabo de comprender
que no me tienes amor,
porque me tienes secando
como ramito en el sol.

Ah! Refrán bien verdadero;
amor con hambre no dura,
que en habiendo dividive
la curtiembre está segura.

El amor del forastero
es como espina de tuna
que punza y queda doliendo
sin esperanza ninguna

El amor de los soldados
es como plato de arena,
que en poniéndolo en la calle
viene el viento y se lo lleva.

El amor de las mujeres
es como el de las gallinas,
que en faltándoles el gallo
o cualquier pollo se arriman.

El amor me llamó hermano
en mi niñez, cierto día,
Y yo no te di la mano
Porque no lo conocía.

Madre, yo compré un cariño
en la feria del amor:
que bonito era el juguete,
y que caro me costó.

Difícil sería decidir si esta actitud resulta de una inducción o de una deducción, porque parece como si volteara sobre su espíritu una leve aura de misoginia. ¿Suspicacia, timidez, recelo, prevención, complejo de inferioridad? No sabría determinarlo, pero es lo cierto que hay pizcas de todo eso cuando es la mujer el tema de sus cantares:

Una jamuga merece
el que de mujer se fía;
y como ya me fié en una,
la primer jamuga es mía.

No hay atajo sin trabajo,
ni camino sin verea,
ni mujer que no se enoje
cuando le dicen que es fea.

La mujer que quiere a dos
los quiere como hermanitos:
el uno le trae la jaula,
y el otro los pajaritos.

La mujer que quiere a dos
es discreta y entendida;
si una vela se le apaga
la otra le queda encendida.

Si el tabaco se te apaga
no lo vuelvas a encender;
a la mujer que te olvide
no la vuelvas a querer.

A la mujer que es celosa
se lo conozco temprano,
porque agacha la cabeza
como burro con gusano.

El pájaro y la mujer
no se deben dejar solas:
el primero con el gato,
la segunda con el novio.

A la mujer enamorada
que le aconsejan recato,
es como el que tiene hambre
y le dan bicarbonato.

Las mujeres son el diablo,
parientes de Lucifer,
se visten por la cabeza,
se desnudan por los pies.

Los hombres son el demonio;
así dicen las mujeres:
pera siempre andan buscando
que el demonio se las lleve.

Dos cosas hay en el mundo
que no he podido creer:
en la cojera del perro
y en lágrimas de mujer.

El hombre para ser hombre
tres cosas ha de tener:
buen garrote, buen cuchillo,
buenas piernas pa corré.

Tres cosas hay en el mundo
que no me atrevo a guardar:
casa con puerta en el fondo,
mujer y cañaveral

En el propósito de no fatigar la atención, elijo unas pocas coplas cuyo contenido es un tratado para el llanero.

Carga la mortaja en la anca,
más atrás la mosquitaa
y la sepultura abierta
el que ama mujer casaa.

He pasado quince novias
siempre buscando una buena
después de todo he tenido
que volver a la primera.

No te cases sin amor
si quieres paz duradera:
arbolito sin raíces
viene el viento y se lo lleva.

Compañero, no se case,
goce de su mocedá;
deje casar a los bobos,
para ver como les va.

El hombre que se casare
con una mujer bonita

basta que no llega a vieja
el susto no se le quita.

Todo hombre que se casa
con una mujer muy niña
prevenga una vara verde
que el miedo guarda la viña.

El género de su vida ruda, brava, franca y abierta como su pampa, anchamente expuesta a todas las eventualidades en que haya de ponerse por delante la hombría; acaso su posición en la plenitud abismal de la llanura, forzado a mirar siempre hacia muy arriba, hasta el cielo eminente; habituado a luchar a cada instante con los poderes formidables de la naturaleza, con el río «agolpado», con el huracán enfurecido, con el caimán astuto, con los grandes felinos, con el toro fornido, con el propio caballo cerril, le han dado a su espíritu posición habitual de alteza y jamás ha puesto atención en el zancudo que zumba ni en el grillo que estridula; en su espíritu no existen escondrijos oscuros para guardar el desquite miserable, ni repliegues aleves en los que se encuclille la acechanza; está acostumbrado a su horizonte inabarcable, a su sol radiante, a los caminos luminosos. Así es generoso, leal, veraz; no tiene rencores reservados; y sonríe sobre sus resentimientos, como adelantándoles atenuaciones. Lo que podría parecer desquite de sus agravios individuales, lo generaliza

sobre un gremio, como para diluir en el número indefinido la acedumbre de sus reacciones. Es ameno y pintoresco el paisaje de sus cantares, si en algún baile o en alguna fiesta descubre la presencia de mujeres mayores, que guardan celosamente a las muchachas, y contra aquellas abren sus indirectas, sus alusiones, las que ellos denominan sus puyas. Oigámoslos:

Siempre verán a las viejas
echándolas de bonitas;
no saben que cuero viejo
no sirve ni para cotizas.

Las viejas para coser
piden anteojos prestados:
para celar a sus hijos
tienen los ojos pelados.

Una vieja se Ca… yo
detrás del Altar Mayor
la gente salió corriendo
creyendo que era temblor.

Una vieja me dio un beso
que me tiene enmobitao:
los besos que dan las viejas
saben a cacho quemao.

Es incalculable el número de refranes, de consejas, de aforismos que ha extraído de su experiencia diaria o de la acumulada y heredada. No hay espacio sino para muy pocas citas:

Para gallina, maíz;
para la garza, el pescao
y las mujeres bonitas
para el hombre enamorao.

El toro pita la vaca
y el novillo se retira;
como el novillo fue toro
la vaca siempre lo mira.

Donde hay cambures maduros
nunca faltan pajaritos;
donde hay muchachas bonitas
nunca falta un babosito.

yo soy, y no me conozco
hijo del ají chirel;
cuando el tigre está en la jaula
los burros juegan con él.

Mañana se va Pastora,
mañana se va Teresa,
el que no lleva la carga
le parece que no pesa.

No conozco el escabeche
ni he visto la limoná;
yo me alimento con leche
y con buena carne asaa.

El cochino come maíz,
cada una tiene su antojo,
y hasta a las viejas les gusta
cuando le pican el ojo.

Cuando me acuerdo e mi tierra
me dan ganas de llorar:
tanta bestia sin jinete;
tanta dama sin galán.

A ningún amante viejo
le des posada en la casa,
porque es fácil de prender
el carbón que ha sido brasa.

Si quieres que te maltraten
di que te duele, cariño,
que todo el mundo se goza
con el dolor del vecino.

Mi madre me dio un consejo
como consejo de madre:
que a las muchachas bonitas,
no las hiciera comadres.

El que corteja y no sabe
la cuerda que ha de tocar,
por más sacristán que sea
nunca llega a repicar.

Una de las cosas más interesantes de oír es la «Porfía», especie de reto a improvisaciones entre dos cantadores de fama que se encuentren en el mismo sitio. El uno interpela al otro y éste le contesta.

Primer cantador.

–¿Quién es ese cantaor
que canta en ese rincón,
que sólo el rejo
para ser caballo andón?

Segundo cantador

–Yo no soy de por aquí,
que yo soy de Zorrocloco,
el que cantare conmigo
si no muere, queda loco.

Primer cantador

–Díganme ustedes, señores,
si no merece desprecio
quien funda sus pretensiones
sólo en palabras de necio.

Segundo cantador

–Sólo en palabras de necio
no fundes tu fama, digo:
elige un tema de cencia
si quieres cantar conmigo.

Primer cantador

–Si quieres cantar conmigo
contéstame en un segundo
¿Qué poder es el más grande,
después de Dios, en el mundo?

Segundo cantador

–Después de Dios, en el mundo
el poder del confesor
cuando levanta la mano
y bendice al pecador.

Primer cantador

–Pues muy grande tu saber
por lo que me has dicho, infiero;
pero deseo que me digas:
¿Cuántas pelos tiene un cuero?

Segundo cantador

–Ay, Jesús, María y José
que me han dejado confuso:
los pelos que tiene un cuero
fueron los que Dios le puso.

De todas estas coplas, cantares, galerones, *corríos*, existen numerosas, que no es preciso insertar, porque ya en ellas ha intervenido la mano culta; y que sólo trato de exhibir el original, espontáneo, del pueblo. Hay, sin embargo, glosas bellísimas, como la de una cuarteta de procedencia hispánica, que modificó el cantar criollo, diciendo:

Llorá, corazón, llorá,
llorá si tenéis porqué,
pues no es afrenta ninguna
llorá por una mujer

Un poeta de la región zuliana glosó la cuarteta, cantando el final:

¿No llora una simple ave
Cuando está sola en su nido

Y que cuenta haber perdido
Su dulce emético suave?
Pues si en los pájaros cabe
Llorar su destruido ser.
En el hombre es un deber
De más fuerte obligación.
Y puede, cuando hay razón.
«Llorá por una mujer».

Aquí abro espacio a un acápite folklórico cuyo examen aporta algunos elementos educativos: las deformaciones populares de palabras y de frases. Ejemplos: Legó a Caracas, al comenzar el siglo XVII, en 1606, Don Sancho de Alquila, a tomar posesión de la Gobernación de la provincia. «Solía este Gobernador –dice el P. Terrero en su *Theatro de Venezuela y Caracas*– hacer su regular paseo a la Aguada del cerro de La Guaira, y de aquí tomó su nombre hasta el día de hoy, aunque variado ya el dialecto ha quedado en *Sanchorquiz*». Sin duda con el propósito de «enderezar» esta deformación, alguna de esas personas que adquieren la sabiduría por hipótesis, alcanzó que oficialmente se dispusiera llamar al señor Gobernador de marras, «Sancho Urquiza». Resulta mejor dejarlo como lo manufacturó el pueblo.

Entre los pobladores que trajo Alfinger y que se establecieron en Santa Ana de Coro, se contaba Juan *Cuaresma*

de Melo, «hidalgo y hombre noble», según Oviedo y Baños. Pues de alteración en alteración, el uso popular fue contrayendo el apellido hasta consagrarlo *Queremel*.

El mismo historiador aparece mencionado, en documentos que se hallan en el Archivo Nacional, Oviedo *Ibáñez*.

Con aquellos pobladores de Alfinger vino también otro «noble», un alemán de nombre Joaquín Ritz o Risz, a quien se lo tradujeron fonéticamente y paró en Ruiz.

Un escritor coriano me comunicó que el apellido del fundador de su familia en aquella región era *Hill* (inglés) y la gente se habituó a pronunciar *Gil*, y así ha quedado.

A una de nuestras poblaciones del llano llegó a establecerse un comerciante de apellido *Wiedemann*. La clientela comenzó por nombrarle *Guidemán* y algún otro sabio logró que «rectificaran» y ahora está convertido en *Guadarrama*.

En el repartimiento que hizo Diego Losada entre sus compañeros de la fundación de Caracas, le asignó el cerro del Norte a Gabriel de Ávila; y he aquí que ya no hay manera de nombrarlo sino «el cerro del Ávila», lo que, por supuesto, no tiene sentido.

Ya conocemos cómo del apellido adoptivo *Jove*, se formó el del famoso caudillo realista *Boves*; así como tenemos bien sabido que *musiú* es una corruptela de *monsieur*.

Ya teníamos –traído por España– el *¡Ojalá!* (¡Dios lo quiera!), deformación fonética del *Ah Allah!* de los árabes.

LECCION IV

El Folklore en la familia, en la sociedad y en la muchedumbre. – Costumbres y usos: profesiones y oficios. Filtraciones, contagios mentales, subconciencia, razones anónimas.

Con el fin de relacionar esta lección con la anterior, comenzaremos con el material folklórico de la familia, con los diminutivos y los sobrenombres. Respecto de estos últimos, existen familias –como existieron durante la Colonia– en las que es habitual el apodo para cada uno de sus individuos; y –a excepción de la Mineralogía– hacen uso, para imponerlo, de toda la nomenclatura botánica y zoológica, desde Gato hasta Zanahoria.

Cuando a los diminutivos, me refiero sólo a aquellos de extracción legítima, lógica: es bien regular que de Jesús se haga Chucho, Chuchú y aún Chui; y de Trinidad, Trini. Pero extremar caprichosamente la derivación, es una tentativa a la pseudonimia: llamar a una Julia Teresa, Jutesa, o a una Josefa Antonia, Fatonia, es tan indiferente como llamarlas Frambuesa o Cefalonia. Esto, cuando el descoyuntamiento se practica en palabras de nuestra

lengua; porque cuando –como lo hace a veces la moda– se comete la cursilería de efectuarlo a base de idiomas extranjeros, para exhibir un candoroso distintivo de selección, ya la fonética de semejantes diminutivos se hace isófona de la de ciertos preparados farmacéuticos: a tal chica le han acolado un rótulo como de Listerina, Terpina, etc.

El folklore de familia es tierno, candoroso, inocente, como que va a formar el ambiente de la primera infancia. Cada uno de nosotros ha oído los cantos ingenuos, arrulladores y primarios de las madres, en la docencia balbuciente y en el consuelo de los hijos; cantares que se musitan suavemente desde el fondo del golfo de Paria hasta las laderas andinas. Tulio Febres Cordero recogió esas breves endechas que se acompasan con las oscilaciones de la cuna:

Duermete, niñito,
que tengo que hacer:
lavar los pañales
y hacer de comer.
Los ángeles vienen
a verte dormir,
y si no te duermes
se vuelven a ir.

Cuando ya no trascurrirán muchos meses para que se anuncien los primeros estados de conciencia y el cuerpecillo mismo de la criatura comienza a ensayar equilibrios inestables, se le sienta sobre las rodillas y golpeándole la palmita de la mano con su propio índice, se le canta:

Pan, pan, niñito, pon, pon:
pellizcando el papelón.
Pon, pon, niñito, pon, pon:
La viejita en el rincón
Comiéndose un chicharrón.

O se le colocan las manecitas en posición de orar:

Bendito, plátano frito.
Alabao, plátano asao.
Sea, que la cocinera es fea.

«Cuando ya el niño empieza a andar –describe Febres Cordero–tirándole de los bracitos, como quien juega «tieso que tieso», lo balancean, repitiéndole aquel cantar de los tiempos coloniales, que inspiró una glosa al renombrado poeta José Asunción Silva:

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan:

y aserrín, aserrán.
Los de Roque, alfondoque,
los de Enrique, alfeñique;
triqui, triqui, triqui trán.

Así duermen, en la quietud de nuestro pasado infantil, aquellos juegos inolvidables, que suscitan revuelos de recuerdos de una vida que pasó en otro mundo y otro ser: Pico, pico; la gallina Javada. Para jugar ésta, los chicos se sientan en el suelo, formando círculo, y alargan las piernas hacia el centro; el que dirige el juego lleva el canto y cuenta sucesivamente los pies, hasta el número ocho en cada vuelta: al pronunciar este número, se retira el pie a que corresponda, diciendo: esconde tu bizcocho; y así hasta hacer desaparecer el número de pies:

La gallina, la javada,
puso un huevo en el arao
y lo puso tan bonito
que lo puso colorao:
puso uno, puso dos,
puso tres, puso cuatro,
puso cinco, puso seis,
puso siete, puso ocho.
Esconde tu bizcocho!!!

Ya para niños crecidos hasta cierta edad, se dramatizaban fabulillas como la siguiente:

La pulga y el piojo
se quieren casar,
y no hacen la boda
por falta de pan.
Más dice el gorgojo
desde su trigal:
hágase la boda
que el pan sobrará

«Así se va indicando lo que les falta, y cada animalito va diciendo desde su querencia, lo que puede dar. El mosquito dijo que daría el vino; el cocuyo ofreció la luz; y el grillo prometió que el canto correría de su cuenta. El final de la fabulilla, reconstruida sobre los pasajes que recordamos, es como sigue:

Pues ya que cantamos
con vino y con pan,
con luz y con canto,
¿padrino no habrá?
Al punto con garbo
responde el ratón:
«yo asumo ese cargo
por ser el mayor».
Vestidos los novios
con mucho primor,

del lindo casorio
la fiesta empezó.
Más, triste destino!
un gato llegó
a al pobre padrino
de un salto apresó.
Así, de repente,
la boda acabó
llorando la muerte
del pobre ratón.

Estos cantares, agrega el relator, «en su mayor parte debieron venir en el equipaje espiritual con que llegaron a América, a fundar los primeros hogares, las valerosas y gentiles mujeres de España».

Pertenece también al folklore familiar la costumbre de engastar en oro el primer diente que se «mudaba», colocarlo al cuello del niño o atarlo al brazo en cadenilla del mismo metal, a manera de jiga o amuleto.

En nuestros pueblos del interior, adonde no llegaba la rica muñequería que la ingeniosa industria moderna ha puesto al alcance de los niños, se procuraba su distracción por medio de rudimentarios ejercicios de pequeña didáctica: la equitación, que comenzaba ejercicios de pequeña didáctica: la equitación, que comenzaba regularmente con perros mansos; la navegación con

la fábrica de barquichuelos de papel, que se hacían bogar en los estanques; la agricultura, con la siembra de tallos de yerbas. En las ciudades populosas, la cabalgadura canina era reemplazada por el cochecillo, primer aula de molicie, de cultivo abdominal y de pereza: hay que ver la modorra y la «babiequez» de un nene dentro de un cochecillo algodonado!

También en el fondo espiritual de esas arcas de recuerdos frecuentes en la familia se hallan los «tics» hereditarios: personas que no lograban conciliar el sueño si no voltigeaban suavemente el pulpejo de una oreja o no practicaban una sesión de sobaduras sobre la piel del abdomen; porque –explicaban las ancianas– «así mismo era su bisabuelo».

Recordemos también, como costumbre fronteriza entre su familia y la sociedad, a los «compadres» llamados de «voluntad». Cuya elección se hacía el día de Año Nuevo. En este día, se reunían tres o cuatro familias, para proceder a «sacar compadres», lo cual se efectuaba a la suerte: se escribía en sendas papeletas el nombre de cada una de las personas asistentes –excluyendo a las viejas e incluyendo a los viejos que tuviesen pimienta…– Una mujer sacaba una de las papeletas que llevaban nombres de hombres; y a la inversa. Salían de «compadres» los dos favorecidos por la suerte, las mujeres conservaban las papeletas y al día siguiente hacían con ellas lacitos que enviaban al compadre: éste quedaba obligado a hacerle a su comadre –a los ochos días– un regalo.

En algunas poblaciones de occidente, esta costumbre adquiría otra modalidad. Los concurrentes se dividían en dos grupos: el de las mujeres permanecía en una habitación; el de los hombres se trasladaba a la habitación adyacente y cerraban la puerta de comunicación; luego, uno de los hombres tocaba a esta puerta y una mujer acudía a abrirla: estos dos que aparecían frente a frente eran los compadres. Esta forma era más equitativa, porque el hombre quedaba autorizado para abrazar a su comadre y en aquellos tiempos un abrazo a una mujer era un galardón excepcional. Hoy…

En el mismo plano de costumbres entre la familia y la sociedad, se hallaba la de regalar monedas en los bautizaos. Al principio, sólo lo hacían las personas de pro, arrojándolas al pueblo los padrinos, a la salida del templo o frente a la casa del bautizado. Luego se restringió el reparto a las personas presentes, adheridas las pequeñas monedas de plata al extremo de estrechas cintas de colores.

A estas cintas reemplazó más tarde la tarjeta impresa con las circunstancias del acto: nombre del bautizado, de los padrinos, fecha de nacimiento, a veces mención de la parroquia y fecha del bautizo. A la criada o cargadora que condujese al niño a la pila bautismal, el padrino la regalaba con media onza de oro, o con una onza, si aquél las daba de rastá o «arrastra-cueros». Hoy, a las monedas han reemplazado «las medallitas» o bujerías en forma de dijes, que se fijan en las tarjetas recordatorias.

Matrimonios, mortuorios y entierros contienen un apreciable material folklórico. Los matrimonios eran celebrados regularmente por la madrugada, porque no existiendo sino el eclesiástico, los novios tenían que oír la misa nupcial, después de la ceremonia, cubiertos con un velo –las velaciones– y flanqueados por los más ancianos de la familia. Se trasladaba luego la concurrencia a la casa de la novia, donde se servía un suculento desayuno. Todavía no se había establecido el uso de las flores; cuando éste fue introducido –a mediados del siglo pasado– era de rigor que, tanto en los matrimonios como en los bautizos y los entierros, las flores fuesen blancas: a fuerza de escribir censurando esta costumbre, logró acabar con ella Arístides Rojas, y comenzó el uso de las flores de todos los colores y especies. Vale la pena insertar lo que anota el ilustre cronista que seguimos:

«Los ricos y vanidosos de antaño usaban por cadena de velación un collar de cuentas de oro, de dos o más varas. Todavía se ve una que otra de estas cadenas de cuentas de filigrana. Las familias pobres y también muchas acomodadas, llevaban por cadena el *síngulo* de algún sacerdote de más o menos rango. Respecto del velo, era de gala, tanto en los ricos como en los pobres, el que la novia llevara sobre la cabeza, por velo nupcial, una banda del Santísimo, alto honor que dispensaba algún sacerdote de campanillas. Y como antiguamente no había matrimonio civil y sólo se exigía en casos determinados, la

voluntad de los cónyuges en presencia de un sacerdote, sucedía que en ciertos compromisos maridales, para salir airosos, se verificaba el matrimonio en presencia del cura, al toque de oraciones en el zaguán o en el corredor de la casa. Cuando los padres tenaces sabían lo sucedido, ya los novios salían de la velación. Hubo matrimonios donde, tanto el cura como los novios, se convirtieron en escaladores, pues fue necesario que la ceremonia se verificara en los tejados. En una oficina pública de Caracas se encuentran noticias muy curiosas sobre este tema».

Los entierros se efectuaban por la noche, a fin de que todo fuese fúnebre: «la hora, los vestidos, los hachones negros que portaban los acompañantes del cadáver, la mesa, sobre la cual iba la urna mortuoria, cubierta de gran capote negro más o menos tachonado de bordados de oro». En los entierros en que el muerto había sido algún insigne devoto –mujer u hombre– la familia obtenía del párroco que enviara la mesa del santo o virgen de su devoción; y el cadáver iba trajeado con el «hábito» de la cofradía.

Las salas aparecían enlutadas hasta el techo: luto en los cuadros de pintura, en los espejos, en las estatuas, en las consolas, en los retratos, en las arañas, en las lámparas que ostentaban anchas cintas y lazos negros. Luto durante el octavario, donde lo llevaban riguroso hasta los platos de grasa y de postre que engalanaban las mesas; los pavos y los jamones en los huesos, las botellas en el cuello.

Durante las honras fúnebres, en el templo, al pie del túmulo se colocaban una cesta de pan, una caja de vino y un carnero; sin duda impregnación de los ancestrales estos hebraicos.

En la obra densa y nutrida de Febres Cordero, hay un capítulo interesante, como todos los del laborador meritísimo, sobre la letra de los repiques de campaña, en Mérida.

«…en el Monasterio de Clarisas daban ciertos repiques breves y picaditos, que eran acompañados con esta letra:

Paticas suelas
fustán sancón,
por vida tuya
dales jabón
dales jabón.

En cambio, los repiques de la Catedral, que eran más largos y pausados, iban acompañados así:

La arepa y el caldo
se están calentando
para el maestro Rosario
que está trabajando.

Como las campanas del antiguo Seminario de San Buenaventura, que fue después capilla universitaria, quedaron

hendidas después del terremoto del año 12 y sólo se salvó una, no sonaban bien al echarlas a vuelo; y los estudiantes, por mortificar al viejo cocinero del Seminario, decían al compás de los dañados bronces:

Toca el Colegio
sin ton ni son
tres perolejos
y un perolón.
Dale que dale.
Ño Encarnación.

Durante la guerra de la Independencia las monjas de Mérida se dividieron en republicanas y realistas, y a este propósito el pueblo le cantaba a los repiques del Convento:

Las Monjas están rezando
en abierta oposición:
unas piden por Fernando
y otras ruegan por Simón;
tilón, tilón
No haya diatribas,
venga la paz:
sólo Bolívar
debe mandar.

Rogad, monjitas,
por él nomás.
Talán.

Algo semejante compuso la gente, cuando el año 23, intentando el general Morales reconquistar la Cordillera, invadió a Mérida con un cuerpo de tropas, los vecinos la abandonaron por el momento, de manera que el jefe realista la encontró silenciosa y desierta como un cementerio y tuvo que pasar de largo, a acampar a la intemperie en pleno Llano Grande. Y al son de las campanas cantaban después:

Vino Morales,
vino y siguió,
porque en las calles
a nadie vio.
Tilón, tilón.
Rompió el silencio
La Libertad,
rayos y truenos
pronto a lanzar.
Talán, talán.
Viendo el canario
la tempestad,
a todo paso

se fue a embarcar.
Talán, talán.
¿Vendrá otra vez?
Nunca jamás.
Talón.

El año 59, comenzaron la guerra federal, cuando el comandante Natividad Petit expedicionaba sobre la nombrada ciudad, en conflicto los habitantes, que en su mayor parte pertenecían al bando contrario a los federalistas, procedieron a organizar el somatén, al son de:

Toque a rebato
la Catedral,
pues es el caso
de gravedad.
Talán, talán.
Tomen las armas
dice el Clarín,
que todos vayan
contra Petit.
Tilín, tilín.
Lista la tropa
dice el Tambor,
para ir en contra

del invasor.
Tilón, tilón.
Toque al rebato
la Catedral
contra el asalto
del federal.
Talán, talán.

LECCION V

El Folklore en la muchedumbre. Muertos. Espantos. Fantasmas. Aparecidos. Adivinos.

No sería perdonable pasar sin un recuerdo al nunca bien alabado Capitán General Cañas y Merino, sin duda la más prominente figura histórica de nuestro Folklore. Don José de Cañas y Merino fue Capitán General, o más exacto, Gobernador de Venezuela durante los tres años de 11 a 14 del siglo XVIII. Es singular que su nombre no aparezca en las nóminas corrientes que traen los historiadores, de mandatarios de la Colonia, cuando fue uno de los que hicieron surco y dejó memoria indeleble en las crónicas y documentos de aquellos tiempos: además de tirano, cruel y avaro, nunca quiso ver ni en estampa a los caraqueños y detestaba particularmente a los mantuanos: su aversión alcanzaba hasta Monseñor Rincón, jefe de la diócesis para la época. Sus compañeros predilectos fueron toda la gente vulgar y viciosa y no quería trato social sino con la hez de la población.

Era Caballero de la Orden de Santiago y Capitán del ejército español; estuvo sirviendo 16 años en el mar y 7 en infantería, y advierte el historiador Duarte que debió ser bastante bruto,

cuando necesitó 23 años de servicio para llegar a Capitán. Para premiar su conducta en África, en la defensa de la fortaleza de Alcázar, atacada por el rey de Mequinez, se le nombró Capitán General de Venezuela, por lo afortunado que ha sido siempre nuestro destino. Desde que se encargó del Gobierno, el 6 de julio de 1711, según Acta del Ayuntamiento, comenzó a patrocinar el contrabando, convirtiéndose en la pesadilla de los mercaderes; organizó, en consecuencia, el comercio clandestino con Curazao y puso tienda para vender en ella los géneros introducidos de contrabando, lo que desazonaba grandemente a los ediles. Echaba contribuciones donde advirtiera la mínima ganancia, en la ciudad como en los pueblos y los campos, a cuyo efecto se trasladaba a éstos para husmear las utilidades; y a fin de que no le estorbaran los señores de Caracas, hizo que el Ayuntamiento los nombrara jueces de los valles de las costas y pueblos foráneos, con lo cual los obligó a ir a vivir a miserables aldeas y lugares destituidos de recursos y comodidades.

Decía a todo que sí el Cabildo, pero el propio tiempo resolvió minarlo suavemente, adormeciéndolo con lisonjas y ductilidades. Se formó, por consiguiente, un comité sumamente secreto, compuesto por los regidores Alejandro Blanco, Antonio Blanco, Diego Blanco, Juan de Urbina y el alcalde ordinario Pedro de Solórzano, quienes «organizaron la acusación contra Cañas, tomaron declaraciones, evacuaron pruebas y procedieron con

tal sigilo, que Cañas ni siquiera tuvo leve sospecha de lo que ocurría».

A su tiempo dijo el Ayuntamiento «que en siendo vecino, aún a los que no tenían delito ninguno, se les molestaba, se les castigaba, atropellaba, encadenaba y maltrataba, sin más justificación que la mera suposición y lo que le dictaba su intrépido y cruel natural». Y agrega el historiador que mencioné: «Ya para entonces, los Ayuntamientos en realidad no tenían otra prerrogativa que la de suplir las faltas del Capitán General, ni otra autoridad que la de vigilar los asuntos de abasto público y repartir los solares. El Gobernador era el todo y hacia y deshacía a su buen juicio lo que más convenía a la Colonia. Leyendo las actas de esta Corporación en aquella época, nos encontramos con un grupo de hombres serios que se reunían periódicamente para no hacer nada, pues todo asunto de alguna importancia se pasaba al Gobernador. El Cabildo sólo era soberano cuando se trataba de asistir a la Iglesia, de hacer unas fiestas, una recepción oficial o cosas por el estilo, y para repartirse entre sus parientes o amigos el derecho de pesar carne».

Lo que paso a referir se puede leer en Las Actas del Ayuntamiento, del año 1715 y de no garantizarlo tal autoridad, parecería leyenda. A Cañas lo sacaban de quicio las arboledas; de manera que juró exterminio a los vegetales, en particular a los cujíes, de los que no dejó uno solo en pie, porque el olor que despedían le causaba desagrado: al principio se creyó que se

trataba de una medida de aseo y de limpieza, puesto que se creía que el cují era nocivo a la salud; pero luego se vio claro, cuando la emprendió contra los franciscanos, «porque estos tenían sembrado de plátanos el interior del convento, y vendían los frutos a la población, así como los aguacates. Cañas encontró impropio de la Cofradía semejante comercio y mandó destruir toda la arboleda. Resistieron los frailes y el Gobernador, a la cabeza de la tropa y de unos cuantos indios armados de machetes, marchó sobre el convento, después de haberle quitado el agua. Los árboles todos desaparecieron. De la averiguación de este hecho resultó que los frailes tenían veinte matas de plátanos y una de aguacates. Y como el Obispo tuviese parte a favor de los padres, fueron tantas las molestias e incomodidades que Cañas le proporcionó, que tuvo que salir de Caracas, bajo pretexto de visita pastoral y no volvió a la capital sino después que Cañas hubo cesado en el poder»

Pero, la inquietante debilidad del gran Cañas eran las chicas de corta edad, siendo de su preferencia las huérfanas, a fin de evitarse dificultades. Cuando creía llegado el momento, atropellaba por todo y se robaba la doncella. Aconteció que una señora Isabel Muñoz tenía una pupila que fue sacada de la casa por la policía y depositada en casa de don José Montesinos, donde la visitaba el Gobernador. Más tarde, don Eugenio de Pastrana le estorbó en ciertos galanteos y para quitarlo del medio lo puso preso y con grillos lo mandó para las prisiones de La Guaira. Por

último, su intimo amigo Cristóbal de Retes le inspiró celos, y comiendo en su casa junto con él, dispuso ponerlo preso y enviarlo también a La Guaira. A este puerto se traslado en ocasión posterior «y allí hizo reunir a todas las mujeres jóvenes, blancas y de mediana posición social, que no fueran casadas. Una por una fueron puestas en confesión, para que declarasen si habían cometido alguna falta contra la honestidad. Viendo que ninguna confesaba su pecado, sacó del bolsillo una cinta, que dijo ser enviada por S. M. el Rey, bendita por el Papa y que tenía la virtud de hacer conocer la pureza de las mujeres. Ante aquel talismán, que las pobres chicas creyeron tener tal poder, cada una fue confesando su falta en alta voz, antes que la cinta la denunciara». No dice el expediente qué se proponía el señor Gobernador con semejante ceremonia.

Este vesánico y atrabiliario sujeto fue quien estableció en Caracas el juego de carreras de patos y gatos, en la plaza de la Misericordia: convocábase a los vecinos de los pueblos cercanos y era aquélla una gran fiesta, muy del gusto de estos habitantes. Aparecía el señor Gobernador a caballo, precedido de un clarín que anunciaba su venida; vestía traje flamenco, con adarga de reluciente cuero guarnecido de plata y una lanza con banderola. Después de la fiesta. Paseaba con aquellas galas las calles de la ciudad, llevando las insignias de su empleo. Con éstas y otras lecciones demostrativas de los gobiernos de la Colonia, aprendió Caracas a reír de los mojigangas poderosos.

Junto con los deportes referidos deben ser mencionados los *pollos descabezados*. Este juego consistía en enterrar pollos en el suelo de alguna plaza o sitio adecuado, dejándolos fuera la cabeza; granujas vendados y armados de machetes *rozadores,* se dirigían a cercenarles las cabezas al ras del suelo y a los que tenían éxito se les premiaba con el pollo.

Por último, en septiembre de 1714 llegó a Caracas don José Miguel Lozano Peralta, Oidor de la Real Audiencia de San Domingo, quien trata la Cédula Real que mandaba reducir a prisión al Gobernador Cañas y remitirlo a España, donde murió en 1715: el Cabildo dio las gracias al Oidor «por el consuelo que ha recibido esta ciudad y su Provincia».

Para el caso de los aparecidos y los fantasmas, creo que no es necesario hacer siquiera un rápido paseo previo, a lo largo de la extensa e interesante materia psíco-experimental de las sanciones y las imágenes, su intensidad, sus relaciones, sus particularidades, sus complejos, etc. este sería tema de otro orden, aunque sirva de base al específico de estas lecciones.

De todos aquellos complejos, nos importan solamente –para este caso particular– las *alucinaciones*. Apenas tenemos que hacer un recuerdo de los tipos de reproducción visual, auditiva y motriz; o sea, de sinestesia, para aproximarnos al caso de las imágenes *implicadas;* esto es, de fusión íntima de impresiones actuales con imágenes preadquiridas. Basta recordar las

demostraciones gráficas de Seashore, reproducidas por La Valssiéres y Palmés en su *Psicología Experimental.*

A nuestro propósito no hace falta ocuparnos con ninguna de las teorías que se han propuesto para explicar la naturaleza de las alucinaciones. Nos bastará recordar que en el campo de las irradiaciones internas, el *yo* tiene un pasado personal y un pasado ancestral, atávico, que data de la edad en que no se había efectuado la diferenciación de las sensaciones. Recordar, al propio tiempo, que las irradiaciones individualmente exclusivas; de manera por las que determinan un efecto en un individuo, pueden determinar un efecto distinto en otro. Así es que una persona puede ver cosas que otra no verá.

(El autor cita –como ilustración– un caso concreto en familia de Caracas).

Fuerza es englobar en esta lección, muertos, fantasmas, aparecidos, «espantos», y sus clientes, los brujos o adivinos. Estos, no sólo eran consultores en casos graves, en conflictos de familia y en proyectos, sino que a ocasiones hacían de médicos e instintivamente intentaban la sugestión, valiéndose de mil supercherías aplicables a las creencias supersticiosas del enfermo o de su familia. Así es que cuando se hallaban presentes, hacían –como su ancestro el *piache*– una serie de gestos, muecas, ceremonias y solemnidades preparatorias del ánimo del paciente; o, en tanto no llegaban, enviaban su sombrero, para que se lo colocaran en la parte adolorida o dañada… ¡Qué lenta viene la

evolución en nuestra masa y qué urgente se está haciendo la transfusión de cualquiera otra sangre, que al voltear de dos generaciones de mestizaje, practique en el cerebro del producto nuevo, así sea una pequeña fisura por donde ves hacia otros horizontes otros paisajes mentales!

Comienza el desfile de fantasmas a la luz cárdena y voladora del Alma del *Tirano: La Mula Maniada, la Sayona, El Hermano Penitente, el Carretón de La Trinidad, la Dientona, el Enano de la Torre, el Rosario de las Ánimas.*

1. Hasta el año 1830, no se podía transitar por las calles de Caracas sin portar linterna, después del *toque de queda,* que comenzaba a las nueve de la noche y cuya última campanada sonaba a las nueve y media. Sólo se aventuraban a ir de un punto a otro de la ciudad, uno que otro ocioso, algún vecino a quien se le hubiese presentado una súbita dolencia en persona de su familia, o algún galán que aprovechaba la tiniebla y la leyenda para salir en busca de aventuras donjuanescas. Pero era casi seguro que estos raros transeúntes topaban en su trayecto con la proyección de la *Mula Maniada:* sobre todo, en lo más deleitoso del coloquio, el galán sentía de pronto que se le venía encima una gigantesca mula, dando saltos y largando coces, de las que alguna cuando menos lo rozaba. Otras veces, la bestia relinchaba como un caballo o rebuznaba como un asno restregándose contra paredes y ventanas y maltratando a quienes encontraba. Para las viejas y para los enamorados manzurros era terrorífico ese

monstruo; bien que para muchas gentes era el avatar de una mujer maligna, muerta hacía algunos años, a quien Dios, en castigo de su incesante curiosidad, había transformado en aquella bestia, para que continuara practicando como tal lo que como mujer solía hacer en vida; en cuyo lapso de existencia «se ocupaba día y noche en escudriñar lo que pasaba en las casas ajenas, parándose cautelosamente en cuantas ventanas abiertas veía, con el fin de divulgar más tarde, por toda la ciudad, las conversaciones que oía y que ella por cuenta propia comentaba, desfiguraba y corregía».

2. *La Fantasma o Sayona* era un espectro de dimensiones gigantescas que comenzaba a aparecer al *toque de queda* y podía distinguirse a la luz mortecina de los escasos farolillos que parpadeaban en la oscuridad de las calles. Iba cubierta con un largo sayal negro, cuya cola barría el suelo; las cuencas de sus ojos despedían un siniestro fulgor rojizo; en su pecho y en su rostro se veían estampadas las huellas de la muerte; y al moverse, se oía un ruido semejante al de huesos que se chocan.

3. casi siempre, detrás de la *Sayona* aparecía el *Hermano Penitente*, espectro blanco, con una camándula de enormes cuentas, también blancas, al cuello; una enorme cruz del mismo color en la mano izquierda y un cilicio en la derecha, con el cual se aplicaba sobre las espaldas furibundos golpes acompasados. Con voz gangosa salmodiaba en un guirigay que pretendía ser latín, un rezo ininteligible, interrumpido a intervalos por grandes

lamentaciones y alaridos, con los cuales acompañaba la confesión pública de los grandes pecados que había cometido en vida y que ahora muerto, hacían *penar su alma*. La expiación no sería completa, según lo había dispuesto Dios, hasta no haberse dado doscientos mil azotes, a razón de mil por día, con el cilicio que portaba. Dicho se está que apenas se columbraba a distancia a alguno de este par de «piochas», no quedaba puerta ni ventana sin cerrar y atrancar, ni transeúnte que no echase a correr despavorido: y acontecía con frecuencia que quien huía de la *Sayona* tropezaba más adelante con el *Hermano Penitente,* y se desmayaba de terror. Y mientras esto acontecía en la calle, en el interior de las casas el padre recogía a toda la familia y la llevaba a una de las piezas más apartadas a rezar el rosario: en la confusión y el desconcierto del momento, apenas advertían que alguna de las niñas no se presentaba al oratorio sino cuando ya el rezo había terminado y ella explicaba que había tenido que encerrarse en la sala, a causa del pánico que la había sobrecogido al aparecer los fantasmas. Sólo muchos años después –ahuyentadas estas apariciones por la profusión del alumbrado público y el avance de la cultura– algunos de los que en sus tiempos de Lorelaces representaron *sayonas y penitentes*, confesaban que para ello se las arreglaban con unos zancos, una calavera, a cuya parte interior se adaptaba una mecha del sebo encendida, unas tibias de muerto, unos pocos metros de tela negra o blanca –según la clase de espectro que se representaba– un poco de almidón y unas tiras

de cartón cortadas en forma de látigo y preparadas de modo que hicieran ruido, sin producir dolor, al azotarse con ellas. Didácticamente, estos episodios pueden utilizarse para mostrar el estado de honda ignorancia de la época, en la cual los padres eran opuestos a la instrucción de sus hijas, por ser aquélla «muy peligrosa», y las retraían del trato social «para que no se corrompieran»; magnifica situación para los listos, que se aprovechaban de ella a su sabor, explotando los terrores de la superstición, y obteniendo el resultado a que alude la copla de aquel tiempo:

Mariquita, Maricuela,
Ya se lo diré a tu abuela:
Que andabas por los corrales
Comiéndote las ciruelas

4. *El Carretón de la Trinidad* –llamado también de *Muerte*– era otra de las visiones más pavorosas: a muy altas horas de la noche, al fulgor de las estrellas, se divisaban y se oían las estrepitosas correrías del carromato, las que partían de la actual plaza del Panteón hasta una o dos cuadras al sur del puente de La Trinidad o bien, de la esquina de las Dos Pilitas hasta la plaza de La Pastora. En aquellas horas, los vecinos despertaban sobresaltados por el ruido tronador que parecía producido por muchos carros que fuesen arrastrados por bestias cuyos cascos

desempedrasen las calles. Algún trasnochador o algún borrachón que había tenido la temerosa oportunidad de verlo de cerca, aseguraban que era una especie de arcón, que corría por entre chispas de fuego lanzadas por las ruedas al tocar el pavimento, sin que se notase bestia que lo condujera, sino un bulto rojo, que también despedía fuego por los ojos y boca y que iba dando saltos a compás de un canto diabólico, como que era el mismísimo Demonio… Años después, la «condenada» policía del «hereje del Guzmán Blanco» acabó con aquel Infierno desbocado: destrozó el carretón y «a plan» se llevó para el cuartel a cuanto diablo encontró adentro.

5. *La Dientona* no tenía lugar fijo para sus aventuras nocturnas: sus excursiones se extendían a toda la ciudad, aunque prefería los barrios excéntricos. Cuando mas descuidado iba el transeúnte, topaba por una esquina o en la puerta de un zaguán con una mujerona que, abriendo la boca, le mostraba una ringlera de dientes como de caballo.

6. *El Enano de la Torre* estuvo a punto de ocasionar la muerte a quien por primera vez lo vio: un joven que una noche brumosa del mes de enero regresaba de jarana, de la Candelaria, vio parado en el ángulo noreste de la esquina de la Catedral a un hombre muy pequeño, tan pequeño, que habría podido tomársele por un niño: como hubiera notado el joven que el enano fumaba un «puro», se le acercó a pedirle fuego para encender a su vez un cigarrillo, y después de darle las gracias, le preguntó por la hora.

El enano, con una hórrida voz, le contestó: «Pronto darán las doce en el reloj de San Pedro, en Roma», y creciendo súbitamente, creciendo hasta alcanzar con el brazo la muestra del reloj situado debajo de la estatua de la Fe, remata la torre de la Metropolitana, agregó señalándola con un dedo gigantesco: «y sólo cinco minutos faltan para que en este reloj suenen las cinco de la mañana». Cuentan que el mozo fue hallado a poco desvanecido; que trasladado a su casa debió la vida a los cuidados esmerados de famosos médicos, que lo asistieron durante largos meses; que ya restablecido, temblaba como un azogado cuando se le recordaba su aciaga aventura… y que nunca más volvió a «pegarse palitos».

7. *El Rosario de las Ánimas* era otra visión aterradora. En las altas horas de la noche, los enfermos y los que por algún motivo se hallaban en vela dícese que oían un cántico fúnebre, monótono, modulado por voces que parecía salir de las entrañas de la tierra, y al que luego sucedía la recitación del *rosario*… «Anádese que algunos imprudentes que, encontrándose a esas horas en la calle, tuvieron suficiente valor para investigar de dónde venían aquellos cantos y oraciones, pagaron caro semejante atrevimiento, pues la sangre se les heló en las venas al contemplar una legión de sombras, que llevando sendas hachas encendidas, marchaban procesionalmente, repartidas en filas de cada lado de la calle y todas al parecer revestidas de túnicas más blancas que la nieve: indicio cierto de que eran las ánimas benditas, que habían salido

del Purgatorio a hacer penitencia en este mundo caracense…» (Teófilo Rodríguez, *Tradiciones Populares*).

8. También hubo una temporada en la que se soltó el Diablo por la esquina llamada hoy del Cristo y sus contornos: referíase que allí se estableció con pulpería un sujeto sin pizca de conciencia, que estafaba a los compradores, de un carácter díscolo y pendenciero, e impío hasta merecer el afecto particular de Lucifer, quien un buen día cargó con su alma. Es lo cierto que desde entonces sentó allí sus reales «el enemigo del linaje humano» y mantuvo a los vecinos en perpetua consternación, hasta que uno de ellos, aconsejado por su confesor, procedió a instalar en un nicho, en una de las paredes de la esquina, la efigie del Cristo; con lo cual huyó por siempre Mandinga y por siempre le quedó nombre al sitio. Así como también en la esquina al oeste de aquélla, se descolgaba por el balcón de una de las casas un *muerto* largísimo, que abría las piernas y se apoyaba en la fachada de enfrente.

Aquí tenemos, al mismo tiempo, explicado el origen del nombre de otras esquinas de Caracas: *las Ánimas, el Cristo y el Muerto*.

LECCION VI

El Folklore en las profesiones. El Folklore en la didáctica, leyenda y tradiciones. Una pequeña lección de Historia.

Como lo tenemos visto, el material folklórico comienza en el individuo y gradualmente va enriqueciéndose y adquiriendo un contenido de valor progresivo, conforme va pasando a la familia, a la sociedad, a la muchedumbre y al pueblo; y entra en la historia.

Cada grupo humano, cada asociación de personas, cada gremio, cada profesión posee su Folklore, contributivo del arsenal de instrumentos didácticos de que debe disponerse en la cátedra: esa provisión debe venir del aporte individual de médicos, abogados, sacerdotes, músicos, pintores, literatos, catedráticos, etc.

El ejercicio de la profesión médica es uno de los que ofrecen mayor número de ocasiones para llevar registro de costumbres, usos, prácticas características del aspecto evolutivo del pueblo, en su mentalidad y en su estado social. Es permanente, dura y aún arriesgada la lucha del facultativo, con el compacto conglomerado de creencias, supersticiones, temores, errores, que

se oponen a las prescripciones y a los consejos científicos. En cada caso y en cada casa hay una persona autorizada para intervenir –con su experiencia y con su *ciencia*– en el tratamiento; y modificarlo o anularlo, desde el diagnóstico hasta la terapéutica: –*Su palabra* vaya adelante, doctor, ¿pero eso no será *pasmo*? Mire que yo he visto mucha gente con eso mismo, y era *pasmo*. –Conforme en el récipe figure alguna sustancia desconocida para aquella persona, ya está meditando en la posibilidad de exigirle al farmacéutico que suprima la sustancia en la preparación de la formula. –Sí a la misma persona le pareciere demasiada la dosis, no le administra al enfermo la medicina completa, ni de ninguna manera se la administra si le oliere a «perfume». –Cuando el médico vuelve, halla sobre la parte o región de la piel a la que él ha ordenado aplicar alguna embrocación, los paisajes más curiosos: rojizos o amarillentos celajes a brocha libre, negras nubes que vuelan sobre lagos blanquecinos: es que la persona «autorizada» ha practicado –para *ayudar al médico*– un embadurnamiento magistral con «tierra de bachaquero», boñiga «fresca» o ceniza de palma bendita en aceite de conopia. Y, cuando necesariamente «revienta» el sujeto, propágase por el vecindario y entre las relaciones que «el doctor Fulano lo mató».

Los abogados hallan con frecuencia que casi todos los asuntos relativos a personas, cosas y acciones, los ha resuelto discrecionalmente el «adivino», «brujo» o «muerto» de la comarca; especialmente, lo relativo a herencias y sucesiones: es fantástica

la cantidad de tramoyas ajustadas entre el muerto que «sale» a fallar y el más «vivo» de los interesados.

También los sacerdotes pueden recoger un apreciable acervo folklórico; poseo datos interesantes, comunicados por sacerdotes de mi amistad personal, que conocen mis ideas respecto de la marcha y estado de los asuntos eclesiásticos y religiosos en Venezuela.

Llegamos al punto objetivo de estas lecciones: el *Folklore*. En la didáctica. Utilísimo, fundamentalmente eficaz, a condición de que se sepa hacer uso de él, con oportunidad, con motivo, con maestría, en una palabra, con talento. Aquí está el secreto del éxito y el grano de la labor: no es primordialmente necesario que el maestro posea amplios ni profundos conocimientos: basta que sepa «dirigir»: que deje a salvo el sentido común, la lógica general y la razón; sobre todo, la integridad prístina del niño.

Es preciso también un barrunto de Psicología, para irse con tiento, con todo pulso, tacto y cautela en su trabajo sobre la sustancia plástica cerebral del infante y del adolescente. No olvide el maestro que su sola condición y su función le confieren una autoridad automática –iba a decir, dogmática–, pitagórica, sobre el alumno: *dijo el maestro*. Si no está muy seguro de que ha aprehendido, en conjunto y en detalles, todo el campo físico, psíquico, ético, el relato, lo indicado es que «se trague» su anécdota, antes que aventurarse a cometer una barbaridad. En este asunto, ninguna precaución es excesiva: se trata de una

instrucción directa, de la trasmisión de informaciones a un niño que ignora, o a alguna persona indocta: produce una impresión polar oír a bachilleres –o que van para bachilleres– atribuirle ingenuamente al general Páez anécdotas de Epaminondas; porque así se lo enseñaron maestros anteriores, quienes, sin duda, a favor de ciertas combinaciones de circunstancias afortunadas, han escapado al Código Penal.

Desde luego, el maestro debe proceder a una construcción de lugar y de tiempo, delante del alumno, tan patéticamente, como si el maestro hubiese sido testigo presencial del suceso; vale decir, construir el escenario y darle características del tiempo de la escena, sin que aparezcan elementos extraños, anacrónicos, incongruentes. Luego, hacer mover y hablar, en este sitio y en aquel tiempo, a los personajes, con su aspecto individual, su prestancia, sus actitudes peculiares, sus ademanes y lenguajes propios de su condición social, de su estirpe, de su educación o de su rusticidad y ordinariez. Se trata de conducir el relato de manera que se produzca la emoción y que esta emoción se haga contagiosa, sea mental, afectiva o motriz. A nadie conmovería la narración del momento de Arcola, si fríamente se mostrara a Bonaparte, diciendo familiarmente a sus soldados: *¡Ea! síganme por aquí*.

Pero si se lograría el efecto deseado, si se materializaran los movimientos del combate y al llegar al conflicto del puente

–nudo de la acción– se mostrase a Napoleón arrebatando de súbito la bandera a un batallón y lanzándose sobre el obstáculo enemigo, tras la orden de: *¡Seguid a nuestro general!*

Los que pretenden que la historia sea una escueta descripción anatómica, serían unos excelentes recitadores. Hay que acostumbrar al alumno a que la historia es un organismo viviente, con todos los fenómenos de la existencia; su normalidad muy relativa, sus perturbaciones frecuentes, sus desequilibrios producidos por causas varias y múltiples, sus padecimientos de mayor o menor intensidad y duración, sus agotamientos, sus decadencias silenciosas, sus reposiciones violentas y sorpresivas.

La emoción-choque puede ser genitora del estímulo, pero también puede convertirse en emoción-sentimiento: de las reacciones internas provocadas por un relato, puede nacer vigorosa la esperanza. Recuérdese la apelación emocional de Escipión para escapar de las sanciones multitudinarias: *Tal día como hoy salvé a la Patria en Zama: ¡corramos al templo a dar gracias a los dioses inmortales!* La historia no tendría sentido ni objeto –y habría que dar la razón a quienes la desdeñan– si no ha de utilizarse haciendo de su conocimiento aplicaciones prácticas, desde la formación de la familia hasta la administración pública y la estructuración económica de las naciones.

También nosotros estamos haciendo la historia, siquiera con nuestras candorosas petulancias; y será útil que mañana se escriba y se estudie la historia que nosotros estamos haciendo,

para perfeccionar procedimientos, o para ponerla de lado; pero siempre para darnos cuenta provechosa de que no somos tan listos como lo pretendemos.

Si fuera cierto que el pensamiento crea el lenguaje a su imagen, se infiere que las palabras que muestrán la relación entre ambos –así como la manera de emplearlas– deben mostrar al propio tiempo la calidad del pensamiento. De manera que en las leyendas, en las tradiciones, en los anecdotarios, los gestos, la posición, las expresiones de los personajes, deben ser las propias de su alcurnia, de su educación, de su nivel espiritual: el Bolívar que se pasea calzado de botas granaderas en presencia de personas cultas, por entre la loza y la cristalería de un banquete, profiriendo gansadas, debe de ser algún sargento ebrio, originario de alguna provincia semi-bárbara de América, ignaro y patán, acaso de nombre *Ciriaco* Bolívar; pero evidentemente no es *Simón* Bolívar; y quienes le conceden verosimilitud y asenso a la ridícula estulticia –que se sabe bien quién la inventó y por qué– se hallan cerebralmente más cerca de aquel Ciriaco que de este Simón. Y el Rondón que en un lance histórico había en literatura, posiblemente fue algún escritor chirle que portaba el mismo apellido, pero nunca jamás fue el lancero de Apure.

La leyenda y la tradición deben utilizarse didácticamente como cooperantes del aprendizaje. Desde luego, como recurso mnemotécnico; y, según la naturaleza de ellas, para fijar datos importantes que sirvan de punto de referencia entre dos aspectos

históricos; como indicios de la existencia y origen de ciertos hechos; como explicativas de evoluciones sociales, de nuevas estructuraciones, de las reacciones correspondientes; como índices del infortunio o de la gloria de pueblos.

Hay que desechar, por innecesarias e inútiles, las leyendas y las tradiciones de índole exclusivamente genealógica; y sólo en casos precisos, aprovechar el blasón en lo que contenga de relación inmediata con el hecho histórico.

Existe una razón científica por la cual deben ser referidas al niño la leyenda y la tradición heroicas: es que la naturaleza, la decoración y la acción de ambas están más próximas al espíritu infantil que toda la pragmática que pudiera desprenderse de una actitud o de un gesto cívico: el niño ve con diafanidad a Bolívar trepado sobre las ruinas del terremoto, exclamando: *Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca*; pero no ve, no entiende, no se interesa por Bolívar ante una Asamblea, diciendo. *El título de ciudadano es superior al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél de las leyes.*

Con frecuencia me veo obligado a leer hombres de imprenta –que no puedo decir de prensa– que, reputándose a si mismos por desenfadados y listos, se preguntan: *¿Hasta cuándo se les enseña a los niños sólo proezas militares?* Pregunta tan infeliz como si hicieran esta otra: *¿Hasta cuándo se escribe en francés en Francia?* Como si en medio del estrépito y la convulsión de 120 años de combates, hubiera habido espacio de lugar y de tiempo para que se situase,

hablara y fuera oído el prócer civil, el maestro de ciudadanía y decoro público: los escolares recuerdan más y mejor al licenciado Sanz por haber muerto combatiendo en Úrica, que por haber sido «el Licurgo de Venezuela».

Es así como se comienza a aprender y como debe comenzarse a enseñar la historia del país; creando el ambiente emotivo, para situar dentro de él el interés; contemplando la fachada antes de penetrar y examinar el interior.

Saber historia no es conocer la opinión de los autores, para adoptarla o para rechazarla; sino practicar una investigación personal sobre una cuestión propuesta: analizar documentos (en la acepción amplia de este término), compulsar textos, relacionar hechos aislados, hacer observaciones sobre los mapas, resolver en ellos pequeños problemas de geo-historia; examinar fondos de museos, trazar gráficos y cuadros sinópticos; en suma, hacerse una opinión, base de ciencia y de paciencia. Y, por sobre todo, tener talento. Conozco «historiadores» que atribuyen a personajes de la tragedia humana, frases que no pueden haber sido elaboradas sino en el propio abdomen de quien las inventó.

Una provechosa lección de historia podría hacerse –en algún grado primario superior– a base, por ejemplo, del siguiente pequeño cuestionario:

1. ¿Eran agricultores, pastores o mineros los primeros pobladores extranjeros en Venezuela?

2. ¿En qué lugares se establecieron y a cuáles tribus indias desalojaron, sometieron o exterminaron?

3. ¿A cuáles razas básicas pertenecían esas familias o parcialidades étnicas?

Y según el trabajo que se practique –conforme con las indicaciones generales del profesor– y las respuestas que fueren resultando de aquél, proceder a los trabajos de clases: esquemas, diagramas, diseños, cuadros sinópticos, mapas orgánicos, tantos cuantos sean necesarios para indicar las regiones ocupadas, los caracteres físicos de ellas, las ventajas de una región sobre otra. Y progresivamente, en grados superiores y utilizando el trabajo anterior, indicar los grupos pobladores de formación endógena o exógena, esto es, de formación espontánea o artificial, y sus motivos: la influencia o modificaciones que el medio impuso al carácter, a las ideas, a los sentimientos, a las costumbres de los ocupantes; y las correlativas modificaciones que el poblador impuso al medio.

Como trabajo final sintético, una pequeña monografía descriptiva y narrativa del trabajo realizado. Entiendo que por esta vía acaso se llegue a sugerir una modificación más práctica, más satisfactoria, más racional, a nuestro actual sistema de pruebas, que no prueban nada. Y, en todo caso, a fe de profesor, afirmo que una lección como la esbozada, sería de más positivo provecho que un trimestre escolar de monsergas.

***   ***   ***

A manera de despedida –y para hacerla en estilo Folklórico– les dejo el complejo de optación, de voluntad y de determinismo muy usado en mi tierra:

SERÁ HASTA QUE YO MISMO VUELVA

EL BANQUETE LLANERO
I

Afirmo en otra parte que la frugalidad llanera es hijas de leyendas[1]. Ella no consiste, esencialmente, en que el llanero sea parco en los placeres de la mesa, en una tierra cuyo subsuelo posee todos los principios vegetativos de la zona tropical y que rinde todos los frutos y substancias alimenticias, en una proporción sorprendente con respecto al esfuerzo empleado para obtenerlos. La frugalidad del llanero es, como la de su pariente étnico el beduino, circunstancial; y significa que mi paisano sabe sostener plácidamente una vida de forzosa sobriedad, cuando así lo dicta necesidades de preferente o de mayor imperio.

También el árabe, que sabe contentarse con un puñado de dátiles de su desierto, sería un insigne devorador, sentado al copioso banquete que la naturaleza ha servido a mi país.

Haré previamente un esbozo de esa mesa ubérrima, siempre intacta, para deducir luego el carácter psicológico de nuestras necesidades nutritivas.

Uno de nuestros historiadores ha tratado de revivir la sorpresa de los descubridores de América, frente, por primera

[1] *El sol llanero*, El cojo Ilustrado, 15 de mayo de 1906.

vez, a los penachos rumorantes de nuestros palmares, que les daban la bienvenida[2]. No fueron sus bullentes abanicos las solas emociones del recién llegado: la nueva naturaleza volcaba súbitamente, a los ojos y a los pies del invasor, una monstruosa cornucopia de prodigios. Los primeros misioneros que describieron aquel portento, estuvieron por más de años alelados ante el caudal cananeo de aquellas cráteras inagotables.

A las entusiastas descripciones del catequista antiguo no faltan sino ligeras rectificaciones de observación, para restablecer la actualidad llanera, cuanto a los productos del suelo.

«Puédese llamar también Mundo Nuevo, –escribe Fr. Pedro Simón–, porque en todas las demás cosas está lleno de novedades. Las aves son nuevas y peregrinas de las de nuestra Europa, pues sólo el águila, gabilán, lechuza, tórtola, garzas, murciélagos y algunos de cetrería son las mismas de las que conocíamos y las demás son nuevas, porque aun hasta las palomas, gorriones, vencejos, aviones y golondrinas, tienen mucha diferencia de las nuestras… Lo demás es nuevo de los árboles, fuera del nogal encina, roble y en algunas partes pinos, cedros y alisos, zarzas de moras, no hay otros de nuestros conocidos, con ser infinitos los que hay. Las frutas ninguna conviene en nada con las nuestras. Las yerbas, fuera de cuatro o seis, …son muy extrañas todas a las de nuestra Europa… Las raíces usuales no son de menos diferencia que las que nosotros usamos»[3].

[1] A. Rojas, *Leyendas históricas, La leyenda del morich,* 1 serie.
[1] Fr. Pedro Simón, *Noticias historiales,* primera parte.

Y el P. Caulin:

«Siempre me ha parecido poco menos que insuperable el dar de una exacta y entera relación de la innumerable variedad de árboles y especie de frutas silvestres, que la Divina Providencia ha criado, y perennemente mantiene en estas incultas y dilatadísimas montañas…..»[4].

Ahora bien, la inmensa zona del país llanero contiene, por la variedad de sus sabanas y la dirección de sus ríos, casi todas las nuestras de la flora y de la fauna, que fueron delicia o asombro del extranjero: «en las llanuras inmediatas a los cerritos de El Baúl (Cojedes), no hay mesas sino sabanas bajas y muchas de ellas limpias o con grandes palmares, algunos esteros, ningún morichal, varias hermosas lagunas, ríos y caños que conservan aguas… Caudalosos ríos bajan de la elevada sierra y todos casi paralelos siguen el mismo declive, limitando de este modo las sabanas, que todas tienen por confines el pie de la sierra, por una parte, el Apure o la Portuguesa por la otra y a sus costados, ríos casi siempre navegables, con orillas fértiles y hermosas vegas, utilísimas para el cultivo. Así es que el habitante de esta vasta provincia (Barinas), puede ser agricultor y criador a la vez… Vista una de aquellas sabanas se han visto todas, porque todas llevan el mismo tipo.

Desde que se deja al pie de la cordillera, no se encuentran ya cerros de ninguna clase y la vista se pierde sobre la extensión

[4] Fr. Antonio Caulin, *Historias de la Nueva Andalucía*.

de aquellas llanuras cuyo horizonte se confunde con el cielo. Los montes que están a las márgenes de los ríos parecen altas paredes de verdura, y en medio de estás otras pequeñas casi paralelas cubren unos caños que sirven para desaguar las sabanas en las épocas de las grandes lluvias… Espacios limpios se extienden hasta perderse de vista; mientras que en las partes laterales se presentan unas barreras que parecen colinas lejanas, no siendo sino los bosques que sirven de adorno a los ríos.

Las riberas de éstos están pobladas de aldeas[5], caseríos y hatos cuyos moradores buscan allí seguridad contra las inundaciones, sombra y frescura que dan los árboles contra el rigor del clima, una tierra fértil para sus siembras y una pesca abundante de que hacen su principal mantenimiento. El maíz y la yuca le dan un pan sustancioso; y más variado el suculento plátano, que se reproduce por sí mismo y alcanza una vida mayor que la del hombre sin necesitar de sus cuidados… La uniformidad de aquellos llanos en donde todo parece inmóvil, no deja de ser imponente, aunque triste. Los ganados, caballos y mulas se crían y multiplican con una facilidad sorprendente. Allí no necesitan de ningún modo los desvelos del hombre… Los venados se ven pastando por aquellas soledades en rebaños numerosos, y los chigüires en sociedad y a veces por docenas a la sombra de alguna mata en las orillas del agua. Un prodigioso número de caimanes tendidos sobre los arenales de los ríos están siempre calentándose

[5] Las enfermedades y las guerras las han hecho desaparecer casi todas.

al sol con su ancha boca abierta… En el verano no falta abundante pasto fresco y agua en los ríos, caños y lagunas, frecuentados siempre por tantas aves que llegan a cubrir sus orillas y la superficie del agua. Los galápagos, morrocoyes y cachicamos ofrecen platos delicados a los habitantes de los Llanos, y así mismo la variedad de peces que allí se encuentran… Aguas dulces de admiradas transparencia, corren por todas partes; blancas algunas y superficiales, otras oscura en profundos pozos, comúnmente habitados por enormes culebras de agua que hacen su presa de un toro o de un caballo…; cada río o caño proporciona vegas grandes y fértiles para el cultivo del maíz, del plátano y la yuca, y las sabanas dan carne, queso y leche, sin contar con la caza abundante de venados, chigüires, váquiros, cachicamos, galápagos, terecayes, morrocoyes, multitud de aves acúaticas y la inmensa cantidad de peces y tortugas que suministran los ríos y los caños»[6].

En esos bosques que el geógrafo viajero señala como adorno de nuestros ríos, antes que nada fijó la atención de los misioneros el aspecto a que su entraña penumbrosa y a su difícil arquitectura interior, dan las redes de bejucos que cierran el paso y hacen complicada la rápida apreciación del paisaje. En nuestros país abunda principalmente el de cadena *(Shnella splendens)* y el moreno (*serjania diversifologia*). Jamás el europeo había presenciado el espectáculo interesante y raro de aquella recia y caprichosa

[6] Codazzi, *Resumen de la geografía de Venezuela*.

urdimbre de la selva: cables ondulosos o retorcidos, armados de largos garfios o de abultados nudos, chatas cadenas de rígidos eslabones, van atadas y enredadas a los troncos y las ramas, trazando largos *vientos o* elevados columpios, que dejan colgar flotantes amarras buscando arraigo: diríase campamentos de exóticos saltimbanquis, abandonados violentamente y abrumados por la invasión de la selva….»A manera de látigos o tomizas –relata el misionero–, suplen la indigencia de clavos, y sirven para la ligazón de los maderos de casas, templos, andamios y otros muchos menesteres; y tan incorruptibles, que estando fuera de la humedad de la tierra, se encuentran después de sesenta años tan fuertes como el día en que se cortaron.»

Todavía el llanero retirado de las fronteras civilizadas, construye sus cercas y el armazón de sus viviendas empleando para ligazón estos bejucos: cuando solamente la tradición familiar ha recogido piadosa el recuerdo y las leyendas de los antiguos solares, arrasados por el tiempo y las catástrofes; cuando los viejos llaneros señalan a sus nietos el sitio en donde estuvo la casa centenaria del hato desaparecido, todavía, en la entraña en la capa arcillosa, aparecen, como únicas reliquias evocadoras, los rotos anillos del bejuco que trabó el maderamen a tiempo convertido en detritus…Camarada suya era la cocuiza (*Fourcroea* de varías especies), denominada «caruata» por el indio oriental, y «fique» en la cordillera de occidente: el indio sólo la empleaba para cuerdas y sogas; el español le dio importancia industrial,

fabricando con su fibra chinchorros, sacos, mochilas, plantillas de alpargatas y aparejos de caballerías, tal como se trabaja hoy en Coro y Barquisimeto. En el llano adentro los cabestros se tejen de majagua: corteza interior del *Paritium tiliaceum*.

Tiene que ser desabrida y monótona esta rápida reseña del largo regalo que la naturaleza ha hecho a mi país; pero indispensable e importante, para reconstruir el medio físico de nuestra familia social, y para que exhiba una de las fases lentas, mórbidas, de la indolencia cerebral que abruma a nuestros hermanos. No me será posible ninguna ordenación, porque carece la república, en estos asuntos, de una estadística bien provista. Conduzco apenas, en estos estudios, un trabajo de indicaciones circunstanciales, en medio de labores intelectuales tan amplias en su aliento como arduas en su gobierno, a causa de la naturaleza de los elementos que deben servirme para realizarla; sin poder concederle a las facultades imaginativas una breve intervención siquiera, que sería asueto de mis fatigantes tareas.

Las palmas cantadas por Rojas fueron interés y deleite del extranjero, siendo providencia nuestra y alguna de ellas línea del menu llanero; sin duda, al hablar los capuchinos del delicado y sabroso plato preparado de los cogollos de una clase de palmera[7], se referían a nuestro «palmito» (*Oredoxa regia*), del que se confecciona en aquel país un potaje gastronómicamente irreprochable: los ejemplares más abundantes se hallan en las

[7] Caulin, *op. cit*.

últimas sierras que muerden la llanura en dirección de la cordillera costanera. Es la «palma real» de los exploradores, la más bella de las palmeras americanas, que abriga casi siempre bajo sus penachos a la humilde y medrosa «caña de la india,» su sierva y protegida.

Primera que todas, menos en gallardía, se alza la *mauritia flexuoca*, palma moriche, *pan de vida* de los capuchinos, sagú *de los guaraunos*. El nivel de mi país favorece su desarrollo, porque no respira a más de 700 metros sobre el mar. En donde ella siembra sus raíces están siempre frescas las fuentes de un oasis; su cogollo fue hortaliza indiana; sus fibras tiernas proveen cuerdas y hamacas; suministra alimento exquisito su fruto antes de sazón, y ya maduro proporciona aceite, jabón y horchata, endulzada con miel de abejas. Con la hoja nueva, suave, flexible, tierna, se fabrican esteras, sombreros, mantas; y cuando seca, mi paisano vecino del Orinoco y del Apure techa su cabaña; herida la parte superior del tronco, proyecta un jugo dulce y de agraz a la vez, del que se decanta vino; del recio cstípite se fabrican pequeñas canoas; y como el racimo antes de madurar permanece envuelto en una malla o nasa resistente, sirve ésta de gorra a los hombres y de miriñaque a las mujeres. «La palma que no fructifica suministra una médula harinosa que se llaman *yuruma,* de la cual hacen pan y usan como menestra.»

Hermana suya en dones es la palma de yagua, la *Genipa americana*, que se agrupa en sociedades numerosas, a las que

Codazzi propuso denominar *olivares americanos*. Tiene en sus partes los mismos usos que la *mauritia*, pero lleva en el tronco la red, o cedazo natural, y da dos clases de aceite: una de la cáscara del fruto, propio para el alumbrado; y otra del mesocarpo, que se emplea como grasa comestible.

Ya desde este punto de vista sociológico, en una mínima porción de nuestra base alimenticia, «el aguijón del progreso, la necesidad,» venía embotado de naturaleza para el ancestral llanero; circunstancia que no debe ser desdeñada para las deducciones generales.

II

Las plantas básicas de la alimentación llanera fueron, desde los primeros tiempos, el maíz, la yuca y el banano. El primero, producto autóctono, eran mal cultivados por el indígena, y su cultivo mal estudiado por el descubridor y el evangelista. Colón se limitó a denunciarlo en nuestro país, cuando su tercer viaje y la desidia ancestral, no lo pudo exhibir en la plenitud de opulencia que granjeo para los promedios del último siglo.

El llano conoce y utiliza todas sus variedades, que alcanza a cuatro o a cinco tierras virgen y poco elevadas tierra de palmeras lo produce en una lozanía y abundancia que habrían sido asombro del invasor. Este calculó, cuando la conquista, diez fanegas de cosecha por cada celemín de granos; y diez años después de nuestra separación de la Gran Colombia, la estadística mostraba fanegas de producción por cada almud por cada siembra[8]. No más alto quinientos metros nuestro nivel llanero, no más bajo de veintisiete y medio centígrados la temperatura de nuestro país, alzan los maizales sus cimeras a casi tres metros cargado de tres a cuatro mazorcas. Pueblo pastor, no ara el llanero la tierra para removerla y renovarla; y como el maíz hunde profundamente su

[8] Proporción de 1841.

rígida raíz, la agota o la cansa, hasta que la naturaleza misma la provee lentamente de humus y de jugos: de aquí la plantación trashumante del maíz llanero, mudando de roza a cada invierno.

Vicio de raza, imposición de medio, deficiencia de educación, las tres causas complicadas tal vez, es lo cierto que la rutina entraba allí todo impulso progresivo, y sin una diferencia circunstancial siguiera, el llanero manipula el grano exactamente como en los más remotos días de mi país. «Desde antes del descubrimiento, las mujeres indígenas preparaban el pan de maíz moliendo entre dos piedras los granos hervidos de antemano para ablandarlos; en seguida hacían panes de aquella masa y los ponían a tostar sobre un platón de tierra puesto al fuego……»[9]. A pesar de que 80 % de nuestra población llanera consume el pan de maíz, a pesar de que la manipulación indicada requiere tanto tiempo, el llanero no ha ideado ningún recurso para simplificarla y acelerarla: la molienda a máquina no se aplica sino en las ciudades de fuera del llano, y el «platón de tierra» de que habla el geógrafo, es de nuestro habitual y milenario budare, horno singular y primitivo del rudimentarismo indígena.

La yuca, el jatropha manihot, que un sociólogo quiere calificar como «soportal» de la civilización azteca, era menos conocida del europeo: su tallo, en las descripciones, lo asemejaban al del saúco o al de la higuera, y sus hojas, a las del «rosal de la pasión.»

[9] Codazzi, *Resumen de la geografía de Venezuela*.

Igualmente se les parecía a nuestras palmas el plátano. El misionero le llama «árbol cuyo tronco se compone de capas como de cebolla, las hojas largas, anchas y siempre verdes». No eran por cierto, estos los rumorantes del Pireo, entre cuyos troncos albos y leves tejía Platón el brocado de sus ensueños. La musácea americana fue referida por Boussingault ante el Instituto de Francia: «El plátano es fruto más útil a la zona ecuatorial: es la base del sustento de los habitantes de las regiones cálidas. Entre los trópicos su cultivo es tan importante, como lo es en las zonas templadas el de las gramíneas y plantas farináceas. La facilidad de su cultivo, el poco espacio que ocupa, la seguridad y abundancia de las cosechas, la variedad de alimentos que el plátano procura, según los diferentes grados de madurez, hacen de esta planta un objeto de admiración para el viajero europeo. Bajo un clima en que el hombre tiene apenas necesidad de vestirse y de abrigarse, se le ve recoger sin trabajo un alimento tan abundante como sano y variado. A la cultura del plátano se debe sin duda al proverbio que tantas veces he oído repetir por todas partes entre los trópicos: Ninguno muere de hambre en América: palabra consoladora que jamás he visto desmentida. En la choza más pobre se recibe hospitalidad, y se da de comer al que tiene hambre…

«En la estación seca, cuando el cielo conserva su pureza meses enteros, y ninguna lluvia baja a templar la sequedad de la tierra, se observa, sin embargo, alrededor del plátano, un suelo humedecido que parece haber sido regado por la noche. Esto es

debido a la irradiación nocturna de las hojas hacia los espacios celestes. En efecto, la experiencia enseña que su enfriamiento respecto del aire ambiente, equivale a 3º15 del termómetro centígrado; y, por, tanto, atmósfera condensa y deposita en las hojas de las planta y baña después su pie cayendo bajo la forma de grandes goteras».[10]

El llano posee, cultiva y utiliza todas las variedades que se conocen, tanto las citadas por los frailes misioneros y por Humboldt, Boussingault y Codazzi, como tres o cuatro más que no aparecen en los autores. Bien que se afirma que su harina es menos nutritiva que la del trigo, también es cierto que es superior a la de la patata.

Los granos y menestras son productos generales de todo el país, por lo cual no debo hacer indicación de ellos con respecto al llano.

Somos la tercera parte de la población venezolana, dedicada a la cría de ganados, excepción hecha del lanar, para el que no son propicios nuestros climas.

La carne vacuna es nuestro primer plato, aunque los llaneros de los campos no la consumen frecuentemente fresca: a motivos originados por el género de ocupaciones del pampero, se agrega una fuerte razón de experiencia, que el llanero campesino ignora que es una razón de fisiología: Pero la mesa llanera ciudadana es rica y selectas en viandas: júzguese de ellos sabiéndose que

[10] Boussingault, cita del anterior.

durante mucho tiempo, a nuestra llegada a estas poblaciones foráneas de la llanura, no acabamos de sorprendernos de que bajo estas latitudes se consuma carne de ganado macho… Como el árabe, nos nutrimos a diario y en fuertes proporciones de leche, mantequilla y quesos; nuestro pichero es exactamente el koumys de los tártaros.

He ahí nuestra base alimenticia: carne, leche y sus productos; menestra, maíz y sus compuestos, plátanos y yuca.

Como hors d´ aeuvre o entremeses. Será indispensable mencionar esa copia de prodigalidades con que la naturaleza se encarga, al regalarla y nosotros al gustarla, de destruir la fábula de nuestra frugalidad. Desolación infinita, sí, la llanura; océano de yerba sin horizonte, que es mar incoercible de melancolía; pero, bajeles de esa mar, largos convoyes que trazan estelas policromas sobre ese piélago, las matas, los montes, los bosques en ruedo, que prosperan a la caricia fecunda de decenas de millares de caños y de centenares de ríos, que rompen la monotonía de mi país con súbitas bellezas sorprendentes; ni una planta en esos tupidos arabescos de la llanura, que en su raíz, en su tallo o en sus frutos, no coloque un regalo gentil en nuestra mesa; ni una bestia cuya carne no arome el humo de nuestra cocina.

El aguacate (laurus persea), de la familia de las lauríneas, que evocaba ante el europeo la pera del donguindo, cuya pepa, en figura y tamaño de camuesa, es tintórea; la auyama, que los misioneros denominaban calabazas y escribían hullamas; el anón (anona aguamosa), en sus dos clases, de corteza lisa y de corteza

arriñonada; y todos sus congéneres: la anona manirote o catiguire, la anona humboldtiana o chirimoya, la anona muricata o guanábana; la caruta (genipa americana), que pudiera llamarse el níspero llanero y cuya semilla cáustica empleó el indígena para tatuajes; el caimito (chrysophilum caimito, de las familia de las filiáceas; la chara, sin denominación botánica, y cuya semilla cocida suple al pan; las guayabas (psidium pommiferum), que la de hasta la clase agria gustó en conserva el europeo, cuando todavía poseíamos los restos de la industria colonial; la lechosa o papaya americana (caricha papagayo), que al misionero le parecían melones de Europa y cuya semilla, al describirla, asemejaba a la pimienta oriental y cuyas hojas trituradas pueden reemplazar el jabón, para blanquear encajes, muselinas y telas ligeras; el mapuey, de médula morada, y el ñame (discorea alata, d. sativa, d. bulbifera), farináceas que traen remotísimo abolengo de las civilizaciones del antiguo hemisferio; el mamón (melicocca bijuga), que el indio llamaba maco, como se denomina todavía en el Oriente venezolano; el merey (anarcadium occidentalis), cuya almendra tostada, siendo laxante, se concibe cuáles efectos produciría en los primeros catequistas, cuando el P. Caulin dice de ella: «Lo singular de esta fruta es tener fuera de ella, en lugar de pezoncillos, la pepita del tamaño de una almendra con figura de riñón; …asada (la almendra), es de mejor sabor que la bellota y castaña, y muy gustosa para beber agua»; mayas (……) patillas o sandias (cucúrbita citrullus), piñas (bromelia ananas).

La cetrería nos sirve: cachicamos (tatus multicinotus), del género tatus, fácilmente cazable acometiéndole de frente, porque las escamas de la cabeza no le permiten ver hacia adelante; chigüires, del género cabiais, anfibio, noctámbulo, su carne tiene gran consumo en el llano en los días de abstinencia; agutí, llamado picure entre nosotros, habitante en los huecos de los troncos, corre a saltos con gran velocidad, es tímido y fino de oído como la liebre, se alimenta de fruto de palmera, de carne y de pescado, se sienta para comer y lleva con las manos el alimento a la boca; terecayes, galápagos y morrocoyes, del orden de las tortugas; lapas (cavia paca); venados (cervus capreolus) que pastan en los claros de los bosques, a la orilla de los caños, a la vera de las sabanas, en manadas numerosas.

Y nuestros caños y nuestros ríos nos guardan sanguinarios y feroces caribes, de dientes triangulares y agudos. «El hombre del Llano, obligado a cada instante a pasar nadando los anchos ríos de aquellas comarcas, teme más a este pequeño pez que el caimán o a la anguila eléctrica que llaman temblador»[11]; morocoto, coporo y boca chica, valentón y bagres de enorme cabeza, ancha boca y largas babas.

La mesa llanera es inconcebible sin el único de nuestros alimentos nerviosos: el café. No es agricultor mi paisano, aunque hace cincuenta años Barinas fue una de las regiones de Venezuela más fecundas en cultivos superiores, entre ellos, arrojando altos

[11] Codazzi, *op. cit.*

índices, el café y el tabaco. Es, sin duda, el primero un poderoso excitante cerebral y la avidez con el llanero lo emplea es un nuevo vínculo que lo aproxima al árabe.

Los sociólogos europeos, al tratar de esta sustancia, escriben que «es difícil abusar de ella» y alguno refiere haber visto en París la ingestión de un litro de café provocar un acceso de locura, que degeneró en monomanía suicida.

En este punto hay, entre el europeo y nosotros, llaneros, una diferencia de procedimiento y de empleo, que produce la disparidad de apreciación. El hombre de Europa toma el café como pudiera el alcohol, como un excitante, y de aquí la depresión generada por su exceso; mi paisano lo toma casi como un alimento, frecuentes veces como un refrescantes.

Existe en estos una concomitancia de latitud, de nivel y de temperatura: el mismo autor aludido consigna que en el Hedjaz puede tomarse impunemente hasta veinte y treinta tazas de café por día.

Personalmente he observado esta diferencia de efectos bajos los climas inmediatos y diversos: el café es un refrescante en los medio días tórridos de Río de Janeiro, y un estimulante en los templados mediodías de Petrópolis. Uno observación exacta puede comprobar con el mate en Montevideo y en Buenos Aires, y el «fresco» de la población jornalera de manaos y del interior amazónico del oriente peruano y de la región fronteriza de Bolivia con Brasil, es el guaranú (Paullinea Sorbilis), colocadas entre los

excitantes cerebrales cuyo uso prolongado debe, según los sociólogos afinar el cerebro de una raza.

Ovalles, que ha sido el primer compilador de todas las notas escritas respecto a mi país y a mis paisanos, dice: «Cuando el padre Mohedano plantó en el valle de Caracas los primeros cafetos, jamás llegaría a imaginarse que creaba la mayor delicia del llanero, «este abandonó el nutritivo pichero, similar del koumys de los tártaros, que la ciencia actual emplea para uso medicinales; y colocó por sobre todo el café, creándose con su uso la primera necesidad.

«El café para el llanero es algo más que el mate para el gaucho y tanto como la coca para el indio boliviano.

«Y podrán faltarle el pan y la leche en su choza, pero jamás el café, para su propio regalo y obsequio de sus amigos…

«Dadle al llanero mal aguardiente, mal tabaco o mala cena, pero nunca mal café; porque él no toma achicoria, ni brusca, ni maíz tostado, sino el grano mejor que produce el país.

«Prácticamente ha aprendido a hacer esta infusión agradable por su sabor y por su aroma, y la toma con tal delectación que hay que repetir con un inteligente escritor, que, el café forma con el caballo y la hamaca los dioses penates del llanero»[12].

(*El Cojo Ilustrado*.
15 de Septiembre de 1906, año XV, Nº 354 pp. 570;
1 de octubre de 1906, año XV, Nº 35, pp. 600)

[12] V. M. Ovalles, *El Llanero*, 1905.

NUESTRA VITALIDAD

Sería imposible precisar el límite de longevidad del llanero, si se lograse neutralizar las causas externas de debilitamiento y destrucción que reinan en su país.

Es sorprendente que en aquella tierra baja, tórrida, especifica del paludismo y de la fatiga, los hombres posean una resistencia y alcancen a una edad vencedoras de todas las agresiones morbosas, al punto de que el índice de mortalidad nunca es superior al de las regiones más salutíferas de Venezuela.

Se ven turbas languidescentes, extenuadas, anémicas, errantes por el poblado, habitadoras de la campaña, que sobrellevan victoriosamente la carga de su miseria corporal, más grave de año en año, sin que sucumban bajo sus progresos y su pesadumbre. Los mendigos, los invalidados por lentas e inerrables dolencias, se hacen tradicionales en nuestros poblados, padeciendo afecciones progresivas y acarreando una vida dolorosa y mísera, capaz para vencer cualquiera fortaleza en otros medios más favorables a la economía.

Esto se le da un semblante triste, doliente, compadecible, a la muchedumbre desvalida del llano. Pero este fenómeno, esta suerte de *morbización*, de inmunización contra todas las virulencias y las crueldades, seguramente viene garantizada desde la infancia

del llanero, en orden biológico y en orden sociológico. En efecto, la alimentación compleja que le suministran al hijo de la pampa los reinos vegetal y animal, es rica y abundante: leche, carnes y granos, son de la mejor calidad exigida por la ciencia y provista por la naturaleza.

En el llano no hay que recurrir, en cuanto a alimentación, a ninguna de las indicaciones y ni de los procedimientos artificiales que cercan de guardia protectora la vida ciudadana: todo responde, en ese sentido, al objeto primero de la conservación y de la prolongación de la existencia.

La especie vacuna llanera es soberbia, por lo que hace a producto alimenticio: descontada la incuria del criador, que no se preocupa por los constantes y exquisitos cuidados que hacen de la cría y de su industria una tarea rudísima en las ciudades y en los países foráneos de la llanura, nuestras reses necesitan apenas una brevísima temporada de atención inteligente, para hacerlas competidoras de las más famosas. Su alimentación discrecional contribuye decisivamente a la excelente calidad de la leche y de la carne; y su número permite prescindir de los cuidados higiénicos y reparadores que se exigen fuera de nuestro país. Si la calidad de la leche no responde, prácticamente, para el llanero, a los índices teóricos señalados en los laboratorios por el lactoscopio, el cremómetro, y el lactodensímetro, se larga la res a la llanura y se cosecha otra, que a su vez es remplazada con otra, por deficiencia, y así sucesivamente. Ningún temor, tampoco, a

falsificaciones: ¿a qué, cuando el azumbre (dos litros), nos importaría, en un caso imprevisto, medio bolívar?

La carne ofrecida al consumo desaparece bajo densa capa de grasa; los huesos están nutridos de gruesa médula; los músculos resplandecen, rojos, bajo la sangre que destilan; la vaca no se abate sino entre los cinco y los siete años, cuando posee su carne, precisamente una perfecta proporción de fibrina y tejido gelatígeno, y de ella no consumen sino los cuartos musculares, róseos, firmes, elásticos, de olor suave y fresco.

En cuanto a su preparación, el llanero es maestro en este género de cocina: no tiene otro rival en América sino el gaucho argentino.

Pero, hay también allí una causa poderosa de longevidad, un almacenamiento inicial de la vida desde la infancia: la madre llanera cría a su hijo. Y lo cría sin mandatos de la ley, sin prescripciones de la ordenanza policial, sin fórmulas de buen parecer: como cría a todos los suyos la poderosa y sabía naturaleza. En mi país desde que la mujer es madre, quedan abolidas para ella todas las preocupaciones, todos los cuidados que no se relacionen directamente con la salud y la vida de su hijo, desde la campesina, que procede como hija espontánea de la sola tierra, hasta la patricia, que se transforma en nodriza. Para siempre jamás se ausentan del pensamiento de nuestras mujeres, hechas madres, la coquetería, la presunción, la vanidad, la gloria orgullosa de la edad y de la belleza: la mujer llanera llena de

majestad de su vida con la íntima profunda dignidad de ser madre; y la siente, la reverencia, la respeta y la ejerce con el fervor, el celo y la santidad de un sacerdocio. No son, para ella, la belleza personal, ni la prestancia corporal, ni la juventud palpitantes las que alumbran y hacen risueña la felicidad doméstica: la fidelidad conyugal, la paz leal e imperturbable de nuestros hogares llaneros, no están sostenidas por esos vínculos tan frágiles y miserandos, tan peligrosos y decorativos, que los rompa las más tenue brisa adversa, soplada de improvisto por la naturaleza misma, en el ala sutil de una dolencia, o por los eventos de la vida, desde la faz nefaria de una vicisitud social. Algo poderoso y magnífico enriquece allí la caución de la longevidad: el eterno amor consolidado por la transmisión secular de generaciones ancestrales, enseñadas al efecto respetuoso y a la piedad cariñosa; amor seguro y sereno, sin revestimientos frágiles de artificios, sin zalemas irritantes de mujerzuela, ni fingidos aspavientos de hembra… En mi país no habría necesitado M. Roussel invocar ese extraño derecho a que se ha apelado en Francia: *el derecho del hijo a su madre*. Entre nosotros no se efectuará jamás esa estúpida inversión de los términos inamovibles de la naturaleza, por la cual un deber rudimentario. un ejercicio cuasi mecánico de animalidad, requiera las fórmulas prescriptivas del código, para ser cumplido. El orden moral como el orden físico están incesantemente satisfechos por nuestras madres: en la llanura no hay mamilas mercenarias, que envilezcan el cuerpo y el alma del hijo ajeno, creando generaciones para una futura Bizancio….

Las ideas de familia y de madre tienen en mi país un altísimo sentido moral, rigoroso, estricto y solemne: allí no se promiscua la adusta y altiva irreductibilidad de los lares sacrosantos. Burdos, si queréis, desgarbados de cuerpo y rudos de espíritu; pero la sangre que corre por aquellas venas es inalterable sangre abolenga, que viene descendiendo por pisos de genealogía en un insospechable raudal ancestral; y mientras en otros medios se distienden y se debilitan las túnicas arteriales humedecidas por jugos bastardos, hinche las nuestras la vieja sangre llanera, –sorbida en el pezón materno–, que atraviesa triunfante por entre los homicidas agresiones de nuestra propia tierra, solamente en tardes centenarias vencida por las virulencias de la llanura.

El niño está constantemente en el regazo materno; y cuando infante, y todavía adolescente, bajo el techo familiar, sufriendo aquella enseñanza vigorizante del quehacer llanero y aprendiendo aquella escuela inmunizante de la tiranía doméstica, que lo enseña a ser dominador; haciéndolo olvidar, más tarde, de que ha sido esclavo.

Pero esos cerrojos son profilácticos: bajo ellos, mientras el llanero no es hombre, salva su vida eficiente de los cercenamientos reiterados y hace adelantada provisión de vitalidad, para luchar contra su llanura y domarla y someterla hasta que se pone, remotamente, el sol de su existencia.

(El Cojo Ilustrado. 15 de octubre de 1906,
año XV, Nº 356, pp. 631, 632).